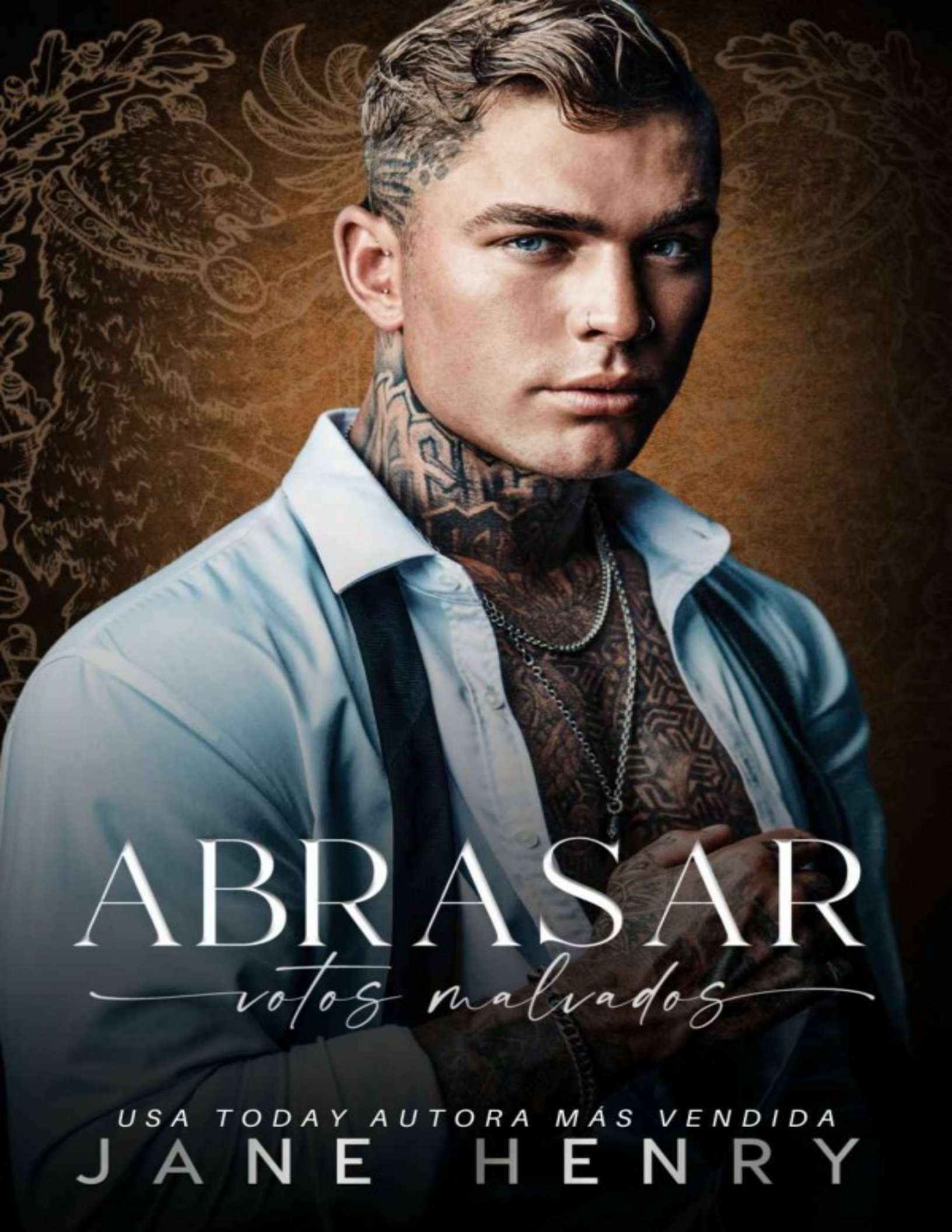

ABRASAR
votos malvados
USA TODAY AUTORA MÁS VENDIDA
JANE HENRY

Abrasar

UN ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO CONCERTADO DE LA BRATVA

VOTOS MALVADOS

LIBRO CUATRO

JANE HENRY

Traducido por

JASON O'BANNON



ÍNDICE

Sinopsis

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Preestreno

Meet Jane

Abrasar: Un romance oscuro de matrimonio concertado de la Bratva

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Popkitty

Fotografía de portada de *Michelle Lancaster* (https://www.michellelancaster.com/)

SINOPSIS

En el oscuro submundo de la Bratva rusa, por fin he reclamado el objeto de mi obsesión: Lydia Ivanova.

Hermosa y apasionada, es fuego y hielo y la deseo. La necesito.

Lydia es mi trofeo. Mi botín de guerra.

Solo que ella aún no lo sabe.

Obligada a casarse conmigo para protegerla de quienes quieren destruirnos, juro que la mantendré a salvo a toda costa... incluso cuando luche contra mí con uñas y dientes.

¿Podré proteger a Lydia sin consumirla o nuestra historia de amor acabará hecha cenizas? Nunca ha habido tanto en juego y, por Lydia... quemaré el mundo entero.

PRÓLOGO

Diez años antes

Pagarían, y pagarían muy caro. Hasta el último de ellos, joder.

El ronroneo de los coches de lujo y el rítmico taconeo de zapatos de tacón y calzado lustrado se mezclaban con el susurro de uniformes impecablemente planchados mientras Viktor mantenía las distancias.

Con la cabeza gacha, vestido con ropa anodina y barata y las manos hundidas en los bolsillos, parecía un don nadie. Tal y como lo había planeado. Nadie en la Academia Liberty Ridge le dedicaría una segunda mirada.

Miró su reloj. Aunque había llegado temprano, antes de su sesión con su mentor, Kolya, el tiempo corría. Kolya detestaba la impuntualidad, y para él era importante llegar a la hora.

¿Dónde estaba ella?

A veces, se envolvía en una bufanda y un jersey hasta la rodilla, ocultando su figura como si se protegiera de la mirada implacable y sentenciosa de sus compañeros. Pero hoy, brillaba por su ausencia en el habitual torbellino de llegadas de estudiantes.

Aminoró el paso y se apartó de la multitud, aunque la mayoría de los estudiantes lo evitaban. Era un gigante entre ellos, unos años mayor

y el doble de grande que el jugador más corpulento del equipo de fútbol americano.

Por suerte, la falta de vigilancia en el instituto era de risa. Cualquiera que prestara atención se habría percatado del imponente joven que siempre estaba allí. Siempre observando.

—Ya viene —anunció uno de los chicos en un susurro malicioso a unos tres metros por delante de Viktor—. La gorda de las tetas grandes.

Viktor apretó el puño en un arrebato de furia protectora y se hizo una promesa: se ocuparía primero de ese cabrón.

Solo llevaba tres meses entrenando con Kolya, pero ya había empezado a desarrollar una musculatura dura bajo su tutela. Le vendría bien cuando acorralara a ese gilipollas en el callejón oscuro que había entre el instituto y su casa.

Viktor entrecerró los ojos mientras el familiar Lincoln se detenía con un ronroneo junto al bordillo. Contuvo el aliento. Estaba aquí, la había traído su padre. Viktor volvió a centrar su atención, con la mirada gélida y amenazante, mientras sopesaba la idea de saltarle los dientes al chico. Se crujió los nudillos y de él emanaron oleadas de tensión.

Uno de los chicos le lanzó una mirada recelosa antes de darle un codazo a su amigo cuando la puerta del coche se abrió.

—Siéntese recta —le ordenó su padre desde el asiento trasero—. Representa a la familia Ivanov con *dignidad*.

A Viktor se le dificultó respirar. Por un instante, cuando la vio, el tiempo se detuvo.

Mi ángel.

Lydia Ivanova. La chica más hermosa que había visto en su vida. La chica que vivía en sus sueños. El objeto de su absoluta obsesión.

Acarició el pendiente de oro que guardaba en el bolsillo y se pinchó el dedo con el cierre para mantenerse concentrado.

Cada pequeño dolor era una atadura que mantenía sus pensamientos lúcidos y su deseo a raya.

La mente de Viktor era un torbellino constante de pensamientos sobre ella: su olor, la forma en que sus ojos, de un llamativo color esmeralda con motas color avellana, parpadeaban con una mezcla de desafío y vulnerabilidad. Conocía cada una de sus expresiones, cada uno de sus gestos. La había observado durante meses, siempre desde las sombras, siempre sin ser visto.

Sabía que estaba mal, la forma en que seguía sus movimientos, la manera en que recogía objetos que ella había tocado; como aquel pendiente, perdido una noche de verano y ahora un elemento permanente en su bolsillo.

Él era su sombra, su centinela silencioso, impulsado por una necesidad que no comprendía, un deseo tan profundo que rozaba la locura.

—Apártate, hijo de puta —dijo suavemente, en un susurro, cuando Sterling Eldridge dio un paso hacia ella—. Apártate, joder.

Lydia era puro fuego en más de un sentido. Había observado cómo se le iluminaban los ojos cuando prendía fuego a las cosas, la alegría y la libertad que encontraba en las llamas. Era una parte de ella que le encantaba, el lado oscuro que no mostraba a nadie.

Apretó los dedos alrededor del pendiente y el agudo pinchazo lo ancló a la realidad.

Se plantó frente a sus compañeros y una chispa de desafío encendió su mirada esmeralda mientras sacaba primero una pierna larga y luego la otra, con la falda de cuadros del uniforme rozándole la parte superior de las rodillas. Las gafas se le posaban precariamente en el puente de la nariz. Cuando echó la cabeza hacia atrás, sus gruesas

ondas se agitaron desafiantes con la brisa, y alzó la barbilla en un mudo desafío.

La gorda de las tetas grandes.

A Viktor le hirvió la sangre al pensarlo. Ella era *increíble*.

A pesar del tono duro y displicente de su padre —siempre regañándola, siempre menospreciándola—, se mantenía erguida y orgullosa. Le jodidamente encantaba eso de ella.

Pero hoy, desde su posición privilegiada bajo el refugio de un arce frondoso, vio el brillo de las lágrimas en sus ojos. Una reprimenda en público solo se sumaba al tormento que le infligían sus crueles compañeros.

Jodidos perdedores.

—Ohhh —dijo uno de ellos en voz baja al otro—. ¿Va a llorar?

Viktor cerró la mano en un puño.

Él sería la segunda víctima.

Se fijó en el Lincoln dorado que aún ronroneaba junto al bordillo y entrecerró los ojos antes de volver a centrarse en el chico bocazas e imaginarse qué aspecto tendría sin los dos dientes de delante. Viktor se crujió los nudillos e hizo rodar el cuello. Le sentaría de puta madre cuando su puño impactara contra la carne y el hueso.

Mientras Lydia caminaba hacia el instituto, uno de los libros se le cayó de la gran pila que llevaba. Se agachó para recogerlo.

—Lydia —murmuró su padre—, no sea tan torpe, maldita sea.

Siempre regañándola, siempre displicente y duro. Viktor no sabía cómo alguien podía soportar esas constantes reprimendas. ¿La hacían sentirse pequeña e indigna? Por lo que había visto, su padre era implacable.

A sus ojos, Lydia no era ni gorda ni torpe; se había desarrollado antes que sus compañeras, toda curvas y tentación voluptuosa, y simplemente aún no se había hecho a su propio cuerpo.

Y, de todos modos, ¿quiénes eran ellos? ¿Quién decidía qué aspecto debía tener su cuerpo y quién decidía que no cumplía con unas jodidas expectativas aleatorias?

Era *perfecta.*

Viktor se irguió y miró la hora. Le quedaban siete minutos y medio antes de tener que echar a correr para llegar a tiempo.

El padre de Lydia frunció el ceño y se enderezó. —Hoy la recogeré yo. Tenemos que discutir un asunto urgente —dijo su padre, mirando su reloj.

—Sí, padre —dijo ella con voz clara y elegante—. Hasta entonces.

Cuando el coche se marchó, ella dio un paso al frente y se tambaleó. Varios de los chicos hicieron comentarios burlones. El líder le guiñó un ojo a una chica rubia, alta y esbelta, que salía de un Mercedes plateado detrás de Lydia. Se intercambiaron una mirada cuando la rubia se apretó la nariz con el dedo y la arrugó en dirección a Lydia, como si estuviera imitando a un cerdo. Las risitas estallaron a su alrededor.

Unos putos mocosos malcriados y pretenciosos. Viktor se deleitaba imaginando cómo los castigaría a todos.

—¡Lydia! ¿Está usted bien? —Una chica delgada, una cabeza entera más baja que Lydia, se acercó a su lado. Quizá a esa la perdonaría.

—Estoy bien, gracias —dijo ella con esa hermosa voz que lo atormentaba en sueños.

Sonó el primer timbre. Era hora de irse. Si llegaba tarde, estaría bien jodido. Kolya no avisaba dos veces.

La rubia caminó frente a los chicos, erguida y haciendo alarde de su pecho. Se había dejado desabrochados algunos botones de la camisa del uniforme, con sus escasos pechos realzados a la vista de todos. Fingiendo estornudar, montó un numerito al esparcir pañuelos de papel en dirección a Lydia. Las risas estallaron a su alrededor. Las bonitas mejillas de Lydia se sonrojaron.

El gruñido de Viktor retumbó en las profundidades de su pecho. Esa chica en particular llevaba semanas insinuando que Lydia se rellenaba el sujetador. La envidia era una zorra despreciable.

—Buenos días, Lydia —dijo la chica con falsa camaradería—. ¿Necesita usted ayuda?

—No. —Lydia se mantuvo erguida, sin fiarse de la chica. Mantuvo la cabeza alta y se dio la vuelta. Los chicos observaban y se reían por lo bajo.

—Como quiera —dijo la chica, sacudiendo la cabeza—. De todos modos, no sé por qué tiene que llevarse tantos libros a casa. Es una presumida —murmuró por lo bajo. Se echó el pelo por encima del hombro y se dispuso a marcharse mientras uno de los chicos, el más alto y líder evidente del grupo, le ponía la zancadilla discretamente.

Viktor se arriesgó a salir de las sombras. Si pudiera... *Mierda.*

Lydia tropezó, pero se enderezó rápidamente. Con las mejillas sonrojadas, se encaró con el chico.

—¡Será gilipollas! ¡Lo ha hecho a propósito!

El orgullo se hinchó en su pecho.

Así se hace, chica.

—¡Lydia! —Una voz seca llegó desde varios pasos más adelante, desde donde una mujer alta con el pelo recogido en un moño inmisericorde en la nuca se dirigía hacia ellos. Las risitas estallaron a su alrededor mientras se acercaba— Venga aquí de inmediato.

La mirada de Viktor se endureció. Puede que Lydia se le hubiera enfrentado hoy, pero eso la dejaba más vulnerable que nunca a la crueldad de sus compañeros. Su instinto protector, ya ferozmente en sintonía con ella, se encendió. No podía quedarse de brazos cruzados mientras se burlaban de ella y la aislaban.

Al dar un paso al frente, su presencia silenció de inmediato al grupo. Su voz, cuando habló, fue baja, pero conllevaba una amenaza inequívoca. —¿Encuentran algo gracioso? Tal vez les gustaría compartir el chiste conmigo.

Las risitas se ahogaron en sus gargantas. Lydia, cuya mirada pasó fugazmente de la profesora que se dirigía hacia ella a Viktor, pareció enderezarse aún más, y sus ojos se encontraron con los de él en un silencioso *gracias* que decía que sabía que, al menos por hoy, no estaba sola contra ellos.

No se cruzaron palabras entre ellos, solo un entendimiento silencioso antes de que su profesora la alcanzara.

—Esto es la gota que colma el vaso, señorita Ivanova —dijo la mujer con severidad—. Pero pronto dejará de ser una molestia para mí. Quizá su padre le hable de su reciente decisión y de cómo afecta a su asistencia aquí.

Lydia se quedó mirando y palideció. —Estaban...

—No me importa lo que estuvieran haciendo —la interrumpió la profesora.

Viktor tomó buena nota de todos ellos. El jugador de fútbol alto y pomposo. La rubia estirada. La profesora criticona.

Todos pagarían, y él se tomaría su tiempo para que doliera.

—¿De qué está usted hablando? —Lydia caminó detrás de la profesora. Su cartera estaba ligeramente abierta, y unos cuantos papeles y un libro de bolsillo delgado y muy gastado cayeron al

suelo. Viktor se agachó y los recogió, pero cuando fue a dárselos, ella ya no estaba.

Sus compañeros de clase se dispersaron como hormiguitas asustadas.

Se metió el libro bajo el brazo y se dirigió a encontrarse con Kolya y afrontar las consecuencias de llegar tarde.

Vino al día siguiente.

Y al siguiente.

Y al siguiente.

Pero ella nunca regresó.



CAPÍTULO I

ACTUALIDAD

VIKTOR

—Ponle un precio —dice Mikhail—. Te debo una, Viktor. Ha llegado la hora.

Mi hermano mayor y *pakhan*, Mikhail, me mira por encima de la cabecita cubierta de pelusa de su hijo dormido y dice:

—Estoy en deuda contigo por todo.

Niego ligeramente con la cabeza, restándole importancia al peso de su gratitud.

—No me debes nada. Hice lo que tenía que hacer. Hice lo que necesitabas que hiciera. Era crucial que me encargara de lo tuyo porque somos familia, y eso lo sabes. —Abro una cerveza y me bebo la mitad en unos cuantos tragos.

Miro hacia la bruma azul negruzca de un atardecer de finales de septiembre, las luces de la ciudad titilando en la distancia desde nuestra privilegiada posición en The Cove. Hemos tenido unos meses turbulentos, con una breve pausa para la boda de nuestro hermano Nikko, pero ahora es el momento de seguir moviendo ficha. Hemos hecho grandes progresos aquí, y es hora de que pasemos al siguiente nivel.

Desde la muerte de nuestro padre, hemos estado haciendo todo lo posible para fortalecer nuestros lazos y echar raíces como la familia más poderosa de The Cove, enclavada entre Coney Island y Manhattan.

Cada día que pasa cuenta. Cada movimiento estratégico es una demostración de poder.

La voz de Mikhail se suaviza, se vuelve más sincera.

—Le salvaste la vida a mi mujer, Viktor. —Mikhail ama a su esposa Aria con todo su corazón y, en más de una ocasión, ella ha estado

en grave peligro. No soy el único que la ha protegido. Todos lo hemos hecho. Es lo que hacemos.

Me remuevo en el asiento, sintiendo cómo la inquietud se apodera de mí.

—La familia es la familia. Tú habrías hecho lo mismo por mí —respondo, y mis ojos se encuentran brevemente con los suyos antes de posarse en el bebé—. Solo asegúrate de mantenerlos a salvo. Es todo lo que pido.

La habitación se queda en silencio, con la magnitud de mi petición flotando en el aire. Mikhail asiente con expresión solemne.

—Lo haré. Y cualquier cosa que necesites, Viktor, es tuya. Pide lo que quieras.

Los otros hermanos presentes —Lev, nuestro hermano pequeño, y Aleksandr, el segundo al mando de Mikhail— escuchan atentamente nuestra conversación. Siento cómo Lev se inquieta a mi lado, dando golpecitos con el pie como si se contuviera para no interrumpir.

—Vosotros no lo entendéis. —La voz de Lev irrumpe desde el fondo del despacho, cortando la cháchara anterior. Sinceramente, estoy orgulloso de que haya hablado. Durante años fue el más callado, bajo el yugo de nuestro padre y eclipsado por el resto de nosotros, sus hermanos mayores. Nuestro hermano pequeño suele ser reservado, pero no se le escapa nada. Él y yo nos hemos unido más en los últimos meses, mientras mi hermano Nikko estaba destinado en Moscú.

—Déjalo, Lev. —Niego con la cabeza. *Joder.*

—¿De qué estás hablando? —pregunta Aleks, con la curiosidad picada. Como jefe de ciberseguridad, se enorgullece de no perderse detalle de nada, pero ha estado hasta el cuello investigando un nuevo acontecimiento en la Costa Oeste y no ha levantado la vista de su portátil.

Lev continúa, con voz firme y clara:

—No quiere dinero. No quiere *cosas*. Viktor no quiere nada de eso. Ya tiene su propia casa; tiene todo lo que necesita..., bueno, casi todo lo que necesita.

La habitación se sume en un breve silencio mientras todos asimilan las palabras de Lev, esperando a que revele qué es lo que todavía necesito. Aparto la mirada, tensando la mandíbula. Me ha leído la puta mente. Cuando Mikhail me ofreció la proverbial lámpara del genio, supe de inmediato qué desearía al frotar sus dorados costados.

Solo necesitaría un deseo.

—Joder —mascullo entre dientes. Mis hermanos no se ocultan nada entre ellos. No voy a ocultar esto.

—Lydia Ivanova —dice Mikhail en voz baja, casi con reverencia.

El silencio reina durante unos largos instantes antes de que Aleksandr hable.

—¿Está disponible? ¿Ha cambiado algo?

Lev niega con la cabeza.

—No.

Mikhail gruñe.

—¿Desde cuándo coño importa eso? Ya conoces nuestro lema.

Los labios de Aleks se tuercen en una sonrisa sombría, y su mirada se endurece.

—Nadie ni nada se interpone en nuestro camino.

Me levanto bruscamente, con voz grave y resuelta.

—No necesito nada. No necesito a nadi*e*. Es demasiado arriesgado.

Las repercusiones de la *Ledyanoye Bratstvo*, el grupo al que Lydia Ivanova ha sido prometida, son más poderosas que nosotros, y es conocido por su crueldad. La represalia, si interviniéramos, sería rápida y severa.

Pero antes de que pueda continuar, Lev me interrumpe. Es más bajo que yo, pero es una fuerza a tener en cuenta. Sus ojos brillan con intensidad, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Has perdido de vista el objetivo, hermano. No has visto lo que los demás sí. —Se inclina hacia delante—. ¿Tienes idea de lo que Timur Yudin planea hacer con ella cuando se casen? ¿Lo que planea hacerles a los Ivanov?

Inspiro bruscamente, tratando de que mi pulso acelerado se calme, como mi mentor Kolya me enseñó a hacer cuando solo era un niño que no conocía su propia fuerza.

No sirve de nada.

—Lo entiendo —insiste Lev, su mirada feroz clavada en la mía. Ya no es el crío que conocí, sino un hombre fuerte y poderoso en más de un sentido—. Te mataría ver a una mujer como ella tratada como una propiedad. Y si mataras a Yudin como querías, las consecuencias para el resto de nosotros serían brutales.

Clavo las uñas en las palmas de mis manos. Él continúa.

—Yudin planea compartirla con sus hombres. Es un sucio y enfermo hijo de puta. Ya la ha grabado y la ha compartido. Tiene a uno de sus hombres que se la casca cada puta noche viendo fotos de ella en su móvil.

—¿Dónde? —gruño—. ¿Quién?

—Siéntate, Viktor.

Niego con la cabeza y Aleks pone una mano en el brazo de Mikhail.

—Déjalo. Se va a convertir en el puto Hulk aquí mismo, delante de ti, si no lo haces.

Camino de un lado a otro, tratando de que la rabia se disipe.

—Planea diezmar a los Ivanov. Es una jodida serpiente traicionera y ya ha hecho movimientos estratégicos infiltrándose en sus filas y difundiendo desinformación para sembrar la desconfianza entre sus líderes. Al casarse y entrar en la familia Ivanov, consigue acceso a sus secretos y vulnerabilidades. Y a diferencia de nosotros —dice, haciendo una pausa para dar énfasis—, no planea fortalecerse mediante la colaboración. Planea diezmarlo todo para su propio beneficio. Con el tiempo, los destruirá. Saboteará tratos comerciales, asesinará a las figuras clave de los Ivanov. —Niega con la cabeza y baja la voz.

—Has visto a Mikhail, a Aleks y ahora a Nikko casarse. —Mikhail se casó con Aria, una hacker extraordinaria. Luego, Aleks se casó con Harper Bianchi en un matrimonio concertado. Nikko se casó con Vera, la hermana pequeña de Lydia. Uno por uno, pareja por pareja, hemos solidificado nuestra familia.

—Hemos aumentado nuestra fuerza aquí, en The Cove, y todos sabemos que unir fuerzas con los Ivanov es complicado. —Niega con la cabeza y mira a Mikhail—. La boda de Lydia Ivanova con ese gilipollas egocéntrico fragmentaría nuestro control también. Sería utilizada y desechada. —Me mira a mí—. *Tenemos* que intervenir y acabar con esta mierda antes de su boda.

Aleks y Mikhail cruzan otra mirada, un entendimiento tácito entre ellos mientras sopesan las palabras de Lev y las implicaciones que conllevan.

No quiero ni pensar en... *tenerla*. Si me permito tener esperanza... y no sucede... Se me seca la boca.

Doy vueltas por el despacho y niego con la cabeza. —Joder.

—Su matrimonio con él traerá graves consecuencias —replica Lev—. Si nos aseguramos la mano de las dos mujeres Ivanov, ya sabéis lo que eso significa para nosotros.

Lo sé. Significa crear unos cimientos que décadas de influencia y legado no podrían igualar. Significa permitir una devastación brutal para nuestros amigos y familiares si fracasamos.

Pero es complicado. Jodidamente complicado.

Mikhail me sostiene la mirada. —¿Qué sabes de Yudin?

Aparto la vista, con la mandíbula tensa. —Me he mantenido al margen.

Tenía que hacerlo.

Verla acercarse a él hace que me hierva la sangre y se me nuble la vista. Tengo que centrarme en proteger a mi familia y no puedo arriesgarme a perder los estribos con un hombre que no significa nada para mí. No puedo gastar energías en una situación que está fuera de mi control.

He observado. He observado con mucho cuidado, pero desde la distancia. —No le ha hecho daño, y eso es lo único que importa.

Timur Yudin le compra cosas bonitas, se asegura de que tenga un guardaespaldas, aunque más débil del que yo le pondría, y nunca le ha puesto una mano encima. Lo sabría. Si lo hiciera, le arrancaría la polla y se la metería por el gaznate para que se ahogara con ella mientras le rajo el cuello.

—Aún —dice Aleks, negando con la cabeza—. Aria tiene un expediente sobre él. Investigamos a fondo después de la boda de Nikko con Vera.

Se me eriza la piel y clavo la mirada en Aleks.

Aria, la mujer de Mikhail, es nuestra jefa de ciberseguridad y es excelente en lo suyo. Cuando nuestro hermano Nikko se casó con la

hermana de Lydia, Vera Ivanova, se hizo necesario centrarse en cualquiera que pudiera suponer una amenaza para nosotros.

Aparto la mirada, sin querer escuchar los detalles.

¿De qué servirá? Solo conseguirán que quiera torturar cada puta célula de su cuerpo antes de asesinarlo con mis propias manos. Le odio por estar cerca de ella. Le desprecio por no ser digno de ella. Si me entero de un maldito detalle más sobre él...

—Es un maestro orquestando estas catástrofes mortales —dice Aleks con voz gélida—. Se asegura de que la gente de su redil tenga accidentes fatales y luego aparece él para cobrar pólizas de seguro ocultas.

Niego con la cabeza. Menuda cabronada, pero no es nada fuera de lo común para...

Aleks continúa, implacable: —Organiza el tráfico de personas. Vende a mujeres y niños como si fueran ganado. Es uno de los mayores traficantes del mercado negro.

Aprieto la mandíbula y miro al frente. El puto capullo. No soy un santo, pero cualquiera que esté involucrado en la trata de personas merece que se le dé su merecido. Se arrepentirá de cada una de las viles acciones que ha cometido. Nadie hace daño a los inocentes si puedo evitarlo.

Y la quiero a ella. La deseo tanto que consume todos y cada uno de mis pensamientos. Si no puedo tenerla... si acaba con ese gilipollas sádico y egoísta...

Lev interviene. —Hay más. No te cierres en banda, Viktor, y escucha de una puta vez. —Mi mirada se clava en la suya—. Hace tres meses, su abogado consiguió que lo absolvieran de las acusaciones de posesión de pornografía infantil, pero es culpable hasta la médula. Simplemente, es intocable. Demasiado dinero y demasiado poder.

—Joder —gruño.

Aleksandr asesta el golpe final. —Aria descubrió unas acusaciones que estaban muy bien enterradas. Agredió brutalmente a su última novia. Ella fingió su propia muerte para escapar, pero él la encontró. Cuando lo hizo, le rompió la mandíbula antes de que ella se arrojara al tráfico.

La bilis me sube por la garganta con el esfuerzo de contenerme.

—La cuestión no es *si* le hará daño, Viktor, sino *cuándo*.

—¿Le habéis estado siguiendo? —gruño—. ¿Dónde está?

Aleks frunce el ceño, tecleando algo en su ordenador. —A dos horas al norte de aquí. Cerca del puente Mid-Hudson. Coge el teléfono sin apartar la vista de Mikhail, señalando la gravedad de la decisión. Marca rápidamente y la habitación se queda en silencio, esperando a que respondan a la llamada.

—Nikko —empieza Aleksandr cuando descuelgan—, tenemos que hablar de la situación de los Ivanov.

Nikko, siempre rápido de reflejos, responde: —Estaba esperando esta llamada. Disparad.

Mikhail toma el relevo con voz firme. —Es por Lydia. Tenemos que asegurarla para Viktor. Lo pone al día.

Por lo que he visto y oído, Lydia y Vera no están muy unidas, pero eso probablemente fue culpa de sus padres. Siguen siendo hermanas.

Nikko hace una pausa, los engranajes de su mente girando mientras sopesa las implicaciones, especialmente dados sus lazos con la hermana de Lydia. —Vale, entiendo por dónde vais. Pondré las cosas en marcha. Pero recordad, esto no es solo una cuestión de que nos deban una; se trata de alinear a nuestras familias a largo plazo. Necesita el beneplácito de los Ivanov. Tras la muerte de su *pakhan*, un nuevo liderazgo ha tomado el poder, y Nikko es el único que tiene

una relación fluida con la Bratva Ivanov. Él sabrá cómo jugar esta carta.

Siguen discutiendo los detalles y cómo lo llevarán a cabo mientras mi mente se dispara con las posibilidades. Hay un leve zumbido en el fondo de mi cabeza, una combinación de incredulidad por lo que estamos a punto de hacer y la necesidad de encontrar a Timur Yudin y destruirlo.

Cuando la llamada termina, la atmósfera de la sala pasa de la tensión a una concentración más calculada. Mikhail mira a su alrededor, asegurándose de que todos estamos en la misma onda. —Nikko se encargará de los preparativos. Tenemos que ser estratégicos y cuidadosos. No se trata solo de conseguir lo que Viktor quiere, sino de posicionarnos favorablemente dentro de la comunidad y asegurar alianzas a largo plazo.

—Y lidiar con las putas repercusiones de Yudin —mascullo.

Aleksandr asiente, su mente ya barajando posibles escenarios. —Tenemos que considerar cada movimiento como parte de un juego más amplio. Lydia es la pieza clave. No solo Viktor consigue lo que desea, sino que su conexión a través del matrimonio nos une a una familia poderosa, fortaleciendo nuestra influencia.

Lev, que suele ser el más callado, parece impulsado por su necesidad de que esto ocurra y añade: —Y tenemos que hacerlo de forma limpia. Sin cabos sueltos que puedan volver para atormentarnos.

Más fácil decirlo que hacerlo.

He estado escuchando en silencio, pero finalmente tengo que intervenir, con voz baja y pensativa. —Aseguraos de que Lydia sea tratada con respeto en este proceso.

La cuidaré muy bien. La cuidaré tan bien.

Mis hermanos asienten, comprendiendo el delicado equilibrio entre el miedo y el favor que deben mantener. Esto no es una simple adquisición; es algo personal, y tiene que manejarse con precisión.

La expresión de Mikhail se ensombrece mientras se inclina hacia delante, desaparecida la ligereza de nuestras consideraciones anteriores. —Aunque nuestro objetivo es gestionar esto sin contratiempos, comprended que es probable que Lydia no venga por voluntad propia. Tendremos que obligarla.

Por supuesto que no lo haría. Puede que nos vea, o a mí en particular, como una amenaza. Es ferozmente independiente y se resiste a ser controlada o utilizada en cualquiera de las maniobras o maquinaciones políticas de su familia. Ser forzada a casarse conmigo después de su compromiso con Yudin probablemente la cabreará. ¿Quién sabe lo que piensa de mí? Por lo que sé de ella, no confía con facilidad y casi nunca baja la guardia.

No va a ser fácil.

Mikhail sonríe. —¿Sabes? Podemos alinear esta necesidad con una antigua profecía rusa conocida por nuestras dos familias, que podemos utilizar a nuestro favor.

Aleksandr, intrigado, levanta una ceja. —¿Una profecía? Explica.

Mikhail asiente, una sonrisa sombría asomando a sus labios. —Sí, la profecía conocida por las familias oriundas de Moscú habla de un «Azote», una gran agitación que una familia soportará, para ser salvada únicamente por una alianza a través del matrimonio. Es lo suficientemente vaga como para infundir miedo y aceptación. Se cree que rechazar la unión profetizada traerá el desastre, y aceptarla restaurará el equilibrio y la prosperidad.

Niego con la cabeza. —Eso es ridículo. Todos somos demasiado pragmáticos para creer en viejas profecías. No. Si voy a tener a Lydia... —Hago una pausa y me recompongo antes de continuar—. Lo quiero a las claras. Quiero consolidar nuestra alianza con la

familia Ivanov como hizo Nikko y por la misma razón. —Niego con la cabeza—. Ella no puede ir con ese monstruo.

Le haré mucho más que joderlo.

No me gusta la manipulación y suelo preferir la fuerza bruta, pero esta situación requiere mano izquierda. —Quiero que los Ivanov creen que aliarse con nosotros no solo es inevitable, sino beneficioso.

Niego con la cabeza, todavía incrédulo de que esto pueda funcionar, de que Lydia... pueda ser mía.

—¿Y si no funciona? —Intento mantener un tono ligero, fingiendo que lo que está en juego no podría encumbrarme o, literalmente, hundirme en la puta miseria. Fracaso. Mi voz se quiebra.

—Funcionará —dice Mikhail—. Te lo prometo.

Cuando finalmente salgo del despacho de Mikhail, estoy agotado pero lleno de energía.

Lydia Ivanova.

Conduzco hasta mi casa en la linde de Manhattan. Subo los escalones de ladrillo en piloto automático, apenas dándome cuenta de a dónde voy o de lo que hago.

Nikita, mi mastín tibetano, grande y musculoso, me recibe en la puerta y le rasco las orejas. —Dame cinco minutos —le digo. Necesito un momento antes de que salgamos a pasear. Subo las escaleras hacia mi dormitorio de dos en dos y voy directo al armario escondido en el fondo de la habitación.

Introduzco la llave en la cerradura y la puerta chirría al abrirse sobre sus goznes. Me permito un momento para apoyarme en la madera gastada y respirar hondo antes de dejar que mi mirada recorra cada maldito objeto que he coleccionado.

Un frasco casi vacío de *Opulence* que le quité de su taquilla en el gimnasio hace un año. Una servilleta manchada de carmín que confisqué en una cafetería donde se reunió con su madre hace unos meses. Una página arrancada de un cuaderno que lleva consigo, con la lista de la compra más simple. Un vaso de café desechable y vacío con su nombre garabateado en el lateral con rotulador permanente. Una entrada de un concierto al que se coló cuando aún era una adolescente aquí, en América. Su fotografía de último año de instituto y una más reciente que encontré en Internet y de la que hice una copia impresa. Su ejemplar de *Cumbres Borrascosas* que dejó atrás hace tantos años y que he leído tantas veces que las páginas se están deshaciendo.

El santuario de Lydia.

Levanto el frasco. La fragancia embriagadora e intensa es su perfume característico. Lo alzo y me concedo el lujo de inhalarlo profundamente. Solo olerlo evoca la imagen mental que tengo de ella.

Me permito recrearme en el santuario. Toco la servilleta y la presiono contra mis labios. Leo su lista de la compra y la recito de memoria.

Chocolate

Café

Naranjas

Algo para cenar

Paso el pulgar por el borde del vaso de café, donde imagino que sus labios se posaron. Lo coloco todo de nuevo con reverencia y me quedo mirando la foto de ella de adolescente y la comparo con su aspecto actual.

Con el tiempo solo se ha vuelto más hermosa, más exquisita, más sensual. Con curvas y exuberante, es imponente y a la vez grácil. Su largo pelo oscuro cae sobre sus hombros en ondas, sus ojos son expresivos e intensos. Prefiere las blusas y los vestidos vaporosos que acentúan sus curvas.

Lydia.

Con un suspiro, vuelvo a colocarlo todo en su sitio con precisión, cierro la puerta y echo la llave. Ahogo un grito cuando por poco piso a Nikita.

—Joder —mascullo, con el corazón martilleándome en el pecho—. Podrías avisar de que estás ahí. *Dios.*

Miro la puerta cerrada con el ceño fruncido, después me giro y observo el dormitorio. Cuesta creerlo, pero si esto funciona..., si Mikhail lo consigue de verdad y Lydia llega a ser mía..., voy a tener que darle un toque femenino a esta habitación.

Y poner unas putas medidas de seguridad.

Le engancho la correa a Nikita y salgo a pasearla.

El móvil me suena con una llamada de mi hermano Nikko justo cuando salgo por la puerta de mi casa, a pocos kilómetros del cuartel general de la familia Romanov.

—¿Dime?

—Hemos hablado con Zofia. —Zofia Ivanova, la madre de mi cuñada Vera y de Lydia, es la matriarca de la familia Ivanov desde la muerte de su marido. Ella y mi hermano Nikko son quienes toman todas las decisiones importantes.

—¿Y? —El corazón se me estrella contra las costillas y la boca se me seca al instante.

—Su madre es receptiva a la idea, pero necesito más tiempo. Estoy en ello. Demos por hecho que esto sigue adelante y actuemos en

consecuencia.

Trago saliva con dificultad.

—De acuerdo. Gracias.

—Pero ya sabes que tenemos que destruir a Yudin, Viktor. Sabes lo que hará en represalia. No podemos dejar ni rastro de él.

Asiento. —Considéralo hecho.



CAPÍTULO 2

LYDIA

JUGUETEO con mi anillo de compromiso, haciéndolo girar en mi dedo, y me quedo mirándolo. Diamantes engastados en oro amarillo que brillan bajo las luces del techo. Sé que ha debido de costar una fortuna. Timur Yudin, un hombre de gustos refinados y un capitán de alto rango de la *Ledyanoye Bratstvo*, no se anda con chiquitas.

Se me revuelve el estómago por los nervios mientras lo espero. El guarda apostado a mi lado está de pie, mirando el móvil mientras yo estoy sentada sola en una mesa apartada. Timur dijo que llegaría en cualquier momento y me indicó que entrara a esperarlo. Parecía un poco reservado, pero no es raro en él después de un día ajetreado de trabajo.

Cojo el móvil, finjo que hago una llamada y pongo la cámara disimuladamente para poder examinarme y asegurarme de que estoy impecable. A Timur no le gusta nada que no sea la perfección.

Llevo un vestido verde suave que resalta mis curvas y acentúa el verde de mis ojos. Mi maquillaje está impecable, no tengo ni un pelo fuera de su sitio.

Termino de revisarme y, satisfecha, vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa. Cuando llegue, no le gustará que esté con el móvil. Se espera de mí que le preste atención.

El parpadeo de la vela sobre la mesa capta mi atención. Me siento atraída por la llama anaranjada tras el cristal esmerilado. Alargo la mano y paso la punta de mi uña pintada por la base de la vela. Me detengo y observo una gota de cera.

Se me acelera el corazón.

No es una de esas velas eléctricas falsas, sino fuego de verdad. Si cogiera el borde de este mantel y lo acercara a la llama, sé exactamente lo que pasaría. Primero, echaría humo...

Cierro los ojos y retiro la mano como si el propio cristal me hubiera quemado. Odio que mi mente se vaya por esos derroteros cuando estoy estresada o bajo presión.

No.

He trabajado demasiado y durante mucho tiempo para volver a caer en eso ahora. No puedo.

No lo haré.

Aún puedo oír la súplica entre lágrimas de mi madre mientras mi padre metía a empujones mis maletas en el maletero del coche que me llevó al internado. *«¿Por qué, Lydia? ¿Por qué lo hiciste?»*

Oí las preguntas que no formuló con la misma claridad que las que sí hizo.

¿En qué me equivoqué?

Tomo otro sorbo de vino, consciente de que probablemente solo he cambiado un vicio por otro, pero me importa una mierda.

Me tomo unos minutos para mirar alrededor, recorriendo con la vista el lujoso restaurante. Es difícil conseguir mesa en *Le Jardin de Lumière*, pero estoy emocionada porque el nombre me recuerda a *La Bella y la Bestia*, mi película favorita de la infancia. ¿A quién quiero engañar? Sigue siendo mi favorita, incluso ahora de adulta. Aquí hay lista de espera de seis meses, pero a Timur le gustan las cosas caras y difíciles de conseguir, así que tiene sentido que quisiera venir. No esperaría menos de él.

Una suave música instrumental suena de fondo. Las mesas están puestas con porcelana fina y copas de cristal, la viva imagen de la sofisticación. La cesta de pan caliente y aromático viene acompañada de trozos de mantequilla casera coronada con sal de trufa cristalizada. *Delicioso*.

El móvil me vibra con un mensaje. Me da un vuelco el corazón, pensando que podría ser Timur, pero cuando miro la pantalla,

suspiro.

Vera
Lydia, ¿puedes hablar ahora?

Vera se enfrasca tanto en sus estudios que a veces se pasa semanas sin hablarme, ¿y ahora, que tiene un descanso, quiere charlar? Le envío una respuesta rápida.

Ahora no puedo, he quedado con Timur para cenar, pero te llamo cuando terminemos.

Aún tengo el móvil en la mano cuando oigo su voz familiar a mi espalda. Lo guardo rápidamente en el bolso.

—Lydia. Gracias por esperar con tanta paciencia. —Se yergue, alto e imponente, detrás de mí, con un aire de fuerza inaccesible. Me vuelvo para mirar a mi apuesto prometido, apreciando una vez más sus facciones, afiladas y definidas, con pómulos altos y una mandíbula fuerte y bien afeitada. Impecablemente vestido con un traje a medida, irradia confianza y sofisticación, con un comportamiento sereno pero con un distanciamiento gélido que puede resultar intimidante para quienes no lo conocen. Pero yo sí lo conozco. Lo conozco bien.

Me levanto y le dedico todo el efecto de mi sonrisa.

—Hola. ¿Qué tal el día?

Con una sonrisa, se inclina y me besa en la mejilla. El corazón me aletea por su cercanía. Timur Yudin es todo elegancia y refinamiento, un caballero en todo el sentido de la palabra. Su mano descansa en la parte baja de mi espalda un breve segundo antes de tomar asiento. Siempre me acerca la silla, así que me quedo de pie un poco torpemente antes de darme cuenta de que ha debido de olvidarse.

Me siento con torpeza frente a él.

—Está usted muy apuesto esta noche, señor Yudin —digo coquetamente. Él sonríe con frialdad cuando se acerca el camarero.

Normalmente es atento y caballeroso; su comportamiento me pilla desprevenida. Timur se dirige al camarero. —*Bonjour, je voudrais une sortie, s'il vous plaît.*

Me encojo cuando el camarero lo mira confundido. A Timur no le vendría mal mejorar su francés. Acaba de pedir una *salida* en lugar de un aperitivo. No quiero corregirlo en público, pero ha cometido un error.

Lo enmiendo rápidamente. —*Je voudrais commander un apéritif, s'il vous plaît.* —El camarero hace una reverencia y se retira. Timur clava su mirada en mí con una frialdad tan aguda que me estremezco.

—No vuelva a hacer eso nunca más —espeta.

—¿Hacer qué? —Lo miro sorprendida.

—Corregirme en público.

Me río. —Timur, ha pedido usted una salida en lugar de un entrante. Apenas lo he corregido, solo me aseguraba de que...

Su mano se alarga y me agarra la muñeca. —¿Ahora también me replica?

Parpadeo, sorprendida. —No.

A veces me recuerda a mi padre, y eso lo *odio*. Aunque Timur es apuesto, refinado y me trata bien, de vez en cuando, cuando está estresado, tiene una vena un poco fría.

—¿Qué ocurre, Timur? Parece preocupado —digo con delicadeza. Pongo mi mano sobre la suya—. ¿Qué pasa?

Él niega con la cabeza. —Supongo que no ha hablado usted con su madre.

Parpadeo. —No. ¿Por qué?

Aparta la mirada, con la mandíbula tensa. —Oh, ya lo verá. ¿Ha pedido ya?

¿Por qué se me encoge el estómago?

—Timur, ¿qué ocurre? ¿Qué necesita decirme?

Su mirada se endurece. —¿Le he preguntado si ya ha pedido?

Niego con la cabeza. —No, lo estaba esperando.

Resopla. —Claro que sí.

Lo miro sorprendida. El móvil no para de vibrar en mi bolso. Cuando Timur me fulmina con la mirada, lo silencio.

—¿Qué le pasa? —pregunto, y noto que el enfado empieza a crecer en mi interior. No me gusta no saber lo que ocurre, y me da la impresión de que me está mintiendo.

Se limita a negar con la cabeza. —No tiene importancia. Pida algo. Algo ligero, Lydia.

Se me suben los colores a las mejillas y, de repente, se me quita el apetito. Solo hace unos meses que nos conocemos. Poco antes de la repentina y trágica muerte de mi padre, él concertó nuestra boda. Timur ha sido un perfecto caballero: atento, generoso… aunque a veces un poco frío. Pero nunca se había portado así. Y, desde luego, jamás había hecho comentarios sobre lo que pido para comer.

Me miro el cuerpo voluptuoso, con el pecho a punto de salirse del vestido que me he puesto para acentuar mis curvas.

Pensaba que le gustaban mis curvas.

—¿Quiere que pida algo ligero?

Sonríe, pero sus ojos permanecen fríos. —Estoy bromeando. Pida lo que quiera. Ya lo sabe. —Masculla algo por lo bajo.

¿Pero qué demonios...?

—Timur —digo con un hilo de voz—. ¿Quién es este hombre y qué ha sido del hombre al que me había acostumbrado y con el que estaba deseando casarme?

El camarero regresa con la carta de vinos.

—Me preocupo por usted, ¿sabe? —dice Timur mientras unta un panecillo con mantequilla y coloca la mitad en mi plato. Es mucha menos mantequilla de la que yo usaría y solo medio panecillo, pero el gesto parece casi tierno.

—¿Ah, sí? —Le doy un bocado, aunque se me encoge el estómago. La comida me sabe a ceniza en la boca—. ¿Por qué?

—Nos casaremos pronto, y el peso de la responsabilidad de gestionar nuestro hogar, nuestros compromisos sociales y, con el tiempo, nuestros hijos recaerá sobre usted. Y esas pequeñas aficiones que tiene no son propias de la esposa que sé que podría ser.

¿Mis *pequeñas aficiones?*

Dejo caer el pan, ya sin apetito. —No sé de qué coño está hablando —suelto.

—Ya estamos otra vez —dice, con la mirada encendida—. Perdiendo los estribos. —Se inclina hacia delante y apoya la barbilla en la mano —. Voy a ser su marido. Solo estoy expresando mi preocupación por usted, Lydia. No hay necesidad de que pierda los estribos. —Se encoge de hombros con indiferencia, pero su tono es de todo menos indiferente—. Odiaría tener que perder los míos.

¿Eso ha sido una amenaza?

Me quedo mirándolo, con la boca abierta.

La vela parpadea entre nosotros. Tentadora.

—Mire —digo en voz baja para no llamar la atención de la gente que nos rodea—. No sé qué le ha pasado para que se comporte así, pero he bebido un poco y necesito ir al servicio. Voy a tomarme un pequeño descanso y, cuando vuelva, tengamos una conversación civilizada, ¿le parece?

Es difícil darle un ultimátum a un hombre que tiene más poder en el pulgar izquierdo que yo en toda mi vida, pero estoy harta de esto.

Me levanto, pero me agarra la muñeca de nuevo, incluso con más fuerza que antes.

—Siéntese, Lydia. —Como no lo hago, suaviza la voz—. Lo siento. He tenido un mal día en el trabajo. Siéntese y cuénteme qué tal le ha ido el día.

Casi me convence. Hay algo en esa voz suave y persuasiva suya que casi me convence de que solo ha sido un desliz y que mi verdadero prometido va a volver. Pero necesito un respiro.

Me zafo de su agarre con un tirón, llamando la atención de varias personas cercanas.

—Solo voy al servicio —digo—. Por favor, déjeme ir.

Intenta alcanzarme, pero pasa un camarero, así que, para guardar las apariencias, esboza una sonrisa. Por una vez, me alegro de que siempre le preocupe más el qué dirán que cualquier otra cosa. —Vaya. Vuelva enseguida.

Un grupo de mujeres pasa por delante de mí. Aprovecho la oportunidad para meterme en medio de ellas y dirigirme al baño antes de que pueda detenerme.

¿Qué ha pasado y por qué se comporta así?

Tengo el estómago revuelto y desearía, y no es la primera vez, tener a alguien en quien confiar. Ojalá mi hermana y yo siguiéramos tan unidas como cuando éramos niñas, pero ahora que está casada con un Romanov, es imposible. Timur lo ha prohibido.

Me contemplo en el espejo y respiro hondo.

Es evidente que está de mal humor, pero nunca se había portado así.

Me retoco los labios con brillo, intentando calmar mis nervios crecientes.

Cojo el móvil, deseando de nuevo poder llamar a Vera. No tengo amigas, y mi madre y yo nunca hemos estado unidas.

No importa. Así que ha estado... ¿qué? ¿Impaciente? ¿Borde? Un hombre tiene derecho a un mal día de vez en cuando, ¿no? Yo tampoco soy un sol a todas horas.

Hasta ahora, siempre me ha tratado bien.

Quizá es que tengo unas expectativas poco realistas. Es solo algo pasajero, una mala noche.

Todo irá bien. Volveré ahí fuera, mi encantador prometido pedirá la cena por mí y olvidaremos que esto ha sucedido. Me muero de hambre. Quizá estoy exagerando las cosas.

Toco la pantalla y veo cinco llamadas perdidas y otros tantos mensajes.

¿Pero qué demonios?

Se me hiela la sangre.

> **Vera**
> Lydia, estás en peligro. Vuelve a casa. Te envío un coche ahora mismo. Tienes que irte. Por favor. Te lo explicaré todo.

¿Volver a casa? Estoy a dos horas de casa.

¿Que estoy en peligro? Miro a mi alrededor el espacioso y lujoso baño. Está bien iluminado con un suelo de mármol que reluce bajo una suave luz ambiental. Las paredes están adornadas con grandes

espejos ovalados con marcos dorados. Sobre las pulidas encimeras hay ramos de flores frescas. Parece demasiado elegante, demasiado refinado, para que yo esté aquí y en... peligro.

Aun así, camino hasta el cubículo, lo abro y echo el cerrojo tras de mí. Abro el bolso y miro el mechero y el espray de pimienta que siempre llevo conmigo. Al menos, tengo cierta protección.

Compruebo el resto de mis mensajes.

Vera
Lydia, por favor, llámame. Es urgente.

Y entonces, otro mensaje de un número que no reconozco.

Nikko
Lydia, soy Nikko Romanov, su cuñado. Es imperativo que aseguremos su ubicación y la pongamos a salvo.

¿Qué demonios está pasando?

Doy un respingo cuando la puerta del baño se abre y oigo el taconeo en el suelo de baldosas. Contengo la respiración mientras los pasos se acercan. Meto la mano en el bolso y saco el espray de pimienta, con el dedo temblando en el gatillo. Pero solo oigo cerrarse la puerta de un cubículo.

Me estoy volviendo loca.

Vuelvo a guardar el espray de pimienta.

He magnificado esto mucho más de lo que es en realidad. Estoy en un restaurante elegante. Con el hombre con el que me voy a casar. Vera está siendo una dramática o está influenciada por su nuevo marido.

Con los dedos temblorosos, le respondo a Vera.

Vale, ¿qué está pasando?

Vera
Es demasiado para contarlo por mensaje y algo que no quiero comunicar de esta manera. No sé si tienes el teléfono intervenido. Es importante que vengas a casa para que podamos hablar. ¿Estás bien? ¿Estás a salvo?

Parpadeo. ¿Mi teléfono... intervenido?

Estoy escondida en el cubículo de un baño. Mi prometido se comporta de forma extraña y mi móvil echa humo con mensajes crípticos sobre mi seguridad. No, claro que no estoy bien.

Estoy bien, no te preocupes. Te llamo después de cenar, ¿vale?

Guardo el móvil en el bolso y salgo del cubículo. La puerta se abre de nuevo, dejando entrar a otra mujer ataviada con un sedoso vestido de cóctel color marfil, pero apenas me fijo en ella. Timur está de pie fuera, apoyado despreocupadamente en la pared con las manos en los bolsillos.

Voy hacia él.

—Tengo que llamar a mi hermana pronto. Ha dicho que necesita hablar conmigo —le digo al salir. La expresión tensa de su rostro ha desaparecido y, en su lugar, parece el hombre refinado y civilizado que le pidió matrimonio bañado por los tonos del atardecer en una playa de Maui. Dejo escapar un suspiro de alivio.

—¿Ah, sí? Ha llegado nuestro primer plato. ¿Puede esperar? Dijo usted que se moría de hambre. Aceleraré la entrega del resto de nuestra comida y nos iremos pronto para que pueda llamarla.

Me acompaña de vuelta a nuestra mesa, igualando mis zancadas mientras caminamos de la mano. Me pregunto si he imaginado el mal humor de antes. Este es el Timur con el que estoy deseando estar.

—Gracias. Me di cuenta de que prefería hablar conmigo en persona.

Timur se inclina y me coge la mano. —Lo siento, Lydia. No debería haber sido tan grosero antes. He tenido un día infernal. —Me sonríe, y las arrugas enmarcan sus cálidos ojos marrones. Un pequeño hoyuelo le aparece en la mejilla. No estoy segura de por qué algo hace que se me encoja el estómago de los nervios y un escalofrío de miedo me recorre la nuca.

Este es Timur. Mi futuro marido. Nunca me ha hecho daño. Quizá he bebido demasiado.

—¿Me perdona?

—Por supuesto.

Mi móvil vuelve a vibrar y Timur frunce el ceño. Odia los teléfonos móviles y, especialmente, que lo interrumpan.

—Lo siento. Está muy preocupada.

—¿Por qué? —pregunta mientras coge un champiñón relleno y desliza uno en mi plato. Preferiría comerme dos, pero él está distraído.

—Ni idea. —Cojo otro panecillo para acompañar el champiñón, pero él frunce el ceño con desaprobación.

—¿Qué?

—La boda se acerca y usted dijo que estaba controlando los carbohidratos —dice encogiéndose de hombros.

Mis mejillas se sonrojan. —Comer bajo en carbohidratos me hacía sentir como si tuviera la gripe. Lo odiaba.

¿Por qué le estoy explicando esto? ¿No debería aceptarme tal como soy?

Cuando mi móvil vuelve a vibrar, Timur parece a punto de sufrir un ataque. Sus ojos me abrasan, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué coño es...?

—No pasa nada, no pasa nada —le digo, negando con la cabeza—. Lo apagaré.

Apuro el vino de mi copa para calmar mis crecientes nervios. En una situación normal, su comportamiento me parecería una clara señal de alarma, pero no somos una pareja corriente en una situación ordinaria, y eso lo sé bien.

—Es solo que está preocupada y ha dicho algo sobre que no estoy a salvo.

Él asiente, pero no parece muy preocupado. —Está a salvo cuando está conmigo. He apostado un guardia aquí para usted antes de venir. Debería dejar de ver las noticias.

—Ella no ve las noticias.

Los labios de Timur se afinan. No le gusta que le contradigan.

La comida se me hace una bola en la boca. Trago con esfuerzo.

Un escalofrío me recorre la espalda y no entiendo por qué. Aparto mi copa de vino. No quiero que nada interfiera con mi capacidad para pensar con claridad. Es una noche extraña, muy extraña.

No estoy en peligro. Estoy con mi prometido y mis guardaespaldas. —¿Me mantendrá a salvo, verdad?

Timur se inclina hacia delante y me coge la mano. —Por supuesto que lo haré, Lydia. Siempre.



CAPÍTULO 3

VIKTOR

Compruebo en el móvil las grabaciones de las cámaras de vigilancia de Lydia. Cuando me enteré de su compromiso, hice todo lo posible por sacármela de la cabeza, pero habría sido como arrancarme el corazón del pecho y tratar de seguir viviendo.

Pero ahora que Mikhail me ha dado luz verde y mi matrimonio con Lydia Ivanova sigue adelante, ha vuelto a ocupar todos y cada uno de mis pensamientos. La familiaridad de mi jodida obsesión con ella me permite respirar tranquilo de nuevo.

Reviso los monitores de mi despacho para ver dónde está: sigue cenando con ese gilipollas despreciable. Quiero atravesar la cámara y atraerla hacia mí. Traerla a casa.

Si su padre no estuviera ya muerto, lo enterraría yo mismo en una puta tumba poco profunda por permitir que su hija estuviera a menos de tres metros de ese puto gilipollas. Consulto el móvil, deseando tener en la carretera la misma precisión de vigilancia que en casa, pero hemos tenido que movernos.

Estábamos a una hora de distancia cuando recibimos la llamada de Nikko.

—Moveos. Lo sabe. La tiene en un restaurante ahora mismo y ella no sospecha nada, pero no está a salvo. Tenemos imágenes de él metiendo una bolsa de lona grande, cuerda, cinta americana y guantes en el coche. Mala cosa, Viktor.

Nunca en mi vida he conducido tan rápido.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Lev, sentado en el asiento del copiloto mientras yo zigzagueo entre el tráfico, conduciendo a más de ciento sesenta kilómetros por hora con una facilidad pasmosa. Aleks está en el asiento de atrás, impidiendo que cualquier

interferencia policial detecte nuestra velocidad. Estamos a diez minutos.

—Sacarla de allí de una puta vez.

—Vera le ha enviado un mensaje antes de que Nikko se diera cuenta de lo que pasaba.

—Mierda.

—¿Qué le ha dicho?

—Algo críptico que decía que estaba en peligro y que saliera de allí.

Mierda. Si Yudin se entera, está jodida. Niego con la cabeza.

—Dile que pare. Podría tenerle el teléfono pinchado.

—Por supuesto que le tiene el puto teléfono pinchado —masculla Aleks.

Joder.

Necesito que se mantenga a salvo para poder traerla a casa conmigo. No será la solución que necesitamos para todo, pero aquí es el mejor lugar para ella. Nos ocuparemos de cualquier mierda que nos echen los hombres de la *Ledyanoye Bratstvo después* de que esté aquí conmigo.

—Está tensa. Vulnerable —dice Lev, mirando las imágenes en mi móvil—. Sabe que pasa algo, ¿verdad?

—A saber qué coño le está diciendo.

—Yo sí lo sé —dice Aleks con una sonrisa. Toca algo en su teléfono y la hermosa y sensual voz de Lydia suena por los altavoces.

—*Me mantendrás a salvo, ¿verdad?*

—*Siempre, Lydia.*

Una tercera voz se une a la conversación. —*¿Les ofrezco la carta de postres?*

—*No, no queremos postre* —dice el gilipollas—. *Nos vamos.*

Joder.

Mientras me quede aliento en los pulmones, Yudin nunca la tocará. Protegeré a Lydia con cada gramo de mi ser. No permitiré que nadie le haga daño. Lo que le pasó a mi hermana no le volverá a pasar a otra alma inocente y frágil. No mientras yo viva.

Nunca más.

Hago un repaso mental de las armas que llevo: una pistola elegante y una hoja oculta.

Estoy listo.

Todavía puedo ver la cara de mi hermana surcada de lágrimas. Todavía puedo ver su cuerpo destrozado en mis brazos. Todavía puedo sentir cómo se aferraba a mí como si se aferrara a la vida misma, y yo era el único que podía salvarla antes de que exhalara su último aliento. Cada día me recuerdo la promesa que hice por ella.

—Cuando lleguemos, tened el coche preparado. Puede que necesitemos movernos rápido. No sé qué clase de refuerzos pueda tener.

Lev asiente mientras Aleks teclea algo en su móvil tan rápido como se lo permiten los dedos.

Seguro que está asustada. Más le vale a ese cabrón no haberle dicho nada que la hiriera. Si lo ha hecho, le romperé la puta mandíbula por eso. A ver si entonces le resulta tan fácil insultarla.

—Se están preparando para irse. Les han traído el coche.

Joder.

—Tenemos el coche en nuestro radar. Nos estamos acercando.

Piso el acelerador.



CAPÍTULO 4

LYDIA

HEMOS TERMINADO de cenar y empiezo a ponerme nerviosa por los mensajes de Vera, pero Timur no parece tener ninguna prisa como antes. Al contrario, sus movimientos son casi... calculados. Planeados.

El camarero nos trae la cuenta y Timur paga.

—Oye, necesito hablar con mi hermana ahora mismo. ¿Podemos irnos?

—Por supuesto. —Evita mi mirada y un músculo se le contrae en la mandíbula, pero cuando vuelvo a mirarlo, se muestra completamente caballeroso al ponerme la mano en la parte baja de la espalda y guiarme hasta su coche. Un aparcacoches nos lo acerca. Me abre la puerta, y me deslizo en el asiento del copiloto mientras él se monta en el del conductor.

Pero algo no encaja, como si estuviera viendo una película y la cinta se atrancara, y cada segundo que pasa estuviera ligeramente desacompasado. El silencio entre nosotros crepita con una tensión tácita, el aire cargado de mis miedos reprimidos y de qué demonios se esté cociendo con mi prometido.

—¿Qué te ha dicho tu hermana? —pregunta mientras se incorpora a la calle sin prisa. El motor del coche ronronea, y resulta casi reconfortante.

Todo va bien.

No hay de qué preocuparse.

Aun así, me pican las manos por coger el mechero del bolso y encenderlo. Ya casi puedo oír el chasquido de la llama y ver el parpadeo de su fuego controlado. Trago saliva con dificultad y miro por la ventanilla.

Ahora soy una adulta. No soy la adolescente rebelde que buscaba algo que poder controlar.

—No mucho..., solo que volviera a casa.

—Entonces no te ha dicho nada.

—No —le digo—. No sé nada. Es un poco raro; desde que Vera se casó, se ha vuelto muy misteriosa con algunas cosas. Me ha dicho que tenía que hablar con ella en persona. —No le digo que cree que mi móvil no es seguro.

—Claro que no lo hace. Se ha casado con un puto Romanov.

Le lanzo una mirada cortante. Ni siquiera sabía que él supiera algo sobre ella. ¿Va a ser esto un problema?

Confío en Timur, pero...

Estoy mirando el móvil, intentando ponerme al día con los mensajes, cuando veo que los últimos que le he enviado a Vera no han llegado a mandarse. Qué raro.

—Guárdalo, Lydia —dice con frialdad—. Ya sabes lo que opino de eso cuando estamos juntos. —Sus dedos tamborilean con impaciencia sobre el volante.

—Lo sé, pero está preocupada. —Estoy distraída, intentando averiguar si tengo cobertura en el móvil, y no me doy cuenta del tono creciente de su voz.

—No tiene motivos para estarlo —exhala—. Se me está acabando la paciencia. Guarda esa maldita cosa.

—Necesito...

Al instante siguiente, me arrebata el móvil de la mano, baja la ventanilla y lo lanza a los coches que vienen en dirección contraria.

—¡Timur!

Sus labios forman una fina línea mientras aceleramos aún más.

—¿Cómo has podido hacer eso? Era mi móvil. ¡Ay, Dios mío! —Me agarro a su brazo, pero me aparta de un empujón tan fuerte que me golpeo contra la puerta del copiloto.

Abro la boca para protestar de nuevo cuando me doy cuenta de que vamos en la dirección equivocada. Un escalofrío me recorre las venas; se me olvida el móvil.

Respiro hondo. Tengo que mantener la calma. *No puedo perder los nervios.*

—Timur, ¿adónde vamos? Pensaba que íbamos a casa. —Esta no es la dirección correcta.

—Lo hacemos —dice, con dureza en la voz.

Un desasosiego se instala en mi estómago. Miro a mi alrededor; las aguas oscuras del río brillan bajo las luces del puente que cruzamos a toda velocidad.

Antes de que pueda procesar la información o entender de qué demonios está hablando, el coche se detiene con una sacudida. El corazón me da un vuelco en la garganta al ver por el retrovisor un coche que se nos acerca.

Estás en peligro.

Sin dudarlo, Timur busca bajo su asiento y saca una pistola, con expresión fría y decidida.

—¿Qué haces? —jadeo con voz temblorosa—. ¿Qué demonios está pasando? ¡Ay, Dios mío, tú sabes de lo que habla ella!

—Sí, joder, sabía que venían. —Niega con la cabeza—. Pase lo que pase, quédate en el coche —ordena, con voz de acero—. *No te muevas*.

El pánico se apodera de mí. Nunca antes le había visto empuñar un arma. Y aunque sabía quién era, al menos sobre el papel, nunca le

había visto actuar de otra forma que no fuera civilizada y refinada.

Se me corta la respiración cuando alguien grita y suenan unos disparos.

El coche se abalanza hacia delante de repente, golpeado por detrás. Grito cuando Timur vuelve a saltar dentro y cierra la puerta de un portazo. —¡Al suelo! —grita, pisando el acelerador. Bajamos el puente a toda velocidad, y los sonidos de los disparos y los gritos se desvanecen en la distancia.

—¿Qué está pasando? —lloro, con el miedo arañándome el pecho.

Estás en peligro.

¿Es a esto a lo que se refería Vera?

No responde, su atención está totalmente centrada en la carretera. Pero cuando un fuerte estruendo vuelve a sacudir el coche, damos un volantazo brusco. Grito, agarrándome a la puerta mientras nos estrellamos contra el guardarraíl. El mundo da vueltas y, para mi horror, el coche vuelca y se detiene boca abajo tras derrapar. El airbag se infla y me aplasta. Me golpeo la cabeza contra algo y el dolor me rebota en el cráneo. El sabor metálico de la sangre me llena la boca.

Lloro, aturdida y desorientada, mientras forcejeo con el cinturón de seguridad, con el mundo convertido en un borrón caótico de ruido y dolor. Tengo la vaga idea de que debería evaluar la situación, pero estoy confusa y no sé cómo hacerlo. De algún modo consigo salir, con la visión borrosa y confusa. El vestido me cuelga de un hombro, hecho jirones.

Mis ojos se desorbitan de miedo mientras grito el nombre de Timur, pero él ya se ha ido, corriendo hacia el borde del puente.

Una figura envuelta en la oscuridad se cierne sobre él; hay algo en sus pasos, pesados y sin prisa, que resulta aterrador. Sus ojos están fijos en Timur.

—¡Alto! —le ladra; sus palabras son una orden seca. Timur se gira, pistola en mano, y yo grito.

Unos brazos fuertes me rodean. Me debato, intentando quitármelos de encima, pero estoy herida y mis reflejos son lentos.

—¡No! ¡Soltadme! —grito, revolviéndome contra el agarre de mi captor.

El mundo a mi alrededor parece desdibujarse mientras la adrenalina recorre mis venas, llevando cada uno de mis sentidos al límite. Oigo un golpe sordo y repugnante y un grito de dolor. Grito y empujo, pero es inútil.

Alguien lo ha atrapado. Quienesquiera que hayan venido a por nosotros tienen a Timur, y le están dando una paliza.

—¡Pare! ¡No! —chillo—. ¡Socorro!

Siento cada impacto como un golpe físico en mi propio cuerpo, cada grito de dolor, una daga en mi corazón. Quiero apartar la vista, esconder la cabeza entre las manos y bloquear la pesadilla que se desarrolla ante mí, pero soy incapaz de despegar los ojos del horror.

¿Por qué nadie se detiene a ayudar?

Suena un disparo. Timur echa a correr, se impulsa para subir al puente... y desaparece.

Grito y forcejeo, pero es inútil; quien me sujeta me tiene bien agarrada.

—¡Suélteme!

—Deje de luchar. —La voz es grave, autoritaria y desconocida. Alzo la vista y veo a un hombre alto y corpulento, con la cabeza rapada y una cicatriz que le recorre la mejilla. Su agarre, fuerte e implacable, me aterroriza; su presencia es abrumadora. Me sujeta con facilidad, como si mis forcejeos no fueran nada.

Una alarma resuena en mi memoria. De alguna manera, me resulta vagamente familiar. No lo conozco, pero lo he visto antes.

Un grito histérico se me escapa de los labios. —*¡No! ¡Timur!* — sollozo, con el cuerpo temblando sin control.

—¡Joder! —grita uno de los hombres—. ¡Pilladle, coño!

—¡Escúcheme! Ya está a salvo, Lydia.

¿Cómo sabe mi nombre?

El puto *mentiroso*.

Sigo empujando y gritando, pero es como si fuera un ratón en las garras de un león. Con una facilidad pasmosa, desvía mis golpes, como si apenas los notara, antes de agacharse y levantarme. Me acurruca contra su pecho con delicadeza, pero es tan grande que no puedo quitármelo de encima.

La vista se me aclara un poco, y las luces del puente iluminan los intensos ojos de mi captor. Su expresión es una mezcla de preocupación y determinación férrea.

Me sostiene contra él como si no pesara nada. Soy robusta y con curvas... No soy una cosita menuda a la que se pueda llevar en brazos como a una muñeca. Solo un hombre del tamaño de un superhéroe sería capaz de sostenerme en sus brazos con tanta facilidad.

Ese pensamiento no hace más que aumentar mi terror.

—La tengo —dice—. Está a salvo.

¿A salvo? Por supuesto que no estoy a salvo. Nos han atacado. He visto a uno de ellos golpear a mi prometido con sus propias manos.

Mientras forcejeo, aparece otro hombre, más joven y de aspecto más pulcro, con expresión seria mientras le habla en ruso a mi captor. No alcanzo a oír bien su conversación, pero la presencia del hombre más joven aumenta mi miedo.

—Métela en la parte de atrás del coche —dice un tercer hombre, clavando sus penetrantes ojos azules en los míos. Es alto e imponente, pero tan sólido como los otros—. Vera se lo explicará.

¿Vera?

¿*Qué*?

—¡No! ¡Suélteme! —exijo, convencida de que me están secuestrando —. ¡No me toque!

—Lydia, cálmese —dice el que me sujeta, con voz más suave pero firme—. No vamos a hacerle daño.

Pero estoy demasiado aterrorizada para escuchar, con la mente llena de la advertencia de mi hermana y la visión de Timur huyendo.

¿Acaso mi hermana trabaja con el enemigo?

Se ha casado con un puto Romanov.

—Por favor —dice el hombretón que me sujeta—. Se lo explicaré...

—*Mierda*. —Unos neumáticos chirrían mientras un coche se dirige hacia nosotros a toda velocidad. El hombretón que me sujeta salta a un lado conmigo en brazos y se tira al suelo justo a tiempo, mientras resuenan unos disparos. Me protege bajo él, usando su enorme cuerpo como escudo humano. Desde mi posición, veo al hombre alto ponerse de pie y apretar el gatillo, una y otra y otra vez. Un cristal se hace añicos y uno de los neumáticos explota antes de que el coche se estrelle de frente contra la barandilla de seguridad.

Se oye el silbido de los airbags y alguien grita, pero nadie sale del vehículo. Tiemblo sin control y, de repente, tengo ganas de vomitar.

—*Ledyanoye Bratstvo* —dice el más joven con un gruñido.

Alguien está abriendo una puerta. Forcejeo contra su agarre, pero es inútil. Me veo superada, me levanta en brazos y me mete en el coche como si fuera una muñeca. Manoteo contra unas manos

fuertes, arañando y gritando. Uno de ellos me ata algo en las muñecas y otro me abrocha el cinturón.

—Yo me encargo —dice el más joven—. Viktor, no me mates. —Un rugido me retumba en los oídos cuando algo afilado me pincha la piel. Grito, y el más grande tira de mí hacia él.

—Basta —gruñe el más grande con una voz que me para el corazón —. A ella no la toca nadie más que yo. —Se desliza a mi lado.

—No estás pensando con claridad —dice el más joven—. Es salvaje e impredecible, y no tenemos lo que hace falta para mantenerla a salvo.

—Tiene razón.

El hombretón ruge como un animal, pero me mantiene sujeta contra él. —La tengo yo, joder.

—Joder —masculla el más joven.

—Más te vale rezarle. Te voy a dar una puta paliza por eso.

—No puede pensar con claridad —le dice el alto al más joven—. Se ha vuelto loco.

¿Qué está pasando? Siento la cabeza demasiado pesada y extrañamente tensa.

Oh, Dios.

¿Qué van a hacerme?

Mientras nos alejamos a toda velocidad, miro por la ventanilla; las luces de la ciudad pasan borrosas.

Tienen que ser los enemigos de mi prometido. No tengo ni idea de adónde vamos ni de lo que están haciendo, pero tengo que mantener la calma. Tengo que fijarme en cada detalle para poder planear mi huida.

Pero ha dicho que Vera me lo explicaría...

Tengo que mantener la calma hasta que hable con mi hermana.

Incluso mientras nos alejamos, mi mente se acelera con pensamientos de fuga y el miedo a lo que estos hombres puedan hacerme.

No he visto a estos hombres en mi vida. Evalúo rápidamente la situación. Son tres hombres fuertes contra mí, sola, y no parece fácil escapar de ninguno de ellos. El tipo grande, el que me ha llevado hasta este coche, con la cicatriz en una mejilla, tiene una mirada que me dice que la violencia no le es ajena. Me estremezco.

El alto de pelo negro y esos ojos tan, tan azules, es el que conduce, y el más joven va en el asiento del copiloto. Este mira por encima del hombro al hombre que está a mi lado. —No me fío de ella. Es impredecible.

Me quedo boquiabierta. —No voy a hacer nada —miento, porque estaba planeando largarme de aquí en cuanto el coche redujera la velocidad. Pero ya arrastro las palabras y siento los miembros extrañamente despegados del cuerpo. El pánico me invade al darme cuenta de que me han drogado. La vista se me nubla y un pesado entumecimiento se extiende por mis músculos, haciendo que me resulte imposible moverme. El interior del coche da vueltas y lucho por mantener los ojos abiertos, con la mente acelerada por pensamientos de huida que ahora parecen irremediablemente fuera de mi alcance.

Conducen en silencio; la velocidad me aterra. La cabeza se me cae a un lado. Lucho por mantenerme despierta, por no cerrar los ojos.

—¿Quiénes son ustedes? —Mi voz tiembla, las palabras apenas son coherentes—. Me obligo a parar. Quiero mantener el control de mí misma y de mis emociones. No quiero ser una mujer indefensa y dominada. —¿Dónde está Timur?

—Maldita sea, buena pregunta —gruñe el conductor—. A mí también me gustaría saberlo.

El conductor y el hombre a mi lado se miran por el espejo retrovisor.

—Somos amigos de su hermana, Vera —dice uno finalmente—. Llámela.

Vera.

Cuando los hombres no responden, me doy cuenta de que me habla a mí.

—No tengo el móvil.

—Mierda. ¿Perdió el bolso en el accidente?

Miro a mi alrededor frenéticamente, como si fuera a aparecer de algún modo en el interior del coche. Por supuesto que no tengo el bolso.

—Sí. —No les digo que Timur tiró mi móvil antes de que llegaran. Me parece una tontería darles más munición contra él cuando ya han intentado matarlo. Pierdo y recupero la consciencia como si alguien estuviera encendiendo y apagando las luces.

Aquí dentro hace calor, un marcado contraste con el frío miedo que me atenazaba antes. El hombre que me capturó me sujeta contra él con una ternura que desafía su rudo exterior, una inesperada delicadeza que me pilla por sorpresa. Me digo a mí misma que tenga cuidado. Nadie está aquí para protegerme.

La cabeza se me apoya en su hombro e, instintivamente, él me rodea con un brazo protector, acunándome en su abrazo. Parpadeo para luchar contra el sueño inminente, pero el calor es reconfortante, un bálsamo para mis nervios deshechos. No puedo pensar más allá de la amenaza del sueño, que me arrulla hacia una rendición a regañadientes.

No puedo... pensar.

Y, sin embargo, una palabra emerge, intensa y sorprendente en su claridad: *a salvo*.



CAPÍTULO 5

VIKTOR

LA TENGO. Está conmigo. Siento que estoy soñando.

Lydia Ivanova está dormida en mis brazos.

—Te voy a reventar a hostias en cuanto la ponga a salvo —le digo a Lev—. No puedo creer que el cabrón haya tenido los cojones de drogarla en contra de mis deseos. No le he puesto la mano encima a Lev desde que era un adolescente gilipollas que se creía invencible y le salvé el culo de una banda rival con la que creía que podía. De eso hace años.

Lev traga saliva. —Lo sé.

Es mía.

Mía.

—No lo mates —masculla Aleks, con la mirada saltando del retrovisor a mis ojos—. Si no lo hubiera hecho, ella se habría peleado contigo y probablemente habría abierto la puerta o algo así.

Gruño y miro por la ventanilla, reacio a admitir que probablemente hizo lo correcto. Podría haberla controlado si hubiera luchado contra mí. Puede que incluso me hubiera gustado.

—Te dije que la tenía controlada. Es bastante fácil reducirla, puto cabrón.

Se remueve contra mí y bajo la voz. —¿Y ahora cómo va a confiar en mí sabiendo que la hemos secuestrado y drogado?

Lev niega con la cabeza. —No subestimes lo importante que es ponerla a salvo primero, Vik. Mira, no estás pensando con claridad. Una vez que tú...

—Sé perfectamente lo que hago —le espeto. Y lo sé. Él no entiende la de veces que he pensado en esto, en *ella.* Lo jodidamente

decidido que estoy a asegurarme de que esté a salvo, segura y bien protegida. —Dejadme que os deje esto claro. Que ninguno de vosotros vuelva a ponerle un puto dedo encima.

—Joder, Viktor, no pagues tu rabia contra Yudin con nosotros —dice Aleks.

La furia me araña el pecho cuando pienso en lo que podría haber pasado esta noche, pero no está fuera de lugar. Inspiro para calmar mis nervios crispados, como me enseñó Kolya.

El teléfono de Aleksandr suena, retumbando con fuerza por los altavoces. Lydia se remueve contra mí.

—Apágalo —bramo—. Joder.

—Es Mikhail —replica Aleks. Hay una regla no escrita de que respondemos a las llamadas de Mikhail de inmediato, sin rechistar, sin importar la hora del día.

—Me da igual.

Lev y Aleks intercambian una mirada antes de que Lev conteste la llamada. —Sí. La tenemos. —Niega con la cabeza—. No, él se ha escapado, pero teníamos un equipo de respaldo bajo el puente y confiamos en que lo atraparán.

Tienen instrucciones estrictas de encontrarlo y entregármelo directamente a *mí.* Nadie le tocará ni un pelo de la cabeza.

Hablan en susurros hasta que, finalmente, él termina la llamada.

—Mikhail quiere un informe.

—Envíale un mensaje.

—Viktor —empieza Aleks, mirándome de nuevo por el retrovisor—. Tienes que ser razonable.

Le sostengo la mirada durante unos segundos antes de que vuelva a mirar a la carretera.

—Finjamos por un momento que fuera Harper —digo en voz baja—. Finjamos que acabas de rescatarla de alguien que no solo planeaba casarse con ella, sino también utilizarla y luego matarla.

Un músculo se tensa en la mandíbula de Aleks. —Lo pillo —dice finalmente—. Solo quiero que seas racional.

—Seré racional cuando el puto Timur Yudin deje de respirar y la *Ledyanoye Bratstvo* esté destruida. Entraré en razón cuando le ponga un anillo en el dedo y la asegure a mi lado a salvo. Hasta entonces, seré el hijo de puta más irracional que hayáis conocido en vuestra puta vida.

Caemos en un silencio que solo se rompe por las actualizaciones ocasionales de Lev, que envía mensajes al resto de nuestros hermanos. Ella se remueve contra mi hombro mientras trazo mis planes. Hasta que reciba más noticias, tengo un único objetivo: mantenerla a salvo.

—No hay noticias de nuestros hombres —dice Lev, negando con la cabeza—. Joder. Esperaba algo mejor.

Para mí era más importante asegurarla a ella que atrapar a nuestro enemigo. Tuve que elegir entre una cosa y la otra.

La elegí a ella.

Siempre la elegiré a ella.

Yudin es un hombre muerto. De eso me encargaré yo.

Apenas se mueve durante el viaje de dos horas a casa. Entramos en el camino de entrada de mi casa bien entrada la noche. Me quedo atrás con Lydia mientras mis hermanos vigilan para asegurarse de que no ha pasado nada mientras estaba fuera, pero no me sorprende que no encontremos nada. Timur Yudin planeará su venganza, pero no es un hombre que actúe de forma temeraria. Se tomará su tiempo.

—Vía libre, Vik —dice Lev desde la puerta, haciéndonos una señal para que entremos—. Lydia se remueve, pero no se despierta cuando la levanto del coche y la acuno en mis brazos.

Cuando se despierte, estará lista para luchar. Quizá consiga hacerla entrar en razón cuando Vera participe, pero lo más probable es que luche incluso entonces. Pero no pasa nada. Me encanta que sea una luchadora.

Me encanta cómo se siente en mis brazos.

Así que me tomo un momento para disfrutar de esto. La sensación cálida y reconfortante de tenerla en mis brazos, acurrucada contra mi pecho. Su calor contra mí, su aliento en mi cuello. El persistente aroma a jazmín mezclado con un matiz terroso, ardiente pero refinado.

Su larga, espesa y ondulada melena del color del cuero curtido le cae por la espalda, un mechón rebelde le cruza el rostro y parte de su pelo me hace cosquillas en el cuello. Su vestido, rasgado en el accidente, apenas se le aferra al cuerpo. La giro hacia mí y la abrazo con más fuerza para que no coja frío. El sonido tranquilizador de su suave respiración me da una pequeña medida de consuelo.

Cuando llego a la entrada de la casa, Nikita se acerca, silenciosa y contenida, pero alerta. Está tan preocupada como yo. Sus ojos expresivos se encuentran con los míos y le hago un gesto de asentimiento. —Sí, pequeña. La protegerás, igual que yo. Le da un pequeño y agradecido olfateo al pie de Lydia antes de seguirnos dentro de la casa.

Pasará la noche en mi dormitorio, donde podré vigilarla de cerca.

Vera está metida de lleno en un estudio de campo que está haciendo con uno de sus profesores y es probable que no pueda unirse a nosotros pronto. Zofia se va de viaje al extranjero para encabezar una serie de eventos benéficos de alto perfil con los que se había

comprometido previamente. Hemos elegido el peor momento posible.

Espero que los Ivanov puedan hacerla entrar en razón, pero el tiempo lo dirá.

Detrás de mí, en el rellano, suena el teléfono de Lev. —Es Mikhail.

Contesta de inmediato. —Sí. Lev maldice por lo bajo. Mala cosa. Niega con la cabeza y cuelga el teléfono.—Yudin ha escapado.



CAPÍTULO 6

LYDIA

HASTA MIS SUEÑOS son pesados y confusos. Me despierto varias veces durante la noche y, cada vez que lo hago, la niebla se disipa un poquito más.

Al principio, me doy cuenta de que estoy en una cama. No en una cama cualquiera, y desde luego no en la de un hotel, porque esta es absolutamente enorme, casi ridícula. Si un crucero fuese una cama, estaría durmiendo en ella. Se siente como una vasta extensión de lujo, con almohadas suaves y mullidas y un edredón que parece envolverme en un capullo de calidez y seguridad. El colchón es tan ancho y espacioso que cabrían cinco personas sin problemas y aún sobraría sitio. Apenas alcanzo a ver los bordes de la cama; su descomunal tamaño me hace sentir como si estuviera en un lujoso santuario, diseñado para ofrecer el máximo confort y seguridad.

Otra vez que me despierto, soy consciente de las sábanas, como de la seda más fina sobre mi piel. Mi cabeza descansa sobre una funda de almohada de satén.

¿Qué clase de captor me mete en una cama que podría rivalizar con la de un hotel de lujo?

Al principio, creo que estoy sola, pero enseguida me doy cuenta de que no. Cuando me remuevo, el tipo enorme que me secuestró y me drogó está a mi lado, sentado en una silla junto a un escritorio. —¿Se encuentra bien? —pregunta.

Abro la boca para hablar, pero siento la lengua demasiado grande y no consigo articular palabra. Aun así, él se levanta y su enorme figura bloquea la luz a su espalda mientras se acerca a mí.

Retrocedo de un respingo cuando me acerca algo a los labios y aparto la cabeza. No me fío de él.

—Beba —ordena—. Es agua.

Niego con la cabeza y la aprieto contra la almohada. Soy vagamente consciente de que maldice mientras cierro los ojos y vuelvo a dormirme.

Cuando por fin me despierto, abro los ojos. Tengo la vista un poco borrosa y la cabeza me *martillea.* El mero hecho de abrir los ojos e intentar girar la cabeza me duele. ¿Dónde estoy? ¿Estoy a salvo?

Aparte de la cabeza, parezco estar bien.

Los sucesos de la noche anterior me vienen de golpe y ahogo un sollozo.

Timur.

Me han separado de mi prometido. Secuestrada. Lo van a matar.

¿Qué piensan hacer conmigo?

Me incorporo de golpe en la cama y me doy cuenta de que, aunque estoy tapada con una manta, solo llevo puesto el sujetador y las bragas.

—Chisss —dice alguien cerca. Parpadeo ante unos ojos de un color marrón muy oscuro. Lo reconozco de inmediato como el hombre que me atacó anoche y contengo un grito. —No voy a hacerle daño —dice con suavidad, negando con la cabeza—. Se lo prometo.

¿Por qué iba alguien a secuestrarme, atacarme y luego prometerme que no me haría daño?

¿Por qué me resulta tan familiar? Ojalá pudiera encajar todas las piezas. Abro los ojos y parpadeo, intentando aclarar mi visión borrosa.

—¿Quién es usted? —pregunto con los labios hinchados y las palabras arrastradas.

Coge una botella de agua de la mesilla de noche y le quita el tapón. —Me llamo Viktor Romanov. —Su voz es grave y ronca, teñida con el más leve toque de acento ruso.

Viktor Romanov.

Romanov... Vera se casó con Nikko Romanov. Recuerdo vagamente algo de anoche sobre mi hermana, pero mis pensamientos están confusos.

Aun así, no me importa. Nadie de mi confianza me ha confirmado nada todavía y, hasta ahora, estos hombres no han hecho nada para convencerme de que los crea.

Aparto la cara del agua y niego con la cabeza. No aceptaré nada de un hombre que me ha secuestrado.

—Beba —ordena—. Si no bebe el agua esta vez, me veré obligado a llamar a un médico para que venga y le ponga una vía intravenosa. Está deshidratada. —Habla con ese ligero acento ruso, despacio y con paciencia, casi como si se dirigiera a una niña. Sus ojos, fríos y calculadores, me observan con atención, como si esperara que le obedeciera.

Resoplo y me subo las sábanas, con un grito atascado en la garganta al darme cuenta de que no estamos solos. La perra más grande que he visto en mi vida está acurrucada en la cama a pocos metros de mí. Cuando levanta la vista para mirarme, parece inteligente pero poderosa, con los músculos marcándose bajo un brillante pelaje negro. Está tumbada al otro lado de la cama, que está perfectamente hecha.

Uf. Nadie más se ha metido en la cama conmigo esta noche. Un pensamiento de locos, pero ha sido una serie de acontecimientos de locos.

—Tranquila —dice él—. Solo es Nikita. Está aquí porque quería protegerla.

Chasquea los dedos y la oscura figura de su perra, enorme y musculosa... no muy distinta a *él*... salta obedientemente de la cama y se acerca.

—Vete —dice, volviendo a chasquear los dedos y abriendo la puerta. La perra sale sumisamente. Él cierra la puerta y se vuelve hacia mí. —Ahora beba, Lydia.

Dudo, con la mirada saltando de la botella de agua a sus ojos firmes. No hay amabilidad en su expresión, solo una severa determinación que deja claro que no es una amenaza vana. Tengo la garganta seca y sé que necesito el agua, pero la idea de hacer lo que me dice hiere mi orgullo. ¿Y cómo sé que no está drogada para mantenerme en un estado de sumisión?

—No. No puedo fiarme de usted —susurro—. No sé quién es.

—Es *agua.*

Aprieto los labios. Espero que pierda los estribos, pero no lo hace.

—Le diré quién soy, aunque me sorprenderá que me crea al principio. Pero primero, agua, o llamo al médico.

Me quedo mirando la botella. Siento que me muero de sed. Así que, finalmente, con un suspiro de resignación, alargo la mano para coger la botella, temblándome ligeramente la mano.

—De acuerdo —digo con el ceño fruncido porque acabo de darme cuenta de que tengo las muñecas atadas. Tengo la vaga idea de que no le hizo gracia que me drogaran, pero podría haberme quitado estas ataduras. Me quiere atada.

Doy el sorbo de agua más pequeño. Me roza los labios resecos y sabe tan bien que sigo bebiendo a tragos. Sus ojos brillan con un atisbo de satisfacción cuando me llevo la botella a los labios. El agua está fresca y es un alivio mientras se desliza por mi garganta, pero la victoria es suya, no mía.

Dejo la botella sobre la mesa y le sostengo la mirada, con el desafío ardiéndome en los ojos.

—Ya está —digo, con voz ronca pero firme—. ¿Contento?

—Así me gusta —dice él, con un tono cálido y de aprobación—. Qué chica tan buena. —Alarga una mano hacia mí, pero la retira como si se hubiera quemado.

Me pregunto qué le hace fruncir el ceño de esa manera.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

Culpo a las drogas.

Le suena el teléfono. Mira la pantalla, pulsa un botón y el sonido cesa. Lo veo guardárselo en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado? —Mi voz es dura. Reservada. No me fío de él y me asusta no saber dónde estoy ni por qué.

Miro la puerta del dormitorio y veo que está cerrada con llave. Odio tener la mente tan nublada y no tener el control total de mí misma.

—Usted me ha raptado.

Ojalá mi acusación no tuviera ese toque de petulancia. Quiero mantenerme fuerte, pero estoy agotada y hambrienta, y me duele tanto la cabeza que me la sujeto con las manos.

El tipo grande —Viktor, ha dicho que se llama— se inclina y me aparta el pelo de la frente, pero me toca con una ternura absoluta, como si, de moverse demasiado rápido, el momento se fuera a perder.

El pulso se me acelera, pero levanto la guardia de inmediato. Sé que no puedo fiarme de alguien que es amable y cuidadoso. Si bajas la guardia..., si te vuelves vulnerable lo más mínimo..., es entonces cuando se lanzan a aprovecharse de ti.

Y puede que él sea el hombre más peligroso que he conocido en mi vida.

—¿Qué le ha hecho a Timur?

Los ojos del hombre se oscurecen, como si se gestara una tormenta en ellos.

—No lo que me habría gustado hacerle, desde luego.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando me doy cuenta de que lo dice completamente en serio. Ha venido a por Timur y a por mí. Me ha raptado a mí y a Timur... Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Por qué? —susurro.

Aprieta la mandíbula mientras se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Anoche llevaba una chaqueta de cuero negra, pero aquí, en los confines de esta habitación, no lleva más que una simple camiseta interior blanca que se ajusta a la extensión de su pecho y a la protuberancia de sus bíceps. Le da un aspecto solo un poco más humano, aunque los tatuajes que serpentean por sus brazos y su cuello no hacen más que acentuarlo.

—Es complicado.

Bebo otro trago de agua y recupero parte de mis fuerzas. Me incorporo y lo miro fijamente.

—No pienso ir a ninguna parte. Recibí una llamada de mi hermana diciéndome que estaba en peligro. Mi prometido empezó a comportarse de forma extraña y, de repente, nos atacó usted. Le dio una paliza y desapareció. —Niego con la cabeza y el pelo me cae sobre los hombros. Lo echo hacia atrás, intentando mantener una mínima apariencia de control—. Tengo todo el día.

Me sostiene la mirada, con una expresión casi pensativa en el rostro.

—Timur planeaba hacerle daño.

Resoplo, negando con la cabeza.

—Va a tener que empezar con un enfoque diferente, porque *ese* no cuela. Es mi prometido.

Me muevo incómoda en la cama y me doy cuenta de que necesito ir al baño. No sé si me atrevo a andar, ya que apenas veo con claridad y puede que las piernas no me respondan. Quiero llegar al fondo de todo esto, así que ignoro la llamada de la naturaleza.

—En el maletero de su coche tenía una bolsa de lona, una cuerda, cinta aislante y guantes.

Niego con la cabeza, sin querer creerle.

—No tiene sentido que intentara hacerme daño. Vamos a casarnos.

—*Iban* —me corrige. Parpadeo con fuerza, con los ojos llorosos. Siento que todo en mi mundo gira sin control. Respiro hondo y me recompongo.

—Mi familia y la suya han hecho otros planes —continúa con su voz grave, teñida de acento ruso—. No le conviene casarse con la *Ledyanoye Bratstvo*. Su padre tomó esa decisión cuando pensó que beneficiaría a los Ivanov, pero está claro que fue una mala decisión que no tuvo en cuenta quién es usted ni qué es lo mejor para usted.

Niego con la cabeza.

—Como si supiera algo de mí.

Aunque aprieta la mandíbula, no me contradice. Al otro lado de la ventana que hay detrás de él, las nubes se mueven y tapan el sol. Casi espero ver páramos cubiertos de niebla a su espalda.

¿Dónde estamos?

Oigo voces en el pasillo, pero se van apagando. Continúa como si yo no hubiera dicho nada.

—Cuando su hermana se casó con Nikko, su principal trabajo era colaborar con los Ivanov para asegurar la alianza. La mejor manera de seguir haciéndolo es que usted se case con un miembro de la familia Romanov.

Lo miro fijamente, con la boca abierta. ¿Sigo soñando? ¿O es algún tipo de alucinación provocada por las drogas?

—*¿De qué está hablando?* —Aprieto la botella en mi mano y el agua se derrama por el borde, salpicando la cama.

—Cálmese, Lydia.

Odio que me digan que me calme. Es como intentar decirle a un niño que llora a lágrima viva que deje de hacerlo. No se puede simplemente poner un tapón a las emociones humanas con una orden.

—¿Qué me calme? Me ha arrancado de los brazos de mi prometido porque le conviene, me ha drogado y me ha traído aquí en contra de mi voluntad. Intenta culparle de esto cuando ha sido usted quien nos ha atacado. No sé dónde estoy ni qué va a hacerme, ¿y se supone que tengo que asentir y aceptarlo? Es imposible que...

Se levanta a toda su estatura y tengo que admitir que es intimidante. Las palabras se me atascan en los labios mientras se yergue, con los músculos marcándose en lugares donde ni siquiera sabía que se podían tener músculos. La habitación parece encogerse y, aun así, incluso ahora, me mira con ternura y preocupación.

Trago saliva y me humedezco los labios.

—Sabía que esto no sería fácil para usted —dice, con la voz todavía impasible—. Pero se equivoca. La aparté de Timur porque iba a hacerle daño. Es un hombre malvado, y no tiene por qué fiarse de mi palabra. Puedo demostrárselo. Yo no la drogué, fue mi hermano. Y no, no espero que asienta y lo acepte sin más, aunque cuanto antes lo haga, más fácil le resultará.

Llaman a la puerta con un golpe seco. —¿Quién es? —espeta él. Por lo visto, la paciencia solo la reserva para mí.

—Aleks.

Abre la puerta. —Pasa.

El hombre alto de pelo negro y ojos azules de anoche entra en la habitación con el ceño fruncido y una tableta en la mano. Lleva la misma ropa que anoche, como si no hubiera dormido.

—Soy Aleksandr —me dice, y luego se vuelve hacia Viktor—. No he podido hablar con Vera por teléfono. Pero Nikko está aquí. Dice que Vera se encuentra en un lugar remoto haciendo trabajo de campo y que no podrá coger el teléfono hasta esta noche.

El rostro de Viktor registra una leve sorpresa. —¿Está sola?

Aleks resopla. —Claro que no. —Se vuelve para mirarme—. Lydia, ¿cómo se encuentra?

Son sorprendentemente educados para ser secuestradores, lo que resulta bastante desconcertante.

—He estado mejor —digo, apretando la manta contra mi pecho.

—Siento que todo haya sido tan torpe —dice Aleks—. Y que esta sea la primera impresión que se lleve de nuestra familia.

No respondo; me quedo mirándolos como si no hablaran mi propio idioma. Y, francamente, no lo hacen.

—¿Quién más ha llegado? —pregunta Viktor con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mikhail y Lev. Mikhail nos quiere a todos abajo para una reunión.

Él niega con la cabeza. —No pienso dejarla sola.

—Vaya —digo entre dientes—. Estoy muy conmovida. —Viktor me lanza una mirada, pero no responde. Hay algo en sus ojos que me da un escalofrío y me obliga a apartar la mirada.

—Mikhail dice que pondrá un guardia en la puerta... —empieza a decir Aleks, pero Viktor lo interrumpe con un gruñido.

—*Yo* soy su jodido guardia.



CAPÍTULO 7

VIKTOR

Aleks tiene la puta desfachatez de sonreír con suficiencia. —Claro que lo estás. No sé por qué esperaba menos de ti. Le daré tu recado a Mikhail, pero ya sabes cómo es. —Se vuelve hacia Lydia—. Confíe en él. Todo saldrá bien. Haremos que hable con su hermana o su madre por teléfono tan pronto como podamos.

Lydia me mira fijamente como si intentara descifrarme, y sus preciosos ojos van de mí a Aleks y de vuelta a mí.

—Vete —le digo a Aleks—. Iré cuando ella esté a buen recaudo.

Chasquea la lengua y niega con la cabeza, murmurando por lo bajo antes de marcharse por fin, dejándonos a Lydia y a mí solos. Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por estar a solas con ella, pero ahora que lo estoy, quiero mucho más. Quiero que confíe en mí. Quiero que me crea. Necesito que sepa que no voy a hacerle daño.

—¿A buen recaudo? Aunque el tono de su voz es duro, noto cómo se le acelera la respiración y se aferra la manta al cuerpo.

—Tendré que hablar con Mikhail. Es mi hermano mayor y el *pakhan* de nuestro grupo. Sabes lo que es, ¿verdad?

Tragando saliva, sigue mirándome con el ceño fruncido cuando asiente. —Por supuesto.

Me levanto y me pongo a caminar por la pequeña habitación. —Entonces sabrás que no tengo más remedio que obedecerle.

Sus inteligentes y preciosos ojos se encuentran con los míos. —Siempre tienes elección. No te mientas a ti mismo.

La crudeza de su sinceridad me sorprende, aunque no debería. Una de las cosas que más me gustan de ella es su negativa a apaciguar a nadie o a decir gilipolleces.

—Sí —le digo mientras compruebo las cerraduras de las puertas y ventanas y me aseguro de que todo el equipo de vigilancia esté preparado—. Tienes razón. Permíteme que me exprese de otro modo. Si no quiero que me asesine, haré lo que el puto Mikhail me diga.

Con el ceño fruncido, se encoge ligeramente de hombros como diciendo: *«Sí, esa también es tu elección»*.

—Antes de irte, ¿puedes contarme todo lo que puedas? —pregunta —. Aunque no me gusta lo que me hiciste, pareces algo honesto. Directo. Así que, antes de que te reúnas con tus hermanos, ¿qué más puedes contarme?

Decido ir directo a la yugular. —Tu madre ha dado permiso para disolver la posible unión entre tú y Timur Yudin, con efecto inmediato. Cuando ella le transmitió este mensaje, él la trató con una sarta de palabrotas y una amenaza tanto para su vida como para la tuya.

Frunce el ceño. —Mientes. Él no lo haría.

—Tengo una prueba en vídeo que lo demuestra.

Una sombra cruza su rostro como si no quisiera admitir la verdad. Confiaba en ese tío y ahora le han arrancado el mundo de debajo de los pies. Lo entiendo.

—Muy bien, entonces. A verla —dice.

Por el tono de su voz y el brillo de sus ojos, sé que está intentando demostrar que me equivoco, que quiere desafiarme.

Asiento y saco el móvil. Tenemos un archivo de pruebas videográficas que guardamos para mi familia, pero puedo acceder a él para enseñarle lo que necesito. Repaso los archivos mientras ella se mueve incómoda en la cama.

Levanto la vista del móvil al no encontrarlo de inmediato. Dios, debe de estar muerta de hambre. ¿Pero qué me pasa?

—Espera. ¿Tienes hambre?

Asiente, sin dejar de mirarme en silencio.

—Sí.

Ya le he preparado la comida, pero aún no se la he traído. Sé exactamente lo que le gusta comer, pero depende de qué versión de Lydia esté aquí conmigo. ¿Es la Lydia buena chica que intenta complacer a quienquiera que la acompañe? ¿O es la Lydia que se siente cómoda en su propia piel y lo demuestra?

A veces, Lydia come una tortilla de claras con verduras, o una barrita de proteínas, o quizá se salta el desayuno cuando intenta someter su cuerpo a una dieta brutal. La Lydia cómoda, en cambio, come tostadas con mantequilla, algo de fruta, o quizá una magdalena a la plancha con un bol de macedonia o dónuts bañados en chocolate.

Para ir sobre seguro, he mandado traer todas esas opciones. Sin embargo, no quiero ponerla nerviosa revelando lo bien que la conozco, así que he hecho que preparen un surtido de comida.

La habitación en la que estamos es pequeña. Normalmente, desayunaríamos en la cocina-comedor. Me encanta mi cocina con sus enormes cristaleras que dan al camino de entrada y al jardín. Me encanta ver el cambio de las estaciones desde la mesa de la cocina, ya sea anunciando la llegada del invierno con hojas de acebo y bayas rojas, las hojas de color naranja tostado del arce de mi jardín en otoño o el amanecer temprano de una mañana de verano.

He imaginado cómo sería tenerla aquí conmigo en esa mesa. Me sentaría con ella, escuchándola hablar de lo que le diera la gana. Tallé la robusta mesa de la cocina con mis propias manos y debo admitir que la tenía en mente cuando la diseñé. Una vez le oí decir que le encantaba la madera de cerezo, y ese recuerdo nunca se me fue de la cabeza.

Ahora mismo, sin embargo, tiene que quedarse aquí dentro. Es solo por un tiempo.

—Deja que te traiga algo de comer primero. Me levanto y camino hacia la puerta, pensando todo el tiempo que necesito vigilarla más de cerca. Tiene toda la habitación para ella, y Lydia tiene un carácter de mil demonios. Si pudiera encontrar una forma de salir...

Pero solo tardaré un minuto. Cojo rápidamente un surtido. Cuando vuelvo, está sentada en la cama, con la manta aferrada al pecho.

—Toma —le digo—. Echa un vistazo y dime qué quieres.

Mirándome con recelo, observa la comida de la bandeja. Desconfiada.

—Deberías desatarme para que pueda comer por mí misma.

—Lo siento, no puedo hacer eso. No hay forma de saber qué hará cuando lo haga. Lo haré cuando hayas demostrado que eres de fiar.

Me mira boquiabierta, con la mandíbula desencajada. —¿Crees que *yo* no soy de fiar? ¿Has perdido la cabeza? Eres tú el que me ha secuestrado.

Aprieto los dientes y deslizo la comida sobre la mesilla de noche.

—¿Qué te apetece comer?

—Desátame, Viktor. Prometo que no haré ninguna estupidez. Me doblas en tamaño. No podría aunque quisiera. Solo quiero comer por mí misma y volver a ponerme la ropa. —Baja la voz—. Por favor.

Maldita sea, no tengo fuerzas para resistirme a ella.

Le cojo las muñecas. —De acuerdo, pero si intentas hacerte daño a ti o a mí...

—No lo haré.

La desato.

Se sienta en la cama y elige el plato con la tortilla, las patatas fritas y el beicon. Come con ganas, obviamente hambrienta después de

haber sido drogada. He oído que puede tener ese efecto en la gente.

Nos sentamos en silencio mientras come hasta que señala la bandeja con la cabeza. —¿Vas a acompañarme o qué?

—No, gracias. Ya he comido.

Frunce el ceño y sigue masticando antes de tragar y asentir. —¿Así que te vas a quedar ahí de pie mirándome comer?

Me quedaría aquí solo para verla respirar, pero no quiero asustarla. Cojo uno de los cruasanes y le doy un mordisco. Las migas se esparcen por todas partes.

—Madre mía. Mi madre me mataría —dice mirando al suelo.

—No te preocupes, tengo personal de limpieza. Vendrán en unas horas.

—Ah —aprieta los labios y asiente antes de coger el tenedor y darle otro bocado al huevo—. Gracias por esto. Está delicioso. Y ahora, por favor... Ya que me has dado de comer, ¿puedes decirme qué está pasando?

Me siento en el borde de la cama, comiendo un cruasán mientras ella sigue desayunando. Saco el móvil.

—Una grabación de la conversación de tu madre con Timur. Por suerte para nosotros, ella tenía instalada videovigilancia donde estaba, así que tenía esta prueba.

Toco la pantalla del móvil y aparece la imagen. Su madre, Zofia, está sentada muy erguida en una silla de la sala de estar. Su casa está a unos treinta minutos de aquí.

La grabación es granulada pero nítida. Timur se mueve incómodo en su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué me ha llamado?

Algo parpadea en los ojos de Lydia. Puedo suponer lo que es: el comportamiento amistoso es un poco desconcertante, incongruente con el tono áspero de su voz. Se ha pasado de amable con ella, así que probablemente la pilla por sorpresa.

—Como sabe —empieza Zofia—, ha habido un cambio en nuestra familia desde que Vera se casó con un Romanov.

Lydia observa cómo Yudin mira fijamente a su madre, con una mirada gélida, y se remueve incómoda.

—No estoy seguro de entender. ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —pregunta finalmente, con el ceño fruncido.

Zofia se aclara la garganta. —Tengo reservas sobre el matrimonio de mi hija con usted, que mi marido no tenía. El liderazgo y yo hemos decidido que lo mejor es que Lydia se case con alguien de la familia Romanov. Por favor, acepte mis disculpas...

—No. Ojalá pudiera atravesar la pantalla y retorcerle el cuello a ese arrogante de Yudin.

—Este matrimonio está en marcha. Ya me he gastado una cantidad importante de dinero en el vestido de Lydia —se mofa—. Hubo que hacerle arreglos para adaptárselo y no fue nada barato, debido a su talla.

Había olvidado esa parte. El muy cabrón. Las mejillas de Lydia se sonrojan.

—Señor Yudin —dice amablemente—. Ojalá pudiera entregarle a mi hija con confianza, pero los acontecimientos recientes hacen que la situación sea poco aconsejable.

Él se pone en pie. —Tendré a Lydia, Zofia. No me la quitará.

Zofia se levanta cuando él se gira para irse. —Por favor, compréndalo. Es una decisión estratégica que debemos tomar... —Él da un paso hacia ella, pero dos guardias se interponen rápidamente entre ambos. Yudin cierra los puños.

—Más te vale andarte con cuidado y no cruzarte en mi camino —gruñe antes de irse, dando un portazo tan fuerte que los cristales de las ventanas tiemblan. Jodido niñato malcriado.

—Quítalo —espeta Lydia, apartando la mirada—. Mi madre no debería haber intervenido. Fue mi padre quien arregló nuestro matrimonio.

Su padre, que ahora está muerto.

Me pregunto si de verdad se lo cree o si solo lo dice como excusa por el comportamiento de Yudin.

No tiene por qué creerme. Yo sé por qué me la llevé y sé por qué se va a casar conmigo.

Cuando me suena el móvil, bajo la mirada y veo que es Mikhail quien llama y ahogo un gemido. Me aparto de ella y contesto la llamada.

—¿Sí?

—Aleksandr me ha dicho que no vas a venir a nuestra reunión. Nuestra reunión, que he convocado *específicamente* para trazar un plan *contigo*, Viktor. El inherente tono de desaprobación en su voz me pone de los nervios. Quiero a mis hermanos, a todos, pero no sé si tienen la más remota idea de lo que más me importa.

—Lo sé —le digo—. Está asustada. No quiero dejarla sola.

—Estará bien. Espero que te unas a nosotros. Inmediatamente.

Cuelga. Me meto el móvil en el bolsillo justo cuando Lydia habla.

—No sé qué crees que voy a hacer aquí —dice mientras mordisquea una fresa madura—. No tengo a dónde ir.

Pero hay una mirada en sus ojos que he visto antes... la mirada que pone justo antes de hacer algo impulsivo y peligroso. —Lydia —digo a modo de advertencia.

—Me molesta la familiaridad con la que usas mi nombre a pesar de que apenas nos conocemos —sacude la cabeza—. Quiero hablar con Vera. Vete, ten tu reunión y diles que quiero hablar con Vera.

Apartándose de mí, se tumba en la cama y me da la espalda.

Está tramando algo, pero no sé el qué. Sin embargo, el móvil me vibra con un mensaje.

Mikhail
¿dónde coño estás?

Joder, Mikhail.

Me guardo el móvil en el bolsillo.

Cojo la chaqueta y bajo al despacho donde me esperan mis hermanos. Estoy a mitad del pasillo cuando las luces del techo parpadean. Frunzo el ceño, mirando hacia arriba.

Extraño.

A diferencia de las casas de mis hermanos, la mía es más pequeña, pero está más cerca de la de mi madre. Me gusta saber que estoy a poca distancia de la casa de mi hermana y mi madre por si me necesitan. Así que me conformé con una casa más pequeña de lo que quería y, en su lugar, le hice algunas modificaciones para que fuera cómoda para un tipo como yo. Gimnasio en casa. Jardín vallado para Nikita. Puertas anchas y muebles robustos.

Tampoco me gusta tener personal merodeando por la casa, así que contraté a una señora de la limpieza, pero a nadie más. Investigué sus antecedentes hasta la saciedad.

Me dirijo a mi despacho a grandes zancadas y cada paso enciende mi mal humor. Le patearé el culo a Lev por haberla drogado. Estoy jodidamente cabreado con Aleksandr por haberse metido. Odio que Mikhail me haya hecho irme cuando mi sitio está con ella. Y si alguien más...

Abro la puerta de un empujón y se estrella contra la pared que tiene detrás. Seis pares de ojos se clavan en mí. Mikhail, Aleksandr, Lev. Mis hermanos Nikko, Ollie y Kolya.

Nikko se pone en pie. Es el más grande del grupo después de mí y el que más probabilidades tendría de plantarme cara. Se dirige hacia mí. Levanto la palma de la mano, intentando detenerlo antes de matarlo.

—Quédate quieto de una puta vez, Nikko.

Kolya es el siguiente en intentarlo, con Mikhail y Aleksandr detrás de él. Me los quito de encima a todos. Lev se levanta. Le suelto un puñetazo en la mandíbula. En un rápido movimiento, lo agarro por la pechera y lanzo a Lev al otro lado de la habitación, hacia el sofá, donde sé que aterrizará sin romperse ningún hueso, pero no le sentará nada bien.

Me quito de encima a Mikhail, aparto a Aleksandr de una patada y le lanzo un puñetazo a Nikko. Respiro con dificultad. Se me quedan mirando.

—*Viktor* —espeta Kolya.

Parpadeo. Empiezo a recobrar el juicio. *Mierda*. Si le hubiera levantado la mano a Mikhail...

—¿Vamos a tener que reducirte, joder? —escupe Mikhail, con los ojos como nubes de tormenta mientras me fulmina con la mirada. Lev se masajea la mandíbula, pero no dice nada, probablemente sabiendo que ha salido bien parado. Kolya está que echa humo, con las aletas de la nariz dilatadas, pero se pone en pie y se sacude la ropa como si se estuviera quitando el polvo.

—Siéntate, Viktor —espeta.

No me muevo. —Ninguno de vosotros sabe cómo ha sido. Ninguno sabe lo que él planeaba hacerle. No necesitaba que la drogaran, y

ahora tengo que aceptar a una esposa reticente que no confía en mí porque mi puta familia la ha drogado como si fuera un animal. ¡Os dije que lo tenía bajo control! ¡Os dije que podía con ella!

Mi voz se convierte en un rugido y vuelven a ponerse en pie.

—Nadie dudaba de que pudieras con ella, Viktor. Pero necesitábamos reducirla y traerla aquí a salvo —dice Aleksandr. Mikhail se me encara y, que Dios me ayude, voy a saltarle los putos dientes de un puñetazo, y entonces todos tendrán derecho a matarme.

No.

Me alejo de él solo para acabar justo al lado de Aleksandr. Lo empujo contra la pared. Su hombro golpea una lámina enmarcada del Louvre y se estrella contra el suelo, haciendo añicos el cristal. Aleks se endereza e intenta alcanzarme, pero lo empujo de nuevo.

—¿Cuándo es la boda? —Miro a Ollie, el encargado de las relaciones internacionales, que sabe exactamente por qué tenemos que casarnos ahora mismo.

—El sábado.

Aprieto los dientes. No confiará en mí para entonces. Tengo una visión de mí mismo arrastrándola del pelo hasta el altar. Lo haré si es necesario, joder. Para salvarla. Para salvarnos a todos.

—Necesito más tiempo. Ganad más puto tiempo.

Ollie y Nikko intercambian una mirada. —Puedo conseguirlo.

Las luces de la habitación parpadean antes de apagarse. Suena una alarma, y es entonces cuando me doy cuenta del olor a humo acre.

—Os dije, joder, que tenía que quedarme con ella.

Mierda. Me doy la vuelta y corro hacia el pasillo. El humo sale a bocanadas por debajo de la puerta y todas las luces están apagadas.

Corro a la habitación e intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave, por supuesto. Ha atascado algo contra ella. ¿Qué coño está haciendo?

—¡Ayudadme! —les grito a mis hermanos—. No puedo abrir la puta puerta.

—Yo entraré por la ventana —dice Lev. Cojo un extintor del pasillo y se lo lanzo a Ollie. Yo no tengo esa opción, pero él es lo bastante pequeño. —Ve con él. Cuando entres ahí, no la toques.

Corro hacia la salida, al jardín, y rodeo la casa hasta donde está la ventana. La ventana de mi dormitorio está abierta de par en par, el humo se eleva hacia el cielo y las sirenas suenan a lo lejos. Lev y Ollie aparecen a mi lado; todos registramos el terreno. ¿Cómo coño ha salido?

Me quedo quieto. Escucho. No lleva nada encima. Si ha salido de esa habitación, solo hay una forma de huir. O está corriendo o... escondiéndose.

Exploro la zona. No he estado fuera el tiempo suficiente para que llegue lejos. Incluso si se fue en el momento en que activó la alarma, apenas ha tenido tiempo.

—Pon a Aleks a vigilar de inmediato —le ladro a Lev. Camino con paso firme por el perímetro de la casa.

Se está escondiendo. No ha tenido tiempo de escapar.

—Sé que estás aquí —digo, manteniendo la voz baja—. Sabes que voy a encontrarte. No tiene sentido esconderse, Lydia. —Hablo en voz baja, con un timbre que se extiende por todo el jardín—. No sirve de nada que te escondas de mí. Puedes intentarlo, pero aun así acabarás justo donde empezaste: aquí, conmigo. Y te prometo que no será tan malo como crees.

Sonrío para mis adentros. Es un juego. Todo es un juego. —Sal, sal, dondequiera que estés. —Acecho por el perímetro de mi jardín; a mi

izquierda, una zona de espesos rododendros. Está ahí. Se esconde detrás del arbusto. Probablemente pensó que tenía mucho más tiempo del que tuvo. Seguramente no sospechaba que la alarma saltaría tan rápido. No sabía que no hay manera de que pueda salir de mi propiedad sin que yo lo sepa.

Tampoco sabe que le he puesto un rastreador.

—Si sales ahora, te resultará mucho más fácil, Lydia.

No se mueve ni responde de ninguna manera, probablemente aterrorizada, insegura de lo que va a pasarle conmigo, asustada de estar con un hombre que no conoce.

Camino en silencio hacia donde está, consciente de que mi sombra se proyecta sobre cada centímetro de este lugar. A veces desearía poder hacerme más pequeño, menos amenazador. Otras veces, desearía poder magnificarlo.

—Lydia, tienes que confiar en mí. No soy tu enemigo.

Algo susurra en los arbustos.

—Sal, Lydia. Sé dónde estás, y podría alargar la mano y cogerte. O puedes venir a mí por tu propia voluntad.

De algún modo, se siente simbólico ofrecerle esta pequeña oportunidad de rendirse por sí misma. No puede escapar; ya lo sabe. Aunque huyera de la propiedad, la localizaría. —No puedes escapar, Lydia. Lo sabes. Incluso si yo me fuera ahora y tú corrieras hacia la salida, te encontraría. Te traería de vuelta aquí y seguirías siendo mía. Si huyes, siempre te perseguiré. Y siempre te encontraré. Tienes que confiar en mí.

Algún día... Algún día confiará en mí. Algún día sabrá que está más segura aquí, conmigo, pero hasta entonces, tengo que mantenerla a mi lado de una forma segura para que no se haga daño.

—¿Confiar en ti? —Lydia se pone en pie, saliendo de su escondite, manteniéndose alejada de mí—. ¿Después de que me secuestrases?

¿De que me atases? Estás loco si crees que voy a confiar en ti.

Aparta la cara de mí mientras los camiones de bomberos se acercan a mi casa.

Todos salen mientras los bomberos uniformados entran rápidamente en el edificio. Uno se conecta a la boca de incendios y, con gran eficacia, lo ponen todo bajo control.

Es solo una casa. La casa estará bien. Lo importante es que ella esté aquí conmigo.

Me acerco a ella, manteniendo las manos a los lados para no asustarla. Cuando llego a su altura, me detengo justo antes de tocarla. —Sé que estás enfadada, pero todo lo que he hecho ha sido para protegerte. Corres más peligro de lo que crees. —Le hago un gesto con el dedo—. Ven aquí.

Ella niega con la cabeza y se mantiene firme. Doy un paso hacia ella y, cuando parece que va a echar a correr, la alcanzo. La agarro. La atraigo hacia mi pecho y la sujeto contra mí.

La sujeto por los hombros y la sacudo un poco. —Escúchame, mujer. Joder, Lydia, entra en razón.

Respiro hondo y me detengo. Le paso el pulgar por los hombros. —Yudin iba a asesinarte. Estás más segura conmigo y con nuestra familia. Ahora que nuestras familias se van a alinear, vamos a traer la paz a esta situación. Nada de esto salió como yo habría querido.

—¿La tienes? —grita Mikhail a unos metros de distancia.

Asiento y respondo:

—Sí.

—Pues tráela aquí, joder.

Me giro, me quedo quieto y fulmino a mi hermano con la mirada. Es todo profesionalidad, frío y autoritario, y sé por qué, pero eso no lo hace más fácil.

—Estoy intentando hablar con ella. No permitiré que la traten como a una prisionera. Merece saber la verdad.

Es una apuesta. Si le doy algo de libertad, si le hago saber que puede marcharse si quiere, quizá decida quedarse.

Lydia mira a Mikhail y a mí, y su furia da paso a la confusión y el miedo.

Sus grandes ojos se abren de par en par. —Si lo que dices es verdad, ¿por qué no me dejas decidir lo que quiero hacer? ¿Por qué me controlas?

No quiero decirle la verdad. Quiero tiempo para conocerla. No puedo decirle que no puedo imaginar perderla como perdí a mi hermana.

Mikhail parece entender que ahora necesitamos estar a solas. Se da la vuelta para irse y, por encima del hombro, se dirige a mí: —Haz que lo entienda, Viktor. No tenemos mucho tiempo.

La suelto lentamente y la miro a los ojos. Permanece en silencio, un torbellino de confusión y emociones contradictorias en su hermosa mirada.

Nikko sale a continuación mientras apagan las llamas y el humo se eleva en el aire. A medida que se acerca, Lydia da un paso hacia mí.

—Lydia —dice él, con su voz profunda resonando en la oscuridad—. Me llamo Nikko. Soy su cuñado. —Mira a mi lado—. ¿La tienes?

Aprieto los dientes. —La tengo. No se va a escapar, hermano.

—Bien. Tengo a Vera al teléfono.



CAPÍTULO 8

LYDIA

AL PRINCIPIO, quiero pedirle que me dé un minuto para prepararme para ver a Vera. Tengo el pelo hecho un desastre, no llevo maquillaje, la ropa está rota y no me extrañaría que tuviera manchas de hollín en la cara o en el cuerpo por culpa del fuego.

Me siento un poco culpable por eso. Quise aprovechar la que creía que sería mi única oportunidad para escapar, así que actué lo más rápido que pude.

Nikko se acerca a mí con paso decidido, alto, musculoso y cubierto de tatuajes. Uf. Buen trabajo, hermanita. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que parece ser de familia. El corazón me martillea en el pecho cuando me recuerdo que estoy con Viktor y que él ya ha dejado meridianamente claro que nadie me toca salvo él.

La seguridad de Lydia es primordial, pero tiene que entender la gravedad de su situación.

—Oh, entiendo la puta *gravedad* —digo, fulminando con la mirada a mi nuevo cuñado—. Me arrancaron de un lugar seguro, me drogaron, me tuvieron cautiva...

—¿Nikko? ¿Es eso cierto? —oigo la voz de Vera alta y clara por el teléfono.

Nikko levanta el móvil y me muestra una foto de Vera. Está oscuro donde se encuentra y es difícil verla.

—¿Por qué iba a inventarme eso? —suelto de malas maneras.

—Tome. Siéntese —dice Nikko, señalando un banco en el pequeño jardín de fuera.

Me siento y alargo la mano para coger el móvil.

—Vera, ¿qué demonios está pasando aquí? —Las lágrimas me asoman a los ojos. Parpadeo para contenerlas—. Iba a casarme con Timur. Se puso muy raro en la cena y *este* tío... —señalo a Viktor con el dedo— dice que Timur planeaba matarme y que ha manipulado toda la situación para que parezca un rescate.

Vera, con sus grandes ojos marrones aumentados por sus gafas redondas, me mira fijamente. —¿Tienes alguna razón para creer que te está mintiendo?

Siempre tan pragmática, mi hermana la científica. Suelto un bufido.

—¿Tengo alguna razón para creer que dice la verdad?

Vera asiente con entusiasmo. —Sí, por supuesto. Porque la familia Romanov es mucho más respetable que los Yudin. Timur tiene un largo historial de comportamiento bastante reprobable, Lydia.

Me cruzo de brazos. ¿De parte de quién está?

—Si eso fuera así, ¿por qué mi padre habría aprobado mi compromiso entonces?

La mirada de Vera se suaviza. —Porque le beneficiaba, Lydia. Porque Timur te habría protegido bien económicamente y, sin duda, como su esposa, habrías sido intocable para cualquier rival. Pero ese hombre solo ha cumplido condena *una vez*, y en su expediente consta que fue por una agresión brutal a una mujer inocente.

Siento que el hombre que yo conocía y el hombre del que hablan son dos personas diferentes. Pero vi ese vídeo. Vi cómo trataba a mamá...

—Nikko, ¿cómo reaccionó cuando se enteró de que ella no iba a casarse con él? —pregunta Vera.

Nikko suelta el aire. —La llevó a cenar y tenemos pruebas en vídeo de que cogió objetos que dejaban claro que planeaba al menos herirla y secuestrarla.

—Oh, Dios mío —dice Vera, con los ojos como platos.

—No tenemos forma de demostrar que eso es lo que planeaba —espeto.

—Lydia, estos tíos no van a hacerte daño.

Agito las manos en el aire. —¡Me secuestraron! ¡Me drogaron! ¡Me ataron!

Vera se muerde el labio y mira por encima del hombro. —¿Nikko?

—Era esencial actuar con rapidez para poder salvarla —interrumpe Viktor—. Lev pensó que era oportuno conseguir su cooperación de una manera que para él tenía sentido.

Me vuelvo hacia él. —¿Así es como les lavas el cerebro a todos tus cautivos, eh?

—No, Lydia —dice en voz baja—. Tienes el honor de ser la primera.

Eso no debería hacerme ni puñetera gracia, pero no estoy por encima de un cierto nivel de depravación...

—Escucha, Lydia —dice Vera—. Solo quiero que tú... —La conexión se corta y por un momento no oigo nada.

—¿Vera?

—Mierda —masculla Nikko cuando la pantalla se queda en negro—. Esta es la última puta vez que va a una de estas cosas.

Niega con la cabeza, apaga el teléfono y se vuelve hacia mí.

—¿Le tranquiliza eso *siquiera*?

Aparto la mirada. Sigue sin gustarme cómo ha ido todo esto, pero parece que no tengo muchas opciones. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Quién sabe dónde está Timur ahora y si tan solo una fracción de lo que han dicho de él es verdad... *Dios.*

No quiero volver con él.

Pero tampoco quiero que me manipulen.

Quizá le han pedido a Vera que haga esto. O quizá no.

La puerta de la entrada se abre de golpe y el hombre alto de piel bronceada sale y se dirige directamente hacia nosotros. ¿Mikhail? Creo que le han llamado Mikhail.

Viktor se eriza a mi lado.

—¿Vas a ocuparte de ella? —espeta, con la atención puesta en Viktor—. ¿O lo haré yo?

Viktor se pone en pie, un gruñido grave ronroneando en su pecho, y se yergue en toda su estatura, que es impresionantemente enorme. Se cruza de brazos sobre el pecho.

—Lydia, te presento a mi hermano, Mikhail.

Lo fulmino con la mirada y aprieto los dientes. —Encantada de conocerle —espeto, con la voz cargada de sarcasmo.

Mikhail me ignora y mira fijamente a Viktor. Está tan cerca de nosotros que puedo ver sus fosas nasales dilatadas. Una vena le palpita en la sien. —No te pases, hermano.

Viktor abre la boca para replicar cuando Nikko se interpone entre Mikhail y Viktor.

Puedo sentir la tensión que irradia del cuerpo de Viktor. El calor emana de él en oleadas.

—¿Pasarme con qué? ¿Con mi deber de proteger a la mujer con la que voy a casarme?

El corazón me da un vuelco en el pecho. Hay algo en la forma en que lo dice que me inquieta.

Mikhail se acerca más, con Nikko como un muro entre ellos. Juro que a uno de los dos le va a estallar una vena.

—Bueno, bueno, calmaos —digo, abriéndome paso entre el muro de pectorales de machos alfa—. No hace falta pelear, chicos. Caray.

Los labios de Nikko se contraen y sus cejas se alzan. —No se parece en nada a Vera, pero desde luego hay algunas similitudes.

Me encojo de hombros. —Sí, y basta decir que yo podría decir exactamente lo mismo de sus hermanos —le lanzo una mirada arqueando una ceja—. No se parecen en nada, pero parece que subsisten a base de chupitos de testosterona y autoconfianza.

Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco.

—Sinceramente. Es una pena que Vera y yo no hayamos hablado más largo y tendido últimamente —me giro hacia Viktor—. ¿Podemos entrar ya? —Miro a Mikhail—. ¿Para que pueda «ocuparse de mí»? —Impregno mi tono con toda la burla de la que soy capaz.

Viktor no me ha hecho daño, y estoy empezando a creer que no lo haría.

—Chicos —dice el más joven, el capullo que me *drogó*, de pie en los escalones de fuera—. Acabo de recibir una llamada. Tenemos de rehén al capitán del *Ledyanoye Bratstvo*.

—¿Dónde?

—En la fundición.

Siento la mano de Viktor aferrarse a mi brazo.

—Te vas a vestir y luego vienes conmigo. Quiero que veas esto. Cada puto segundo.

Se ponen en marcha como resortes mientras yo me quedo mirando a Viktor. Mikhail da órdenes en ruso, visiblemente cabreado; Nikko está ocupado con el móvil y el otro chico ha desaparecido, probablemente porque no tiene ganas de morir y Viktor podría asesinarlo si respira el mismo aire que yo.

Mentiría si no admitiera que me complace un poco.

—Necesito ropa —le digo, tragando saliva. Ahora que estamos solos, empiezo a ponerme nerviosa por todo el asunto de que se «ocupe de mí».

Me mira, observa mi ropa hecha jirones y su perpetuo ceño fruncido se acentúa.

Pasea la mirada de mí a la casa y de vuelta a mí.

—Está Harper, la mujer de Aleksandr. Aria es la de Mikhail. Y luego está Polina, mi hermana. Podríamos pedirle algo prestado.

Me miro a mí misma.

—¿Son altas y con curvas como yo?

La forma en que su mirada se desliza por mi cuerpo me hace tragar saliva. Sus ojos arden y se humedece los labios. No cruzamos ni una palabra, pero la palpable vibración de la atracción erótica es muy evidente.

Mierda.

Se humedece los labios.

—Nadie es como tú, Lydia.

Ignoro el martilleo de mi corazón.

—¿Son más menudas?

Se encoge de hombros.

Genial. Voy a casarme con un miembro de una familia de supermodelos. Me encojo de vergüenza.

Viktor lleva la mano a mi pelo. Un mechón se me ha cruzado por la cara, nublándome la vista. Me lo coloca detrás de la oreja.

—Que esperen.

—¿Quiénes?

Su mirada arde en la mía.

—Todos.

Lo miro fijamente, sin pestañear.

—¿Tus hermanos?

—Los rehenes. Mis hermanos. No hace falta que nos tomemos todo el día, pero podemos ir a por lo que necesitas mientras esperan —me coge la mano, casi con naturalidad. Cuando nuestras manos se tocan, una corriente eléctrica se desliza entre nosotros—. Iré contigo.

—No puedo entrar en una tienda así —niego con la cabeza. Mi madre me educó mejor.

—Entonces te llevaré a casa. La casa de tu madre está a media hora de aquí.

Aparto la mirada, extrañamente conmovida. Mi madre es bastante agradable, pero hace años que no tenemos una relación cercana. Fue mi padre quien me tomó bajo su protección, para lo que sirvió. Supongo que le gustaba pensar que yo era el hijo que nunca tuvo.

—Ya no tengo nada mío allí —hace mucho tiempo que no.

Me mira y se acaricia la barbilla.

—Podría preguntarle a Polina... es la que está más cerca y sería la más rápida en elegir algo. Déjame intentarlo —saca el móvil y envía un mensaje.

Un minuto después, niega con la cabeza.

—No va a poder ser. Está fuera y no volverá a casa hasta dentro de una hora.

Me miro. Solo tengo que hacer el ridículo en el primer sitio al que vayamos. Después de eso, debería ser bastante fácil encontrar algo que ponerme.

—Ponte mi chaqueta —dice él al mismo tiempo que yo digo:

—Podría ponerme algo tuyo.

Se me sonrojan las mejillas y él asiente.

—Decidido, entonces. Ten —quitándose la cazadora de cuero con un movimiento fluido, se la saca y me la tiende. No se limita a darme la cazadora, sino que la sujeta como lo haría un caballero con una dama. La levanta para que yo pueda deslizar los brazos por las mangas.

Está caliente y huele a cuero, a montañas nevadas y al aroma ahumado y amaderado del fuego. Me doy la vuelta para que no me vea inspirar.

Se siente tan mal permitirme sentir la más mínima atracción por él, pero no soy un robot.

Y será... mi marido. No me he permitido pensar en lo que eso significará.

Camino a su lado hacia el coche. Sin mediar palabra, me abre la puerta.

Son tantas las preguntas que bullen en mi mente que apenas sé por dónde empezar. Aunque Viktor me asusta, y tengo la sensación de que aún no he visto ni la mitad, estoy empezando a sentirme un poco más a gusto con él que con los demás.

Conducimos en silencio hasta que aparca en una plaza justo al lado de un pequeño centro comercial.

—¿Te gusta alguno de estos sitios? —Señala unas cuantas boutiques —. Conocemos a alguien que es dueño de esta de aquí.

Señala un sitio con zapatos de tacón y bolsos en un gran escaparate. Esta mierda es cara. Mi familia era acomodada, pero nada que ver con algunas de las familias que conocía. Y lo que es más importante,

he sido independiente y no he aceptado su dinero desde hace mucho, mucho tiempo. Levanto la barbilla.

—Parece que está bien, pero te lo voy a devolver. Que no lleve dinero encima ahora mismo no significa que no lo tenga.

—Ni de coña me lo vas a devolver —dice, negando con la cabeza. Abre su puerta y viene hacia mi lado, pero yo la abro rápidamente antes de que pueda darse el gusto de hacerlo por mí. Todavía no me fío de él.

Salgo rápidamente del coche y camino con él hacia la pequeña boutique. Estoy nerviosa por lo que pasará después de que me vista y quiero acabar con esta parte cuanto antes.

Se me hace un poco extraño entrar en una boutique con él. No es el tipo de hombre que encaja en un sitio como este. Los hombres que van de compras a una boutique con una mujer deberían ser guapos y refinados, bien cuidados y pulcros. Él es tan grande que tiene que agacharse para pasar por la puerta. La sombra de la barba de las cinco ya le asoma por la barbilla, y cuando entramos, una mujer con un bebé en un cochecito inspira bruscamente y se marcha sin mirar atrás.

Sí, así de aterrador es.

—Señor Romanov —una mujer alta y mayor, que podría ser mi abuela, se nos acerca con unos tacones de aguja plateados. Su pelo es moderno y corto, un poco de punta, y lleva unos pendientes de diamantes que acentúan el nítido azul marino de su camiseta sin mangas y su falda lápiz—. Rosa me dijo que lo esperara. Espero que no le importe que ya me haya tomado la libertad de sacar algo de ropa que podría ser adecuada para la ocasión, ya que sé que va con el tiempo justo —me tiende la mano—. Me llamo Opal. Encantada de conocerla.

Le cojo la mano, cálida y firme, y le devuelvo el gesto. —Soy Lydia.

—Encantada de conocerla, Lydia —dice con una elegancia absoluta, como si yo fuera la reina de Inglaterra y no acabara de entrar en su boutique de lujo con un vestido hecho jirones cubierto por la raída chaqueta de cuero de un hombre.

—Rosa es una amiga de la familia —dice Viktor con un murmullo grave. Me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia el fondo de la tienda—. Es la dueña y amiga nuestra. Le he escrito. Está en Boston, pero me ha dicho que Opal te cuidará bien.

Asiento y me dejo guiar mientras echo un vistazo rápido a la boutique y al tipo de ropa que tienen.

Está llena de percheros con prendas de una confección exquisita que rezuman sofisticación y comodidad. Son elegantes y atemporales, con tejidos suaves de alta calidad y una gama de tonos tierra y neutros. No son prendas de fábrica ni de *fast fashion* diseñadas para maniquíes delgadísimos, sino prendas que insinúan un lujo discreto, hechas para mujeres de verdad.

Sinceramente, es mi tipo de sitio.

Al fondo, los probadores son espaciosos y privados. Hay una pequeña zona con una cafetera, tazas y una nevera con bebidas frías. Viktor, sin decir palabra, coge dos botellas de agua. Le quita el tapón a una antes de dármela. —Bebe.

—¿Nada de vino? Qué decepción.

Se limita a entornar los ojos. No soy tonta, así que bebo. Lo voy a necesitar.

—Por favor, elija lo que desee —dice Opal—. Verá que nuestra ropa presenta una mezcla natural de lujo, comodidad y versatilidad, con una gran variedad de tallas y estilos. Los dejo para que elijan y estaré al otro lado de la puerta por si puedo ayudarles en algo.

Me sonrojo cuando dice *gran variedad de tallas.*

Tenemos tallas grandes.

Suspiro. Bueno. No hace falta que intente embutirme en algo que no está hecho para mí.

Miro a Viktor, esperando que salga del probador.

—¿Y bien? —digo, encogiéndome de hombros—. ¿Me pruebo esto o qué?

—Por supuesto —responde, sosteniéndome la mirada con un desafío en sus ojos mientras se acomoda en una silla robusta en la esquina. Casi espero que se parta en dos. Parece que intenta caber en una silla de niño.

—Viktor.

—¿Mmm? —Se bebe el agua de la botella de un trago. Debo de haberme vuelto loca, porque la forma en que su nuez sube y baja y la visión de su enorme mano haciendo que la pequeña botella parezca diminuta es tan rotundamente *masculino...*

Aparto la mirada.

—No te quiero aquí dentro.

Doy un respingo al oírle aplastar la botella de agua antes de tirarla a una papelera.

—Me imaginaba que dirías eso —dice, con los ojos tan oscuros como nubes de tormenta en un día de invierno—. He sido indulgente contigo, Lydia. Te he dado mucha libertad. Por desgracia, has perdido el privilegio de la intimidad al provocar un incendio en nuestra casa.

No *mi* casa.

Nuestra casa.

Ha escogido sus palabras deliberadamente.

—No es apropiado que me veas vestirme.

—Tú has dejado claro que no es apropiado que me aparte de tu lado. —Se cruza de brazos sobre el pecho; sus bíceps se hinchan—. Estamos perdiendo el tiempo, y es inútil. Vamos a casarnos.

—Por el amor de Dios —maldigo—. *Vale.*

Me quito su chaqueta de los hombros y se la lanzo con todas mis fuerzas. La coge al vuelo y se la vuelve a poner con toda naturalidad, sin apartar los ojos de mí. Trago saliva y me giro hacia el espejo.

Odio estos sitios. Espejo tras espejo bajo luces brillantes que parecen resaltar cada defecto, cada curva y cada imperfección. Aparto la vista y cojo unos vaqueros y unos leggings negros. El negro disimula.

—¿Qué ha sido eso?

Me giro, sorprendida, para mirarlo.

—¿El qué?

—Esa cara que has puesto. Te has mirado en el espejo, has puesto una mueca y luego has apartado la cara.

—¿Ah, sí?

Me concentro en quitarme la ropa hecha un asco y en no mirarlo cuando esté delante de él sola en ropa interior.

—Sí.

Me encojo de hombros. —No sé. ¿Quizá me siento incómoda desnudándome delante de un hombre que apenas conozco?

—Mmm.

No se lo traga.

Me arranco el resto de la ropa y la tiro en un montón. Tendremos que tirarla. Me giro para encararlo. Quiero recuperar algo de control,

y quizá quedarme de pie frente a él, solo con las bragas y un sujetador de realce de mierda bajo mis pechos generosos, sea una forma de conseguirlo.

No me equivoco.

Me inclino a propósito y recojo una percha del suelo. Cuando levanto la vista, su mirada es ardiente, sus ojos están entrecerrados y un rubor le sube por el cuello, oscureciendo sus ya de por sí rudos rasgos. Aprieta la mandíbula, un sutil indicio de su pérdida de control, y su respiración se vuelve un ápice más pesada. El aire a su alrededor parece cargado. Se remueve en el asiento, con sus grandes manos flexionadas sobre los codos, como si luchara por mantener la compostura.

El corazón me late con fuerza.

Ha funcionado.

Hago todo lo posible por no achantarme bajo el calor de su mirada, clavada en mí con un deseo crudo y sin tapujos.

—Estás jodidamente espectacular. Ahora ponte eso antes de que haga algo que nos retrase aún más.

Ay, Dios. ¿Por qué una parte de mí desea que lo haga? ¿Por qué una parte de mí *quiere* que lo haga?

Me pongo los vaqueros, me giro hacia el espejo e intento abrocharlos. Demasiado estrechos. Se me sale la tripa y el botón no cierra.

Me doy la vuelta, mortificada, y me los quito.

Él me observa en silencio.

Cojo un segundo par y pasa lo mismo.

—A la mierda con eso. Los leggings —gruñe, pasándome el par de leggings negros—. Se nos acaba el tiempo. Yo elegiré lo que te vas a probar.

No estoy segura de cómo va a hacer eso que elijamos más rápido, pero bueno. Tiro los vaqueros a un montón y me pongo los leggings. Son suaves y lujosos, y me quedan como si estuvieran hechos para mí.

—Vale, te concedo ese punto a regañadientes —digo con un bufido —. Pero es difícil que unos leggings queden mal.

—Eso no es lo que dice Polina.

Voy a coger un top cuando me da un manotazo en la mano. La retiro como si me hubieran mordido, con la mandíbula desencajada.

—¿Qué te he dicho? Te he dicho que los elijo yo. Pórtate bien.

Abro la boca para protestar, pero, en lugar de eso, eso no es lo que sale. —¿Quién era Polina?

¿Estoy celosa?

—Mi hermana. Es muy especialita con cosas como los leggings. Se puso a despotricar sobre ello hace unas semanas. Elige una blusa ajustada de color teja oscuro para que me la ponga con los leggings. Es elegante, de manga larga, y sería casi recatada si no fuera por el pronunciado escote en pico que realza mi pecho. La tela es gruesa, pero un poco elástica.

Me pongo la blusa y me doy una vuelta, observándome. —Joder, estoy cañón. En plan, directora ejecutiva de la hostia.

Guau.

Viktor asiente con la mirada todavía intensa y ardiente. Aprobándola. —Esto servirá.

—Más le vale. Vamos a comprar más de estas. Observo su reacción.

—Eso lo decidiré yo. Puedes presentar tus peticiones, pero yo me encargaré de las compras.

Resoplo, con las manos en las caderas, justo cuando le suena el móvil. Me recuerda que Timur tiró mi móvil por la puta ventana y que necesito uno nuevo. ¿Por qué lo *hizo*?

Él enarca una ceja. —Puedes hacer algunas peticiones, pero la última palabra la tengo yo.

—¿Qué es esto, los años veinte? ¿Debería encenderme un Pall Mall y ponerme unos tacones? ¿*Señor*?

Viktor da un paso hacia mí en el pequeño probador. Aunque es más espacioso que la mayoría de los que he visto, él es del tamaño de un oso, y yo no soy precisamente una sílfide, así que no es que sobre el espacio.

—Nos saltaremos el cigarrillo, ¿pero los tacones? Sí. Los añadiré a la lista. —Se inclina y me susurra al oído—. Puedes llevar *solo* los tacones y repetir eso de *señor*.

Dios.

Echa un vistazo a su reloj. —Pero ahora no. Tenemos que irnos. Llévate la ropa puesta. —Inclinándose, arranca las etiquetas y contesta al móvil—. Estamos de camino.

CAPÍTULO 9

Hace nueve años

VIKTOR

—No es consciente de su propia fuerza, Stanislav —dijo mi madre con voz temblorosa, levantando ambas manos delante de ella—. Escúcheme. *No es consciente de su propia fuerza*.

Mi padre llevaba los pantalones del pijama y el batín ceñido a la cintura. Solo le faltaba una pipa para completar la estampa. Era un hombre al que habían sacado de la cama para recibir a la policía. Un año más. Solo necesitaba un año más y sería mayor de edad. En cuanto lo fuera, me largaría.

Las luces parpadeantes se desvanecieron.

—Siempre ha usado esa excusa —dijo mi padre con desdén—. Hace años que conoce su fuerza.

—¡No es una excusa! —suplicó mi madre—. ¡Escúcheme!

Yo estaba sentado en una silla, mirando la pared vacía de la chimenea. Nunca encendíamos el fuego porque a mi padre no le gustaba. Quería pensar que a él tampoco le gustaba el calor. Los ojos de mi padre se clavaron en los míos y las venas de su cuello se hincharon mientras apretaba los puños a ambos lados del cuerpo. Quería hacerme daño, pero la última vez que lo intentó, desvié sus golpes.

Ahora se andaba con cuidado.

En lugar de eso, intentaba provocarme. Me miró con los ojos llenos de desdén. —¿Qué ha sido esta vez? ¿Alguien te ha interrumpido mientras hablabas? ¿Alguien te ha quitado la plaza de aparcamiento? ¿Alguien ha besado a una chica que te gustaba?

Apreté los puños y permanecí en silencio. Estaba provocándome. Sabía que no era mezquino con mi violencia. La verdad era que me utilizaba cuando le convenía, justificando sus propios métodos brutales. Yo era su arma secreta.

No respondí porque eso era lo que quería: una pelea. Si conseguía hacerme saltar, podría pegarme. Era fácil justificar un castigo cuando yo reaccionaba. Era más difícil cuando me quedaba callado. Aparté la vista de él y la posé en la fría chimenea.

—Stanislav —dijo mi madre con voz suplicante.

—¡Contéstame! —rugió mi padre. Sus pasos retumbaron al acercarse. Mis hermanos, Mikhail y Nikko, habían oído lo que pasaba. Podía verlos escondidos en la escalera, listos para defenderme. Se me hinchó el corazón en el pecho. Estaban dispuestos a defenderme si era necesario, pero todos sabíamos lo complicadas que se ponían las cosas cuando nos defendíamos unos a otros por una nimiedad. Aun así, me cubrían las espaldas.

Pero no los necesitaba. Estaba completamente en paz con lo que había hecho hoy.

Me vengué de los adolescentes que le hicieron daño a Lydia. No me arrepentía en absoluto. La persona que lo empezó todo solo era la primera de mi lista. La noticia ya se había extendido; corrían susurros entre los adolescentes del instituto e incluso rumores en la iglesia local.

Algunos me llamaban demonio, otros, ángel vengador, un heraldo de la justicia. Lo acepté. Eliminaría el mal.

—Fuera de mi vida —dijo mi padre, con la voz temblando de furia—. No eres más que una maldición. Una plaga para castigarme.

Una maldición.

Una plaga.

No contesté.

—¡Contéstame! —bramó.

Mi padre dio un paso hacia mí y mi madre se interpuso. —¡No! Ya basta —dijo con la voz quebrada. Apenas el mes pasado había

mandado a Aleksandr al hospital con la mandíbula rota por un malentendido trivial que un narcisista podía tergiversar fácilmente.

Esta vez, vi la determinación en los ojos de mi madre.

No la culpaba. Mi madre, una mujer de firme resolución, estaba tan mermada que tenía que elegir con sumo cuidado cuándo intervenir. Si no lo hacía, se volvería en su contra y el resto de nosotros sufriríamos.

—Apártese de mi camino —dijo él con desdén.

Ella negó con la cabeza y el pelo se le soltó de la pinza que lo sujetaba. Le cayó en cascada sobre los hombros desnudos y delgados mientras se mantenía firme.

—Apártese.

Mi padre levantó la mano para pegarle.

Me puse de pie de un salto y lo agarré por la parte delantera del batín. Me costó todo mi autocontrol no arrojarlo de cuerpo entero a la chimenea fría y vacía.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par, llenos de miedo. Lo solté. Retrocedió, aturdido.

La revelación me golpeó como un puñetazo en las tripas: yo era alguien a quien temer. Mi mero tamaño hacía que la gente se encogiera.

Me llenó una mezcla de orgullo y tristeza. No entendía del todo por qué.

—He terminado contigo —espetó mi padre, con la voz cargada de desprecio—. Estás muerto para mí. Que Kolya se encargue de ti.

El alivio y la tristeza se entrelazaron, incluso mientras la sangre me martilleaba en las venas y deseaba poder pegarle, solo una vez, sin perder la mano y mi posición en esta familia.

El rechazo de mi padre me escoció, pero acogí el cambio con agrado. Este era mi camino ahora, uno que recorrería con orgullo y determinación.



CAPÍTULO 10

VIKTOR

Salimos de la tienda con unas cuantas bolsas. Ella se sienta en el asiento del copiloto, a mi lado, haciéndole alguna especie de magia a su melena y aplicándose un brillo de labios que ha encontrado en la caja.

—¿Qué ha pasado con tus hermanos? —pregunta.

No quiero llevarla a donde estoy a punto de ir.

Pero necesita verlo. Necesita saberlo.

—Hay un almacén aislado que es uno de nuestros lugares seguros. Allí solo puede entrar la familia. Necesitamos que sea un sitio tranquilo y fuera del radar.

Asiente con la cabeza y mira por la ventanilla.

—¿Y por qué voy contigo?

—Porque no me fío de dejarte sola en casa.

Los coches pasan zumbando a nuestro lado mientras cogemos la salida que nos lleva al almacén. —¿Así que te acompaño a todas partes? ¿Ese es tu gran plan?

—Hasta que pueda enseñarte a comportarte. La verdad es que, una vez que estemos casados, estará mucho más segura de lo que está ahora. La *Ledyanoye Bratstvo* tendrá menos derecho sobre ella, e incluso nuestros rivales sabrán que es intocable.

—¿Indefinidamente?

—Sí, Lydia. Indefinidamente.

Tamborilea con sus largas uñas en el salpicadero. —Necesito un móvil, Viktor.

—Lo sé. Estoy en ello.

Conducimos en silencio. Estamos a solo unos minutos.

—¿Y si te prometo que no volveré a intentar escapar?

Niego con la cabeza. —Las palabras se las lleva el viento. Me importa una mierda lo que me digas. No cederé hasta que sepa que no vas a ir a ninguna parte.

Frunce el ceño, niega con la cabeza y maldice en voz baja.

—Eres un jodido mentiroso —dice finalmente—. Lo sabes, ¿verdad?

No soy un mentiroso. Digo la verdad, aunque duela. Me está provocando, intentando recuperar algo de control; un último esfuerzo desesperado por desequilibrarme.

Pero no voy a caer en la provocación.

—La verdad es que no. Así que, ¿por qué no me explicas por qué crees que soy un mentiroso?

Un atisbo de sorpresa cruza sus ojos, momentáneamente desconcertada. Se remueve, cruzando los brazos sobre el pecho a la defensiva. El aire entre nosotros está cargado de tensión, de palabras no dichas y de ira sin resolver.

—No dejas de decirme que no me harás daño. No dejas de insinuar que me conoces. Pero si de *verdad* me conocieras, sabrías que la principal forma de hacer daño a alguien como yo es intentar controlarla.

Ah. Bien jugado. Pero todavía le falta una pieza del puzle.

—Mmm. Cuando alguien toma decisiones que podrían ponerle en peligro, a veces la única opción es garantizar su seguridad ejerciendo control. Deberías saberlo. —Le lanzo una mirada de reojo mientras salgo de la autovía y giro bruscamente hacia el almacén—. Tus padres te enviaron a un internado por esa razón, ¿no es así?

La enviaron a un internado porque era un peligro para sí misma y para los demás. La enviaron a un lugar con reglas estrictas y una

estructura autoritaria en un esfuerzo por darle la guía y la supervisión que necesitaba. Como la mayoría de los intentos de controlar la rebeldía, no funcionó muy bien.

—No tienes ni idea de quién soy —espeta furiosa.

—Tranquilízate. Retomaremos esta conversación más tarde. Por ahora, tenemos trabajo que hacer.

El almacén aislado es lúgubre y sombrío. Solo hay otro coche aquí: el de Mikhail. Sé que Nikko, Mikhail y Lev nos están esperando dentro.

No quiero que vea lo que voy a tener que hacer, pero no tengo elección. La única forma de avanzar es a través de esto.

Duda cuando ve la pesada puerta de hierro y el ambiente oscuro.

—¿Y si prometo quedarme aquí? Puedes cerrar las puertas con llave o... o algo.

Niego con la cabeza. —No. No correré el riesgo y necesito que sepas lo que está en juego aquí. —Cuando llegamos a la entrada, me vuelvo hacia ella y le pongo las manos en ambos hombros. Se los masajeo con los pulgares y le sostengo la mirada—. Estos hombres tienen información que necesitamos. No la soltarán por las buenas. Puede que incluso estén dispuestos a morir antes que hacerlo. Pero tenemos que conseguirla. La vida de tu madre está en juego y la tuya también. Necesitamos averiguar qué planean hacer. Quiero que entiendas la gravedad de esta situación. Aún no quieres admitirlo, pero Timur Yudin es un hombre malvado que tenía la intención de matarte. No lo tenemos en nuestro poder y no pararemos hasta conseguirlo.

La puerta se abre, chirriando sobre sus goznes, y a Lydia se le corta la respiración. Instintivamente, le cojo la mano. La siento pequeña y cálida en la mía, y mi corazón se hincha en mi pecho.

La protegeré cueste lo que cueste. Sin importar el riesgo.

Me tomo un momento para observar rápidamente lo que está pasando. Mikhail está de pie en una esquina de la habitación, con las manos en las caderas. Varios hombres, atados y amordazados, están sentados en sillas plegables, visiblemente ensangrentados y golpeados. Nikko solo lleva una camiseta. Tiene el pelo pegado por el sudor y los puños cubiertos de sangre. Lev está de pie frente a uno de los hombres, mirándolo con indiferencia. Sostiene un bate de béisbol con sus gruesos puños.

Lydia ahoga un grito. —Joder —susurra—. *Viktor*.

Le aprieto la mano. —Estarás bien. Eres una mujer fuerte. Recuerda quiénes son. Son unos pedazos de mierda que no merecen ni pisar la suela de tu puto zapato.

Abre los ojos como platos y se me queda mirando. Se humedece los labios y finalmente asiente.

—De acuerdo.

—Toma. Quiero que te quedes aquí. Vas a verme hacer algunas cosas muy jodidas, Lydia, y no voy a fingir lo contrario. Te quedarás aquí. Me observarás y vas a sobrevivir sin problemas. Asiente. Me inclino más cerca. —Te crió Petr Ivanov. Has visto mierda que ninguna mujer debería ver jamás. —Sé que lo ha hecho. Yo estuve allí en parte de ello, solo que ella todavía no lo sabe—. Y aquí estás. Fuerte. Eres una superviviente, Lydia. Una jodida superviviente.

—¿Cómo sabes eso?

—Ya lo verás. —Me inclino y le beso la mejilla. El contacto de su piel con la mía enciende un fuego en mi interior. La rabia corre por mis venas como fuego fundido. Voy a matar a estos malditos hijos de puta, y ella va a presenciarlo.

Ha llegado mi turno.

Me giro y cierro la puerta con llave desde dentro, subrayando el confinamiento y la gravedad de la situación. Me doy la vuelta y los

encaro.

—¿Qué hemos averiguado?

—Absolutamente una *mierda* —dice Nikko.

—No es del todo cierto —responde Lev, negando con la cabeza; señala con la barbilla al del medio—. A *este* le va Lydia. Tengo pruebas en vídeo de él acosándola. Incluso he encontrado vídeos que grabó de ellos dos...

—*Basta.* Inspiro hondo por la nariz y suelto el aire lentamente. No necesito ni *pensar* en ella y el puto Timur Yudin juntos. Mi respiración es pesada, mi rabia hierve a fuego lento. ¿Me estás diciendo que es un puto acosador?

—Oh, sí —dice Lev, con la mandíbula tensa. Sé que quiere darle una paliza a este tipo por mí, pero no lo hará. Me lo dejará a mí—. Lo pillé haciéndose una paja con el vídeo.

Hijo de la gran puta.

Me planto ante los hombres, mi mirada evaluándolos a cada uno por turnos. Uno de ellos ya se está quebrando, con las lágrimas surcándole el rostro, y aún no le he puesto un dedo encima. Lo que sea que Lev y Nikko hayan hecho ha sido solo un preludio, la reprimenda antes de la tormenta. Su miedo es palpable. Comprenden que este es el final del juego y que si no cooperan, morirán aquí mismo.

Doy un paso adelante. —¿Así que estáis dispuestos a morir por vuestra causa? —pregunto, acariciándome la barbilla—. ¿Sabéis que si no cooperáis, no volveréis a ver la luz del día?

Ninguna respuesta.

Me acerco lentamente al que está visiblemente más asustado. Me inclino y le susurro al oído todo lo que voy a hacerle, aquí mismo, ahora mismo, si no coopera. Cierra los ojos y se le caen las lágrimas.

No me inmuto, pero Mikhail quiere rematar la faena.

—Recuerda que son leales al hombre que la destruiría, joder, Viktor. Recuerda quiénes son.

A mis hermanos les gusta... *animarme* con un recordatorio de la depravación de los hombres a los que castigo. Ayuda.

Extiendo la mano y agarro la barbilla del hombre que tengo delante. Está aterrorizado, pero me importa una puta mierda.

Chasqueo los dedos hacia Lev, que me entrega el bate de béisbol.

—Empezaremos despacio. Me diréis dónde está vuestro líder, o os romperé ambas rodillas con este bate de béisbol. ¿Estamos?

Niega con la cabeza. —¡No puedo hacer eso, no lo sé!

—Lo sabe —gruñe Nikko—. Está mintiendo.

Golpeo el bate contra una de sus rótulas con un swing brutal. El hueso cruje. Grita, suplicando piedad, pero aquí no la obtendrá. Lydia ahoga un grito.

Buena chica.

El otro hombre, el puto hijo de puta que profanó a Lydia, recibirá un trato especial. Me mira desafiante, retándome a que lo toque.

—Dime. ¿Dónde está?

El hombre a su lado lo maldice en ruso, retándolo a desafiar sus órdenes. Le promete que arderá en el infierno si divulga algo, y que su familia sufrirá una muerte brutal y despiadada.

Sin embargo, es un farol. Ninguno de los dos saldrá de aquí jamás.

—¿Comprende la gravedad de mentirme? —pregunto, mi voz un retumbar grave en el silencioso almacén—. Capto su atención. —Imagine un dolor lento e insoportable que solo empieza con la advertencia. Rótulas rotas. Hablemos de hechos, caballeros. El

cuerpo humano es una obra maestra en su capacidad para soportar el dolor. Tomemos, por ejemplo, su rótula rota. No es solo el hueso roto, ¿verdad? —Le golpeo la rótula con la punta del bate y grita hasta quedarse ronco—. El dolor es de un nueve en la escala del dolor. Lo suficientemente intenso como para causar un shock o incluso nublarle la vista.

Me inclino, permitiéndole procesar esto de verdad. A veces, la amenaza de la tortura y el dolor magnifica el efecto de una paliza brutal. —Pero la verdadera agonía es lo que viene después. La forma en que cada movimiento provoca que un dolor insoportable le recorra la pierna. Cómo un simple acto como toser o cambiar el peso se vuelve insufrible. —Me enderezo—. Y estoy a punto de romperle la segunda. Así que le insto a que considere sus próximas palabras con mucho cuidado. ¿Valen tanto dolor como para que se desmaye cuando lo corte en tiras y se desangre en este suelo? Sabe que elegimos este lugar deliberadamente porque es muy fácil limpiar la sangre y silenciar cualquier ruido.

Golpeo el bate contra la palma de mi mano. Lev me observa. Los ojos de Nikko queman a nuestros enemigos con el calor de un millón de soles. Mikhail observa todo sin inmutarse. Lydia es una estatua.

Estrello el bate en mi palma, acogiendo el ardor. El hombre atado grita.

—Muy bien, entonces. —Levanto el bate y me echo hacia atrás.

—¡Vale! —grita—. ¡Vale, de acuerdo, se lo diré! ¡*Joder!*

Dejo el bate en el suelo y lo miro. Hago un gesto a Nikko.

—¿Tienes a Aleks al teléfono?

—Estoy aquí —dice Aleks. Nikko asiente.

El hombre al lado del traidor mece su silla, haciendo lo imposible por alcanzar a su cobarde hermano. Se retuerce y se revuelve, gritándole en ruso.

—¡Manhattan! —dice, llorando—. Está en Midnight Wharf.

—¿Has oído eso? —le pregunto a Aleks.

—Sí. Sé dónde está. Un puerto de propiedad privada en el East River.

El otro maldice, escupiendo saliva. Hago un gesto a Nikko. —Dale su recompensa.

Nikko aprieta la pistola contra la sien del hombre y aprieta el gatillo. Se desploma en sus ataduras.

Su compañero me mira a los ojos, impasible.

Miro a Mikhail.

—He cambiado de opinión. No quiero que vea lo que le voy a hacer. —No quiero que retroceda ante mi contacto. Que reviva lo que estoy a punto de hacer.

Mikhail asiente. —Te dejamos a solas, hermano.

—Viktor —dice Lydia, con la voz rota—. No tienes que hacer esto. Sigues siendo un jodido *humano*. Simplemente... acaba rápido.

La miro a los ojos y niego con la cabeza. —Ya llegaré a eso. Sácala de aquí, hermano.

Se le llenan los ojos de lágrimas y, por alguna razón, parece que va a echarse a llorar. No lo entiendo.

Me acerco a ella y le paso un dedo por el pómulo. Lo retiro, mojado por sus lágrimas. —¿Por qué no quieres irte?

—No lo sé —susurra—. No lo sé, pero... pero tengo que quedarme.

Joder.

No quiero que me mire y vea a un monstruo. Pero tengo que respetar su petición.

—Está bien. Te lo permito. Pero quédate detrás de mí —cedo, con una gran reticencia en la voz.

Cuando Mikhail se hace a un lado, Lydia respira hondo, con un temblor, preparándose para la violencia que está a punto de presenciar.

Y ahí... en el oscuro y frío almacén, con sus ojos fijos en los míos, con su compromiso de no marcharse ni protegerse de quién soy y de lo que hago... algo cambia entre nosotros. Sé quién es. He visto sus demonios. Conozco la oscuridad con la que lucha y la oscuridad en la que se deleita.

Está a punto de ver la mía.

Me vuelvo hacia el hombre atado ante nosotros, cuyo destino está sellado por lo que ha hecho. Estrello el bate de béisbol contra la pared con todas mis fuerzas. Se hace añicos. No necesitaré armas para lo que voy a hacer a continuación.

Flexiono las manos.

Lydia no se estremece.

—Ponte detrás de mí.



CAPÍTULO II

LYDIA

—No.

No sé por qué necesito verle hacer esto. No creo que tenga nada que ver con ese pedazo de mierda que tiene atado a una silla.

Esto es algo entre Viktor y yo.

Cuando asiente, una oleada de poder me recorre. Ha... accedido. Me dejará.

Trago saliva y lo miro. No se trata de la violencia, se trata de que él... confía en mí lo suficiente como para dejarme mirar. Como para saber que no voy a venirme abajo y perder los papeles.

Se vuelve hacia el hombre, que no parece mostrar mucho miedo. Si fuera yo, literalmente me estaría meando en los pantalones. Viktor es el hombre más grande y poderoso que he conocido en persona. Acaba de reventarle la rótula a otro hombre antes de ordenar que le dispararan y lo mataran. Y ahora este gilipollas resulta que era una especie de depravado que me acosaba...

No sé cómo puede seguir ahí sentado, mirando a Viktor con una expresión de puro desafío.

No debe de estar bien de la cabeza, porque ningún ser humano normal que viera a Viktor hacer añicos un bate de béisbol de un solo lanzamiento podría seguir sentado ahí sin un solo rastro de miedo o remordimiento en su cara.

Viktor se acerca y agarra al tipo por el pelo. Con un tirón brutal que me hace estremecer, le echa la cabeza hacia atrás, dejándole el cuello al descubierto, y le clava la mirada.

Casi espero que le arranque el cuero cabelludo con un cuchillo, de una forma sangrienta y brutal.

—Dígame qué hizo —gruñe él. Yo me mantengo firme. No es fácil.

El hombre que tenemos delante tiene el descaro de escupirle. —Yudin me prometió que compartiría. Y así lo hizo. Me dio fotos suyas. Grabó vídeos. Y planeaba dejarme su puto coño.

Ahogo un grito y me tapo la boca con la mano.

Él no lo haría.

Él no lo hizo...

¿Cómo pude haberme dejado engañar así?

Viktor le coge la cabeza y lo estampa contra la pared. Su prisionero grita y luego cae pesadamente al suelo. Me asombra que ese montón de extremidades y tendones, músculos y glóbulos rojos que constituyen el cuerpo humano sea, de algún modo, a la vez frágil y blando, pero también extraordinariamente resistente.

Viktor se agacha, levanta al hombre por la camisa con la mano izquierda como si no pesara más que un niño pequeño y echa hacia atrás el puño derecho. El puñetazo impacta con la fuerza del mazo de un juez.

Le brota sangre de la nariz. Se oye el crujido de un hueso. Lo golpea una y otra vez. Las náuseas florecen en mi estómago con cada golpe nauseabundo.

—Y usted lo aceptó. Dejó que lo hiciera, joder.

El hombre escupe en el suelo, escupiendo dientes, sangre y bilis sobre el hormigón. Doy un paso atrás involuntariamente.

—Lo hice, joder, porque ella no es nada para mí. Es un saco de huesos y agujeros. Iba a usar uno de esos putos agujeros, hijo de puta...

He visto cosas terribles en mi vida. Me crió Petr Ivanov, uno de los hombres más crueles que he conocido. He visto de lo que mi padre y sus hombres eran capaces. Pero, de alguna manera, al mirar la cara

del hombre que Viktor está destrozando, siento que estoy mirando a un abismo de oscuridad.

¿Saco de... huesos? ¿*Agujeros*? Creo que voy a vomitar.

Por primera vez, creo que *quiero* que Viktor le haga daño.

Viktor le da una patada. Lo lanza contra la pared.

El corazón me late como un tambor en el pecho, mi respiración es superficial y acelerada mientras estoy de pie en el almacén en penumbra. El hedor a aceite y óxido carga el ambiente, dificultando la respiración. Me pregunto ociosamente si habrá un taller cerca. Observo, paralizada y aterrorizada, cómo Viktor, una torre de rabia y músculo, arrastra al hombre que se atrevió a ponerme una mano encima para que se encare conmigo. Los pies del hombre apenas tocan el suelo, su rostro está contraído por el miedo mientras el agarre de hierro de Viktor lo mantiene en vilo para poder golpearlo de nuevo.

El rostro de Viktor es una máscara de furia, la cicatriz de su pómulo destaca bajo la dura luz. Lanza al hombre a una silla y el sonido de la madera raspando el hormigón resuena por el espacio. Es entonces cuando me doy cuenta de que hay más cuerdas enrolladas como una serpiente en un rincón oscuro. Viktor, con movimientos precisos y ensayados, ata al hombre a la silla; sus manos grandes y callosas se mueven con una eficacia que me hiela hasta los huesos.

Viktor no parece ni darse cuenta de que estoy aquí. Su atención se centra exclusivamente en el hombre que tiene delante, el hombre que iba a hacerme daño. Se inclina hacia él, y su presencia es tan abrumadora que el aire parece espesarse a su alrededor.

Su acento es más marcado. Está enfadado.

—Intentó tocar lo que es mío —sisea Viktor, cada palabra goteando veneno.

El hombre gimotea, sus ojos se mueven de un lado a otro, buscando una escapatoria donde no la hay. Observo cómo Viktor se endereza y, en un rápido movimiento, saca un cuchillo de su bota. El brillo de la hoja es siniestro, la intención detrás de ella, aún más. Se me revuelve el estómago mientras miro, con los pies clavados en el suelo, incapaz de moverme, incapaz de detener la escena que se desarrolla ante mí.

Viktor coloca el frío metal contra la mejilla del hombre; la amenaza es clara. —Esta es la última cara que verá antes de aprender el precio de sus actos —dice con voz baja y peligrosa.

El alivio me inunda el pecho. ¿Pondrá fin a esta violencia? Quiero alejarme, seguir adelante con lo que venga después.

Las lágrimas me inundan los ojos; mi conflicto es palpable. Sé que este hombre merece un castigo, pero la brutalidad —el poder y la crueldad que Viktor personifica— es casi abrumadora.

Es mi protector y, sin embargo, en este momento, encarna todas las pesadillas oscuras que he tenido.

Viktor se vuelve para mirarme y sus ojos buscan los míos por un momento. Hay una pregunta en ellos, una petición silenciosa de mi aprobación, de mi permiso para continuar. Me duele el corazón, dividido entre mi deseo de seguridad y mi miedo al hombre que tengo delante.

Con el corazón encogido, asiento ligeramente y mi silencio le da el visto bueno que espera. La expresión de Viktor se endurece y se vuelve hacia su cautivo, con el cuchillo ahora preparado con una precisión mortal.

El grito que se desgarra de la garganta del hombre es interrumpido mientras Viktor trabaja; sus acciones son eficientes e implacables. Aparto la cabeza, incapaz de mirar, con los oídos zumbando por los gritos del hombre.

Solo porque se merecía lo que le ha pasado no significa que no fuera un ser humano que nunca más volverá a respirar, que nunca más caminará por esta tierra y tendrá la oportunidad de arrepentirse.

El cuerpo cae al suelo. La sangre salpica el hormigón. No necesito mirar la cara del hombre que ha matado, pero sí la del hombre con el que voy a casarme.

Se vuelve hacia mí, con el rostro salpicado por la sangre de otro hombre. Me doy cuenta de que ya ha hecho esto antes, porque es bueno en lo suyo. Su destreza nace de la práctica.

—Ya van nueve —dice con voz gutural mientras me coge la barbilla; su mano es áspera y cálida sobre mi piel—. Falta uno.



CAPÍTULO 12

VIKTOR

Conducimos de vuelta a casa en silencio durante la primera mitad del trayecto. El peso de lo que acaba de suceder flota en el aire. Los ojos de Lydia, normalmente vibrantes, están nublados por una mezcla de confusión y algo que no acabo de identificar. ¿Quizá aceptación? No lo sé. Pero sé que tengo que arreglarle esto.

—¿No tienes un médico al que puedas ir a ver? —pregunta, su voz rompiendo el pesado silencio.

—No necesito ningún médico.

Me coge la mano derecha y la posa con delicadeza en su regazo. La tengo ensangrentada y magullada por propinar una paliza que era necesaria. Ella no se estremece ni se aparta, y esa firmeza en su tacto me ancla de una forma inesperada.

Hoy, Lydia me ha visto apalear a un hombre antes de cortarle el cuello delante de ella. Ha sido brutal. Ha sido despiadado.

Ha sido necesario.

Vi la conmoción en sus ojos, pero no apartó la mirada. ¿Por qué no está más alterada? ¿Por qué no huye de mí?

La miro de reojo, soltando el aire. —Pues, de acuerdo. Te curaré yo misma. Dime que tienes un botiquín.

—Sí, cariño —respondo, y el apelativo me sale con naturalidad.

Se estremece y se acerca un poco más a mí. Ese pequeño gesto me envía una oleada de calor al pecho. Una solidaridad que no esperaba y que nunca había deseado.

—¿Y ahora qué? —pregunta, volviéndose hacia mí con la incertidumbre reflejada en sus ojos.

—Te llevaré a casa. Nos asearemos, cenaremos algo y nos iremos a dormir —me encojo de hombros, intentando sonar despreocupado —, y mañana planearemos nuestra boda —le suelto la mano y me la paso por la frente, sintiendo aún la adrenalina bombeando por mis venas—. Después de una noche como esta, necesito que se me pase el subidón.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, con voz suave pero inquisitiva.

Tengo los ojos fijos en la carretera. —Cuando lucho, cuando dejo que esa parte de mí tome el control, no es fácil desconectarla sin más. Es como... es como un motor que ha estado funcionando a toda máquina y de repente se para en seco. La energía, la potencia..., no desaparece y ya está. Tiene que disiparse o me consume.

Ella traga saliva con fuerza, intentando asimilar el peso de mis palabras. El que acepte esta parte de mí me produce una extraña sensación de alivio.

—Tiene sentido. Entonces, ¿qué necesitas hacer? —pregunta, con voz firme.

—Necesito bajar el ritmo poco a poco. *Nosotros* necesitamos bajar el ritmo poco a poco. Eso significa que no quiero hablar mucho ni hacer nada fuera de la rutina. Es mi forma de sobrellevarlo, de evitar que todo se desborde.

—¿Necesitas cuidados posteriores? —dice, con un toque de burla en la voz, intentando aligerar el ambiente.

Gruño suavemente. —¿Cómo coño sabes lo que son los cuidados posteriores?

—Vale, vale, no cambies de tema —dice, poniéndose seria rápidamente.

Su comprensión me provoca un escalofrío, pero ella continúa. —Vale, Viktor. Lo entiendo. Después de algo intenso, necesito salir a caminar o algo así. Aunque, a ver, para que quede claro, nunca he hecho nada como *eso*.

Asiento, y un atisbo de algo —gratitud, quizá— me reconforta antes de apartar la mirada, sintiendo cómo la tensión de mis hombros se alivia lentamente.

—Sinceramente... bueno, nunca he hecho lo que tú has hecho, pero he tenido momentos intensos de... —aparta la vista y no me da detalles, pero sé perfectamente de lo que habla. Sé que la detuvieron y que su estancia en el internado fue más un reformatorio que un colegio debido a sus vicios.

—¿Qué te ayuda a ti? —le pregunto.

Suspira. —Una ducha caliente. A veces una copa, pero es mi forma menos favorita de afrontarlo. Hierba —mira por la ventanilla, haciendo una pausa—. Sexo. ¿Y a ti?

Se me nubla la vista por un instante, pero lo ignoro. *Sexo.*

Jodido sexo.

Su franqueza me sorprende, pero es exactamente lo que necesito. Agarro el volante con más fuerza, sabiendo que esta noche ambos encontraremos nuestras formas de sobrellevarlo, de bajar el ritmo poco a poco y afrontar juntos lo que venga.

—Algo de eso, o a veces levanto pesas. A veces, solo necesito dormir durante horas y horas.

No le digo que el sexo no forma parte de mis herramientas.

Hace por lo menos cinco años. Sí, algunos lo llamarían una mala racha para tíos como yo. Pero el sexo con cualquier otra persona sería como lamer el asfalto para intentar saciar mi apetito. *Jamás*.

—Quiero decirte que siento que hayas visto eso —empiezo—, pero no quiero mentirte, Lydia.

Ella asiente y traga saliva. —¿Pero crees que mentía?

—No. No lo habría matado si no.

—Ah —dice con un hilo de voz—. Claro.

Siento el repentino deseo de romper algo.

Si está siquiera considerando la más mínima idea de que Yudin era redimible en lo más mínimo...

Joder.

Cuando le ponga las manos encima... no creo que ella sea capaz de mirarme esa vez.

Cuando volvemos a mi casa, es tarde. Ella está cansada y yo también, pero me muero de hambre.

—Creo que no hemos comido nada desde el desayuno y estoy famélico. ¿Y tú?

Ella asiente. —Podría literalmente arrancarle las patas a una de tus mesas y comérmela con un poco de kétchup ahora mismo. Quizá incluso *sin* el kétchup.

Sonrío. Sienta bien sonreír. Sienta bien volver a ser humano.

—¿Te gusta la pizza? —Acabo de decirle que no voy a mentirle. ¿Es esto una mentira? Intento ser educado y no asustarla de muerte. Porque resulta que sé a ciencia cierta que la pizza es una de sus comidas favoritas en todo el mundo. Especialmente la de estilo neoyorquino, con toda la carne. Es casi injusto lo mucho que sé sobre ella y la facilidad con la que podré usarlo a mi favor.

La miro. Tiene el pelo revuelto, el rostro manchado de lágrimas, tierra y sangre. Necesita asearse tanto como yo.

—¿Cómo coño te has manchado de sangre?

—Hubo muchas... ¿salpicaduras?

Gruño por lo bajo, pero no respondo.

—Bueno, pues vamos a pedir comida y luego vas a meter tu culo en la ducha.

Me lanza una mirada de reojo. —¿Va a lavarme usted personalmente, señor?

Mierda. ¿Qué ha pasado ahí?

—A lo mejor soy un hombre chapado a la antigua. A lo mejor creo que no debería tocarte hasta que estemos casados. —Llego a la entrada de mi casa y aparco el coche—. No toques la puerta.

Creo que me he ganado al menos esta pequeña migaja.

Me pregunto si me llevará la contraria. La observo mientras se sienta con las manos en el regazo. Cuando llego a su puerta, va a coger el tirador. Me quedo de pie al otro lado. Nuestras miradas se cruzan, pero no abre la puerta. Parece indecisa, insegura de qué hacer a continuación.

Bien. Quiero que al menos se lo piense dos veces antes de contradecirme.

Abro la puerta y le cojo la mano. En este poco tiempo, ya se ha convertido en una costumbre.

Me gusta el tacto de su mano en la mía. No es de las que confían fácilmente, pero este mínimo gesto me proporciona una gran tranquilidad. Durante este breve instante, cuando su mano está unida a la mía y sus dedos entrelazados, no se me va a escapar. Y nadie me la va a arrebatar.

Aquí hay silencio; es un lugar apartado de todo el mundo. Mi pequeño santuario en la ciudad. Desde la puerta de mi casa, puedo ver las brillantes luces de Manhattan en la distancia.

Mi familia es dueña de esta zona de Nueva York conocida como The Cove. Los negocios nos pagan para que los mantengamos a salvo y damos trabajo a más de dos tercios de los residentes. Es una jugada de poder que nos ha funcionado muy bien.

Me pregunto cómo será para ella estar de vuelta en Nueva York.

La casa de su familia está a treinta minutos de aquí, pero ella no pasó su infancia allí.

Abro la puerta y abro la aplicación de mi móvil.

—Pizza al estilo de Nueva York —le digo—. Me gusta con mucha carne. Salchicha, beicon, pepperoni. Salsa roja, nada de esa mierda de salsa blanca. Pide lo que quieras.

Esta vez no solo intento contentarla. La verdad es que llevo comiéndola así desde la primera vez que la vi.

La añado al carrito y le paso mi móvil.

Está oscuro cuando entramos en el recibidor. No me molesto en encender la luz del techo. Sé por mi vigilancia a distancia que esta casa no ha sido alterada, tal como me gusta. Envié un equipo de limpieza adonde ella provocó el incendio, pero, por suerte, los daños se contuvieron y nadie diría lo que pasó.

—No necesito nada más. Así está bien —dice en voz baja. No quiere admitir que es su favorita.

—Son bastante conocidos por su helado artesanal. Podría ayudar a... bajar las revoluciones.

Le flipa el puto helado más que cualquier chocolate o dulce o cualquier cosa de ese estilo. Me lanza una mirada de reojo.

—¿Quieres engordarme?

No, nena. Eres jodidamente perfecta. No necesitas cambiar ni una puta cosa.

—No digas tonterías. Vale, me apetece helado y me lo voy a pedir. —Cojo el móvil y añado dos sundaes de chocolate caliente al carrito, una ración extragrande de patatas fritas y una ensalada, solo para calmar su conciencia. Sé lo que le gusta. Pulso el botón y hago el pedido.

—Llegará en treinta minutos. Vamos a ducharnos.

Se dirige a la ducha, pero con los hombros caídos. Me pregunto si su valentía la ha abandonado. Antes de llegar al baño, se da la vuelta, se sienta en la cama y se tapa la cara con las manos. Le tiemblan los hombros y no sé si está llorando.

Me quedo mirándola, sin saber qué hacer. La adrenalina todavía me corre por las venas. Aún no me ha dado el bajón.

—¿Estás bien?

No sé qué pensar de esto. No sé cómo ayudarla. Con cautela, extiendo la mano para apoyarla en su hombro.

Esta vez, no se estremece ni se aparta, pero tampoco responde a mi pregunta.

—Ve tú primero —dice con voz temblorosa—. Dúchate y luego voy yo.

¿Me está tomando el pelo? ¿Intenta salir de esta habitación para escapar de nuevo? Lo dudo, pero tampoco voy a correr riesgos.

Niego con la cabeza.

—No. O vienes conmigo o vas sola.

Se le caen los hombros. Quiero arreglarlo. Odio que esté angustiada y sé que yo tengo algo que ver con esto.

—Te sentirás mucho mejor después de una ducha y algo de comida.

Finalmente, con un profundo suspiro, se pone en pie.

—Supongo que eso es sensato. No sé qué siento acerca de que te duches en la misma habitación que yo. Sé que vamos a casarnos, pero no confío en ti. Apenas nos conocemos.

—Lo sé. No he dicho que me fuera a meter *contigo*. Ve. Métete en la ducha. Pero no voy a dejarte sola. Nos casamos en unos días, Lydia. Cuanto antes nos sintamos cómodos el uno con el otro, mejor.

—Justo. —Se levanta y se estira antes de empezar a quitarse la ropa. Aparto la mirada, pero su voz me detiene.

—No. Vamos a estar casados, ¿no? ¿Por qué te giras? Eso es solo una pérdida de tiempo y un juego. Esta soy yo. Esto es con lo que te vas a casar. Vamos a ver qué te parece.

Su voz es dura. Desafiante. He secuestrado a una mujer hecha de puro fuego y hielo, y no debería haber esperado menos.

Sosteniéndome la mirada, se quita por la cabeza el bonito top rojo teja, ahora arrugado y manchado.

—Espero que todo esto salga. Me gustaría mucho volver a ponérmelo.

Da igual si sale o no. Le conseguiré otro. Contrataré a alguien para que le cosa otro si hace falta, joder.

Se planta frente a mí, su cuerpo lleno de curvas me pone jodidamente duro. Quizá *no* necesito bajar las revoluciones. Quizá con solo mirarla sea suficiente para dejar atrás toda esa mierda.

Su sujetador color rubor realza sus pechos generosos. Tiene el hoyuelo más adorable en el vientre. Me imagino tumbándola y lamiéndoselo antes de saborear aún más de ella.

Llegaremos a eso.

Doy un paso hacia ella antes de darme cuenta de lo que hago. Me quedo helado, su mirada todavía fija en la mía.

Después, lleva las manos a la cinturilla de sus leggings. Sus dedos, adornados con largas uñas de color rojo sangre, se enganchan en la cinturilla antes de empezar a deslizarlos hacia abajo. Trago saliva mientras se los quita pasándolos por sus caderas voluptuosas y sus muslos torneados. Un hambre me roe las entrañas, un anhelo que la comida no satisfará.

Dobla los leggings y los coloca junto a su top. Estoy de pie frente a ella, contemplando su cuerpo perfecto. No puedo creer que sea mía.

Mía.

Le alcanzo el hombro y lo acaricio con la yema del pulgar.

—Eres una puta obra de arte. La mujer más hermosa que he visto en mi vida. —Cuando abre la boca, probablemente para protestar, niego con la cabeza—. Y ni se te ocurra contradecirme. Si dices una sola puta cosa despectiva sobre tu cuerpo, te pondré sobre mis rodillas y te azotaré hasta que me supliques que pare y estés lista para admitir que estás jodidamente espectacular.

—No te atreverías —susurra, pero el ardor en su mirada me dice que hay una parte de ella que espera que lo haga.

La miro fijamente al fondo de sus ojos y le paso los dedos por el pelo. Me inclino y le beso la sien. —Te prometo que lo haría, así que yo no pondría a prueba esa teoría. Vamos a limpiarte. La comida no tardará en llegar.

—¿Así que el sexo no está en tu arsenal de herramientas para bajar de un subidón como ese? —susurra.

Le beso la mejilla y la giro para que quede de cara al baño. —Supongo que tendremos que verlo.

En el baño, abro el grifo de la ducha. —Quiero que confíes en mí. No voy a aprovecharme de ti. Te lo prometo. Vas a meterte en la ducha y no vas a salir de este baño hasta que yo también me duche.

Ella mira hacia donde está la ropa. —¿Tu asistenta hace la colada?

Niego con la cabeza. —No me fío de que la gente me haga esas mierdas.

—Qué bien. Un hombre que sabe cuidarse solo. Estoy impresionada.

No muerdo el anzuelo. Abro la puerta de la ducha y hago un gesto con la cabeza. —Entra.

Mientras entra en la ducha, suena el timbre. Lo oigo desde aquí y enseguida abro el monitor en el móvil. No veo a Lydia, salvo a través del cristal translúcido, pero ella intenta mirarme. —¿La comida?

Asiento y pulso un botón en el móvil. —Déjela en la puerta. Gracias.

Vuelve a buscarme con la mirada. —Necesito unos minutos más. ¿Quieres ir a por la comida?

Siento que se me levanta una comisura de los labios. —Buen intento, Lydia. Buen intento.

—En serio, la pizza fría no vale nada. —Está jodiéndome a base de bien. Se comería la pizza fría sacada directamente de la nevera. Es una de las cosas que más le gustan.

—Aguantará caliente un rato más.

—Tú todavía tienes que ducharte. Y yo me muero por depilarme las piernas. —Se mira los muslos—. Vale. Escucha, Viktor. Vas a ser mi marido, quieras o no, y los dos estamos muertos de hambre. Venga, dúchate conmigo ya.

Lydia no es como las demás chicas. Otras estarían temblando de pánico al estar a solas con un hombre al que apenas conocen. Pero a Lydia le gusta vivir al límite. Le gusta pasar miedo. Voy a usar eso a mi favor.

—¿Estás segura de eso?

Mi voz es grave, ronca. No puedo evitar la erección descomunal que me provoca la simple idea de estar cerca de su cuerpo desnudo y de compartir la ducha con ella.

Lydia frunce el ceño y se gira para que el agua de la ducha le caiga en cascada por los hombros y la espalda.

—¿Hay algo que pueda hacer para impedir nuestro matrimonio?

—No.

Su voz es dura. —Entonces vamos a compartir apellido, anillos y cama. Pues sí, estoy segura. Podemos compartir una ducha.

Ahí está otra vez ese desafío. Me palpita la polla. Me muero de ganas de domar a esta jodida mujer.

—Esta ducha es lo bastante grande para que quepan todos tus hermanos.

Gruño antes siquiera de darme cuenta de que estoy respondiendo, y ella se echa a reír. Es música para mis oídos.

—No estoy diciendo que *quiera* compartir la ducha con tus hermanos, ni más que tú. Y no digo que deban hacerlo. Solo digo que *podrían*. Así que relájate.

Me quito la ropa y la tiro al cesto de la ropa sucia.

—Me gusta un hombre que mantiene sus cosas ordenadas.

—¿Ah, sí? —pregunto mientras abro la puerta de la ducha. El vapor me envuelve la piel.

—¿Así que mi casa se ajusta a tus necesidades? ¿Está lo bastante limpia para ti, su majestad?

Es extremadamente pulcra y ordenada, y odia cualquier cosa fuera de lugar. Incluso antes de ponerse a trabajar, siempre tiene que ordenar su espacio. Su coche está impecable.

Cuando me enteré de que venía, contraté a todo un equipo para que limpiara mi casa de arriba abajo. Aunque ya tengo una asistenta, hicimos una limpieza a fondo completa hasta el sótano.

—Sí, se ajusta. Me gusta. —Termina de aclararse el pelo y se vuelve hacia mí.

—Dios santo —dice, negando con la cabeza—. ¿Cuánto peso levantas?

—¿Te refieres a con qué frecuencia? ¿O a cuántos kilos?

Niega con la cabeza. —Da igual. No creo que lo entendiera de todos modos. No sabría qué aspecto tiene levantar veinticinco o quinientos kilos en el press de banca. Tu cuerpo habla por sí solo.

—¿Ah, sí? —Me miro el cuerpo—. ¿Y qué dice?

Todo rastro de humor la abandona. Me mira desde la coronilla, bajando por el cuello y sobre los hombros. El calor de su mirada se desliza por mi piel hasta mi enorme erección, mis fuertes muslos y el resto de mis piernas.

—Tu cuerpo parece haber sido perfeccionado hasta convertirlo en un instrumento de tortura. Pura perfección. —Se humedece los labios y traga saliva—. Dice que estás entrenado para matar.

No se equivoca.

Entro en la ducha. —También dice que te pongo increíblemente cachonda —susurra ella, casi sorprendida.

—¿De verdad necesitabas verme la polla dura para saberlo?

Esta noche me voy a ir a la cama con el peor calentón de mi puta vida.

Joder, joder y joder.

—¿Sinceramente? No. De todas las cosas que he dudado sobre ti y sobre mí en este poco tiempo desde que te conozco, tu atracción por mí no ha sido una de ellas.

Y, aun así, deja que la coja de la mano. Ha dejado que la consuele. Puede que Lydia me tenga miedo, pero si es así, lo disimula bien.

Cojo la pastilla de jabón y me froto la espalda con ella. Me lavo y me aclaro rápidamente.

Soy consciente de que me observa. Soy consciente de cómo se le entrecorta la respiración y aparta la mirada.

Quiero tocarla. Quiero sentirla. Quiero que ella me toque.

Se inclina sobre mí para coger el acondicionador que le compró Polina. Su brazo roza el mío y tengo que contener la respiración para no moverme. Para no agarrarla y tomarla aquí mismo, en la ducha, horas después de haberla hecho cautiva.

Trago saliva con dificultad, la subida de adrenalina hace que la sangre bombee por mis venas.

—¿Lo ves? Es fácil de leer. —Se gira y me mira, sus espesas pestañas salpicadas de gotas de agua. Se acerca a mí—. Dios, tantas cosas que me gustaría saber.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿De verdad?

—Mmm.

—¿Hablas ruso? —pregunta en ruso—. Siempre he querido que un hombre me hablara en ruso.

—*Konechno, ya delayu*.

Por supuesto que sí.

—¿Por qué quieres que hable en ruso?

Baja la cabeza y da un paso hacia mí. —Creo que es sexi. Siempre he imaginado que mi marido me hablaría en mi lengua materna. Creo que es mi sangre rusa. Hay algo en eso que me llama.

—Entonces, ¿por qué no estás hablando en ruso ahora?

Se encoge de hombros y no responde.

—¿Has estado con muchas mujeres? Me parece una pregunta razonable para alguien que va a ser tu marido.

Da un paso hacia mí y me coge la pastilla de jabón de la mano.

—No. Con algunas, pero no necesitaban nada de mí —doto a esa respuesta de un mundo de significados, sin saber cómo se lo tomará.

Sin decir palabra, me lava los hombros, el cuello y el pecho.

—¿No vas a preguntarme si he estado con muchos hombres? —niego con la cabeza.

—No es necesario. Lo único que necesitaba saber era que creías que tirarte a Yudin merecía tu tiempo y tu atención. Yo le pondré remedio a eso. Él no te quería y no era digno de ti.

Sus ojos relampaguean y resopla.

—¿Y así es el amor de verdad? Esto es lo auténtico, ¿no? ¿A quién pretendes engañar, Viktor?

Niego con la cabeza.

—Necesitas saber que lo odio con toda mi puta alma y que voy a matarlo. Y no voy a mentirte al respecto. Pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de quién era.

Niega con la cabeza y se da la vuelta. —Me muero de hambre. Salgamos de aquí y comamos algo. —Tendré que recordar que cambia de tema cuando se siente incómoda.

Nos aclaramos y nos secamos con la toalla, sin dirigirnos la palabra. Le enseño dónde ha dejado Polina algo de ropa y yo me pongo unos calzoncillos. Todo el tiempo me pregunto qué piensa de mí. ¿Sigue pensando que ese gilipollas merecía su tiempo?

La llevo a la cocina. Lleva unos suaves pantalones cortos de pijama de franela y una pequeña camiseta de tirantes. Le quedan perfectos.

—Qué monos. Tendré que darle las gracias a Polina. ¿Tienes comedor?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Como en la cocina. Te enseñaré.

En silencio, sacamos tranquilamente platos de papel y servilletas.

—¿Te gustan la limonada rosa y la Coca-Cola Light?

Niego con la cabeza. —Me importa una mierda. Los ha comprado mi asistenta.

Son sus bebidas favoritas. Es lo bastante lista como para saber por qué están ahí. Me mira con curiosidad y coge una botella de agua, dejando la limonada y la Coca-Cola Light. Parece un momento de calma antes de que estalle una tormenta de emociones. Lydia arde tan intensamente como los fuegos que provoca.

Ahora mismo está agradecida. Se ha duchado y he pedido sus comidas favoritas. Pero no le gusta que controlen su vida, y eso va a ser un problema tarde o temprano.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, con la comida extendida ante nosotros. Lydia coge un trozo grande de pizza y come despacio, cerrando los ojos con deleite.

—Dios mío, qué bueno está esto —dice, saboreando la comida. La observo. Me encanta hacerla feliz.

Comemos hasta que nos quedamos llenos.

—Pronto conocerás a Aria, la mujer de Mikhail. Esto era lo que más le gustaba cuando estaba embarazada.

Guardo el resto de la comida mientras ella tira los platos de papel a la basura. Es sencillo y reconfortante, pero ambos estamos, sobre todo, cansados. Cuando nuestras miradas se cruzan, un entendimiento tácito pasa entre nosotros. Quizá esté intentando

asimilar el hecho de que sé tanto sobre ella y, sin embargo, sigo siendo un completo desconocido.

Mi móvil vibra con un mensaje.

> **Mikhail**
> Mintieron o le avisaron. Ni rastro de Yudin.

Lydia se remueve en su asiento, atrayendo de nuevo mi atención. Su mirada es intensa, sus labios están ligeramente entreabiertos. —¿Quién era? —pregunta con voz suave pero inquisitiva.

—Mikhail —respondo en voz baja.

Entrecierra los ojos ligeramente. —¿Siempre resuelve sus problemas con violencia?

Me acerco un paso, el aire entre nosotros cargado de tensión. —Hago lo que hay que hacer para proteger a los que me importan.

Se le corta la respiración y no retrocede. En lugar de eso, se levanta, acortando la distancia entre nosotros. —¿Y qué hay de mí, Viktor? ¿De qué necesito protección yo?

—De cualquiera que quiera hacerte daño —digo, con la voz ronca por la emoción—. Incluida tú misma.

Sus ojos brillan con desafío. —No necesito un protector.

—Tal vez no —murmuro, alargando la mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero tienes uno de todos modos.

Se estremece ante mi contacto, con una mezcla de ira y algo más en sus ojos. —Crees que lo sabes todo de mí —susurra, con sus labios a centímetros de los míos.

—Sé lo suficiente —replico, con la voz ronca—. Lo suficiente como para querer mantenerte a salvo. Lo suficiente como para quererte a *ti*.

Se le corta la respiración y, por un momento, nos quedamos ahí, con la tensión eléctrica entre nosotros. Entonces, da un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Ya veremos —dice, con la voz ligeramente temblorosa—. Ya veremos si de verdad me conoces, Viktor.

Le envío otro mensaje a Mikhail.

Siga buscando.



CAPÍTULO 13

LYDIA

ESTOY TUMBADA EN LA CAMA, mirando a la pared. He dormido bien durante un rato, con la barriga llena después de una ducha caliente y una bolsa de agua caliente humana a mi lado.

Pero ahora estoy completamente despierta, con la mente bullendo de miedo y posibilidades.

Empiezo a ver la sensatez de quedarme, porque, si me voy..., ¿a dónde iré? Mi familia está entrelazada con los Romanov. Si quiero tener algo que ver con mi madre o mi hermana, debo quedarme aquí. Si me voy, si intento escapar, no me fío de que mi ex prometido no venga a por mí. Y después de lo que he visto, no sé qué sería capaz de hacerme.

¿Y si ese hombre que Viktor mató ayer decía la verdad? ¿Y si Timur de verdad pretendía utilizarme y compartirme con sus hombres? La sola idea me da asco. Me despierto con el corazón encogido, con mi futuro marido a mi lado.

—¿Estás despierta? —pregunta él.

Asiento. —¿Y tú?

—Sí —dice en voz baja—. Todo en él es tan pesado, grande y masculino, hasta su voz.

—¿Qué hora es?

—Ni idea. Hora de que estuvieras durmiendo, en cualquier caso.

—Gracias, capitán Obvio.

Lo siento tensarse a mi lado antes de que se incorpore, echando las sábanas a un lado. El corazón se me sube a la garganta.

¿Qué demonios...?

—Se acabó —dice, negando con la cabeza—. He tenido toda la paciencia del mundo contigo, Lydia.

Me lo quedo mirando, con la mandíbula desencajada, mientras me agarra la muñeca. Intento zafarme, pero no tengo ninguna oportunidad contra un hombre tan grande y poderoso como él. —Estoy *harto*.

Me quedo sin aliento cuando se sienta pesadamente en la cama y me arrastra sobre su regazo.

—¿Pero qué coño? —protesto, a pesar de que se me dispara el pulso —. Viktor, ¿qué coño...?

Su mano se estrella contra mi trasero, con fuerza y rapidez.

—He sido delicado. He sido comprensivo —continúa, mientras su palma impacta contra mi piel. Me arden las mejillas, pero hay algo en la forma en que me domina que hace que la excitación me recorra el cuerpo. Apenas puedo hablar o pensar mientras el calor florece en mi vientre y una calidez deliciosa se extiende entre mis piernas.

Quiero ver qué hace cuando protesto. Cuando lucho contra él. Cuando no cedo y me doy la vuelta para mostrarle mi sumisión.

Así que pataleo. Le araño las piernas y grito, echando la cabeza hacia atrás y berreando con todas mis fuerzas.

—¡Hijo de puta! ¡*Cabrón*! ¡Suéltame o *gritaré*!

Me agarra el pelo del moño, recogiendo toda mi melena alborotada en su enorme mano antes de tirar de mi cabeza hacia atrás. —Hazlo. Si no gritas, cogeré el cinturón y te azotaré ese culito perfecto y bonito hasta que lo hagas.

—¡*Cabrón*! —chillo—. ¡*Suéltame*! —grito hasta quedarme ronca y con los oídos zumbando, lo que me vale una risa grave y oscura de mi captor.

—Justo lo que esperaba —dice con aprobación—. De un solo movimiento, me quita la ropa y me deja el culo al descubierto. La sensación de su palma caliente, pesada y callosa en mi trasero al rojo vivo envía descargas de excitación a mis partes íntimas. Tengo la boca seca, y si me tocara ahora mismo, me encontraría empapada.

Algo muy, muy dentro de mí, que no puedo descifrar del todo, susurra con deliciosa satisfacción... *esto*.

Esto.

Él.

Esto.

Quiero que me tomen. Quiero que me controlen. Quiero que me dominen y me fuercen, y cuando yo les devuelva el empujón, no quiero que se venga abajo.

Su palma golpea con fuerza la parte inferior de mi muslo, y escuece mucho más que antes. Gimo y me retuerzo, intentando escapar, pero él me inmoviliza y me azota de nuevo.

Se me corta la respiración, y una mezcla de miedo y desafío me invade. Lucho contra él con todas mis fuerzas, mis manos empujando sus muslos fuertes y robustos, mi cuerpo retorciéndose en un intento de liberarme. Casi consigo zafarme de su control, pero me atrapa, me inmoviliza y gruñe: —Pequeña traviesa. Antes de darme tres azotes fuertes y punzantes en rápida sucesión.

—¡Viktor, no! —chillo, con la voz temblorosa, aunque una parte de mí piensa: «*Sí, sí, ESTO*».

Pero su fuerza es abrumadora, su agarre como el hierro mientras me mantiene en mi sitio. Sin un instante de pausa, vuelve a descargar la mano sobre mi culo desnudo, y el chasquido agudo del azote resuena en la habitación y se mezcla con mis gritos.

Hemos estado bailando en la periferia de algo, y no sabía qué era hasta este momento.

Lucho con más fuerza, mis forcejeos se vuelven más frenéticos, y en algún lugar de los oscuros recovecos de mi mente, pienso que debería decirle que pare, pero no quiero. Duele de cojones, y estoy humillada hasta lo indecible, pero en toda mi vida, nunca he estado más excitada que ahora.

Cuando los azotes continúan, mi rebeldía empieza a menguar, reemplazada por la pura necesidad de placer.

—Viktor —suplico, mi voz más suave esta vez—. Dios mío. Vale, está bien, lo siento.

Su palma se detiene, suspendida sobre mi culo. —¿Qué sientes? *Dilo*.

—Siento haberte contestado. —Su mano se aquieta, sus dedos se demoran un momento antes de frotar suavemente mi dolorido culo, aliviando el escozor que su propia palma había infligido.

—¿Vas a volver a contestarme? —pregunta, su voz peligrosamente baja—. ¿O tenemos que continuar con esto?

Hago una pausa solo un momento antes de responder. —¿Quieres la verdad o una mentira?

—Lydia —gruñe.

—¡Vale, vale! Absolutamente voy a volver a hacerlo —admito, encogiéndome a la espera del siguiente manotazo, pero para mi sorpresa, él se ríe y suelta un suspiro.

—Has sido sincera. Joder, me encanta eso, nena —susurra—. Eres una chica buena, Lydia. Una chica buena que necesita un recordatorio ocasional de que debe portarse bien. Y las chicas buenas reciben recompensas, ¿verdad?

Me retuerzo en su regazo. Mis pechos están presionados entre su regazo y la cama, mis pezones peligrosamente duros.

—Sí, las reciben —susurro—. Claro que sí, joder.

Se inclina y me susurra al oído:

—Menos mal que no te castigo por esa boca tan sucia que tienes, o estarías frita.

—Joder, que sí —coincido, asintiendo—. Porque soy una chica buena. Su chica buena.

—¿Quieres ver lo que pasa cuando eres sincera conmigo?

—¿Después de que me hayas dominado y azotado el culo? *Uuuh, sí* —susurro—. Por favor, por favor, *por favor*.

Me da una palmada en el culo dolorido.

—Ven aquí, nena. Dame ese coño. Seguro que estás mojada por mí, ¿a que sí?

Cuando me separa las piernas y me toca el coño, mi pelvis se convulsiona con el primer roce de su dedo.

—Oh, joder —gimo—. Hostia puta.

—A alguien le han gustado los azotes.

Gimo.

—¿Gustado? Más bien me ha encantado. Me *han encantado* los azotes.

—Joder. Eso significa que nunca conseguiré enseñarte a portarte bien —dice, pero la sonrisa pícara de su cara me dice que no le disgusta en absoluto.

Me levanta con la misma facilidad que si no pesara nada, me tumba en la cama y se arrodilla ante mí.

—Oh, Dios —susurro, con la voz temblorosa.

—Estas son las reglas. Voy a comerte el coño. Te has ganado este orgasmo, y yo me he ganado comértelo. Vas a correrte en mi lengua. Si decides correrte antes de que te dé permiso, volveré a azotarte y te haré esperar. Si mueves las manos de la posición en la que las ponga, te ataré y te azotaré de nuevo hasta que supliques piedad. En otras palabras, si quieres correrte, nena, harás lo que yo te diga, joder.

Me agarra el pelo; su rostro fuerte, masculino y absolutamente atractivo hace que mi corazón se acelere todavía más.

—¿Queda claro?

—No estoy segura de esto... —empiezo, retorciéndome cuando sus ojos se clavan en los míos. Hace solo unos segundos estaba tumbada sobre su regazo, recibiendo una buena tunda en el culo, así que tengo más que un poco de miedo de que vuelva a ocurrir.

—¿No estás segura de qué? —espeta, con la mirada ardiendo en la mía con una ferocidad que me hace tragar saliva.

—De que tú... me hagas... eso.

—¿De qué coño estás hablando? —como para castigarme, inclina la cabeza hacia mi muslo y me muerde.

Me muerde.

Grito e intento apartarlo cuando su lengua lame el lugar que acaba de morder. Me incorporo y lo miro fijamente, esperando ver sangre. ¿Por qué coño me lleva eso al borde del orgasmo? Intento apartarlo de nuevo, pero me da un manotazo en las manos y me fulmina con la mirada.

—Pon esas manos sobre tu cabeza y no las muevas, joder —gruñe, poniéndose de rodillas—. Te gusta duro, nena. Ahora lo sé. —sonríe maliciosamente—. Por suerte para ti, a mí también.

Cierro los ojos con fuerza porque, aunque estoy inexplicablemente asustada, quiero esto. Lo deseo con todas mis malditas fuerzas. Me cuesta un gran esfuerzo mantener las manos en su sitio. Me recuerdo a mí misma lo que dijo que haría si las movía.

Te ataré y te azotaré de nuevo hasta que supliques piedad.

¿Quiero eso?

¿Qué?

Todavía me duelen los azotes que me ha dado, pero siento más que un poco de curiosidad por saber cómo sería que me atase y me azotase.

Uf.

Creo que podría tragarme la lengua en el esfuerzo de callarme la puta boca.

—Buena chica —dice, y su mirada fija en la mía me dice que sabe exactamente por lo que estoy tentada, y sabe lo mucho que me estoy esforzando—. Manténlas ahí mismo, joder.

Sus manos van a mis pechos y me pellizcan los pezones con fuerza. Grito, pero justo a tiempo, recuerdo mantener las manos donde él las ha puesto.

—Así me gusta —dice, en tono aprobador—. Eso es, nena.

Se tumba en la cama y lleva su boca a mis pezones, bañándolos uno a uno con la superficie cálida, húmeda y plana de su lengua mientras me manosea el coño. Me retuerzo bajo él, pero mis manos permanecen en su sitio, incluso cuando sus dientes se cierran y me muerde el pezón.

—¡Ahhh! —grito—. ¡Viktor!

—Mmm, sabes jodidamente bien, y todavía ni siquiera te he probado el coño. —Niega con la cabeza—. Joder, tuve que hacer algo bueno

en mi vida pasada para merecer a una mujer como tú —dice con reverencia.

—Menos mal que no te castigo a *ti* por esa boca. Dices más tacos que un pandillero.

Me sonríe con suficiencia.

—Me gustaría verte intentarlo.

Y entonces se va, y tengo miedo porque todo lo que veo es la amplitud de sus hombros proyectando una sombra sobre mi cuerpo y la coronilla de su cabeza entre mis piernas.

Y entonces me ahogo, me muero, y por fin estoy *viviendo* de verdad cuando su lengua se encuentra con mi clítoris dolorido y palpitante. Se siente como el calor del infierno y la perfección del cielo, todo a la vez. Cierro los ojos y me estremezco mientras las olas de placer me consumen.

Gruñe y se agarra la polla, masturbando su enorme erección mientras arrastra perezosamente la lengua por mi hendidura hinchada. Mis pensamientos se evaporan al sentir el calor de su aliento en la cara interna de mis muslos. Cuando sus dientes rozan mi clítoris, muevo las muñecas, pero un rápido azote en el muslo me hace detenerme.

—Ya te he dicho lo que pasaría —advierte—. Te estoy comiendo el coño, chica, y tú me estás obedeciendo. ¿Me has entendido?

Asiento, reprimiendo la necesidad de gemir o de darle un manotazo. Trago saliva, con la boca seca.

—Mmm —asiento, ansiosa por que continúe.

Y entonces vuelve a mi coño, adorándome con su lengua hasta que siento que apenas puedo soportar el placer. Nunca me he corrido en la cara de un hombre así, y de alguna manera me aterra y me excita a la vez, pero no podría parar ahora aunque quisiera.

—Dime cuando estés cerca —gruñe, haciendo una pausa para rozar mis muslos con su barba incipiente. Los pinchazos se sienten como un millón de pequeñas agujas. Arrastra la barbilla justo en el borde de mi clítoris hinchado y grito.

—Así me gusta —dice, con su aliento caliente en mis muslos— Eso es lo que me gusta ver. Tienes mi permiso, mi chica buena. Córrete en mi boca, nena. Déjate llevar.

Y entonces se deja caer de nuevo al suelo y se agarra la polla. De alguna manera, oírle darme permiso hace que el primer espasmo de placer me recorra, pero estoy asustada. Contengo la respiración, incapaz de superar la necesidad de correrme y de permitirme llegar hasta ahí.

Ningún hombre me ha hecho llegar al orgasmo antes.

He tenido sexo y he sentido... un placer pasajero..., pero nunca he sentido esa felicidad absoluta, liberadora y devastadora sobre la que he leído en esas novelas románticas que me dio mi hermana.

Ni siquiera sé cómo es. Ni siquiera sé qué es lo que persigo.

Me siento tan tensa que soy como una cuerda a punto de romperse, pero parece que no puedo llegar. Cada vez que creo que voy a conseguirlo, no lo logro.

—Córrete, nena —ordena. Sorbo por la nariz y niego con la cabeza. Ni siquiera sabía que estaba llorando.

¿Por qué estoy llorando?

—Lydia. —Mis ojos se clavan en los suyos— Puedes correrte. Te he dado permiso.

Sorbo con fuerza. —No... no puedo.

—Claro que puedes —dice, bajando de nuevo la boca hasta mi coño —. Relájate, nena. Respira hondo y déjate llevar. Tienes que dejar de pensar tanto.

Niego con la cabeza. —No puedo, Viktor.

Mirándome fijamente, al final me pregunta: —¿Por qué no?

Aparto la mirada. No sé cómo responder a esa pregunta.

¿Por qué no soy digna? ¿Por qué no soy lo bastante guapa? ¿Por qué correrme significa rendirme a él?

¿Quizá todas esas cosas? No lo sé.

No puedo expresarlo con palabras.

Me acaricia la cara interna del muslo. —Esto es una cuestión de confianza.

Niego con la cabeza. Se me corta la respiración y mi ira amaina por un momento cuando veo un destello de vulnerabilidad en sus ojos. —Si no confiara en ti, al menos un poco, no estarías arrodillado delante de mí con la boca en mi coño.

—Cierra los ojos, nena. Respira conmigo.

Dudosa, hago lo que me dice. Cierro los ojos y respiro hondo. Su voz es una orden grave y, de algún modo, tranquilizadora.

—Imagínate poderosa. Imparable. Imagínate que tienes el control de tu cuerpo, de tu vida y de tu felicidad. ¿Puedes hacer eso, nena?

Asiento. Me humedezco los labios y trago saliva. Mis caderas se sacuden cuando siento de nuevo la cálida y húmeda presión de su lengua en mi clítoris. Me lo succiona con fuerza y me agarra los muslos. Mi clítoris *palpita.*

—Ahora déjate llevar. Permítete rendirte sin vergüenza. Mereces sentir placer. Mereces dejarte llevar.

Siento sus manos en mi cintura, un contacto que me ancla y que, de algún modo, hace que mis reservas se desmoronen.

—No sé si podré.

—Claro que puedes, nena. Imagina que te rodea el fuego, pero este fuego no es destructivo, es cálido. Es tu lugar seguro. Deja que queme todas las inseguridades y los miedos que tengas. Deja que lo consuma todo excepto a *ti.*

Asiento.

—De acuerdo —susurro mientras él inclina la boca hacia mi sexo y vuelve a succionar. Un espasmo de placer me enciende; su calor e intensidad me hacen retorcerme con una deliciosa anticipación.

—Deja que te consuma. Confía en ello. Confía en *ti misma.*

Siento que parte de la tensión que retengo empieza a disiparse. —Buena chica. Eso es, Lydia. Déjate llevar.

Cierro los ojos y respiro. Imagino que la habitación está llena de llamas que nos lamen por todos lados, pero sin quemarnos. Hay algo en su parpadeo y su calor que me calma.

Me agarra las caderas, me levanta las piernas y se las echa sobre los hombros. Si quisiera, podría aplastarle la cabeza con los muslos.

Esto también es un acto de confianza.

Cierro los ojos y me concentro en relajarme. En la sensación. Algo cambia en mí y me siento como esa cerilla sobre la yesca. Mi fuego lento se convierte en algo más, algo más caliente, y sé que he llegado al punto de no retorno cuando todo mi cuerpo arde en llamas.

—¡Oh, Dios! —grito— ¡Sí! —El placer inunda mis extremidades y me siento totalmente consumida por la sensación perfecta de su boca en mis partes sensibles. Gimo de placer mientras las llamas consumen por completo mi cuerpo hasta que finalmente me hundo en la cama, agotada.

Se pone de pie, empuña su enorme polla y me sostiene la mirada mientras echa la cabeza hacia atrás y se corre. Chorros calientes de semen me pintan los pechos, el vientre y los muslos mientras me

marca como suya, y por una vez..., por una vez en mi vida, pienso: *él ama mi cuerpo.*

Le encanta lo que ve.

No ha estado mintiendo.

Él ama mi cuerpo.

Parpadeo, bajando de mi subidón, mientras él se inclina y presiona sus labios contra mi mejilla. —Eres mía, Lydia —me susurra al oído —. Eres mía. Quédate aquí. Voy a limpiarte.

El hombre que me azotó, me arañó con su barba incipiente y me mordió los pezones era una faceta diferente de Viktor que aún no había visto. No ha sido más que tierno conmigo, incluso cuando lo provoqué hasta que finalmente estalló.

Reprimo un gemido cuando se levanta de la cama y va al baño. Vuelve al rato con una pequeña toalla de mano. Cuando me limpia con ella, me acuerdo de las toallas calientes que me ponen en las piernas cuando me hago la pedicura en el salón de mamá. Está tibia y húmeda, y resulta increíblemente reconfortante, con un ligero olor a lavanda.

La cojo para ayudarle y él niega con un seco asentimiento. —Déjame a mí.

Después de lo que acaba de hacerme, de algún modo, he perdido la capacidad de oponerme. Soy cera en sus manos.

—Será mejor que disfrutes de esto mientras dure —le digo. Mi voz suena lejana, fuera de mi cuerpo, como si viniera de otra persona y no de mí.

—¿El qué?

—Mi sumisión.

Me sonríe. —Oh, parece que he descubierto una forma de lidiar con eso.

Tengo los ojos pesados y el cuerpo flácido mientras él me recuesta sobre las almohadas. —Descansa un poco, Lydia.

Cierro los ojos y caigo en un sueño profundo y sin sueños.



—Deberías levantarte de la cama y prepararte.

—¿Por qué?

—Cada vez me resulta más difícil estar tumbado a tu lado sin follarte —dice con los dientes apretados.

Nunca antes he tenido este poder sobre nadie.

—¿No confías en ti mismo cuando estás conmigo? Es interesante, ¿no crees? Deberíamos observarlo como parte de la naturaleza humana. —Me inclino y me apoyo sobre un codo.

Él gruñe y emite una especie de sonido que está a medio camino entre un gruñido y una aceptación antes de darme una palmada en el culo. Chillo.

—Vístete.

—¿Sabes decir «por favor», Viktor? ¿O te limitas a darle órdenes a la gente?

Abre un ojo con aire pícaro. La barba de anoche ha crecido hasta convertirse en una sombra oscura en su barbilla. Recuerdo muy bien esa barba...

Con la luz de la mañana, veo la cicatriz plateada que le recorre desde la frente hasta la mejilla.

—Vamos a intentarlo. Por favor, prepárate, mi amor —dice con una voz cursi e irreconocible—. Antes de que te sujete las muñecas a este cabecero y te folle. No sé cuánto más podré aguantar, así que te lo advierto. Probablemente te convendría alejarte de mí. No estoy

seguro de si recuerdas algo de ayer, pero mi autocontrol tiene un límite —entrecierra los ojos—. ¿Así mejor, muñeca?

De hecho, reprimo una risita. —Mucho.

¿Estoy dejando que me afecte? Voy al baño, cojo algo de ropa y me cambio rápidamente.

Tengo el pelo hecho un desastre del día anterior, pero me muero de hambre. Culpo a la adrenalina. Así que me recojo el pelo en un moño alocado en lo alto de la cabeza como una bailarina, me lavo la cara con algunos de los excelentes productos para el cuidado de la piel que Polina eligió, me lavo los dientes y me pongo un poco de maquillaje rápido.

He elegido una blusita blanca de estilo campesino que acentúa mis curvas de la forma correcta, estilizando mi cintura y realzando mi pecho. Unos vaqueros elásticos y cómodos, de pernera ancha y que llegan hasta el suelo. Sigo con estas zapatillas de estar por casa porque son muy cómodas, pero supongo que también tendré que ponerme zapatos.

Viktor se ha puesto un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca. ¡Joder, qué bueno está! ¿Qué tienen una camiseta blanca y un pantalón de chándal gris que me ponen tanto? Hay algo simplemente... masculino, sexi y primitivo en ello. Sobre todo, por cómo le quedan.

—Han surgido un par de cosas interesantes. Lo hablaremos durante el desayuno —frunciendo el ceño, me coge la mano—. ¿Te has cortado?

Me miro la mano. Creo que me lo hice ayer en el almacén, pero no quiero que se sienta mal.

¿Por qué? ¿Por qué demonios me importa si él se siente mal o no? Fue por su culpa que yo estuviera en el almacén.

Me encojo de hombros. —No es nada. No sé cómo me lo he hecho.

—¿Te duele? —pregunta con una voz suave que hace que se me forme un nudo en la garganta.

Trago saliva con dificultad. Joder, estoy hecha un lío.

—No, no es nada —miento. Porque cuando roza el corte con la yema del dedo, me debilito.

—Mentirosa —dice, con tono áspero—. Siéntate en la cama.

Se va descalzo hacia el baño y vuelve con una tirita y una especie de toallita desinfectante.

—Viktor, estoy bien —digo. Dios, ¿qué haría si me hubiera hecho daño de verdad? Esto es prácticamente un corte de nada.

En silencio, se arrodilla, me coge la mano y frunce el ceño, juntando las cejas mientras limpia los pequeños cortes de mi piel antes de abrir con cuidado la tirita y ponérmela en la mano. Cuando termina, arruga los papeles y se lleva mi mano a los labios.

Pero no se detiene ahí.

Me besa el dorso de la muñeca. El antebrazo. Sigue hasta que me ha besado todo el brazo, y el contacto cálido y erótico de su boca hace que mi vientre se contraiga deliciosamente.

—Eres preciosa —dice con reverencia antes de añadir lo último que esperaba de él.

—Cásate conmigo.

No puedo evitarlo. Mi corazón da un vuelco en mi pecho. Después de todo, solo soy humana. Y hay algo en este hombre poderoso y peligroso, que solo se ablanda conmigo, que me está haciendo desfallecer un poco.

Timur no me habría puesto una tirita en la herida.

Maldita sea, no puedo pensar en ese gilipollas ahora.

—Supongo que servirás —digo en lo que intento que sea un tono altivo, pero que en cambio me sale entrecortado—. Tengo que cambiar de tema. —¿Cuáles son esas novedades?

—Te lo diré después del café.

—Ah, así que eres de esos tíos que son unos ogros hasta que se toman el café.

Gruñe como si fuera incapaz de hablar hasta que la cafeína llega a sus venas.

Me encanta esta cocina. No se lo diré porque no quiero darle esa satisfacción. Tiene electrodomésticos de acero inoxidable, todo de alta gama, como los que tendría un chef; está inmaculada, limpia y llena de una luz brillante, y posiblemente sea la habitación más luminosa de toda la casa. Se acerca a la encimera, en la que ha montado una pequeña estación de café. Chillo. Es perfecto, como algo que encontrarías en un tablero de Pinterest.

—¿Esta cosa hace lattes de caramelo y vainilla? ¿Es una broma?

Se encoge de hombros. —Estoy bien provisto.

Conoce mis cosas favoritas. ¿Está intentando seducirme?

¿Cuánto sabe *realmente* de mí?

Gruñe, saca la taza y la desliza bajo la Keurig. —La compré para ti —no me mira a los ojos—.

Se la cojo agradecida.

—¿Tú qué bebes?

—Café solo.

—¿Solo, sin nada?

—Mmm.

Por supuesto.

Como tenga mi crema de café favorita en esa maldita nevera... La abre, saca el bote de crema blanco mate y lo desliza por la encimera hacia mí. —Vera me dijo lo que te gusta. Es de la buena. Normal que te guste.

No estoy segura de qué significa eso. Me da mi latte y se prepara su café solo.

Nikita se acerca a mí y me lame la mano. —Eres una chica muy guapa. Me agacho para rascarle las orejas. Hace esa cosa que hacen los perros, incapaz de ocultar esa casi felicidad que siente cuando le rasco las orejas. Entrecierra los ojos y echa las orejas hacia atrás. —Pero qué guapa eres —canturreo—. La adoro.

Viktor sorbe su café solo, con los ojos clavados en mí.

—¿Qué? ¿No puedo rascarle las orejas?

—Tienes que dejar de buscar dobles intenciones en mis miradas; no es justo, y no me conoces.

Cuando se da la vuelta, resoplo.

—Anda, mira quién fue a hablar.

Frunciendo el ceño, se acerca a una caja de pasteles blanca que hay sobre la encimera y saca uno más grande que su mano, cubierto con azúcar glas y almendras laminadas. Se me hace la boca agua.

—¿Qué? Yo no te estoy haciendo eso. Quiero decir, ¿no es eso lo que me estás haciendo tú *a mí*?

—Atribuirle motivos a alguien y entender lo que está pensando son dos cosas completamente distintas, Lydia.

Me levanto y me alejo de él para evaluar la situación.

Cojo una sartén y la pongo en la vitrocerámica. Tiene una de esas modernas placas de inducción. El calor llega a la sartén al instante.

Echo un trozo de mantequilla y, cuando está bien caliente y chisporrotea, pongo el beicon. Frío huevos y beicon, lo escurro todo y lo pongo en un plato con una pizca de sal kosher y pimienta recién molida.

Me observa mientras se toma el expreso.

—No te acostumbres a esto —le advierto—. Es solo que me muero de hambre y me gusta tu cocina.

Él se limita a encogerse de hombros.

Saca el pastel de la caja y lo pone en un plato. Comemos en un silencio casi cordial. Casi.

La comida me reconforta el estómago y está deliciosa. Como hasta saciarme y luego aparto el plato.

—Bueno, ¿ya estás listo para contarme las novedades?

Se come un huevo de un solo bocado, mastica y traga, como si la misión de su vida fuera comer con eficacia; unta mantequilla en cuatro rebanadas de pan tostado, se come todo el beicon del plato y luego coge el que yo he apartado y se termina lo que queda.

Mierda.

Pero supongo que a un hombre como él hay que alimentarlo bien. Es un tipo grande.

Viktor se limpia la boca y me mira con intensidad.

—No lo hemos encontrado.

El corazón me da un vuelco.

—¿Cómo que no lo habéis encontrado?

—Nuestros contactos, toda la gente que tenemos sobre el terreno... Se ha ido. Ha desaparecido. Ni rastro.

Me quedo mirándolo, procesando la información.

—¿Eso no es bueno? No puede hacernos daño si se ha ido.

Viktor niega con la cabeza lentamente.

—No es tan sencillo. El hecho de que haya desaparecido significa que podría tener ayuda de gente poderosa. Y que podría volver cuando menos nos lo esperemos.

El miedo se me enrosca en el estómago, pero intento que no me tiemble la voz.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Se le oscurece la mirada.

—Mantenernos alerta. Aumentaré la seguridad a tu alrededor y alrededor de Vera. No podemos permitirnos correr ningún riesgo. Te he comprado un teléfono nuevo y lo llevarás encima en todo momento.

Asiento, sintiendo el peso de sus palabras. Su protección es abrumadora, asfixiante, pero una parte de mí se siente agradecida. Por ahora, estoy bajo su vigilancia, y hay una retorcida sensación de seguridad en ello.

—Aumentaremos la seguridad. Te entrenaré en defensa personal.

Trago saliva.

—De acuerdo. ¿Y si no funciona?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si no lo encontráis? ¿Y si él...?

No soy capaz de decirlo en voz alta.

¿Y si me mata?

—Eso no va a pasar, porque no es una opción.

Me pasa los dedos por el pelo.

—Te lo prometo.



CAPÍTULO 14

HACE SIETE AÑOS

VIKTOR

—¿Dónde está? Mi voz sonaba demasiado baja, demasiado débil para contrarrestar la negrura tinta, para darme las respuestas que necesitaba.

—Se ha ido, Viktor. Lo siento muchísimo —dijo el médico de la bata blanca. Su expresión, sin embargo, no se correspondía con sus palabras. Ya entonces comprendí que la gente miente para conseguir lo que quiere y para hacerse la vida más fácil.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, con los puños apretados a los costados. Mi cerebro se negaba a comprender sus palabras.

Dio dos pasos hacia mí y me puso una mano pesada en el hombro. —Hicimos todo lo que pudimos.

Negué con la cabeza. —¡Si hubiera hecho todo lo posible, ella estaría aquí!

—Le aseguro que lo intentamos —continuó el médico. Otra mentira.

Sabía que mi hermana estaba enferma. Lo *sabía*.

—La traje aquí hace dos días. Le dije que estaba enferma. ¡La mandó a casa y le dijo que necesitaba medicamentos sin receta y dormir!

Mi hermana no necesitaba dormir más. Tosía *sangre*. Pero no teníamos dinero para un médico. Vine aquí, ofreciéndoles cualquier cosa que pudiera darles, pero no les servía de nada un joven como yo.

—Ya le he dicho —dijo el médico con voz dura—. Cuando vino el otro día, estaba bien. Tenía un pequeño resfriado. Esta noche, se encontraba muy grave, sí, pero hemos hecho todo lo que hemos podido. Ahora, si me disculpa, puedo enviar a alguien para que hable con usted...

Lo levanté por la bata y lo estampé contra la pared con tal fuerza que su cráneo se golpeó contra ella. Una de las enfermeras gritó mientras otra persona llamaba frenéticamente a seguridad.

Avancé hacia él. —Maldito cabrón. Podría haberla salvado y no hizo *nada*. Le di un puñetazo tras otro y, cuando cayó al suelo cubriéndose la cara, le pateé las costillas.

Sabía perfectamente cómo iría esto. No era la primera vez que me veía en una de estas. Me quedaban treinta segundos antes de que un equipo de «guardias de seguridad» —tipos delgaduchos y mediocres que no darían la talla en las fuerzas del orden de verdad — llegara y me dijera que levantara las manos, que me fuera y amenazara con detenerme.

Tenía el tiempo justo para darle la lección que se merecía. Levanté al médico y lo sacudí. —No sé por qué está aquí ni quién coño se cree que es, pero ha dejado morir a una niña, y es todo por su culpa. Quiero que *eso* le pese en la puta conciencia.

Podría haberlo matado en ese mismo instante, allí mismo. Podría haber acabado con él, pero no quería cargar con su vida sobre mi propia conciencia.

Salí de aquel hospital a grandes zancadas, y todo el mundo se apartaba de mi camino. Yo ya era demasiado grande para que nadie me detuviera, ni siquiera el guardia de seguridad.

No. Ahora estaba solo. Completamente solo. Y iba a encontrar a alguien que me valorara, que pudiera usar mis puños, mi fuerza. Jamás, jamás volvería a permitir que nadie débil o vulnerable sufriera.



CAPÍTULO 15

LYDIA

Estoy muy nerviosa por lo de hoy. Aunque pueda parecer una mujer segura de mí misma, una cosa muy distinta es estar a punto de conocer a la familia de tu futuro marido.

¿Y si me odian? ¿Y si ya se han hecho una idea preconcebida de mí? Desde luego, su hermano parece que ya lo ha hecho. Pero hay esperanza, porque todavía no he conocido a sus cuñadas, a su hermana ni a su madre.

Pero, como mujer, son ellas las que más miedo me dan. ¿Y si no encajo aquí? Nunca he encajado en ninguna parte.

¿A quién coño le importa? ¿Desde cuándo me ha importado de verdad la opinión de los demás?

Suelto un suspiro y me miro en el espejo.

Pues sí, me ha importado desde que respiré por primera vez. Claro, por lo menos de cara a la galería soy una mujer segura, y *casi* he superado la necesidad de que los demás me aprueben. Pero sigo teniendo una necesidad intrínseca de pertenecer a algún sitio.

A ver, ¿cómo me maquillo? Miro la colección de maquillaje que tengo sobre la encimera. Aunque creía que se me daba bastante bien usarlo, me pregunto si podría aprender algo nuevo.

Cojo el móvil nuevo que me ha regalado Viktor, elegante y precioso, con una funda de color morado mate y tacto suave. Nunca he tenido nada parecido. Cuando toco la pantalla, cobra vida al instante, y unos colores intensos la inundan tan rápido que parece casi de ciencia ficción.

Me fijo en un puntito en la esquina superior derecha de la pantalla, apenas perceptible a no ser que lo estés buscando. Es un parpadeo rojo, sutil pero persistente.

—¿Qué demonios es eso? —murmuro para mis adentros, con la curiosidad a flor de piel. Me inclino y entrecierro los ojos para ver el punto. Parece una cámara diminuta o un dispositivo de seguimiento, pero no estoy segura. Lo toco suavemente con el dedo, pero no pasa nada. No es más que un puntito que parpadea.

Se me acelera el pulso. Si Viktor me ha estado vigilando, ¿qué más habrá hecho sin que yo lo supiera? Una mezcla de ira y miedo se me revuelve en el estómago. Decidida a encontrar respuestas, abro el navegador y tecleo: «¿Qué indica el puntito que parpadea en la esquina superior derecha de mi pantalla?»

Los resultados de la búsqueda están llenos de jerga técnica y foros de ayuda. Echo un vistazo a varios artículos en busca de una confirmación. Y entonces la encuentro: un artículo que habla de programas de vigilancia que se pueden instalar en dispositivos personales para monitorizar la actividad.

Se me hiela la sangre. Viktor me está rastreando.

¿Por qué iba a pensar otra cosa de él? ¿Por qué iba a elegir a propósito este móvil de alta gama si no era para instalar algo con lo que espiarme?

Futuro marido, mis cojones. Protección, *mis cojones*.

Pues se puede ir a la *mierda*.

Levanto el móvil por encima de la cabeza y lo estampo contra el suelo. No pasa nada. Joder con los cacharros estos, ahora son indestructibles. Busco algo pesado en el baño para destrozarlo. Veo un jarrón de cerámica, así que lo cojo y lo dejo caer con todas mis fuerzas sobre el móvil. El jarrón se hace añicos, pero el móvil está intacto.

Jesús.

Por el amor de Dios.

—Lydia, ¿qué coño haces ahí dentro? —la voz de Viktor suena tajante al otro lado de la puerta. Gira el pomo, pero he echado el pestillo.

—Me sorprende que no lo sepas —le espeto—. ¿Acaso no tienes cámaras apuntando a todos mis movimientos aquí?

—Lydia... —advierte él desde el otro lado. Me quedo mirando mi reflejo, como si mi monstruoso futuro marido no estuviera aporreando la puerta para entrar, y sigo maquillándome. Es entonces cuando noto un pequeño bulto bajo la piel en la nuca.

¿Qué es eso? Me pica un poco. Me giro e intento mirármelo, pero no lo veo bien. Supongo que es la picadura de un bicho o algo parecido.

Oh, Dios *mío*, como me haya puesto un puto rastreador *en el cuerpo*... Pero cuando me miro en el espejo, solo parece una picadura de bicho. Vale, quizás estoy exagerando. Quizás se me ha ido la cabeza con todo esto.

—Lydia, como no abras la puta puerta...

Sonrío con suficiencia a mi reflejo y me encojo de hombros. —¿Qué vas a hacer?

Y eso me da la ventaja con él. Podría entrar aquí y dominarme, pero eso solo conseguiría ponerme cachonda. No puede controlarme de esa manera.

—Ábrela —espeta, pero está claro que ha captado el mensaje.

Termino de arreglarme, cada vez más irritada. Finalmente, abro la puerta y él se queda de pie en el umbral, ocupándolo por completo, como de costumbre. Lleva una chaqueta de cuero negra que se ciñe a su musculoso cuerpo, una camiseta negra ajustada que acentúa su ancho pecho y unos vaqueros oscuros. Su cabeza rapada y la cicatriz que le recorre la mejilla no hacen más que aumentar su intimidante presencia. Se me acelera el pulso a pesar de mi enfado al ver el destello de ira en sus ojos.

Ping.

—¿Qué ha sido ese estruendo? ¿Qué coño estás haciendo?

—¿Yo? ¿No lo sabes? ¿No has grabado el baño?

—Claro que no. Puedes tener un mínimo de privacidad.

—Ah, qué gracioso que lo digas tú —le digo—. Por Dios, Viktor. —Recojo mi móvil del suelo—. Me has localizado el móvil.

Tiene la desfachatez de encogerse de hombros. —Nunca he fingido que no te estaba rastreando. Por supuesto que lo hago. ¿Cómo coño se supone que voy a mantenerte a salvo?

—Ah, ¿así que asfixiarme, tenerme pegada a ti, casarte conmigo y no perderme de vista no es suficiente?

Frunce el ceño. Por supuesto que no lo es.

—¿Estabas intentando romper tu móvil nuevo?

—Sí. No ha funcionado. ¿Qué me has comprado, un trasto de uso militar o qué?

—Sí.

Levanto las manos. —¡Por el amor de Dios! Estaba exagerando. ¡No pensaba que lo hubieras hecho de verdad!

—Claro que lo he hecho. Acabas de tirar tu móvil por la ventana, ¿recuerdas? Sabía que había muchas posibilidades de que perdieras los estribos y lo destrozaras.

—¡No he sido yo la que ha hecho eso! —espeto.

Niega con la cabeza. —¿Y si tuvieras algo importante en ese móvil? Si alguien tira este por la ventana, al menos conservarás tus fotos o lo que sea que guardes en él.

—¡Me estás espiando!

—No tengo ningún interés en espiarte, pero sí quiero saber dónde estás en todo momento. Y eso no va a cambiar nunca, jamás —su ceño se frunce aún más—. Así que más te vale que te acostumbres.

—*Más te vale que te acostumbres* —lo imito, con las manos en las caderas. Da un paso hacia mí como para intimidarme, pero no me inmuto. Empiezo a pensar que Viktor no podría hacerme daño ni aunque lo intentara.

—No te burles de mí —espeta—. Dios, eres una niñata.

La furia me araña el pecho, una bestia furiosa e indomable. La voz me tiembla por el esfuerzo de controlarla. —No soy una *niñata*. Una niñata se rebela por estupideces. Yo no me doblego ni dejo que la gente me diga lo que tengo que hacer. Son dos cosas muy, muy diferentes, señor Romanov.

Invade mi espacio personal, su aliento me roza el pelo. Mi respiración se agita y la suya también. Le encanta pelear conmigo. A mí me encanta provocarlo. Somos como la cerilla y la pólvora.

Como no responde, intento que le quede claro el mensaje. —Métete esto en la cabeza. Soy alguien a quien no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

—Oh, de eso soy *plenamente* consciente —dice, con voz grave y peligrosa.

Sus ojos se oscurecen al acercarse aún más, acorralándome hasta que me veo obligada a retroceder contra el lavabo. —¿Crees que puedes provocarme sin que haya consecuencias? —Su voz es un murmullo grave y peligroso, que me provoca un escalofrío por la espalda.

Levanto la barbilla con aire desafiante. —No me das miedo, Viktor.

Una sonrisa lenta y depredadora se extiende por su rostro. —Oh, creo que sí. Pero no es miedo lo que veo en tus ojos ahora mismo, ¿verdad? —Se inclina, sus labios rozándome la oreja—. Te gusta

esto, ¿a que sí? El desafío, el peligro. Te excita. Es como el primer chispazo de un mechero. Ya puedes oler las llamas.

Intento ocultar mi reacción, pero siento el corazón desbocado. Está demasiado cerca, es demasiado perspicaz, está demasiado metido en mi cabeza. —Te equivocas —susurro, pero a mi voz le falta convicción.

Su mano se enrosca en mi cuello, con firmeza pero sin hacerme daño, obligándome a mirarlo a los ojos. El corazón se me retuerce en el pecho. —Mentirte a ti misma no te ayudará, Lydia. Te conozco mejor de lo que te conoces tú —su pulgar me acaricia el cuello, enviándome un escalofrío involuntario—. Quieres a alguien que pueda igualarte, que pueda manejar tu fuego. Alguien como *yo.*

Intento zafarme, pero su agarre se tensa lo justo para mantenerme en mi sitio. —Suéltame, Viktor —exijo, con la voz temblorosa.

—No hasta que admitas la verdad —murmura, su aliento cálido contra mi piel—. Admite que sientes algo por mí, algo más que odio.

Lo fulmino con la mirada, negándome a darle esa satisfacción. —Deliras.

Su otra mano se desliza por mi brazo, encendiendo un rastro de calor. —¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué tiemblas? —Sus labios me rozan el cuello, haciendo que me resulte más difícil concentrarme en mi enfado—. ¿Por qué se te acelera el corazón cada vez que te toco?

—Porque eres un cabrón controlador —espeto, pero las palabras me salen entrecortadas.

Él ríe suavemente, un sonido que reverbera en mi interior. —Necesitas control. Lo anhelas. Y, en el fondo, sabes que soy el único que puede dártelo. —Se echa un poco hacia atrás, lo justo para mirarme a los ojos—. Sométete a mí, Lydia. No porque te obligue, sino porque quieres hacerlo.

Siento que mi determinación se debilita, la intensa atracción entre nosotros es demasiado fuerte como para ignorarla. Mi respiración es entrecortada, mi cuerpo me traiciona mientras me inclino hacia su contacto. —¿Por qué debería confiar en ti? —susurro, en un último intento de resistencia.

—Porque nunca te haré daño —promete, con voz feroz y sincera—. Te protegeré, te cuidaré. Pero tienes que dejarte llevar, tienes que confiar en mí.

Sus palabras atraviesan mis defensas, y cierro los ojos, dejando escapar un suspiro tembloroso. —No tengo elección —susurro—. Pero no creas ni por un segundo que esto significa que has ganado.

Afloja ligeramente su agarre y su pulgar me roza la mejilla. —Esto no va de ganar, Lydia. Va de que encontremos juntos nuestro camino. —Se inclina y captura mis labios en un beso. Ya ha hecho que me corra, pero este es el primer beso que nos damos. Es como si estuviéramos sellando el acuerdo tácito entre nosotros.

A medida que el beso se profundiza, me pregunto si someterme a Viktor podría no significar perderme a mí misma, sino más bien encontrar un nuevo tipo de fuerza en nuestro retorcido y complicado vínculo.

Se aparta y me mira fijamente, con las pupilas dilatadas.

—Tenemos que irnos. Ya llegamos tarde.

—Dios nos libre de hacer esperar a tu familia —digo con sarcasmo.

—Lydia —advierte Viktor, su voz un gruñido grave.

—Esta discusión no ha terminado, Viktor. Pero iré contigo. —Me doy la vuelta— No porque ceda, sino porque me has dicho que sirven brownies. Y me muero de putas ganas de comerme un brownie.

Tengo que admitir que empiezan a gustarme nuestros pequeños piques. Me excita cuando invade mi espacio. Es como el primer roce de una cerilla; la emoción me sube por el pecho de la misma

manera. Es como el fuego, el peligro, siempre bordeando el puto límite.

Caminamos hacia el coche aparcado fuera.

—¿No va a decirme qué espera de mi comportamiento, señor? —pregunto en tono burlón. La forma en que sus ojos se encienden cuando lo llamo señor...

—Sí, es una idea excelente —dice, abriéndome la puerta. Me subo al asiento y él observa cómo me abrocho el cinturón. Casi distraídamente, se inclina y alisa un pliegue del cinturón. Aparto la mirada. Eso no significa nada. No, no voy a ablandarme solo porque esté volviendo a ser tierno conmigo. Qué va.

Cuando vuelvo a mirarlo, me observa con una mezcla de asombro y sorpresa.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome cohibida al instante.

—Es solo que... —Sus palabras se apagan, con la voz ronca.

—¿Solo qué?

Traga saliva. —A veces es como si estuviera soñando, como si todo esto fuera una ilusión.

Aparto la mirada para que no vea que se me están aguando los ojos.

Arranca el coche y se aleja del bordillo. Conducimos en lo que tengo que admitir que es un silencio agradable. Hace un día precioso, soleado y luminoso. Bajo la ventanilla, el viento me alborota el pelo. Sin decir palabra, su mano se posa en mi muslo.

—¿Estamos muy lejos?

—No mucho. Podríamos ir andando si quisieras, pero hoy prefiero conducir.

—¿Por qué?

—Por esto —dice, apretando su agarre en mi muslo—. A veces siento que estoy en un sueño. Que voy a parpadear y habrás desaparecido. Es que cuesta creer que de verdad... estés aquí.

Abre la boca como para decir algo más, pero se lo piensa mejor.

Mientras tanto, yo estoy haciendo todo lo posible por recomponerme.

Voy a casarme con él. Sabemos lo que esto significa en nuestras familias. Nunca seré verdaderamente de Viktor Romanov hasta que someta mi voluntad y mi corazón. Y ninguna de esas dos cosas sucederá jamás.

Aun así, no soy inmune a la conexión entre nosotros, a esa vibración erótica que me hace querer estar más cerca de él. No soy inmune a que me traten como si fuera el centro absoluto del deseo de alguien. No soy inmune a que me quieran.

¿Que me quiere? ¿Cómo va a quererme? Si en realidad no me conoce.

Entonces, ¿por qué siento como si sí lo hiciera?

—¿Quieres escuchar algo de música?

—Sí. Lo que tú quieras.

Parece que esa va a ser la tónica entre nosotros.

Lo que yo quiera comer. Lo que yo quiera en la boda. Lo que yo quiera hacer..., excepto marcharme.

Voy pasando las emisoras, intentando encontrar algo que escuchar. Nada me parece adecuado, nada pega. La apago y miro por la ventanilla.

No puedo dejar de pensar en cómo me toca. Su contacto es posesivo, el pulgar presiona con suavidad mi piel y sus dedos se clavan con firmeza.

—Creo que nunca podré ser quien quieres que sea —espeto, sintiéndome inesperadamente conmovida—. ¿Por qué me siento así? No quiero ser quien él quiere que sea. Quiero ser yo misma.

¿Por qué acabo de decir eso en voz alta?

—¿Y quién quiero que seas? —pregunta en un tono que sugiere que cree que no tengo ni idea.

—Sumisa. Dócil. Quieres que tenga tus hijos, que sea ama de casa, o lo que demonios sea. Quieres que no tenga mente ni voluntad propias.

Sus músculos se tensan y su mirada permanece fija en la carretera, pero de repente noto más pesada su mano en mi muslo.

—¿De verdad es eso lo que crees que quiero?

Trago saliva. ¿Lo es? ¿O es solo lo que me digo a mí misma para mantener mis defensas altas?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa querría un hombre como tú? ¿Sexo? Bueno, eso lo tendrás, pero a mí también me gusta. —Vale, eso ha sonado a rabieta. Rozando lo infantil. Levanto la barbilla para que no se le ocurra nada ni confirme su opinión sobre mi pataleta.

—Da igual lo que te diga. Ya te has hecho una idea de lo que quiero, ¿verdad?

¿La tengo?

—No —miento—. Quiero oírtelo decir a ti. ¿Crees que soy tan ignorante que no escucho lo que alguien tiene que decir y que tomo una decisión antes de que hable?

Puede que sí. Maldita sea.

Suelta un suspiro, haciendo eso de acariciarme la piel desnuda con el pulgar. El contacto es casi platónico y delicado. Pero nunca deja de acelerarme el corazón y de reducir a cenizas cualquier reserva que tuviera sobre nosotros dos.

—Solo he querido una cosa en toda mi vida que yo recuerde, Lydia.

Le lanzo una mirada de reojo, con el corazón martilleándome en el pecho. Mi mano descansa sobre la suya en mi pierna y no recuerdo haberla puesto ahí. Sé lo que va a decir antes de que lo haga.

—¿Qué?

—A ti, Lydia. Eres todo lo que siempre he querido. Sé que es difícil de entender para ti; puede que incluso te asuste. Pero, con el tiempo, espero que lo entiendas. —Vuelve a acariciarme el muslo con el pulgar y no entiendo por qué se me aguan los ojos. Es solo una cosa posesiva normal que decir..., ¿no?

—Oh, lo dices por decir —digo en tono de broma—. En realidad te importa lo que hago y cómo me comporto. Obviamente, ya me lo has demostrado.

Se encoge de hombros. —Cariño, si quieres hacer paracaidismo, pintar la casa de morado o convertirte en artista de circo, no me importa. Me da literalmente igual todo eso. Sé que te quiero a ti y que te quiero a salvo. Todo lo que hago, absolutamente todo, es para eso. Ni más ni menos. ¿Incluso mi casa? Apenas la he decorado porque no me importa. Cuando estemos casados, puedes elegir un sitio al que ir y allí estaré yo.

Niego con la cabeza porque esto no tiene sentido para mí. —¿Por qué yo?

Entonces sonríe como si guardara un secreto que nadie más conoce, su pequeño y especial secreto.

—Con el tiempo, espero que eso también lo entiendas.

Parpadeo, sorprendida, cuando nos detenemos frente a una gran mansión.

Oh, Dios mío. Es la hora. Es la casa de su familia, tiene que serlo.

—¿Ya hemos llegado?



CAPÍTULO 16

LYDIA

—Sí. No te preocupes, les vas a encantar. —Me coge la mano y me besa los nudillos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es imposible acercarse a ti y no enamorarse.

Antes de que pueda responder, una niñita rubia de unos cuatro años sale corriendo con Aleksandr pisándole los talones.

—¡Ivy! —espeta él—. ¡Ven aquí ahora mismo!

—¡Tío Viktor! ¡Tío Viktor! —levanta los brazos. Viktor los abre, hinca una rodilla en el suelo y la pequeña salta a sus brazos.

Dios mío. Mi corazón. Maldita sea.

Se levanta con ella en brazos, sujetándola con gesto protector mientras mira fijamente a Aleksandr. —¿Qué le has hecho? —espeta.

Aleksandr pone los ojos en blanco. —No le he hecho nada. Le he dicho que tenía que comerse la cena antes de poder tomar postre. ¿No ves cómo te toma el pelo?

Una mujer menuda de pelo castaño claro y pecas en la nariz aparece detrás de Aleksandr en el umbral. —Eso no es del todo cierto, Aleks. Le has dicho que tenía que comerse los guisantes antes de tomar postre, no la cena. Y odia los guisantes.

—Son buenos para ella —dice él, negando con la cabeza y frunciendo el ceño.

—Como si fueran el elixir de la vida eterna, me da igual —dice ella con un brillo en la mirada—. Pero no le gustan, así que no vamos a obligarla a comerlos. —Mira a la niña en brazos de Viktor—. Ivy, papá tiene razón. Tienes que comer al menos un poco de pollo y algo verde antes de tomar postre.

Ivy solloza en brazos de Viktor, con enormes lágrimas de cocodrilo surcándole las mejillas. Escondo una sonrisa porque está siendo tan exageradamente dramática que resulta adorable. Y Viktor parece que le daría casi cualquier cosa que quisiera.

Él le susurra algo al oído y ella se ríe, apretando el abrazo alrededor de su cuello. Me da igual tener una muralla de acero inoxidable y diamantes alrededor del corazón, tan fuerte como Fort Knox. Ninguna mujer es inmune a ver al hombre que le atrae y con el que está a punto de casarse sosteniendo a una niña, haciéndola sonreír con esa ternura y no sentir nada.

Caigo rendida a sus pies.

Viktor se acerca a mi lado, abre la puerta con la mano que tiene libre y coge la mía.

—Ivy, quiero presentarte a alguien.

Ivy suelta un último y dramático sollozo antes de volverse para mirarme. —Es guapa —le dice a Viktor con vocecita. Sus labios se abren en una sonrisa, algo tan poco común. Siento como si viera el sol por primera vez en mi vida.

—Es preciosa —le dice él, con la voz extrañamente ahogada—. Y va a ser mi esposa, Ivy. ¿Quieres ser la niña de las flores en nuestra boda?

Dios mío. Mi corazón.

—¿Qué es una niña de las flores? A mí me gusta ser una niña.

Los labios de Viktor se contraen y la mujer que está detrás de Aleksandr, que supongo que es su esposa, se ríe desde la puerta.

—Significa que llevas una cesta con pétalos de flores y, antes de que caminemos hacia el altar, los lanzas delante de nosotros —le explico —. ¿Te gusta la idea?

—Creo que sí. ¿Hay tarta en las bodas? —pregunta Ivy, frunciendo el ceño.

—No en todas, pero te prometo que en la mía habrá tarta —le digo —. Me encanta la tarta. Es lo que más me gusta del mundo.

A Ivy se le abren los ojos como platos y me mira con asombro. —A mí también.

—Debes de ser Lydia. —La mujer se acerca a mí y me tiende la mano—. Encantada de conocerte. Me llamo Harper. Soy la esposa de Aleksandr y la madre de Ivy. —Mira a Viktor—. Tu madre está dentro con el fotógrafo y quiere hablar contigo sobre lo que quieres que se haga.

—Puede hablar con Lydia sobre lo que ella quiera. Tú ya sabes lo que quiero yo.

Harper ríe con gracia. —Sí. A Lydia de tu brazo. Una alianza que puedas deslizar en su dedo. Y un cambio de apellido que convierta a Lydia en una Romanov.

Trago saliva. ¿Ella también lo sabe?

—Es un poco posesivo —me dice—. Pero pronto verás que eso es algo de familia.

¿Por qué no me sorprende?

—Estamos muy emocionados de conocerte. Ellos se tienen los unos a los otros, pero cada vez que uno se casa, ganamos una hermana. —Sonríe cálidamente—. Y adoramos a Vera.

Qué extraño me resulta que conozcan a mi hermana mejor que yo.

—No está aquí, ¿verdad?

Harper niega con la cabeza, entristecida. —Todavía no, pero han movido cielo y tierra para traerla. Seguro que mañana estará aquí.

Se me forma un nudo en la garganta. —Genial. Y mi madre también vendrá.

—¡Sí! ¡También adoramos a Zofia, por supuesto! Venga, entremos. Entramos en la casa. Es imponente y majestuosa, tal y como habría imaginado que sería la casa familiar de Viktor. En otra habitación, veo a Mikhail hablando con un hombre de pelo cano y barba. El personal uniformado se pasea con bandejas de aperitivos y botellas de champán. Cierro los ojos, escuchando las notas de la música, y respiro hondo.

Viktor se acerca por detrás. —Les dije que te gustaría eso.

Ahí está otra vez, revelando que sabe algo de mí que nunca le he contado. Todavía no estoy segura de cómo me siento al respecto.

—Usted debe de ser Lydia. —Una mujer con un elegante cabello plateado entra en la habitación—. Mi nombre es Ekaterina. Soy la madre de Viktor.

—Estoy encantada de conocerla —digo en voz baja. Y lo estoy. Esta mujer ayudó a moldear a Viktor para convertirlo en el hombre que es hoy, para bien o para mal.

—¿Está Mikhail en la otra habitación? —pregunta ella por encima del hombro.

—También he oído hablar mucho de Mikhail.

—Sí, permítame que se lo presente.

Ladea la cabeza hacia Ivy y Viktor. —Ivy, ¿por qué rodeas el cuello del tío Viktor con los brazos como si intentaras estrangularlo? ¿Qué ocurre, pequeña?

—Aleks ha sido malo con ella —dice Viktor con seriedad. Mis labios se contraen.

—Aleks —dice Ekaterina, volviéndose hacia su otro hijo.

Aleksandr pone los ojos en blanco.

—Le ha dicho que tiene que comer bien antes de tomar el postre —dice Viktor—. ¿Te lo imaginas? ¿Decirle que no puede cenar tarta?

—Qué anticuado. Nunca lo habría esperado de ti, Aleksandr —dice Ekaterina negando con la cabeza.

—Te digo una cosa —dice Viktor—. Si te comes el pollo, puedes sentarte en mi regazo y te cogeré ese kétchup que tanto te gusta.

—¿Kétchup? —bufa Aleksandr—. Es mitad azúcar, Viktor.

—Lo dice el que le echaba kétchup a las patatas fritas, a los macarrones con queso y al filet mignon.

Aleksandr resopla. —La palabra clave es *«pasado»*—replica Aleksandr.

—Actúas como si se te hubiera pasado a los cinco años —dice Viktor —. Tenías veinte.

Suelto un bufido y Viktor me guiña un ojo. El corazón me da un vuelco en el pecho y me giro rápidamente; estoy tan poco acostumbrada a esta sensación.

Aleks niega con la cabeza, pero cede. Observo cómo Viktor sujeta a Ivy contra su pecho con un brazo mientras habla con sus hermanos. Me quedo a cierta distancia mientras ella acurruca la cabecita en su hombro. Ha encontrado descanso en el gigante bueno.

Te entiendo, pequeña. De verdad que sí. Y yo tampoco estoy segura de lo que siento al respecto.

—Tenemos que hablar de algo —dice Viktor mientras nos sentamos a cenar. Ivy sigue encaramada en su regazo, aferrada a él como si fuera su fortaleza personal—. Deberíamos posponer la boda.



CAPÍTULO 17

VIKTOR

TODO EL MUNDO se queda mirando, sobre todo Lydia. Su mano se ha quedado congelada con el tenedor en la izquierda y el cuchillo en la derecha. Sin decir palabra, cojo un panecillo, lo abro y lo unto generosamente con mantequilla tibia.

Se lo doy.

—Come.

—¿Qué quieres decir con eso de aplazar la boda? —pregunta Lydia —. ¿Te has dado cuenta por fin de que obligarme a hacer algo en contra de mi voluntad no es precisamente el ingrediente de una romántica historia de amor?

Respondo con una sonrisa socarrona.

—Oh, créeme, el romanticismo nunca fue el objetivo.

Mi madre tiene la delicadeza de levantarse y preguntar si alguien quiere más vino mientras Lydia y yo seguimos con lo nuestro.

—Entonces, ¿cuál *es* el objetivo? ¿Por qué alargar esto?

—El objetivo es que eres mía. Tanto si la boda es mañana, la semana que viene o el año que viene, nuestros votos no van a cambiar nada de eso. Pero quiero que entiendas lo que esto significa.

—¿Entender el qué? —sisea ella. Sé perfectamente por qué está tan susceptible. Cree que no tengo ganas de casarme con ella, que de algún modo el hecho de que aplace esto es una crítica hacia ella—. ¿Que eres alguien que quiere controlarme?

Me inclino y le levanto la barbilla con un dedo.

—Cuidado, nena. Te estás acercando peligrosamente.

Se le enrojecen las mejillas, y sospecho que está recordando algo como mi barba incipiente contra sus muslos o la palma de mi mano en su culo.

Bien.

Continúo.

—No se trata de control, sino de inevitabilidad.

Resopla y sacude la cabeza.

—Nunca seré *tuya*. No de la forma en que tú quieres.

Le meto con delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ya veremos. —Me aclaro la garganta y levanto la voz para que mis hermanos me miren.

—He estado pensando en esto. Sabemos que Yudin la quiere. Está escondido y nada de lo que hemos hecho le ha sacado a la luz, lo que significa que tiene amigos en las altas esferas. Tenemos que hacerlos salir. Si aplazamos la boda, nos rondará. Nos dará tiempo a prepararnos. Que no te quepa duda, voy a casarme con ella. Pero si lo retrasamos, se pondrá nervioso.

Miro a Lydia.

—¿Dirías que es un tipo paciente?

Resopla un poco, pero finalmente responde.

—Joder, no —dice—. Es una de las personas menos pacientes que he conocido.

—Exacto. Cuando vea que no movemos ficha, perderá los estribos. Vive para la venganza. Pongamos primero todo en orden. Aplazaremos la boda y fijaremos una nueva fecha más adelante. —Mis ojos se clavan en Lydia—. Mientras tanto, te enseñaré defensa personal.

A Aria se le iluminan los ojos.

—Oh. Lo pillo. Usarás a Lydia como cebo.

El calor me sube por el pecho y aprieto el puño. Odio esa idea, pero Aria me cae bien, así que tengo que tener cuidado con cómo respondo. Aprieto los dientes, pero mantengo la voz calmada.

—No —espeto, con un tono tan duro que asusta a Ivy, que salta a mi regazo—. Ella no será el cebo. La situación lo será. Yo estaré esperando.

Aleksandr mira a Ivy.

—Tenemos que discutir los detalles, pero solo con los adultos presentes.

—¿Eso me incluye a mí? —murmura Lydia entre dientes.

—Depende del día —le respondo en un susurro.

—Creo que es un plan sólido —dice Mikhail—. Deberíamos seguir la iniciativa de Viktor.

Asiento. Lydia frunce el ceño, pero no contesta.

La observo jugar con su panecillo, pero no se lo come. Pasamos la comida, y ella coge el trozo más pequeño de pollo y un montón de lechuga, con la mirada recorriendo nerviosamente la habitación. Me he fijado en cómo se cohíbe cuando va a comer delante de un grupo de gente. Me pregunto si conserva alguno de esos recuerdos de sus días de colegio y de las incesantes burlas de sus compañeros.

Ivy va a coger su vaso y se lo derrama encima. Harper nos ayuda a limpiar.

—Muy bien, siento separarte del tío Viktor, pero tenemos que limpiarte. —Se levanta y se la lleva de la mesa.

Me acerco a Lydia.

—¿Por qué no comes? —le pregunto al oído.

—He perdido el apetito —susurra, pero sé que probablemente sea mentira. No ha comido mucho desde que llegó, seguramente porque no se siente cómoda con todos los presentes.

—Basta ya. Eres perfecta, Lydia. Come.

Me pone los ojos en blanco, pero veo que una sonrisa asoma en sus labios. Cojo la comida y le pongo más en el plato.

Como mientras hablo con mis hermanos y trazamos un plan. Le enseñaré a Lydia defensa personal y nos aseguraremos de que la boda se posponga y se celebre en el lugar más seguro posible, rodeados de nuestros hombres.

—Y lo bueno de esto —dice Harper pensativa, uniéndose de nuevo a nosotros— es que nos dará tiempo a asegurarlo todo.

—De acuerdo. —Lydia parece reacia a aceptar—. ¿Cuánto tiempo?

—Otro mes. Haz que espere. Es tiempo de sobra para que te enseñe, y para entonces, Vera estará terminando su programa y podrá volver a casa.

Sigue sin comer.

—Perdón —dice Lydia—. ¿Dónde está el baño? —Algo la preocupa.

Me levanto.

—Te acompaño.

—Puedes decirme dónde está y ya está —dice, con tono cortante.

—Voy contigo —insisto, con la mano en su codo. La guío hacia el pasillo y, en cuanto la puerta del comedor se cierra tras nosotros, la empujo contra la pared, apoyándome en el antebrazo para acorralarla.

—Viktor —sisea, con las mejillas sonrojadas—. Este no es el momento ni el lugar.

—Siempre es el momento —replico—. Y siempre puedo encontrar un lugar. Ahora. Dime qué demonios pasa. —Le cojo la barbilla con la mano, inclinando su cara hacia la mía—. Estás ocultando algo. ¿Qué es?

Intenta apartar la mirada, pero le agarro la barbilla y la obligo a mirarme de nuevo. Me inclino y rozo sus labios con los míos. Sabe a miel y a sol, evocando recuerdos de cálidos días de verano. Intenta apartarme, pero no la dejo. Le paso la mano por la nuca y profundizo el beso. Nuestras lenguas se encuentran y ella gime contra mí, ablandándose.

Cuando por fin rompemos el beso, los dos estamos jadeando.

—Dímelo ahora, Lydia —le advierto—, o te arrastraré al despacho y te lo sacaré a hostias.

—¿Se supone que eso va a detenerme? Quizá quiero que lo hagas. Quizá quiero que tomes el control y me demuestres que de verdad me deseas en lugar de hablar de ello, de andarte con rodeos, de tratarme como si fuera de cristal y luego anunciar a todo el mundo que no quieres casarte conmigo.

—¿De qué coño estás hablando? —Controlo mi ira para no estallar. No dejaré que me consuma. Siempre, siempre seré cuidadoso con mi Lydia.

Levanta la barbilla con aire desafiante. —¿Dices que me deseas y, a la primera de cambio, pospones nuestra boda? Joder, ¿por qué no me demuestras que me deseas?

Ah. Ya estamos. Ahí está la verdad.

—¿Es eso lo que quieres?

Tengo la polla dura a reventar. La deseo. La deseo con todas mis putas fuerzas.

Sus ojos arden al encontrarse con los míos. —Demuéstralo.

Su voz es una mezcla de ira y desafío, y ya no puedo resistirme más. La agarro por la muñeca y tiro de ella hacia mí. La sorpresa en sus ojos no hace más que avivar mi deseo.

Cuando se clava en el sitio e intenta escapar, la levanto en volandas y me la echo al hombro. Grita y me golpea la espalda, así que salgo por la primera puerta que da al jardín.

—¡Bája*me!* —grita. Ahora sé que sus protestas y sus gritos son parte de nuestro baile. Ella presiona y yo no cedo. Yo le devuelvo la presión y ella se derrite. Está a mi merced.

Es jodidamente mejor de lo que nunca imaginé.

Salgo a grandes zancadas por la puerta trasera hacia el jardín. Se ha quedado una noche fresca, en marcado contraste con el ardor de su genio. Es tan mona... y probablemente me odiaría si se lo dijera. Es como una gatita impertinente que no se ha salido con la suya e intenta arañar en represalia con unas garras que apenas tiene.

Me detengo cerca de un gran roble, cuyas ramas forman un dosel que nos protege de las miradas indiscretas. La empujo contra la áspera corteza, apretando mi cuerpo contra el suyo para acorralarla. —¿Quieres que te lo demuestre?

Le atrapo la boca en un beso brutal, con una mano le agarro el pelo mientras la otra se desliza por su cuerpo curvilíneo. Gimo en su boca, con la polla palpitante, mientras ella jadea contra mis labios. Me muerde y noto el sabor del cobre en la boca.

Gruño y meto la mano bajo su vestido. Le arranco las bragas de un solo tirón.

—¡Viktor!

Su voz suena entrecortada, pero ya no hay vuelta atrás. La levanto, enroscando sus piernas en mi cintura, y la aprieto con más fuerza contra el árbol. La áspera corteza se le clava en la espalda cuando le

sujeto las muñecas por encima de la cabeza con una mano, mientras con la otra me desabrocho el cinturón. Lo saco de las trabillas y lo empuño.

—Dime que quieres esto. Dime que lo necesitas.

Me mira, fulminante, con el pecho agitado. —Te odio.

Le doy un correazo en el muslo. La polla me late cuando ella suelta un gritito mientras le acerco la boca a la oreja. —Mentirosa.

Aún sujetándole las muñecas con una mano, me saco la polla y me coloco en su entrada. Tentándola. Deleitándome con cómo se retuerce. Su cuerpo se arquea como si, inconscientemente, me suplicara que me acercara, pero me contengo.

Quiero saborear esto. Su frustración. Su necesidad.

—Maldita sea —dice, con la voz casi convertida en un gemido, una súplica—. Hazlo de una vez.

—¿Me deseas?

Rozo su entrada con la punta de mi polla. Su calor húmedo me está volviendo loco.

—Sí, joder, pues *sí* —gruñe, sacudiendo la cabeza—. *Hazlo ya,* imbécil.

Vuelvo a azotarla con el cinturón. —Cuida esa boca antes de que le dé otro uso —le gruño al oído. Le doy otro latigazo hasta que gimotea y se aferra a mí, necesitada.

La embisto, con fuerza y profundidad, arrancándole un grito. Marco un ritmo de castigo, cada embestida la marca como mía. —¿Lo sientes? ¿Te ha quedado jodidamente claro? ¿*Sientes* lo mucho que te deseo?

Le suelto las muñecas y ella gime, clavándome las uñas en la espalda. Me deleito con el sabor a dolor mientras me entierro en ella. Cierro los ojos y gimo. He imaginado esto, he imaginado

tenerla, pero parecía algo tan inalcanzable y nunca ha sido tan jodidamente bueno.

La agarro por las caderas, tirando de ella hacia mí para acercarla más. Más profundo.

Sus manos me sujetan la cabeza, sus piernas se aprietan a mi alrededor mientras responde a mis embestidas. El jardín amortigua el sonido de nuestros cuerpos al chocar.

—Viktor... Yo... no puedo... —jadea.

—Déjate ir. Déjate ir de una puta vez.

Con un grito estremecedor, se rompe. Se somete. Cede. Su cuerpo se convulsiona a mi alrededor cuando llega al clímax. La sigo de cerca, ahogando mis propios gritos en su pelo mientras ella apoya la cabeza en el hueco de mi cuello.

—¿Lo ves? —susurro—. Eres mía. Acabarás aceptándolo. Ahora, olvida mi maniobra para hacer salir a nuestros enemigos. El único propósito es mantenerte a salvo. Ya eres mía, Lydia. *Mía.*

La beso y el mundo se desvanece. Tiembla ligeramente, como si estuviera llorando, pero cuando me aparto, sus ojos solo brillan intensamente al mirarme, y no hay lágrimas.

Sé que lo siente: la atracción entre nosotros, el retorcido vínculo que nos mantiene unidos.

—Cuando volvamos, todo el mundo sabrá que ha pasado algo —dice, echándose hacia atrás su precioso pelo. Me llega un leve aroma floral y seductor que es puro Lydia.

Niego con la cabeza. —No saben una mierda. Saben que vas a ser mi mujer. Y saben que te deseo. Saben que tenemos cosas de las que hablar. No le des más vueltas.

Entrelazo su mano con la mía, todavía eufórico por lo que acaba de pasar. Sospechaba que a Lydia le gustaba el sexo así. Hace mucho

tiempo que sé que ella y yo encajamos perfectamente. Las posibilidades que se abren ante nosotros...

—Si tú lo dices —dice. Y por primera vez desde que está bajo mi custodia, Lydia se muestra casi... recatada. Silenciosa. Es como si la furiosa tormenta de su interior se hubiera calmado hasta convertirse en un hervor a fuego lento.

Me inclino y le beso la frente. —Eres una buena chica, Lydia. Sé que a veces te asusto. Pero no quiero que me tengas miedo. —Me inclino y le beso la mejilla—. Sé que las palabras se las lleva el viento y puede que no te creas que te deseo; que te deseo más que a nada en el mundo entero. Lo entiendo. Y no pasa nada. Ya lo sabrás.

—¿El qué? —pregunta ella, con los ojos muy abiertos por la curiosidad y un atisbo de miedo.

Le sostengo la mirada, con la voz baja e intensa. —Verás lo mucho que significas para mí... y por qué.

Cuando volvemos a la casa, el comedor está vacío y todo el mundo está en el salón. Mi madre ha preparado grandes bandejas de pastas y bombones para nosotros.

Me acerco a Lydia mientras entramos. —¿Ves esto? —le digo, señalando la comida—. Cuando éramos pequeños, mi padre tenía unas normas muy estrictas. Había que comerlo todo en el comedor. Nada de picar en los dormitorios, ni desayunos informales en la cocina y, por supuesto, nada de postre en el salón.

Lydia levanta una ceja, intrigada. —¿Y ahora?

Esbozo una sonrisa, señalando a mi madre con la cabeza. —Ahora, ella manda. Las cosas son diferentes. Le gusta romper sus reglas.

Lydia sonríe, comprendiendo la sutil rebelión. —Ya me cae bien.

—Y si algo se derrama, lo limpiamos —dice mi madre, sonriendo con calidez—. Lydia, hablemos de qué tipo de tarta quiere. Ahora que

tenemos más tiempo, podemos planear esta boda de verdad. —Casi se frota las manos de la emoción.

—La verdad —dice Lydia—, es que me gustan casi todas las tartas. Bueno, la de vainilla *no* me gusta.

Se me dibuja una media sonrisa. —A mí tampoco, cariño —le susurro al oído. Se le sonrojan las mejillas, y continúa como si yo no hubiera dicho nada—. Red velvet, tarta de zanahoria, tarta de chocolate con cobertura de vainilla, tarta de chocolate con cobertura de chocolate...

Baja la vista hacia su figura curvilínea y sus caderas. —Quizá ese sea mi problema.

—Oh, por favor —dice mi madre—. ¿A quién no le gustan las tartas? Venga, vamos a echar un vistazo a algunas opciones.

—Cuenta conmigo, mamá —le digo—. Quiero planear esto con ella.

Mientras nos acercamos a la mesa auxiliar, donde mi madre tiene un surtido de catálogos y su portátil, me inclino, le susurro a Lydia al oído y le pellizco el culo. —Como vuelvas a hacer un comentario despectivo sobre tu cuerpo, acabarás sobre mis rodillas en cuanto lleguemos a casa.

—Viktor —dice ella, con las mejillas encendidas, pero una oleada de poder me recorre. Puede que acabe de poseerla, pero la deseo de nuevo. Y, desde luego, se va a llevar un azote por eso.

—Echad un vistazo —dice mi madre, desplegando los lustrosos catálogos—. ¿Cómo podemos hacer para tener una variedad de tartas diferentes? —pregunta Lydia, acariciándose la barbilla, pensativa.

—Oh, eso es fácil —dice Harper—. Se ponen chupitos de tarta. Como estos vasitos con diferentes sabores para que podamos probar varios. Tenéis vuestra propia tarta nupcial de vuestro sabor favorito,

luego la tarta del novio con su sabor favorito, y después bandejas y bandejas de tarta.

—Solo de pensarlo ya me está dando un subidón de azúcar —dice Mikhail.

—No pasa nada —dice Aria, con un brillo en los ojos. Le guiña un ojo a Lydia—. Más para mí.

Mientras Lydia examina los catálogos, me acerco y pongo un surtido de postres en un plato.

Nos sentamos en el salón a comer postre, beber cócteles y planear nuestra boda. Pero lo que de verdad quiero es llevármela a casa, para que estemos solo los dos. Lo que de verdad quiero es asegurarme de que tenemos un plan de defensa personal. Lo que de verdad quiero es que esté casada conmigo, a salvo y a mi lado.

Mikhail se acerca y me enseña su móvil. —¿Novedades interesantes? ¿Tienes un minuto?

Miro a Lydia y luego a él. —Sí, hablemos.



CAPÍTULO 18

LYDIA

—He hablado con el capitán de los Ivanov. Tiene algunos datos interesantes, pero está todo encriptado y contiene un idioma extranjero que no conozco.

La esperanza se desborda en mi pecho.

Esto. Esto es algo que puedo hacer. Por fin, en lugar de ser un maldito florero que espera a que la protejan o la rescaten, puedo ayudar de verdad.

—¿Me dejas echar un vistazo? Soy buena en esto.

Los ojos de Mikhail se abren de par en par, sorprendido. Mira a Viktor, que asiente.

—Lo es. Déjala que mire.

De vuelta en el despacho de Mikhail aquí en la sede, con algunos de los hermanos presentes, han desplegado una serie de mapas, fotos de vigilancia y armas. Mikhail abre el iPad más grande que he visto en mi vida y sube el brillo.

—Toma. Echa un vistazo.

Siempre se me ha dado bien descifrar patrones y puzles intrincados. Este me lleva un momento mientras observo las notas que han utilizado.

—Dmitri —digo, con el corazón latiéndome más deprisa a medida que empiezo a atar cabos—. Es su segundo nombre. Superoriginal usarlo como nombre de usuario, ¿a que sí? —Niego con la cabeza—. Parece que no están lejos de aquí, que planean apoderarse de un almacén en Manhattan, pero no hay forma de saber cuándo.

—Mmm —asiente Viktor—. Por supuesto que no revelan el cuándo, por si su información es interceptada.

—¿Cuánto os fiáis del capitán de los Ivanov? —pregunto, frunciendo el ceño mientras lo examino todo—. Esto tiene toda la pinta de ser una trampa.

—Joder —masculla Lev—. Déjame ver.

Le entrego el mapa y, tras un momento de estudiarlo, asiente con el ceño fruncido.

—Tiene razón. Los tiempos no cuadran. Si yo estuviera preparando una emboscada..., bueno, así es como lo haría. Las rutas que han marcado nos conducen a un cuello de botella, perfecto para un ataque. Es demasiado conveniente.

Niego con la cabeza.

Viktor entrecierra los ojos mientras escudriña los detalles. —Tenéis razón. Si nos fiamos de su palabra, esto podría ser una trampa. No podemos correr ese riesgo.

—Sospecharía que está compinchado con ellos o que saben que os va a informar. En cualquier caso, es peligroso, y yo tendría cuidado.

Aleks maldice en voz baja y se pasa una mano por el pelo. —¿Así que simplemente le dejamos que haga lo que quiera? ¿No vamos a por él?

—Iremos a por ellos, joder, que sí, cuando llegue el momento.

—Cierto. De acuerdo. Y cuando sea el momento, podemos crear una distracción. Dejar que piensen que estamos cayendo en su trampa.

—Tengo una idea —les digo—. Quizá enviar un equipo señuelo por la ruta marcada mientras el de apoyo se acerca por detrás. Pillarlos desprevenidos.

Viktor asiente con aprobación. —Me gusta cómo piensas, muñeca.

Sonrío, me meto una trufa espolvoreada con cacao en la boca y gimo.

—Ay, Dios, ¡buscaos una habitación! —dice una rubia alta que debe de ser la hermana de Viktor desde el umbral. Me guiña un ojo—. Soy Polina. Es broma, es broma. Cualquiera que sea amigo del chocolate es amigo mío.

El brazo de Viktor se desliza alrededor de mi cintura. —Cuando contraataquemos, les demostraremos con quién se están metiendo cuando hagamos equipo.

Sonrío. —Sip.

—Por ahora, nos vamos —le dice a Polina—. Estaremos en contacto para los detalles de la boda.

—¿Tan pronto? —pregunta Polina con un puchero—. Pero si necesito conocer a tu prometida.

—Ya tendremos tiempo —dice, pero es obvio que está a mil leguas de aquí, completamente absorto por la amenaza que se cierne sobre nosotros.

El viaje a casa es intenso, cargado de necesidad, deseo e insinuaciones mientras me amasa el muslo con su enorme palma y me cuenta todas las perrerías que planea hacerme.

—Tengo una sorpresa para ti fuera —dice cuando llegamos.

El corazón se me acelera un poco, pero consigo restarle importancia. —Oye, si esto va de más sexo..., podríamos pensar en usar una cama la próxima vez.

Él solo gruñe y entrecierra los ojos.

¿Quiero esto? No quiero cederle el control a nadie.

Pero cuando insiste..., hace que el corazón se me ensanche en el pecho.

Me siento *deseada.*

—Vale, vale... —Camino hacia donde me indica. Todavía no he explorado los terrenos que rodean su casa.

—Esto. Por aquí.

Giro la esquina y me tapo la boca con la mano al asimilarlo todo. —Viktor...

Me conoce. ¿Cómo me conoce tan bien?

Enclavada en los recónditos y exuberantes jardines que rodean su finca, hay una zona de hoguera, un oasis que parece diseñado específicamente para alguien a quien... le gusta el fuego.

No. *Adora* el fuego.

Tiene un aspecto tan gótico y encantador que parece sacado directamente de un cuento de hadas. La hoguera en sí es un gran e intrincado diseño de hierro negro que descansa sobre una base que recuerda a las raíces nudosas de un árbol. El hierro está tallado con motivos de llamas y runas, lo que le confiere un aspecto místico y atemporal.

El foso tiene compartimentos integrados para la yesca y los leños, así como una rejilla a medida para controlar la intensidad de las llamas. Un atizador y unas tenazas de hierro forjado cuelgan de un lado, listos para ser usados.

Alrededor de la hoguera hay bancos pesados de madera oscura con cojines de un profundo terciopelo de color vino. Faroles de estilo gótico cuelgan de postes de hierro forjado, arrojando un cálido y parpadeante resplandor sobre el espacio. Guirnaldas de luces se entrelazan entre los árboles circundantes, y su suave centelleo lo hace mágico.

—Viktor..., ¿esto es para...?

—¿Para ti? Sí. Claro que lo es.

Trago saliva; una mezcla de honor y miedo luchando en mi interior. —No... no sé cómo sentirme.

Inclinándose, me besa la mejilla. —No pasa nada.

—¿Cómo lo sabías? —le sostengo la mirada—. Dime la verdad.

Con un encogimiento de hombros desenfadado que casi lo hace parecer un niño, aparta la mirada. —Te he estado siguiendo durante un tiempo. Sé que te enviaron a un internado cuando tu padre no pudo controlarte, y que te ficharon por un delito de incendio provocado. Sé que hasta tu madre intentó detenerte, pero sus métodos consistían en tratar de casarte con el siguiente pretendiente que pudiera ayudarte. —Niega con la cabeza—. Por desgracia, escasean las personas que comprenden tu necesidad.

Trago saliva. —¿Mi necesidad?

Enciende una cerilla. —Tu necesidad de prender fuego, nena.

Da un paso hacia mí. —Baja la guardia. Deja de luchar, Lydia. Aquí estás a salvo. —Hace un gesto—. Mira. El fuego no irá más allá de estos muros de ladrillo. Miro a mi alrededor y me doy cuenta por primera vez del espacio lleno de velas y cerillas, una pila de leña y un lanzallamas.

Ya puedo sentir cómo se me acelera el pulso cuando enciendo una cerilla. Cómo se me regula la respiración con ese primer olor a humo. El control absoluto que siento al ver las llamas sembrar el caos, la devastación ahí mismo, al alcance de mi mano.

Aparto la mirada y no respondo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dudas?

¿Por qué me siento mucho más segura con él de lo que me he sentido nunca? Como si me *conociera*, como si me conociera de verdad, de verdad.

Me pregunto si hacer el amor como lo hemos hecho —esa forma en que derriba mis muros y me abre en canal, haciéndome sentir vulnerable y expuesta— es la razón por la que siento que por fin, por primera vez en mi vida, puedo ser yo misma.

—Lydia, ¿qué ocurre?

—Siempre me dijeron que algo no funcionaba bien en mí. Que estaba rota. Que debía evitar todo lo que tuviera que ver con el fuego...

Aparto la vista de él, incapaz de soportar el peso de su mirada. —Me inquieta que sepas tanto sobre mí.

—Acéptalo. Llevo buscándote muchísimo tiempo. Siempre he estado obsesionado contigo, Lydia. Puede que eso te asuste, pero no quiero que lo haga, porque voy a protegerte. —Me acaricia el pelo por la espalda. Me acerco más a él. —Vas a ser mi mujer.

Algo surge en mi interior, una confusa mezcla de miedo y emoción. Él me entiende. Siento que me entiende de verdad. Una parte de mí está asustada, pero otra siente... alivio.

—Entonces, ¿qué sabes de mí? ¿Qué sabes de mi pasado?

—Sé que te enviaron a un internado lejos de casa porque te condenaron por incendio provocado —dice, sosteniéndome la mirada sin miedo ni vacilación—. Sé que te etiquetaron de pirómana y que la gente te temía. Pero sé que no eres alguien a quien temer. Sospecho que eres víctima de una etiqueta y de una incomprensión.

Se me corta la respiración. Me asusta que me conozca tan bien.

—Escucha. Me he fijado en tu fascinación por el fuego, Lydia. He construido esto para ti, un lugar donde puedas dar rienda suelta a tus pasiones sin peligro. El fuego puede ser bello y controlado. No tiene por qué ser destructivo. —Me tiende la mano y me ahueca la mandíbula en la palma de la suya—. Me gusta pensar que en esto nos parecemos.

—¿Cómo? —trago saliva con dificultad, intentando que no me tiemble la voz.

—A los dos nos atrae el fuego, nena.

Se inclina y captura mis labios en un beso. Se me encogen los dedos de los pies al sentir su boca cálida sobre la mía mientras el deseo vibra por todo mi cuerpo. Me siento viva, llena de energía. Siento como si hubiera perdido la cabeza para entregarme por completo a mi cuerpo, a cada una de mis células vivas y vibrantes.

Cuando se aparta, una leve sonrisa asoma a sus labios.

—Adelante, Lydia. Hazlo.

Cogiéndome de la mano, me lleva a sentarme junto a la hoguera. Enciende una cerilla y me acerca una vela, y el aroma a tofe de vainilla caliente impregna el aire que nos rodea. Su voz se endurece, sus palabras son una orden. —*Hazlo.*

Me tiemblan las manos al encender la cerilla, pero la emoción me recorre ante el primer lengüetazo de la llama. El adictivo olor de la cerilla encendida invade mis sentidos. Enciendo la vela y la observo arder, la llama danzando entre nosotros.

Quiero más. Me humedezco los labios y trago saliva. —Dame otra.

—Di «por favor» —bromea.

—Por favor, Viktor —susurro, tendiendo la mano.

—Recuerda —dice Viktor mientras coge otra vela del gran surtido que tenemos delante, esta de un color rosa pálido mate y con un ligero aroma a fresas—, hay una diferencia entre la fascinación y la compulsión, Lydia. La piromanía es un impulso incontrolable de provocar incendios destructivos. Pero aquí puedes explorar esa fascinación sin hacer daño. La clave es el control.

Enciendo otra cerilla y niego con la cabeza, con la adrenalina recorriéndome ante la hermosa forma en que la luz parpadea en la

oscuridad.

—¿Control? Nunca he sentido que tuviera el control. Simplemente... se apoderaba de mí.

—¿De verdad? ¿Cuándo fue la última vez que provocaste un incendio? Un incendio de verdad, no una vela o algo pequeño.

—Ha pasado mucho tiempo. —Bajo la voz, avergonzada—. He aprendido a reprimir mis instintos primarios. La necesidad de quemar cosas, de consumirlo todo cuando estoy estresada y ansiosa. Ahora estoy mejor.

—Quizá no necesites estar mejor. Si fueras una verdadera pirómana, no habrías sido capaz de hacer eso. —Levanta una preciosa caja cilíndrica de cerillas largas y gruesas—. Enciéndelas. Tíralas a la hoguera.

Me siento al lado de una silla de camping frente al fuego, saco una de las cerillas largas y la enciendo. Observo cómo lame la fina madera hasta que casi me llega a los dedos antes de lanzarla a la hoguera. Lo hago una y otra vez, observando la llama con euforia y un ligero atisbo de miedo.

¿Soy como una alcohólica que acaba de darle un sorbo a una copa? ¿O me he juzgado mal a mí misma todo este tiempo?

Mientras la creciente hilera de velas encendidas llena el espacio con un cálido resplandor, camino entre ellas. Tengo los pies tan ligeros que es como si estuviera bailando, libre, bajo la íntima y fascinante luz que crean.

Viktor está de pie, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho, asintiendo con aprobación. —Tienes el control, Lydia. Siente el poder sin miedo. No se trata de destruir. Se trata de entender y abrazar lo que amas. Estás a salvo.

Trago el nudo que tengo en la garganta cuando dice eso.

Estoy segura.

Protegida.

A salvo.

En toda mi vida, nunca me he sentido a salvo, y supe que cuando provoqué aquellos incendios de niña y luego de adolescente, durante todo el tiempo que pasé en el reformatorio, intentaba conseguir algo de control. Mi madre apenas se relacionaba conmigo de pequeña por el control que mi padre ejercía sobre mí. Y mi padre no me quería; solo intentaba moldearme para convertirme en la persona que él quería que fuera. En su heredero, el hijo que nunca tuvo.

A medida que la luz del fuego proyecta sombras sobre nuestros rostros, resaltando la intensidad de mis emociones, siento una sensación de liberación. Mi miedo se desvanece cuando él se acerca, su mano acariciándome la mejilla, su contacto tierno y posesivo. Mi respiración se acelera, mis ojos saltan de llama en llama, deleitándose en el reflejo de las llamas parpadeantes en sus ojos.

—Nunca me había sentido así.

Viktor me besa en la mejilla. —Conmigo estás a salvo, Lydia. Siempre. Deja que el fuego sea parte de ti, no algo que temer.

Sus labios rozan los míos, la noche caldeada por la luz del fuego. La conexión es intensa, alimentada por el momento compartido de vulnerabilidad y comprensión... quizá incluso amor. La seguridad es una atracción mutua, bella y poderosa.

Me inclina hacia atrás para poder besarme el cuello. Me dejo derretir por el calor que me consume, rodeada de llamas, cuando me levanta en brazos y mis piernas rodean su torso grueso y musculoso. Jamás en mis sueños he imaginado estar con un hombre que pudiera llevar en brazos así a una mujer con curvas como yo. Pero Viktor no es un simple mortal.

Con paso lento, Viktor me besa como si fuéramos los últimos habitantes de la Tierra, los únicos dos que quedan en pie mientras el mundo a nuestro alrededor se reduce a cenizas. Mi lengua se

encuentra con la suya, y el sonido de su profundo y viril gruñido hace que mi propia necesidad de él aumente más y más con cada segundo que pasa.

Esta vez no lo he mordido ni arañado. Esta vez no me azota el culo ni me domina. Esta vez es lento y seductor y, para cuando nos sienta en la silla junto a la hoguera, estoy tan húmeda y ansiosa por tenerlo dentro de mí que no puedo pensar en otra cosa que no sea que me llene.

Me levanta la falda y me sienta con el culo al aire en su regazo mientras me besa el cuello y roza mis clavículas con los dientes. Gimo cuando succiona y lame, y las llamas de la excitación crecen entre nosotros. Me aparta hacia su rodilla unos segundos mientras se desabrocha el cinturón y agarra con el puño su dura y firme erección.

—No hemos hablado de anticonceptivos —susurro, un poco asustada de adónde nos llevará todo esto.

La punta de su dura polla se topa con mi intimidad, y me acerco a él involuntariamente. Lo deseo tanto dentro de mí que apenas puedo respirar.

Él niega con la cabeza, con los ojos fijos en los míos. —Nada entre nosotros, Lydia. Joder, nada. Vas a tener mis hijos, mujer. —Casi espero que se golpee el pecho y me agarre del pelo, pero solo me sostiene la mirada.

Asiento. —Sí.

Yo también quiero tener hijos, cuando surja de forma natural. No podría abandonar este matrimonio... lo he intentado, y estoy empezando a darme cuenta de que... no estoy segura de querer hacerlo.

Con la primera embestida, echo la cabeza hacia atrás, anclándome en sus hombros, con los brazos alrededor de su fuerte cuello. Con la segunda, me está abriendo en canal, y gimo de necesidad y deseo,

mi placer aumenta mientras él embiste y casi sale por completo de mí antes de hundirse en mi calor una y otra vez. Echo la cabeza hacia atrás y él me rasga el vestido por la mitad, lo que hace que mis pechos turgentes se eleven.

Su boca está en mi pezón, sus dientes rozan el sensible botón mientras embiste dentro y fuera, su gruesa polla latiendo en mi interior. Me estoy perdiendo en él a medida que me acerco al clímax, a medida que me acerco a la rendición. Mi necesidad se acumula y crece hasta que abarca todo mi ser. Mis párpados se cierran. Las llamas a nuestro alrededor parpadean y menguan mientras mi éxtasis estalla.

Grito al correrme; el placer me inunda. Echo la cabeza hacia atrás mientras su caliente semilla se derrama dentro de mí. Su mordisco se vuelve salvaje, su agarre casi doloroso.

—Te quiero, Lydia —gruñe, más una declaración impetuosa que un capricho poético—. Te quiero, lo sepas o no, y seguiré diciéndotelo hasta que un día, algún día, de verdad me creas. —Vuelve a embestir mientras llegamos al clímax al unísono, unidos en nuestro placer.

Hay una especie de disonancia cognitiva entre sus palabras y mi capacidad para aceptarlas.

¿Cómo?

Cuando mi respiración empieza a calmarse, me acomoda en una silla y coge una manta. Me besa la sien sin decir palabra antes de levantarse. Unos instantes después, regresa con un paño caliente y una toalla seca. Primero, me inspecciona con el ceño fruncido, probablemente buscando si me ha hecho sangre o si ha mordido demasiado fuerte.

—Esta vez no, tigre —digo con un guiño—. Tendrás que volver a intentarlo. Me encanta cómo me limpias después de haberme

mancillado —añado, medio en broma—. La forma en que eres tan delicado conmigo después de follarme con dureza.

—Es lo menos que puedo hacer. Me ciego cuando hacemos el amor. Me preocupa hacerte daño cuando me desato contigo.

Solo han pasado unos minutos desde que me he corrido y, aun así, oírle decir *desato* hace que mi pulso se acelere de nuevo.

—Bah —digo encogiéndome de hombros—. Puedo aguantar mucho más que eso.

Su mirada sobre mí se intensifica. —¿Ah, sí?

—Mmm.

—Lo tendré en cuenta.

Estoy demasiado lánguida para encender el fuego, así que lo observo hacerlo. Nos sentamos en silencio hasta que la llama se apaga y se convierte en brasas incandescentes. Siento una profunda sensación de paz y aceptación.

—No tenía ni idea de que necesitaba esto. —Lo miro—. Gracias, Viktor, por demostrarme que puedo tener esto sin miedo.

—Eres más fuerte de lo que crees.

Me pregunto, sentada ante el fuego encerrado en ladrillo...

¿Soy *yo* algo que deba ser controlada? ¿Algo que deba ser contenida?

¿O me consumiré en las llamas?

¿Y si me pierdo en él?

Cojo otra cerilla; la pregunta flota en el aire entre nosotros, esperando una respuesta.

CAPÍTULO 19

LYDIA

TARTA. Necesito tarta.

Una tarta de chocolate intensa, oscura y deliciosa, con una cobertura espesa.

O marmolada. O quizá de limón. A ver, a caballo regalado no le mires el diente.

Necesito alejarme de mí misma. Necesito una distracción. Y aunque una pequeña parte de mí sabe que acabar en coma diabético a base de mordisquitos puede que no sea lo más responsable... necesito tarta.

Es medianoche, Viktor está profundamente dormido e incluso Nikita se limita a abrir un ojo perezosamente para ver qué estoy haciendo antes de volver a dormirse y empezar a roncar.

Bajo a la cocina con una camiseta de Viktor. Me queda enorme porque es del tamaño de un león. No tengo ni idea de dónde sacaría su madre los zapatos o la ropa cuando él era más joven. ¿Se los haría ella misma?

No llevo nada debajo de la camiseta, y me encanta la sensación de andar descalza por la casa.

La camiseta huele a él.

Cuando llego a la cocina, abro la nevera. Ya la he abierto varias veces para prepararnos la comida, pero nunca me he parado a *mirar* de verdad. Es decir, a examinarla a fondo.

Lo primero que veo al abrir la puerta es mi cerveza favorita, la artesanal que solo se puede comprar en el norte del estado de Nueva York porque la fabrican a mano en pequeños lotes y no la distribuyen a gran escala.

Interesante. ¿La habrá comprado Viktor para mí? ¿O es que, milagrosamente, le gustan las mismas cosas que a mí?

Acaricio la botella fría con los dedos.

Sigo queriendo tarta, y aunque, según algunos, la cerveza y la tarta combinan, yo soy bastante purista.

Cojo el cartón de leche y me detengo con la mano sobre él.

—Uy —digo en voz alta.

¿Cómo sabe que solo bebo leche ecológica? Aunque no soy ninguna experta en comida sana, solo he tomado leche ecológica desde que estaba en el instituto y leí un artículo que insinuaba una correlación entre el tamaño del pecho de una mujer y las hormonas de la leche. Aunque no tengo ni idea de si esas afirmaciones eran ciertas, hice todo lo posible para que no me crecieran más las tetas, así que empecé a beber leche ecológica.

Frunzo el ceño mientras miro la nevera. Bueno, no me conoce tan bien. Si me conociera tan bien, sabría que cuando bebo leche *sin* tarta, no la bebo sola; siempre... *Ah*. Ah, qué interesante.

Bueno, todo el mundo tiene sirope de chocolate en la nevera.

¿No?

Me sirvo un vaso y voy a cerrar la puerta cuando algo me llama la atención. Hay una bandeja de fresas bañadas en chocolate, adornadas con un artístico chorrito de virutas blancas. También hay un paquete de macarons artesanos, ligeros y delicados, cuyos tonos arcoíris insinúan una gran variedad de sabores. Dios mío, la tentación ha caído del cielo y está aquí mismo, delante de mí.

¿Cuándo ha comprado todo esto? Nos reunimos con su familia hace una semana, y admití mi amor por la tarta. Aunque... algo me dice que nada de eso era nuevo para Viktor.

Echo un vistazo al congelador por curiosidad y niego con la cabeza. Trago saliva. Hay tres tipos diferentes de helados artesanales de una lechería local, todos de mis sabores favoritos: *moose tracks*, remolino de crema de cacahuete y galletas con nata.

Eso no puede ser una coincidencia. *No puede.*

Cierro el congelador, con la boca hecha agua. Ahora estoy realmente muerta de hambre.

Así que tiene mi helado favorito.

Mis postres favoritos.

Incluso el maldito sirope de chocolate y la leche que bebo.

Por curiosidad, me acerco a la despensa.

No puede ser...

Abro la puerta de golpe. Es enorme y está bien surtida, el tipo de despensa que podría volver loca a una mujer a la que le encanta cocinar.

Lo primero en lo que me fijo son los botes de proteína en polvo y los mezcladores que hay, obviamente, porque Viktor no puede alcanzar ese tamaño por arte de magia, sino con algunas decisiones intencionadas. Lógico, lógico.

Pero cuando mi vista pasa más allá de las proteínas y los batidos, ahogo un grito. Patatas fritas gourmet hechas en perol. Pretzels de masa madre. Botes de mi salsa de melocotón favorita y nachos con sabor a lima. Frutos secos de distintos sabores. La crema de cacahuete con miel que unto en galletas saladas y la crema de chocolate y avellanas italiana que me como a cucharadas.

Lo tiene *todo.*

Cierro la despensa y vuelvo a la nevera.

Me voy a comer la maldita tarta.

Abro la puerta y saco la gran caja de pastelería blanca que trajo Polina, junto con un bote de nata montada. Cojo una cuchara del cajón y me siento en uno de los taburetes.

Solo un bocado. Solo voy a tomar un bocado.

Me moriré de vergüenza si entra y me ve. No me pongo ciega a postres delante de nadie.

Primero cojo una porción de la de terciopelo rojo y una generosa muestra del glaseado de queso crema. Le echo nata montada por encima y, ¡Bum!, para adentro.

Gimo, saboreando el gusto. He sido tan jodidamente *buena* con mi dieta que he echado muchísimo de menos esto. Me lamo los labios y trago antes de probar la tarta marmolada.

Pongo un buen bocado en la cuchara, le echo nata y me lo como. Oh, sí, esta está incluso mejor que la de chocolate. Es la perfección. Si el mejor sexo conocido por el hombre se convirtiera por arte de magia en una tarta, sería esta.

A continuación, fresa con glaseado de vainilla. Contengo una risita.

No me gusta la vainilla, dije, delante de su familia y todo. *Dios.*

Tomo un bocado de la tarta de especias con glaseado de queso crema y otro de la de terciopelo rojo. Mi estómago está satisfecho. Balanceo las piernas en el taburete y paso el dedo por las ondulaciones de la cobertura de nata montada de una tarta de fresa.

—¿Me has guardado un poco?

El bote de nata montada cae al suelo con un estruendo.

Viktor está en el umbral, apoyado en el marco de la puerta, con el pecho desnudo, pero todavía con los vaqueros caídos sobre la cintura.

—No puedes aparecer así de repente. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Deberías prestar más atención. No es que yo sea una persona pequeña que se mueve a hurtadillas por la casa. Parece que estabas demasiado ocupada con la degustación de tartas.

Siento que me arden las mejillas y tiro la cuchara en la caja mientras él se acerca y se pone detrás de mí.

—No te avergüences.

—No lo estoy —replico, con las mejillas ardiendo aún más.

—Mentirosa.

Me ha pillado poniéndome morada de tarta directamente de la caja, lamiendo la nata montada de una cuchara. Timur me echaría la bronca.

—No estoy avergonzada —insisto, negando con la cabeza.

—Mujer —dice, con las manos a cada lado de mis caderas—. Me encanta todo lo que haces. No voy a juzgarte. He entrado porque quiero probar la jodida tarta. Pero, si quieres escandalizarte de verdad, estaré encantado de darte un motivo para que te sonrojes.

—*Viktor*.

—*Lydia* —me imita mientras se inclina sobre mí, apoyando la espalda contra mi torso y las manos a ambos lados de la encimera—. Relájate.

Mete la mano en la caja y saca una cuchara. —Pero soy yo quien te da de comer.

—¿Es que todo va de sexo? —bromeo, con el corazón acelerado. Trago saliva.

—Por supuesto. Si no fuera así, ¿cómo continuaría la humanidad?

Resoplo y niego con la cabeza. —Ya he terminado, de todas formas —le digo, mirando el resto de los sabores con pena. No he terminado ni de broma.

—¿Has probado siquiera el de limón y coco o el de chocolate alemán?

Niego con la cabeza.

—Las manos en el regazo, por favor —ordena. Con obediencia, me coloco las manos en el regazo mientras él levanta la cuchara y coge una generosa porción de limón—. —Abre para mí. La única regla es que *yo* te doy de comer, y luego puedo hacerte lo que me dé la puta gana.

—¿Eso es todo? —pregunto en broma.

—Te prometo que te gustará.

Asiento y me relamo los labios. Se me hace la boca agua. —Vale.

Se para frente a mí y deja la cuchara en la encimera antes de cogerme y levantarme en peso. Chillo cuando me acomoda en el centro de la esquina. La camiseta se me sube por la pierna, dejándome al descubierto para él.

—Joder, mujer... —dice, negando con la cabeza antes de arrodillarse frente a mí.

Frente a mí.

Se inclina e inhala mi olor. Mi sexo se contrae. Cierro los ojos cuando la sensación de su boca caliente en mi intimidad me hace retorcerme de necesidad y deseo por él.

El primer roce de su lengua en mi coño me hace gemir. Al segundo y al tercero, estoy ahogándome en sensaciones, y él me está succionando el palpitante clítoris. Con un suspiro reticente, se pone en pie.

—Podría estar haciendo esto todo el puto día.

—Ah, *¿sí*? —bromeo, sacudiendo la cabeza—. Lo recordaré.

—Pero primero... la tarta.

—Pareces un cartelito de los que se encuentran en una pastelería.

Se encoge de hombros y me pone las manos detrás de la espalda. —Déjalas ahí. El sonido de su voz me provoca un escalofrío, y cuando se desabrocha el cinturón, el pulso se me dispara.

—Viktor...

—Shhh.

Saca el cinturón de las trabillas de un solo movimiento, se inclina y me lo pasa alrededor de las manos. Cuando lo aprieta, su cuerpo se presiona contra el mío y es fuego instantáneo. Trago saliva con dificultad, intentando serenarme, mientras me acomoda para que me recline sobre la encimera.

Inclinándose, coge el trozo entero de tarta de limón con la mano y me ofrece un bocado. —¿Dónde están tus modales? —pregunto, burlona.

—Las damas primero —dice, como si esa fuera la única regla que importara.

Saco la lengua y recojo el glaseado de limón. —Mmm... —gimo—. Oh, Dios, qué delicia. —Doy un mordisco. La tarta es ligera y esponjosa, con una gruesa capa de relleno de limón entre las capas. Le lamo los dedos y él gruñe antes de coger el resto de la tarta y comérsela de un enorme bocado. Se inclina y captura mi boca con la suya, en un beso con sabor a glaseado y tarta, dulce y placentero.

Todavía me estoy relamiendo cuando él ya está entre mis piernas, con su boca en mi coño. Mi clítoris late y reprimo un grito mientras él lame, succiona y muerde. Mis piernas están sobre sus hombros, mis rodillas presionadas contra el calor de su piel, cuando abandona mi sexo y vuelve a la caja.

—Viktor —me quejo—. Por favor.

—Todavía no —gruñe, metiendo la mano en la caja en busca de otra porción de chocolate, esta, con capas de crema de cacahuete—.

Tienes hambre de tarta —dice con una sonrisa—. *Yo* tengo hambre de tarta. Que coman tarta.

Esta vez, me pinta los labios con el glaseado, como si fuera un brillo de labios comestible. Sonrío, cubierta de migas de chocolate, mientras me mete un trozo en la boca y vuelve a arrodillarse frente a mí. Esta vez, estoy a punto de llegar al clímax cuando me trago el último bocado de tarta, y casi lloro cuando me quita la boca de encima.

—Sé una chica buena —dice, negando con la cabeza—. Te prometo que merecerá la pena.

Alcanza la obra maestra, un brebaje de cuatro capas de tarta de chocolate negro intenso intercaladas con gruesas capas de ganache. —Toma. Cómete esto —dice, dándome un trozo con sus ásperos dedos. Le lamo y mordisqueo los dedos mientras me da de comer. Me encanta cómo sus ojos se encienden de excitación. De nuevo, me mete la tarta en la boca, esta vez una porción grande que se derrama sobre la camiseta. El glaseado sabe a trufas derretidas, y me encanta. Se arrodilla frente a mí, me rodea la cabeza con las piernas y gruñe contra mi muslo.—Córrete, Lydia. Tú te comes tu dulce y yo me como el mío. Venga, nena.

Mi cabeza cae hacia atrás mientras él lame mi coño una y otra vez; la punta de su lengua es perfecta mientras yo me lamo las migas de los labios, saboreo el intenso sabor del chocolate y me elevo hacia el orgasmo en su lengua. Olas de placer me ahogan. Mis caderas se sacuden hacia él, exprimiendo cada gota de placer, hasta que me derrumbo en la encimera, agotada, con las manos atadas a la espalda.

Mi mirada está nublada, mi cuerpo flota mientras él se pone en pie y se pasa una mano pesada por la boca, con sus ojos clavados en los míos.

—Jodidamente delicioso —dice en un susurro grave y gutural—. ¿Quieres más?

—Oh, Dios mío, no —gimo, completamente saciada. Lo observo perezosamente, medio borracha, medio hipnotizada, mientras se acerca a la tarta, mete la mano en la caja y se come hasta la última miga.

Observo aturdida cómo limpia el desastre que hemos montado: tira la caja de la pastelería, pone la tapa a la nata montada y la mete en la nevera.

—¿Cómo lo sabías? —digo adormilada—. Todos mis favoritos.

Se encoge de hombros con aire despreocupado. —Te he estado observando, nena. Eso es todo lo que necesitas saber.



Capítulo 20

VIKTOR

Las siguientes semanas con Lydia parecen un sueño pasajero. A veces, temo abrir los ojos y que ella se haya ido. No quiero que sea así. No estoy seguro de poder evitarlo si lo intentara. Aun así, no doy nada de esto por sentado.

A pesar de que tanto Lydia como Aria se pasan horas intentando anticipar el próximo ataque planeado por la *Ledyanoye Bratstvo*, no encontramos ninguna prueba concluyente de que vayan a actuar pronto. Podría parecer que han cambiado de objetivo.

Pero yo sé que no es así. No podemos dormirnos en los laureles. Uno de los mayores errores que podríamos cometer es bajar la guardia.

Así que no lo hago. Y a Lydia no le hace ni puta gracia, pero me da igual.

Ayuda que tenga un trabajo aquí, conmigo y con mi familia. Mi trabajo es de naturaleza física; soy el músculo del grupo. Soy a quien todos acuden cuando necesitan mano dura. Todos mis hermanos saben defenderse, pero ninguno lo hace como yo. Eso significa que Lydia me acompaña, para lo bueno y para lo malo.

Para lo bueno y para lo puto malo.

No sirve de nada fingir ser alguien que no soy. Cuando nos casemos, nos aceptaremos el uno al otro por quienes somos por completo, sin reservas. Nunca he entendido cómo alguien podría conformarse con menos.

Sin embargo, voy a hacer que le merezca la pena. Lo juro. Y lo estoy intentando.

—Vale, repasemos lo que has aprendido.

Le he dado un curso intensivo de defensa personal básica que Kolya nos enseñó a todos: cómo zafarse de agarres, conciencia situacional, maniobras de defensa y el uso de objetos cotidianos. No hay tiempo para enseñarle a disparar.

—De acuerdo —dice, plantada frente a mí en posición de combate. Lleva una camiseta de tirantes de color rosa fucsia, mallas negras y zapatillas deportivas. Tiene suerte de que necesite enseñarle, si no, le arrancaría la ropa y me la follaría aquí mismo contra la pared de la casa—. —Usar la palma de la mano o una patada fuerte contra las zonas vulnerables si puedo: ojos, nariz, garganta e ingle.

Asiento. —Continúa.

—No perder los estribos si alguien me agarra, sino centrarme en escapar. Prestar atención al entorno y usar lo que pueda a mi favor.

No quiero que tenga que usar las habilidades que le estoy enseñando. Quiero que sus movimientos de defensa personal sean el puto último recurso.

Aun así, tiene que saberlo.

—¿Por ejemplo? —la pongo a prueba, clavando mis ojos en los suyos.

—Por ejemplo, si estamos cerca del brasero. Desequilibrarlos para que su pie golpee la rejilla del desagüe y luego empujarlos al fuego como la bruja malvada de *Hansel y Gretel* —le brillan los ojos y me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa. —Lo has pensado bien.

—Sí, señor —dice con un ronroneo seductor. Menos mal que acaba de hablar de dar una patada en la ingle, si no, ahora mismo estaría empalmado.

—Sigue con lo de escapar.

—Mantener la calma. Gritar pidiendo ayuda a pleno pulmón. Usar mi voz de gritar —me guiña un ojo—. Golpear si es posible, bajar mi centro de gravedad, girarme y encarar a mi atacante.

—Excelente —el orgullo se me hincha en el pecho—. Esa es mi chica. ¿Qué más?

—Usar objetos cotidianos si es posible. Bolis, llaves, el bolso cargado con las últimas compras de Sephora.

Asiento. —Excelente.

Nikita araña la puerta trasera, celosa de la atención que le estoy prestando a Lydia.

—¿Damos un paseo?

—Mmm.

Cojo la correa de Nikita y caminamos hacia el centro, con Nikita caminando obedientemente a mi lado. Nos paramos en un semáforo y Lydia se agacha para rascarle las orejas a Nikita.

Creía que amaba a Lydia antes de que se mudase aquí. Pero ahora que quiere a mi perra, estoy jodidamente perdido.

—Estaba pensando en hacer pollo a la parmesana para cenar —dice como si nada.

—Eso me pone jodidamente duro —bromeo.

Me sonríe. —Nunca he conocido a un hombre al que le excite la comida que come.

—No me excita la comida que como. Me excita verte a ti cocinarla.

—Ah, ya entiendo. ¿Satisfacer todos los apetitos y todo eso?

—Mmm. Eso suena delicioso. El viernes por la noche, cuando estemos planeando los últimos detalles, saldremos a cenar. ¿Te

parece bien?

Yo no cocino. Yo como. Y si no estoy con alguien que sepa cocinar, pido comida a domicilio. Tuve un chef privado durante un tiempo, pero no me gustó. No me gusta que nadie invada mi espacio, excepto Lydia. También es su espacio.

De repente, Nikita echa las orejas hacia atrás. Se le eriza el pelo y suelta un gruñido bajo y peligroso.

Lydia se endereza. —¿Qué he hecho? Creía que me quería.

—Detrás de mí —gruño—. No eres tú.

A Lydia se le abren los ojos como platos y, por una vez, hace lo que le digo, gracias a Dios. Escaneo nuestro entorno. Al principio, no veo nada fuera de lugar. Solo una noche normal en la ciudad. Pero Nikita gruñe más fuerte y suelta un ladrido sonoro y feroz.

De repente, un asaltante enmascarado salta de un portal, seguido de tres más. Todos enmascarados, encapuchados y viniendo directos hacia nosotros.

Lydia se tensa, con un grito ahogado en la garganta, y yo le ladro por encima del hombro: —Recuerda lo que te he enseñado, joder.

Uno nos ataca de frente, con el arma levantada. Sé en mis entrañas que estos tíos no están aquí para asesinar, sino para llevársela. Un segundo se acerca a mí, con una pistola que brilla bajo la luz de la farola. Antes de que dispare, Nikita se le echa encima. Lo tiene agarrado de la pierna con un gruñido salvaje.

Le doy un codazo al segundo atacante con un movimiento rápido, poniendo toda mi fuerza en él. Oigo un crujido satisfactorio de un hueso al romperse y él grita, cayendo al suelo y agarrándose la cara. El tercero apenas tiene tiempo de acercarse antes de que le aseste un puñetazo en todo el entrecejo, mandándolo hacia atrás.

El cuarto es un cabrón con suerte que sigue en pie, desafiante. Quiero reventarlo a hostias con mis propias manos, pero necesito a

alguien a quien interrogar. Hay una satisfacción oscura y primitiva en la idea de sentir sus huesos romperse bajo mis puños, su sangre manchando mis nudillos.

El aire está cargado de olor a sudor y miedo. Uno de ellos intenta coger a Lydia y no llego a tiempo, pero sus ojos arden con una furia que iguala la mía. Le da un fuerte rodillazo entre las piernas y, cuando él se desploma en el suelo con un gemido de dolor, le ataca los ojos.

Buena chica.

El chasquido seco de un disparo resuena en mis oídos. Nikita lanza un gañido. La rabia me corre por las venas, ardiente e implacable. Mi visión se reduce y solo veo rojo.

«Deja a uno vivo», me recuerdo a mí mismo. Me aferro a ese único clavo ardiendo que me impide asesinarlos a todos. Lucho contra la necesidad de matar, de hacer que todos paguen.

Agarro al más cercano por el cuello y lo estampo contra la pared. Es el único que está consciente; sus ojos, desorbitados y aterrorizados, me miran suplicando piedad. La necesidad de proteger, de desatar mi furia sobre él, lucha contra mi necesidad de obtener información.

—¿Por qué habéis venido a por nosotros? —le exijo, con mi cara a centímetros de la suya—. ¿De dónde coño salís y para quién trabajáis? —Suelta una respuesta débil e ininteligible, ahogada, y aflojo la presa lo justo para que pueda hablar.

Por encima de mi hombro, le grito a Lydia:

—Coge mi móvil. Llama a Aleks y dile que traiga un equipo de limpieza, ahora.

Lo sujeto por el cuello, pero antes de que pueda articular otra palabra, su cabeza se echa hacia atrás con violencia y golpea el hormigón, y una flor carmesí florece en el centro de su frente.

Lydia grita. Dejo caer su cuerpo al suelo, la empujo hacia abajo y la cubro con mi cuerpo. Puto francotirador. Pero no hay más disparos.

Él era el objetivo porque yo habría hecho que hablara.

Alguien lo ha matado. Alguien está observando. Alguien no quiere que sepa lo que están haciendo. Joder.

Un coche se detiene y me pongo en alerta de inmediato, pero Lydia exhala un suspiro.

—Es Aleks.

Aleks y un equipo de nuestros hombres salen rápidamente del vehículo. Aleks ha estado entrenando a dos de los antiguos hombres de Ivanov y están aquí para ayudarnos; se mueven con rapidez y coordinación.

—Se han escapado —digo—. Pero hay un francotirador aquí, Aleks. Quiere asustarnos, pero no está listo para mover ficha.

—Cubriremos todas las zonas posibles para ver dónde podrían estar escondidos. Quiero que peinéis toda la zona.

No es hasta que la refriega termina, con nuestros atacantes incapacitados o huidos, que me doy cuenta de la sangre en el pelaje de Nikita.

Lydia se arrodilla junto a Nikita, con las manos temblorosas mientras aparta el espeso pelaje negro de la perra.

—Está sangrando —dice, con la voz quebrada. Hay una pequeña herida en el costado de Nikita de la que mana sangre, pero no está claro de inmediato qué la ha causado.

—¿Nikita está bien? —pregunta Lydia, con los ojos llenos de lágrimas y la cara sonrojada. ¿Está llorando? No sé si está llorando. —Se pondrá bien, ¿verdad? Está sangrando, Viktor.

—¿Estás *tú* bien? —pregunto, a pesar de que se me forma un nudo en la garganta cuando me arrodillo junto a ellas.

—Yo estoy bien, estoy bien —dice Lydia, aunque le tiembla la mano.

Me vuelvo hacia Nikita.

Mierda. A Nikita la han herido. *Joder*. Me tiemblan las manos. Como alguien le haya hecho daño a mi perra... Como alguien le haya hecho puto daño a mi perra...

—¿Dónde está el punto de entrada? —mascullo, mientras la frustración y el miedo me carcomen. La examino de cerca, esperando ver una herida de bala. Pero no hay nada obvio, solo el lento y persistente manar de sangre de algún lugar bajo su denso pelaje.

Los dedos de Lydia son suaves pero minuciosos mientras palpan alrededor de la herida.

—Parece que la bala la ha rozado —dice, con tono aliviado—. Pero el pelaje es tan espeso que es difícil saber exactamente dónde ha impactado.

Tiene sentido. Probablemente, la bala ha rozado el costado de Nikita, rasgando el pelo y la piel sin llegar a penetrar. El impacto habría sido suficiente para causar dolor y sangrado, pero no el daño catastrófico que temía. Su pelaje, apelmazado por la sangre, oculta el punto exacto de entrada, lo que dificulta ver el alcance total de la herida.

Lydia hace una evaluación rápida.

—Respira bien, pero parece que le duele. —Sus manos están más firmes ahora mientras presiona suavemente alrededor de la zona—. Tenemos que llevarla al veterinario para asegurarnos de que no haya ninguna herida más profunda. Llevémosla al veterinario, Viktor.

Tengo que tomar una decisión: el veterinario para Nikita o la seguridad para Lydia.

—Primero, ponerte a salvo; luego, el veterinario.

Lydia está llorando, secándose los ojos.

—Nos estaba defendiendo.

—Se pondrá bien —digo, esperando que si lo repito suficientes veces, se haga realidad.

Lydia levanta la vista; se le iluminan los ojos.

—Harper ha dicho que Vera llegó anoche. Mi hermana sabrá qué hacer. Aunque trata con pacientes humanos, muchos de sus conocimientos deberían poder aplicarse a los animales.

—¿Dónde está?

—En casa de tu madre.

—Hagamos que venga a nuestra casa. No deberíamos mover mucho a Nikita. Llevémosla allí.

Hace una llamada.

—Por favor, que Vera venga a casa de Viktor.

Metemos a Nikita en la parte de atrás del coche de Aleks. Yo me siento al lado de Aleks mientras Lydia sostiene la cabeza de Nikita en su regazo. Le acaricia el precioso pelaje negro y se seca los ojos.

Mientras conducimos, Lydia mantiene la cabeza de Nikita en su regazo, acariciándole el pelaje y susurrándole palabras tranquilizadoras. De vez en cuando, mira la herida, tratando de ver si podemos hacer algo más. Pero el rasguño, aunque sangriento, parece ser solo eso: una herida superficial que no ha penetrado profundamente.

Eso espero.

—Lo odio —susurra Lydia—. Esto es parte de su juego, ¿verdad? —dice, con la voz temblorosa—. ¿Alguna novedad, Aleks? Dame algo que descifrar, joder.

—Esto es lo primero que tenemos —dice Aleks—. Aria enviará los planos de la zona. Quizá podamos encontrar dónde se escondía el francotirador.

Ella niega con la cabeza. —Jodido cabrón, es un cobarde. Lo odio.

—Yo también.

Cuando llegamos de vuelta a casa, Nikko está al teléfono. —¿Estamos a diez minutos? ¿Hay algo más que debamos saber?

—Su respiración es superficial —dice Aleks—. No veo dónde la han herido, pero hay sangre en el asiento. No tiene buena pinta.

Lydia no es de las que se rinden fácilmente. Está hecha polvo. Y yo también, pero, joder. ¿Le han disparado? Tiene que haber sido eso.

De vuelta en mi casa, acomodamos a Nikita en el sofá. Lydia se sienta con la cabeza de Nikita en el regazo, y entonces llegan Nikko y Vera.

—Vera —dice Lydia. Cuando parpadea, gruesas lágrimas le ruedan por las mejillas. Pobrecilla. Está traumatizada por esto. Y, por supuesto, en cuanto ve a su hermana, sus emociones se desbocan. ¿Quién puede culparla?

Vera entra, con aire profesional. Lleva el pelo recogido en un moño improvisado en lo alto de la cabeza. Apenas se nota que son hermanas. Lydia es todo curvas y encanto femenino, mientras que Vera posee una elegancia inteligente, diferente a la de Lydia. Pero los ojos de Lydia están llorosos y muy abiertos, y ambas tienen un hoyuelo en la barbilla. La inteligencia en su mirada y sus narices pecosas me dicen que son hermanas. Vera corre hacia Lydia, la rodea con los brazos y le da un fuerte abrazo.

—Siento mucho no haber podido venir antes.

—Estabas en Alaska —dice Lydia, sonriendo—. Me alegro de que estés aquí ahora. Esta es Nikita.

Cuando Vera se arrodilla frente a Nikita, esta le gruñe. Tiene miedo, la pobrecita. Me arrodillo a su lado y le acaricio la preciosa cabeza con el pulgar. —Todo irá bien, pequeña. Ella te va a cuidar. Todo irá bien. —Mientras le acaricio suavemente la cabeza, Lydia se echa a llorar.

Vera le toma las constantes vitales. —Echemos un vistazo. ¿Crees que le han disparado?

Le limpia la herida con cuidado, buscando cualquier signo de un fragmento de bala. —Es complicado —dice, frunciendo el ceño—. El pelaje es espeso y la piel dura. Parece que la bala solo la ha rozado, pero tampoco encuentro un orificio de entrada.

La observo mientras trabaja, con el corazón todavía latiéndome con fuerza por la preocupación. Nikita permanece quieta, con los ojos cerrándose por el agotamiento, pero con la respiración estable. La herida, oculta por su espeso pelaje, es leve en comparación con lo que podría haber sido. Pero la incertidumbre, el no saber, me carcome por dentro.

—La llevaremos al veterinario —digo con firmeza—. Para asegurarnos de que no se nos ha pasado nada.

Vera frunce el ceño. —De acuerdo. Estoy formada en ciencias médicas, específicamente en respuesta a traumatismos —me dice—. No sé mucho de cuidados veterinarios, pero haré todo lo posible por estabilizarla. Tenemos que llevarla a un hospital veterinario de inmediato.

—Por supuesto.

—Yo llamo —dice Lydia—. Aria podrá conseguirnos un veterinario de urgencias antes que nadie. —Es reacia a separarse del lado de

Nikita. Sospecho que se siente responsable de alguna manera por esto. Pero no lo es. Sé que no lo es.

Un momento después, Lydia levanta la vista. —Tengo el nombre de un veterinario —dice—. Está a treinta minutos.

Me mira, con los ojos muy abiertos. —¿Crees que esto es parte del plan, Viktor? ¿Herir a Nikita para que tengamos que llevarla al veterinario y luego perseguirnos?

Asiento. —Sí. O para pillarnos con la guardia baja. Para desestabilizarnos.

Se pone en pie, con una llama de fuego en los ojos. —¡Ni de *puta* coña van a desestabilizarnos! ¡Ni hablar!

No puedo evitarlo. La agarro, le pongo la mano en la nuca y la beso con fuerza. Vera parpadea, observándonos con los ojos como platos.

Aleks se pone las manos en las caderas. —Me encargo —dice—. Iremos juntos.

Tardamos más de lo que me gustaría, pero todos mis hermanos acuden en masa. Tres coches blindados se alinean fuera. Nos movemos como uno solo. Vera se sienta con Lydia en el asiento trasero del coche que conduzco, con Nikita entre ellas. Le lame perezosamente la mano a Vera, y Vera se inclina y la besa.

—Levántale la cabeza —dice Vera—. Así. Lo estás haciendo genial, Lydia.

Lydia sorbe por la nariz, secándose las mejillas. Por el espejo retrovisor, veo que Vera le coge la mano y se la aprieta suavemente. —Lo estás haciendo genial —repite, con voz firme, y me doy cuenta de que no solo se refiere a este incidente.

—Parece que somos peces gordos —dice Lydia con una sonrisa triste —. Como si alguien viniera para llevar al presidente al aeropuerto.

—Como debe ser, por supuesto —dice Vera con una sonrisa—. Nikita es inestimable. La necesitamos aquí con nosotros.

Se inclina y le besa la coronilla a Nikita. Los ojos de Nikita se cierran, y mi corazón retumba en mi pecho. —Vera —digo, con pánico en la voz.

—Está bien, Viktor. Está cansada.

—Haré que limpien tu coche —le digo a Aleks.

—Me importa una mierda el coche —dice—. Ya tengo todo eso bajo control. Tú preocúpate por ella. —No le pregunto a cuál *ella* se refiere. Ambas son mi mundo.

Finalmente llegamos al veterinario de urgencias. Cuando entramos, solo hay otras dos personas en la sala de espera: una niña con un gatito enfermo en el regazo y una mujer mayor con un galgo que parece tener una pata rota. El personal corre a recibirnos.

—Por aquí, señor Romanov —dice uno de ellos, haciéndonos pasar a Vera, a Lydia, a Nikita y a mí a una sala cercana. Mis hermanos se adueñan de la sala de espera.

Vera toma las riendas. —Mi nombre es Vera Romanova. Soy doctora con formación médica.

—Sé quién es usted —dice la veterinaria, tendiéndole la mano—. Es un honor conocerla, doctora Romanova.

Hay orgullo en los ojos de Lydia mientras sonríe.

—Sospechamos que es una herida de bala, pero no hemos podido encontrar un orificio de entrada.

La veterinaria asiente como si fuera un día cualquiera, con gente trayendo perros con heridas de bala. —Entiendo. —Le toma las constantes vitales a Nikita—. Su respiración es superficial. Voy a tener que dormirla, señor Romanov —dice.

El pánico debe de reflejarse en mis ojos, porque ella niega rápidamente con la cabeza y Lydia me aprieta la mano.

—*Temporalmente*. Lo siento muchísimo, debería haberlo aclarado. Voy a darle algo para que descanse y para aliviarle el dolor.

Trago saliva y asiento mientras ella desliza una aguja bajo la piel de Nikita, y la respiración de esta se ralentiza. Miro fijamente, sin parpadear, con el corazón a mil por hora, cuando la mano de Lydia se desliza en la mía para reconfortarme con dulzura.

—Es solo un rozón —dice, examinando a Nikita—. Puede ser complicado con los animales, sobre todo con un pelaje tan denso como este. Parece peor de lo que es, pero la limpiaremos a fondo y la dejaremos en observación esta noche.

«Oh, gracias a Dios». Lydia se vuelve hacia mí y esconde la cabeza en mi pecho, con los hombros temblando. Le ahueco la nuca y el corazón se me enternece. Quiere a Nikita igual que yo. Vera nos observa, con un brillo en sus propios ojos.

—Creo que deberían dejarla aquí por la noche, solo por observación. Les llamaremos si hay algún cambio.

—Nos quedaremos aquí. —No pienso dejar a Nikita, y sospecho que Lydia está de acuerdo.

Lydia niega con la cabeza y me susurra: —No me fío de dejarla lejos de nosotros, Viktor. Esto ha sido intencionado. Les estamos siguiendo el juego. Si nos quedamos aquí, somos un blanco fácil.

Los ojos de la veterinaria se abren como platos, pero Vera se apresura a tranquilizarla. —No es que no nos fiemos de usted. Pero Lydia tiene razón. Volveré con ellos y sabré qué hacer si hay algún cambio con Nikita.

La veterinaria receta unos medicamentos y, lentamente, uno a uno, nos marchamos.

Al salir del veterinario, siento una oleada de alivio. Nikita se pondrá bien. La han alcanzado, pero no está gravemente herida.

Hemos tenido suerte esta vez.

Pero tenemos que mantenernos alerta. Nuestros enemigos están ahí fuera, observando, esperando su próximo movimiento.



CAPÍTULO 21

LYDIA

—Volveré a casa de mamá. Échales un ojo a ella y a Polina —dice Lev —. Yo también estaré allí.

Nikko asiente. —Vera y yo también podemos quedarnos contigo, Viktor, si te parece bien.

—Sería perfecto —digo con una sonrisa—. Quiero ponerme al día con mi hermana. Tenemos una boda que planear. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

Estamos en el aparcamiento de la clínica veterinaria. —Tengo una semana —dice Vera—. Ojalá pudiera quedarme más tiempo. Pero no pasa nada, mamá ya casi está en casa y también vendrá. Además, ahora tampoco estás lejos de ella.

Colocamos a la dormida Nikita en el asiento trasero, entre las dos. Nikko conduce y Viktor va en el asiento del copiloto.

—¿Qué detalles os quedan por concretar para la boda?

La pongo al día. —Polina y Ekaterina se están encargando de la mayoría de los detalles. Tampoco es que conozca a casi nadie que vaya a venir.

Prefiero que sea así. Pequeña. Solo la familia más cercana, ni más ni menos.

Presto atención a la conversación de Viktor y Nikko.

—Obviamente, la seguridad es la principal preocupación —dice Viktor con voz baja e intensa—. Está *cabreadísimo*. —No me fío de que la *Ledyanoye Bratstvo* se quede tranquila mucho tiempo. Tenemos que garantizar que todo el mundo esté a salvo. Está haciendo exactamente lo que esperábamos que hiciera —admite—. Pero me jode que todavía no lo hayamos pillado.

Nikko asiente. —Ya he enviado a gente a reconocer el lugar. Estableceremos un perímetro y pondremos puntos de control. Nos aseguraremos de que la seguridad esté blindada por todas partes. Nadie entrará sin autorización.

Viktor me mira por encima del hombro y continúa: —Quiero que Lydia se sienta segura el día de nuestra boda. Sin sorpresas. Es su día y nada debe estropearlo.

Vera me sonríe. Sus palabras me reconfortan el corazón.

—También consideraremos una ruta señuelo para que nuestros movimientos sean impredecibles.

Vera interviene. —¿Y qué hay de la lista de invitados? ¿Estamos seguros de que todos los invitados son de fiar?

Viktor responde: —Los hemos investigado a todos, y es una lista de invitados pequeña.

Nikko parece pensativo. —¿Y el catering? ¿El personal? ¿Cualquiera que trabaje en el evento?

—Polina y Ekaterina se encargan de los proveedores. Han recibido instrucciones estrictas de contratar solo a través de fuentes de confianza —responde Vera.

Agradezco que lo tengan todo tan controlado. —¿Y el lugar en sí?

—Hemos elegido un lugar apartado —dice Viktor—. Es más fácil de controlar y vigilar. Menos puntos de entrada.

Nikko sonríe de lado. —Como una fortaleza. Justo como a ti te gusta, hermano.

Los labios de Viktor se curvan en una de sus raras sonrisas. —Exacto.

Me inclino para unirme a la conversación, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. —¿Y después de la boda?

Los ojos de Viktor se suavizan al mirarme. —Pensaba en un lugar remoto. Solo nosotros dos. Un sitio donde podamos relajarnos y no preocuparnos por las amenazas.

Vera me aprieta la mano. —Te lo mereces, Lydia. Un nuevo comienzo, lejos de todo este caos. —Se inclina más hacia mí, bajando la voz—. Alguien que te cuide, que se asegure de que estás a salvo. Eso también te lo mereces.

Le devuelvo el apretón. —Gracias.

El viaje continúa en un cómodo silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando nos acercamos a la casa de Viktor, Nikita se remueve ligeramente, con la cabeza apoyada en mi regazo. Le acaricio suavemente el pelaje, tranquilizada por su respiración constante.

Viktor se estira hacia atrás y coloca su mano sobre la mía. —Estará bien, Lydia. Nos aseguraremos de ello.

Asiento. Quiero que esté bien.

Llegamos a la casa de Viktor —*nuestra* casa— y todos se mueven con una eficiencia mecánica. Meten a Nikita dentro con cuidado, y Vera se pone a trabajar de inmediato para comprobarle de nuevo las constantes vitales y asegurarse de que está en un lugar seguro.

Sienta bien estar con mi hermana, aunque en realidad no nos conozcamos demasiado bien. Pero quiero hacerlo. Y es la primera vez que me doy cuenta de que estar con la familia Romanov, ver cómo interactúan sus hermanas y hermanos, me hace anhelar algo más.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto con timidez. Y tengo que admitir que me siento como en casa aquí. Me gusta estar en la casa de Viktor... *nuestra* casa. Soy la anfitriona de Vera.

Mi hermana parece cansada, pero me sonríe. —Me encantaría una copa de vino —dice con una sonrisa—. Aunque prefiero cerveza, si

tenéis.

—Claro que tenemos cerveza —digo, riendo—. Tenemos mucho de qué ponernos al día.

Abro un par de cervezas y Vera y yo nos sentamos en la enorme y espaciosa habitación contigua a nuestro dormitorio. Nikko y Viktor bajan las escaleras, haciendo planes. —Voy a sentarme un rato con Nikita —dice Viktor.

—Pobrecito —digo en voz baja cuando han bajado—. Quiere muchísimo a esa perra.

—Claro. Esos dos son los más unidos, ¿sabes? —dice ella—. Es casi apropiado que unas hermanas se casen con unos hermanos, ¿no crees? —Toma un sorbo pensativo de su cerveza—. Me sorprende que no pase más a menudo.

—¿Verdad? —sonrío—. Viktor me dijo que les gusta hacer pesas. Eso es... obvio en los dos.

Vera levanta la vista y menea las cejas. —Desde luego.

Nos reímos tontamente con nuestras cervezas. Saco una bandeja grande de bombones y unas galletas. —¿Tienes hambre?

Ella asiente con entusiasmo. Siempre ha sido muy golosa, aunque nunca tan devota del chocolate como yo.

—Viktor ha pedido algo de una pastelería antes —dice—. Algo sobre la familia Rossi expandiéndose en Nueva York.

Niego con la cabeza. —No sé quiénes son ni sabía nada de un pedido de Nueva York. Lo único que sé es que pedí un montón de tartas diferentes para la boda. Vamos a poner chupitos de tarta.

Ella se ríe. —Claro que sí. La tarta siempre fue tu favorita.

—Mmm —doy otro sorbo—. Bueno, cuéntame cómo os conocisteis, Nikko y tú. Apenas me sé la historia.

Ella niega con la cabeza y suspira. —Ya conoces a estos hermanos. No se rigen por las reglas de nadie. Nikko vino conmigo como mi guardaespaldas a aquel programa que hice en Moscú.

Asiento. Eso ya lo sabía.

—Por lo visto, estaba en una misión. Preferiría no entrar en los detalles de esa misión porque puede que quieras matarlo, pero su misión no tuvo éxito. En lugar de llevar a cabo la represalia que había planeado, acabó conmigo.

—La verdad, fuera lo que fuera que estuviera planeando él, estar contigo era sin duda una opción mejor —digo con una sonrisa.

Vera asiente. —Se puede decir que las cosas salieron bien.

—Bueno, pues... —continúa—. Mentí un poco y dije que era mi marido porque no quería que nadie supiera que había traído un guardaespaldas a Moscú, sobre todo nadie del programa en el que estudiaba, ya sabes.

—Claro que no. Yo tampoco lo habría querido.

—Así que acabamos en esta habitación que se suponía que era para una pareja. Una sola cama... —ríe por lo bajo. Yo suelto una carcajada.

—Dos cervezas más y quiero todos los detalles, hermanita.

Me guiña un ojo. —Era protector. Me conocía de verdad. Ya sabes, no solo la fachada que yo mostraba, sino mi verdadero yo. Fue... fue excitante. Y caí rendida —dice con un suspiro—. Me enamoré hasta las trancas. —Niega con la cabeza—. Y entonces, en cuanto los Romanov se enteraron, llegaron a un acuerdo. De hecho, Padre llegó a un acuerdo con ellos antes de morir para que tuvieran mi mano en matrimonio.

—¿Y cómo encajó eso en la ecuación?

—Nuestras familias han hecho cosas terribles, Lydia. En nuestro mundo, usar la mano de una mujer como moneda de cambio es la mejor forma de retribución que puedes ofrecer. No querían dinero; de eso tienen de sobra. Querían estabilidad. Votos. Hijos.

Pienso en eso. Estabilidad. Hijos. ¿Es eso lo que yo le aporto a Viktor? No lo sé. Una parte de mí espera que sí. Y otra parte está sinceramente aterrorizada de ser algo más de lo que soy ahora: Lydia Ivanova. Mordaz, con curvas y traviesa. ¿Quién soy yo como esposa de Viktor Romanov?

—Es tan desconcertante estar aquí —admito, sintiendo que el peso de mis emociones empieza a aflorar.

—Lo sé —dice Vera con voz suave—. Pero no es que nos hayamos criado en una urbanización residencial con la típica valla blanca y todo eso. —Suspira, con un atisbo de tristeza en los ojos—. Especialmente tú, Lydia. Aguantaste tanta mierda de Padre. Lo siento.

Se me forma un nudo en la garganta y siento una extraña oleada de emoción que no me esperaba. Se me cierra la garganta y me empieza a picar la nariz. No quiero derrumbarme delante de ella, pero sé que la única forma de avanzar es atravesando esto.

—No fue culpa tuya —continúo con voz temblorosa—. Tú no tienes la culpa.

Aparto la mirada, sentada en un pequeño taburete en nuestro dormitorio. Por primera vez, me fijo en una pequeña puerta apenas visible detrás de la puerta abierta del armario. Es un lugar extraño para tener una puerta. Simplemente niego con la cabeza y aparto la vista. Quiero tener esta conversación.

—No es que yo creciera con un progenitor a quien yo le cayera bien. Pero lo intenté. —Suspiro profundamente—. Solo puedes culpar a tus padres de mierda hasta cierto punto, ¿sabes? Y al final tienes que decidir: «Esta es mi vida ahora. Y puedo cogerla y hacerla mía».

Me parece algo extraño de decir, teniendo en cuenta que me están obligando a casarme.

Vera se muerde el labio, perdida en sus pensamientos o quizás tratando de encontrar las palabras adecuadas. —Sabes, los padres pueden ser tan complicados... —dice en voz baja—. Esperan tanto de nosotras.

Asiento. —Sí, es como si siempre estuvieran presionando y tirando, sin vernos nunca por quiénes somos en realidad.

Sonríe con vacilación. —Digamos que, sin duda, estás mejor aquí. No sé qué haría falta para convencerte, pero puedo demostrarte que Viktor... es un buen hombre. De todos estos tíos, es el mejor. No tiene dobles intenciones. Solo te quiere a ti.

Me recuesto, dándole vueltas a sus palabras. —Escucha —dice Vera, inclinándose para captar mi mirada—. Estar casada con Viktor no va a ser fácil. Estar casada con cualquiera de estos hombres no lo es. Se necesita a alguien fuerte para hacerlo. ¿Ya has conocido a Harper y a Aria?

Asiento. —Sí.

—Entonces, los hermanos Romanov han elegido a mujeres que tienen algo que ofrecer a su familia. ¿Lo has pensado?

—¿Qué? No. ¿De qué estás hablando?

Vera se levanta y recorre la habitación, golpeándose la barbilla como si intentara encontrar las palabras adecuadas. —Es así. Aria era una hacker. *Es* una hacker. Mikhail la quiere, pero se convirtió en la jefa de ciberseguridad aquí junto a Aleksander. Harper... —niega con la cabeza— es la mejor tiradora que puedas imaginar. Supera a cualquiera de esos tíos. Literalmente a cualquiera de ellos, Lydia. Aleksander no lo sabía necesariamente cuando se casó con ella, pero se ha convertido en un miembro poderoso de este grupo.

Ah. —Tus conocimientos de respuesta médica de emergencia imagino que vienen muy bien aquí.

Niego con la cabeza, insegura. —¿Y yo qué tengo que ofrecer?

—¿Que qué tienes *tú* que ofrecer? Eres brillante. Nikko me dijo que fuiste tú quien descubrió que tu prometido era un fraude. Nadie más lo sabía. Pero tú sí. —Suspira—. A lo que voy es a esto: no serás solo una cosita bonita para poner en un pedestal y tener bebés. Serás un miembro muy activo de esta familia. Se apoyarán en ti... y mucho.

Asiento lentamente, más tranquila. —Eso ayuda —digo, sintiendo un poco de alivio.

Vera sonríe. —Nikko lleva una hora enviándome mensajes. Si estás lista para ir a la cama, ¿miramos los detalles de la boda mañana?

—Cuesta creer que vaya a ser tan pronto. La pospusimos y estábamos planeando que fuera en un mes, pero todos están de acuerdo en que tenemos que adelantarlo. Pero sí, por mí, bien.

Vera se levanta.

—Ve con tu marido. Seguro que Viktor y Nikko terminan pronto. Yo también tengo que encontrar a mi futuro marido —digo con una risa.

Vera se inclina y me da un abrazo. —Te quiero, Lydia —dice en voz baja.

Le devuelvo el abrazo y una calidez se extiende por mi pecho. —Y yo a ti. —Quizá una de las mejores partes de todo esto es que podré conocer un poco mejor a mi hermana.

Vera se va y yo empiezo mi búsqueda de Viktor.

El pasillo está a oscuras mientras busco a Viktor. El lejano retumbar de un trueno llama mi atención.

Mientras vago por los pasillos de su casa —¿nuestra casa?—, siento un presentimiento. Todo es oscuro, melancólico, y la tormenta que

hay tras las ventanas no ayuda. Me detengo en el rellano de la escalera, mirando la noche a través de una ventana ovalada.

Un rayo cae sobre nosotros, iluminando el jardín de abajo. Me detengo, el corazón me da un vuelco. ¿Qué es eso de ahí abajo? ¿Qué es eso?

Fuerzo la vista, pensando que debe de ser Viktor, por alguna extraña razón, dando un paseo bajo la lluvia. Pero entonces, cuando las nubes se apartan, permitiendo que más luz ilumine el exterior, me doy cuenta de que no es Viktor, ni siquiera una persona, sino varias. Me enderezo, con el corazón latiéndome más deprisa.

Hay media docena de hombres armados fuera de esta ventana, rodeando la finca. Dios mío.

—¡Viktor! ¡Viktor! —No puedo evitar que me tiemble la voz. Necesito verlo, necesito verlo ahora mismo—. ¿Viktor, dónde estás?

La voz me tiembla a pesar de mis esfuerzos por mantenerla firme. Cuando llego al rellano, él asoma la cabeza desde el despacho donde está tumbada Nikita. Claro, está con Nikita. Tiene todo el sentido del mundo. Culpo al estrés por no haberme dado cuenta antes. Qué tonta soy.

Se pone en alerta de inmediato, listo para matar.

Corro hacia él y me estrecha rápidamente entre sus brazos. La sensación inmediata de su mano en mi nuca y la otra alrededor de mi cintura me hace respirar más tranquila, aunque solo sea por un instante. —¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Hay gente con armas fuera. ¡Mucha gente! ¿Van a atacar?

—¿Dónde? —espeta, corriendo hacia la ventana para mirar—. Ah. Maldición. Lo siento, Lydia. Cielo, tendría que habértelo dicho. Son los hombres que llamé como refuerzos. Nuestros guardias.

Trago saliva. —Claro. Los guardias. Dios, qué tonta soy.

—No te llames tonta. No quiero volver a oír eso —dice con amabilidad, aunque hay un matiz de acero en su voz que me recuerda exactamente lo que se siente al estar bajo sus órdenes.

—¿Están aquí toda la noche, incluso con la que está cayendo?

—Por supuesto. Se quedarían ahí durante una tormenta de nieve o una ventisca. Están aquí para protegerte.

A ti, no a nosotros, pienso para mis adentros.

—Vale, tiene sentido.

Me besa en la mejilla. —Te avisaré la próxima vez. ¿Te vas a la cama? Hemos tenido un día muy largo. Me reuniré contigo en unos minutos. ¿Has disfrutado de la visita con tu hermana?

—Sí, pero necesitamos mucho más tiempo para ponernos al día. Espero que podamos tenerlo.

—Haré lo que haga falta. Si tiene que irse a otro trabajo, estaré encantado de viajar para que puedas visitarla cerca, si es factible. Lo mismo con tu madre.

—Pero te necesitan aquí...

Él sonríe. —Y a ti también te necesitamos, pero la mayor parte del tiempo, lo que harás para nosotros podrás hacerlo a distancia. —Se inclina y me besa un pequeño rizo que tengo junto a la sien. Me encanta cuando hace eso. Pienso en lo que ha dicho Vera, en lo que ha revelado.

Él me conoce y me desea desde hace mucho tiempo. Y quizá eso debería asustarme. O quizá solo es parte de quién es él, de quiénes somos *nosotros* como dos personas poco convencionales.

—¿Harías eso por mí? ¿Viajar para que pueda estar con mi hermana?

—Por supuesto —dice con calidez.

—Me encantaría, gracias.

Sus labios se encuentran con los míos y al instante me excito, me vuelvo maleable y me amoldo a él. Le lamo la lengua, saboreando la emoción que me produce su gemido. Es como encender una cerilla cuando le devuelvo el beso. Recorro con la mano la parte delantera de su cuerpo, deleitándome con el tacto de sus músculos, sus duros abdominales, su fuerza contenida e insondable.

Me besa de nuevo. —Le voy a dar a Nikita una dosis más de su medicina y luego voy contigo. ¿Por qué no descansas un poco? Ha sido un día muy largo.

No se equivoca. Ahora mismo, una parte de mí desea más que nada la seguridad de tenerlo a mi lado en la cama. Lo sigo de vuelta a la habitación y me acerco a Nikita. Me inclino sobre su cabeza. —Eres una chica muy buena y estoy muy orgullosa de ti —le susurro—. Ahora descansa.

Sus ojos se encuentran con los míos cuando me incorporo. La quiero.

Intento desentrañar qué siento por ser un miembro de esta familia. Ya no es solo la familia de mi marido, sino también la de mi hermana. Unirnos a los Romanov es una decisión excelente para todos nosotros. Incluso mi madre estará mejor.

No es que tengas elección, me dice una vocecita en el fondo de mi cabeza, pero esa voz es cada vez más débil.

Camino suavemente hacia la cómoda y mis manos recorren la ropa doblada. Es todo tan bonito, y me queda tan bien. El más pequeño de los lujos, pero no puedo darlo por sentado.

Abro su cajón, debajo del mío, y hundo la cara en las camisetas blancas, limpias y dobladas. Inspiro profundamente. Huelen a él, vigorizante y masculino.

Hace un poco de frío esta noche con la tormenta que se avecina, pero con su camiseta estaré calentita. Cojo una del cajón.

Una pequeña llave dorada debajo de sus camisetas me llama la atención. Vaya. La miro pensativa antes de volver a dejarla en su sitio. Parece una llave pequeña que usarías para abrir el cajón de un escritorio.

Me quito la ropa, siento el aire fresco en mi piel y la lanzo hacia el cesto de la ropa sucia. Cae al suelo.

—Buena esa, Lydia. —Niego con la cabeza y me acerco a recogerla. Estoy a punto de meterla en el cesto cuando vuelvo a mirar la puerta. Me acerco a ella, curiosa. Me siento como Alicia en el País de las Maravillas. Algo me dice que voy a girar este pomo y a encontrarme en un mundo al revés.

Respiro hondo y giro lentamente el pomo, con una mezcla de curiosidad y un ligero pavor arremolinándose en mi interior.

La puerta está cerrada con llave. Vaya.

Qué raro.

Vuelvo a probar el pomo, pero no se abre. No sé muy bien por qué lo hago, porque si no se ha abierto la primera vez, definitivamente no lo hará la segunda.

La llave... Había una llave entre sus camisetas. ¿Y si... Me acerco a su cajón y cojo la llave; mis movimientos son apresurados porque sé que no debería estar haciendo esto. Es lo que él llama husmear.

Él está en contra, pero, maldita sea, voy a ser su mujer. No debería guardarme secretos tras puertas cerradas.

Vuelvo a la puerta y meto la llave en la cerradura.

El corazón se me acelera cuando encaja. Empujo la puerta para abrirla y me quedo mirando un instante antes de darme cuenta de lo que estoy viendo.

Me llevo una mano a la boca, incrédula.



Capítulo 22

Hace cinco años

VIKTOR

KOLYA y yo estábamos sentados en un restaurante local que frecuentábamos. Para un tipo de mi tamaño era difícil pasar desapercibido, así que tuve que encontrar un lugar donde la gente se fijara en mí, pero no le diera importancia. Este restaurante era uno de ellos.

—Dicen que hay un virus en la Academia Liberty Ridge —dijo Kolya con una sonrisa—. No sabrás nada de eso, ¿verdad?

Me encogí de hombros y evité su mirada.

—¿Un virus? Menuda chorrada. Sí, ha habido un par de incidentes, pero a lo mejor los están exagerando.

Me quedé mirando la pared y le di un trago largo a mi botellín. Pensé en lo que había hecho para recompensar a la profesora por ser amable con Lydia. Otra profesora había recibido un trato similar por mostrarle amabilidad.

Al chico que la llamó gorda le di una paliza sin piedad. El castigo puede ser tan dulce como doloroso.

¿La chica que se burló de ella? Me aseguré de que su nombre quedara manchado en las redes sociales y de que la tacharan de zorra chantajista.

¿Y los demás que la atormentaban? Uno por uno, cada profesor y compañero acosador que la hirió se enfrentó a consecuencias brutales. No tiene ninguna gracia quedarte tirado en medio de la nada con las ruedas rajadas o descubrir que te han vaciado la cuenta del banco. Requirió una planificación estratégica, pero se hizo.

Ahora se ha destapado todo sobre los extraños y misteriosos sucesos que ocurrieron en Liberty Ridge. Al principio intenté

espaciarlos, pero me impacienté. Si por mí fuera, habrían desaparecido todos. Hasta el último de ellos.

—Suerte tienen de seguir vivos —mascullé.

Kolya se inclinó hacia delante y chocó su botellín de cerveza con el mío.

—¿Otra?

Me permitía beber una vez al mes. Ni más ni menos. No me gustaba excederme porque quería mantener el control, pero disfrutaba de una cerveza con él. Por suerte para mí, aguantaba bastante bien.

—Quiero que tengas algo en cuenta, Viktor —dijo Kolya.

Asentí.

—¿Sí?

—La venganza puede ser un poderoso motivador, pero también puede consumirte por dentro. Apoderarse de cada uno de tus pensamientos y también de tus sueños. Yo lo sé bien. He pasado por eso.

Asentí y me acabé la bebida justo cuando la camarera nos traía la segunda. Con su pecho generoso y su culo curvilíneo, se inclinó hacia mí, intentando llamar mi atención, pero me aparté.

Solo tengo ojos para una mujer.

—Has hecho lo que tenías que hacer para protegerla. Lo entiendo. Pero no dejes que eso te destruya a *ti* en el proceso.

Gruñí y me giré, dándole otro largo trago a la cerveza.

—No dejaré que se salgan con la suya.

—Y no deberías —dijo él—. Pero hay una delgada línea entre la justicia y la obsesión que no querrás cruzar.

Respiré hondo y bebí un sorbo de cerveza; el sabor se me agrió con amargura.

—Lo pillo —dije, aunque una parte de mí se preguntaba si de verdad lo hacía.

Kolya asintió, aparentemente satisfecho.

—Bien. Ahora dime qué piensas hacer.



CAPÍTULO 23

LYDIA

MIRO AL FRENTE, sin apenas creer lo que veo. Esto va más allá de lo que jamás imaginé que encontraría entre las cosas de Viktor.

Un frasco viejo con las letras doradas de *Opulence*, un perfume que usaba cuando era más joven.

¿De dónde ha salido eso?

Una servilleta con una mancha de pintalabios y la página arrancada de un cuaderno que me resulta inquietantemente familiar. No reconozco la servilleta, por supuesto, pero al juntarla con las demás cosas...

Cuando la cojo, se me eriza la piel como si alguien estuviera de pie justo detrás de mí en este mismo instante.

Miro por encima del hombro y no veo a nadie.

Hay un vaso de café vacío de una cafetería con mi nombre garabateado.

Lydia

Las letras están borrosas, como si alguien... hubiera pasado el dedo una y otra vez por la gruesa tinta negra. Un cerco de café todavía mancha el fondo.

Una vieja lista de la compra escrita con mi letra.

Y lo que hace que me lleve la mano al pecho mientras revuelvo entre las cosas: un viejo y destrozado ejemplar de *Cumbres Borrascosas*. Cuando abro la tapa, «Liberty Academy» está estampado con una tinta morada desvaída.

Él se llevó esto. Era una *niña* la última vez que lo tuve en mis manos. Y si quedaba alguna duda sobre estos objetos —por qué están aquí y de dónde los ha sacado—, mi foto del instituto, con los

bordes curvados y en el centro de esta pequeña colección, elimina toda posible incertidumbre.

—Has encontrado el santuario —retumba la profunda voz de Viktor a mi espalda.

Me doy la vuelta sobre mis talones, todavía agarrando el libro gastado en la mano. Su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo. Le encanta cuando no llevo nada más que su camiseta.

Ah, no, colega. No vamos a desviarnos del tema.

—¿Qué es esto? —pregunto con la voz aguda. La mano que sostiene el libro me tiembla ligeramente.

Viktor se encoge de hombros, un hombro enorme, sin rastro de culpa. —¿Tú qué crees que es?

Doy un paso atrás y niego con la cabeza cuando él avanza hacia mí. —No, no me toques. No te me acerques, Viktor. —Cuando me ignora y da otro paso adelante, retrocedo y le lanzo el libro a la cabeza con toda la fuerza que puedo. Él se agacha justo a tiempo. El viejo libro cae al suelo y sus páginas sueltas revolotean como las hojas muertas de los arces de fuera.

Avanza hacia mí y, antes de que pueda detenerlo, me atrapa, me sujeta las muñecas con sus manos y me levanta en el aire.

—¡Ahora no! —le grito, arañándolo—. ¡Bájame! —le aporreo la espalda con los puños, pero son como pequeñas y suaves bolas de nieve contra un glaciar. Ni siquiera se inmuta.

—¡Viktor! —grito—. ¡Suélta*me*!

A pesar de mis esfuerzos, el corazón me late con fuerza y estoy jodidamente mojada. Puedo gritar y despotricar contra él, pero es inamovible.

Él es así. Nosotros somos así. Mis protestas solo encienden mi propia necesidad por él. Aun así, la rabia corre por mis venas, aunque sé

exactamente dónde acabará esto. O me azotará, o me follará, o ambas cosas.

—¡Que te *jodan*!

Con un gruñido, me baja y me tumba boca abajo sobre la mesa. El frasco de perfume cae y se hace añicos, y la servilleta revolotea hasta el suelo como los pétalos de una flor al caer. El más leve aroma a perfume inunda la habitación.

Sin mediar palabra, su pesada palma golpea mi culo una, dos, tres veces. No puedo respirar, jadeo sobre la mesa. Me agarro al borde y él acerca su boca a mi oído.

—Te he deseado desde que tengo uso de razón —gruñe—. Lo sabes. No lo he ocultado.

—¡Esto es espeluznante! —grito mientras me sube la camiseta hasta debajo de los pechos, dejándome el resto del cuerpo casi desnudo para él.

Otra palmada suya hace que me ponga de puntillas mientras su mano cae, caliente y pesada. Grito hasta quedarme afónica y que me duela, pero no sirve de nada.

—Deja de chillarme. Te dije que si no vigilabas esa boquita, te daría un uso para ella.

—¡Vete a la *mierda*! —grito. Me siento tremendamente descontrolada, como si cayera en espiral a un abismo y no hubiera forma de detenerme. Me azota de nuevo tan fuerte que no puedo respirar.

—Bien, pues —espeta—. Lo haremos de otra manera.

Me da la vuelta y me empuja para que me arrodille.

—¡Deberías disculparte! —Lo fulmino con la mirada, pero estoy empapada y tan necesitada que si me pasara un dedo por el clítoris, probablemente explotaría ahora mismo. Sigo enfadada con él... pero

así es como hacemos las cosas. Yo soy la marioneta y él mueve mis hilos. Este es nuestro baile y fui yo quien pisó la pista.

Me sujeta con la mano izquierda. Giro la cabeza e intento morderle los dedos segundos antes de que los aparte y se desabroche el cinturón con la derecha.

—Lydia —gruñe—. Si tan solo *escucharas*, joder.

—¿Escuchar tu puta justificación de por qué estás obsesionado conmigo? ¡Vete a la mierda! ¡Ay!

Su cinturón golpea mi culo con tanta fuerza que no puedo respirar, y el cuero abrasador cubre al instante mi trasero de verdugones. Baja la otra mano y me agarra el pelo. Grito mientras se saca la polla.

—Ni se te ocurra...

Otro tirón de pelo y mi boca se abre en un grito segundos antes de que me meta la polla hasta la garganta. La excitación me atraviesa en un maremoto al sentir su polla dura y palpitante, acero cubierto de satén, llenando mi boca. Me folla la boca con una embestida salvaje. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Habla conmigo antes de perder los putos papeles —masculla, levantando la mano y chasqueando el cinturón contra mi culo de nuevo. Las lágrimas me nublan la vista—. —Tuviste tu oportunidad. Ahora, chuparás mientras *yo* hablo, y tú me escuchas.

Gimo y chupo, cerrando los ojos mientras me ahogo en sensación y calor. Lo deseo tanto; mis protestas y mi enfado se desvanecen con cada embestida feroz de su polla. Embiste de nuevo y me dan arcadas, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Sí, estaba jodidamente obsesionado contigo —gruñe, y su mano en mi mejilla me duele mientras me sujeta en mi sitio—. No estaba. Lo estoy. Cuando me acuesto por la noche, solo pienso en ti. Cuando me despierto por la mañana, mis primeros pensamientos son dónde

estás y si estás a salvo. Incluso ahora, joder, palmeo la cama en cuanto abro los ojos para buscarte.

Él embiste, y yo lamo y chupo, asimilándolo todo mientras su miembro palpita en mi boca y mi clítoris me duele pidiendo que lo toquen.

—Sí, te seguí. Sí, joder, te rastreé. Sí, me pasé *años* buscando vengarme de los matones que te atormentaron, joder. ¿De dónde crees que saqué esta cicatriz? Uno de esos gilipollas me rajó, pero la llevo con orgullo porque es una cicatriz de guerra. El recuerdo de lo que hice por la mujer que amo.

Abro los ojos como platos y, aun así, sigo chupando y lamiendo la punta solo para ganar algo de control, pero él es impermeable, inamovible, con la mirada fija en la mía mientras levanta el cinturón y lo restalla contra mi culo. —Y quizá pensé en esto, Lydia. Tú, aquí, de rodillas, con la boca alrededor de mi polla. Cuando vuelve a azotarme, siento un hilo de excitación que me resbala por la pierna. Reprimo un gemido.

—Quizá imaginé cómo sería follarte. Estar cerca de ti. Ser tu puto dueño. Pero ¿sobre todo? Sobre todo, pensé en lo que haría si fueras mía. En que nunca dejaría que nadie te tocara ni un pelo de la cabeza.

Me golpea el culo con el cinturón otra vez mientras yo le chupo la polla obedientemente, antes de que lo deje caer al suelo, me agarre la cabeza con ambas manos, enormes y ásperas, y me obligue a metérmela más hondo. Me dan arcadas, pero él sigue jodiéndome la boca. —Te lo dije. Lo único que siempre he querido ha sido tú. Lo único que querré siempre serás tú. Lo único que necesitaré siempre serás *tú*.

Sus caderas se sacuden y noto que está a punto de correrse cuando me agarra la cabeza y me aparta de él de un tirón. —Ponte sobre esa puta mesa antes de que me corra encima de ti, te ate al poste de mi cama y le prenda fuego a esta puta casa.

Oh, Dios mío.

Estoy abrumada por lo que está diciendo, por lo que está haciendo, con la mente en blanco y el cuerpo deliciosamente dócil. Me inclino sobre la mesa y separo las piernas, incapaz de detenerme aunque quisiera. Su polla caliente y gruesa se alinea con mi entrada mientras me acaricia el culo con los dedos y mi boca se abre en un grito silencioso.

Acerca su boca a mi oído. —Te quiero, Lydia. Y sí, estoy obsesionado contigo. No me arrepiento de nada. *De nada.*

Me embiste con tanta fuerza que grito, apoyándome en la mesa. Estoy tan llena, tan perfectamente llena de él, que no puedo pensar más allá de la necesidad de sentirlo embestir una y otra y otra vez. Lo necesito. Lo deseo. Me muero de ganas de que se corra dentro de mí.

—Eres mía, Lydia —gruñe mientras la primera ola de éxtasis me consume—. Mía —dice con otra embestida salvaje—. Y que no se te olvide nunca, joder. —Mientras su semen caliente se derrama dentro de mí, me agarra el pelo con el puño y me echa la cabeza hacia atrás—. Dímelo. Dime que eres mía —exige antes de hundir la boca en mi cuello y morder.

Grito, un dolor ardiente que se funde con el placer mientras me embiste una y otra vez. El éxtasis explota en mi cuerpo, el pulso se me acelera mientras me inunda por completo. Me agarro a la mesa y me entrego al tipo de placer que solo Viktor podría darme.

Esto. Esto es lo que quiero, lo que necesito. No puedo estar con un hombre que no me ame así. No puedo estar con un hombre que no haga que arda por él, joder.

Grito su nombre mientras me corro. Recibo cada gota de su semen hasta que me desplomo sobre la mesa. El trozo de papel roto se me pega a la piel húmeda mientras el vaso rueda y rebota en el suelo.

—Soy tuya —digo con abandono, respirando contra él—. *Tuya*, Viktor.

Como siempre, cuando estamos agotados, acalorados y sudorosos, y él ha recuperado la cordura, me levanta en brazos y me lleva al dormitorio. Esta vez, sin embargo, me quita toda la ropa para poder inspeccionarme.

Besa las líneas rojas de los verdugones en mi culo y mis muslos.

Siseo al tomar aire cuando él frunce el ceño y niega con la cabeza. —Me gustan —le digo. Y es verdad. Me encanta mirarlos en el espejo y recordar cómo me los hice. Me encanta el dolor que me producen. Sonrío para mis adentros con malicia al sentir el escozor del día después de que me azote.

—Quédate ahí —dice—. Voy a limpiarte.

Regresa con un paño húmedo y caliente y me lava por todas partes antes de besarme de nuevo la sien. —Te quiero tanto, Lydia. Tanto.

Siento los párpados pesados mientras yazco a su lado.

Todavía no le he dicho que lo quiero.

Parece todo tan rápido, como si estuviera en un coche de carreras que ha perdido el control y, en cualquier momento, fuera a estrellarme contra algo que me destruya.

Me quedo dormida con su brazo sobre mí, y me pregunto qué hay tan malo en una chica como yo para que solo pueda correrme cuando duele y solo pueda amar cuando está mal.



CAPÍTULO 24

VIKTOR

—Creo que lo mejor será que vayamos a casa de mi madre —dice Vera al día siguiente mientras toman café—. Se supone que vuelve hoy de su viaje y así podrá repasar la lista definitiva de invitados.

—Me parece una buena idea. ¿Le has preguntado a Lydia?

—No —dice Vera, frunciendo el ceño—. Pensaba que estaba contigo. —Miro a mi alrededor como si fuera a materializarse de la nada. Por supuesto que no está aquí.

Lo sabría.

¿Dónde demonios está?

—¿Se supone? —pregunta Nikko con el ceño fruncido desde el sofá.

—Vera, creía que estaba contigo —le espeto—. ¿Dónde está? Al segundo siguiente, tengo a Nikko encima. —Vuelve a hablarle así a mi mujer —gruñe.

Lo empujo hacia atrás. —Baja los humos, hermano.

—Chicos, chicos, calmaos —dice Lydia, apareciendo por la esquina—. ¿Qué demonios está pasando?

—El Príncipe Azul estaba perdiendo los estribos porque no te encontraba —replica Nikko.

Después de lo de anoche, casi esperaba que intentara escapar. Aunque no lo tendría nada fácil, con los guardias en cada salida, la vigilancia sobre ella y el rastreador del que aún no sabe nada.

Se lo dije anoche, cuando la tenía doblada sobre la mesa, follándola hasta dejarla sin sentido, que la estaba rastreando. Pero probablemente asume que es solo el localizador de su teléfono.

—Estaba viendo cómo estaba Nikita —dice—. Pues demándame.

Capto su mirada, encendida de ira. —Ni se te ocurra —advierte.

—¿Que ni se me ocurra el qué? —la desafío, levantándome y caminando hacia ella.

Ella solo me entrecierra los ojos. —No voy a irme sin decírtelo, ¿vale? Solo estaba viendo cómo está Nikita, así que relájate.

—Estaba diciendo que deberíamos ir a casa de mamá —dice Vera—. Así podremos hablar con ella de los últimos detalles y concretarlo todo para la boda. ¿La has visto desde que tú y Viktor os comprometisteis?

—No, nos hemos enviado algunos mensajes y hemos hablado por teléfono, pero no la he visto en persona.

—Esperamos un ataque de la *Ledyanoye Bratstvo* —dice Nikko—. ¿Estáis preparadas para eso?

—Sí, por supuesto —dice Vera—. ¿Lydia?

—Por supuesto —espeta, golpeándose el puño contra la palma de la mano—. Espero que venga *a por todas*.

En nuestra reciente clase de defensa personal, le enseñé a usar un cuchillo. No es demasiado difícil si sabes lo que haces y no tienes miedo de cortar músculo y venas.

—Quiero practicar más con el cuchillo —dice—. ¿Hay alguna forma de hacerlo?

—Tengo un sitio cerca de nuestro cuartel general llamado The Hidden Mark. Es un lugar privado con maniquíes que usamos para practicar con cuchillos. Está apartado y nos pilla de camino.

—Sí, perfecto. ¿Podemos ir allí antes de ir a casa de mamá?

—Me ha mandado un mensaje esta mañana diciendo que estaba allí —dice Vera—. Pero era un mensaje extraño. ¿Has hablado con ella?

Le lanzo una mirada severa. —Quizá solo está distraída con la boda. Ha estado planeando una boda para Lydia con tanto detalle... —Vera se interrumpe a media frase, sonrojándose—. Iba a decir más, pero no necesitamos hablar del anterior compromiso de Lydia.

—Voy a enviar un coche para que vea cómo está —decido.

Nikko todavía me mira con rabia, probablemente porque le he levantado la voz a Vera. Joder, no es con Vera con quien tengo un problema; es con cualquier cosa que amenace la seguridad de Lydia. Pensaría que él lo entendería.

—Sácate el puto palo del culo y relájate —le digo a Nikko. Él da un paso hacia mí y Lydia niega con la cabeza.

—Parad —dice ella en tono de advertencia. Nikko sigue avanzando hacia mí. Lo agarro por el cuello de la camisa, lo levanto y lo dejo de nuevo en el salón como si nada. —He dicho que te sientes, Nikko.

—Llama a Lev —espeta él.

—¿Siempre sois así? Menudas peleas de gallos. ¡Por el amor de Dios! —Lydia levanta las manos al aire.

Vera interviene. —He oído que incluso se pelean por ver quién tiene más hijos.

—Bueno, eso es fácil. Déjame embarazada de trillizos y les daremos mil vueltas a todos —me dice Lydia.

No es mala idea.

Pulso el botón de mi teléfono y Lev responde. —Vamos de camino a The Hidden Mark. Quiero que veas cómo está Zofia. Llegarás antes que nosotros porque tenemos una parada rápida primero. ¿Puedes hacer eso por mí?

—No estoy allí, hermano. Mikhail me ha enviado a Manhattan a pasar el día.

—Mierda. Aleks. Él probablemente podrá.

—Quizá deberíamos saltarnos el campo de tiro e ir directamente a casa de mamá —sugiere Lydia.

—¿No ha contestado al teléfono? —pregunto.

—No —dice Lydia—. Nunca contesta al teléfono ni a los mensajes. Es una especie de... ¿cómo se dice? Alguien que odia la tecnología.

—Ludita —aporta Vera—. Oh, espera, acabo de recibir un mensaje suyo —dice Vera—. Dice que todo está bien, que no os preocupéis por mí. Estaré aquí todo el día. ¿Cuándo venís? Con cariño, mamá.

Se encoge de hombros. —Suena como mamá.

Nos dirigimos al campo de tiro donde entrenamos y tenemos grandes maniquíes de relleno adecuados para la práctica con cuchillos. Lo repasamos todo una y otra vez hasta que ella está jadeando, con la cara roja por el esfuerzo. —¿Qué tal lo he hecho? —pregunta, con la mirada fiera.

—Estoy orgulloso de ti. Si alguien viene a atacarte y llevas el cuchillo encima, no tiene nada que hacer.

—¿Encima? ¿Y cómo hacemos eso, por cierto?

—Puedo conseguirte un pequeño arnés para la pierna, una funda que va en la parte baja de la espalda, o tú... hay muchas opciones, y podemos usar más de una si quieres.

—Sí, me gustaría.

Al salir, suena una alarma.

—¿Qué? —pregunta, lanzándome una mirada recelosa. No confía en mí en absoluto después de lo de anoche. En absoluto.

—Detector de metales.

—Todo el mundo tiene que pasar el control de armas. Pero no tiene sentido que esté sonando —dice Lydia—. Tú llevas los cuchillos, no yo. Yo no llevo ninguno encima.

Joder. Es su rastreador.

Mira la pantalla que muestra qué está haciendo saltar la alarma.

Noto el segundo en que se da cuenta. El segundo en que lo *sabe*.

—Apunta a mi *cuello*. Es esa cosa que tengo en el cuello que pensé que era una picadura, ¿verdad? ¿¡Verdad!? —exige.

—Mira, ódiame luego. Grítame, lo que quieras. Tenemos que ir a casa de tu madre y quiero asegurarme de que estás a salvo. No hagas ninguna jodida estupidez.

—Menudo doble rasero, señor Romanov —gruñe—. Me dices que no haga ninguna estupidez, pero ¿a ti te parece bien ponerme algo en el cuello como si fuera un perro? ¿Cuándo lo has hecho?

—Cuando te traje conmigo —digo con los dientes apretados.

—¿Cuándo... me *trajiste*? De verdad, es como si fuera un perro. ¡Viktor!

—No, no es así, Lydia —digo, perdiendo la paciencia.

—¡Esto no es normal! ¡No está bien!

—Te lo quitaré en cuanto tengamos a tu ex bajo custodia.

—¡No! —se araña el cuello, clavándose las uñas en la piel. Unas gotas de sangre brotan a la superficie. —¿Sabes lo que se siente al tener un objeto extraño dentro del cuerpo? ¿Estás loco?

Me acerco a ella y su menudo cuerpo queda a mi sombra. —Cálmate, Lydia —digo, tratando de mantener la voz tranquila y firme —. Conmigo estás a salvo.

Ella me mira, con la boca abierta. —¿A salvo? ¿Cómo voy a estar a salvo si me has metido esta... esta cosa dentro? Sus ojos arden de ira y sus manos, apretadas en puños, tiemblan mientras se las lleva al cuello e intenta arañárselo de nuevo.

Extiendo la mano, pero ella se estremece y se aparta de mí. —¿Dices que todo lo haces para protegerme, pero quizá se trate de controlar, sin más? ¿Lo has pensado, Viktor? Su voz destila sarcasmo y furia. Se aleja de mí, con la mirada fija en la puerta, sopesando claramente sus posibilidades de escapar.

—Ambas cosas —admito con voz grave y áspera—. No entiendes el peligro que corres. Eres una chica lista, pero tu exnovio es mucho más que un cabrón narcisista. Es letal. No sabemos qué planes tiene para ti y no quiero correr ni el más mínimo riesgo de que nadie, especialmente él, te haga daño. A estas alturas, te quiere solo por pura venganza.

Su respiración se vuelve entrecortada. —Quieres decir que no dejarás que nadie que no seas *tú* me controle —niega con la cabeza, riendo con amargura.

Aprieto la mandíbula. —Soy el único al que le importa mantenerte con vida.

Ella aprieta los dientes, con las mejillas tan encendidas como el fuego que la obsesiona. —Esto no va de que te preocupes por mí. Estás obsesionado. ¿Quién guarda una servilleta, Viktor?

Doy otro paso hacia delante. —Llámalo como quieras. Sabes cuál es nuestra situación. Sabes que te conozco mejor que nadie.

Ella entrecierra los ojos. —Crees que me conoces. ¿Pero me conoces de verdad?

—Lo haría si me dejaras entrar.

Se cruza de brazos sobre el pecho, con el cuerpo tenso, en un gesto desafiante. —Preferiría arder, Viktor.

Niego bruscamente con la cabeza; se me está agotando la paciencia. La tensión en la habitación es palpable, nuestro pulso es evidente. Así será siempre lo nuestro: tormentas y fuego, volcanes y erupciones. Pero así somos.

—Viktor —dice, con la voz más suave—. Sé que necesitas protegerme. Sé lo que le pasó a tu hermana.

Aparto la mirada, sin encontrarme con sus ojos. No sé quién se lo ha dicho, pero no se lo habría ocultado. Simplemente no estaba preparado. —No puedes controlarme así. Me siento como si estuviera en una jaula.

Le lanzo una mirada oscura. —Eso se puede arreglar.

A pesar de su enfado, sé por la forma en que se le dilatan las pupilas y se agarra la clavícula, con las mejillas sonrosadas, que esto le gusta. Puede que luche contra mí, pero lo necesita.

Yo también.

—Siento que me estás asfixiando —dice en voz baja.

Doy un paso hacia ella, le rodeo el cuello con la mano y aprieto. —¿Así? —digo con un gruñido. Bajo su miedo y su ira, una pequeña parte de ella se siente atraída por esta intensidad, por la necesidad cruda y primaria que siento por ella. Es oscuro, peligroso y retorcido, y la asusta, pero nos anhela.

—No me distraigas —dice, pero es un último esfuerzo desesperado. Quiere esto. Sé que lo quiere.

Mi boca se estrella contra la suya en un beso de castigo. Aprieto la mano en su garganta hasta que jadea en busca de aire y solo la suelto cuando abre la boca. Ella gime en mi boca, intentando apartarme, pero aprieto más fuerte, le agarro el culo y lo estrujo mientras la atraigo hacia mí. Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando.

Me agacho y le rozo suavemente el pezón endurecido con el pulgar. —Esto no ha terminado, Viktor. No puedes distraerme con sexo.

—No intento distraerte con sexo, pero tampoco voy a fingir que no deseo esto tanto como tú.

—No me casaré contigo hasta que me quites esto.

—No te lo quitaré hasta que él esté criando malvas. —Nos fulminamos con la mirada en un pulso de voluntades.

—*No* eres mi dueño —espeta.

Niego con la cabeza con sombría determinación. —Eso ya lo veremos.

—Dios, pareces pensar que lo mejor es encontrarlo y joderlo —le digo—. Así podremos dormir los dos en paz.

Ella levanta las manos. —¿De verdad que sí? ¿Y qué pasará con la próxima amenaza? ¿Qué pasará con la próxima persona que quiera hacerme daño? ¿Qué vas a hacer entonces, envolverme en plástico de burbujas? ¿Encadenarme al suelo?

Me mira con furia y yo se la devuelvo. —Te encadenaré al puto suelo si es lo que hace falta.

—Qué sexi, Viktor —dice con los dientes apretados—. Eso no es nada tóxico.

—Mujer...

Le echo la cabeza hacia atrás y la beso, suplicándole en silencio que ceda. Que lo entienda. Que lo acepte.

Pero cuando me aparto, no me mira a los ojos.

¿He ido demasiado lejos?

Nos reunimos con Nikko y Vera fuera de la galería de tiro. Nikko me lanza una mirada recelosa. No me ha perdonado que no le hable a su mujer como él cree que debería. Que le den por culo.

Estoy de un humor de perros, y Lydia también. Le tiendo la mano y ella la aparta de un tirón. Vera enarca las cejas con leve sorpresa, pero me limito a abrirle la puerta del coche y, cuando Lydia empieza a subir, le doy un azote en el culo, fuerte.

—¡Eh! —exclama. Me inclino y le doy un beso en la mejilla.

—Pórtate bien. No vas a dejar que esto se interponga entre nosotros.

Se mete en el coche y cierra la puerta. Vera parlotea sobre los planes de la boda y Lydia participa, pero se nota que está distante.

No sé cómo explicarle lo que significa para mí tenerla a mi lado. No sé cómo explicarle lo importante que es para mí mantenerla a salvo. No sé si sus objeciones pueden hacer frente a lo que sé con certeza que es la verdad.

—Tu madre quiere saber si quieres velas en la celebración —dice Vera, encontrándose con mi mirada en el retrovisor.

—Sí —decimos Lydia y yo al unísono. Vera sonríe de lado. Lydia se aparta, mirando por la ventanilla.

—¿Queréis fotógrafo?

—No —soltamos los dos al unísono. Lydia resopla y pone mala cara, pero a mí se me escapa una sonrisa mientras Vera lo anota en el móvil.

—¿Música? ¿Queréis música?

—Estaría bien que hubiera música —dice Lydia—. Y Viktor probablemente diría...

—Me da igual. Haz lo que quieras.

—Eso es lo que iba a decir que dirías —murmura.

—Música, pues —dice Vera, apuntándolo.

Ella se aparta de mí, mirando por la ventanilla. El trayecto hasta la casa de su familia transcurre casi en silencio hasta que estamos a pocos kilómetros.

—¿Te acuerdas de cuando tirábamos piedras a la charca que había detrás de la casa? —le pregunta a Vera mientras recorre el borde del pestillo de la puerta con la uña—. Y de cómo mamá se enfadaba tanto porque se nos manchaba toda la ropa de barro.

—Difícil de olvidar —dice Vera con una sonrisa. Gira la cabeza para hablar con Lydia por encima del hombro—. A mamá no le importaba tanto; era papá el que se ponía hecho una furia.

—Mmm —asiente Lydia—. Y como no queríamos que le gritara a *ella*, empezamos a ponernos aquellas batas cuando bajábamos al río. ¿Te acuerdas?

Vera se ríe a carcajadas. —¡Dios mío, claro que *me* acuerdo! ¿Cómo iba a olvidarlo? Le dijiste a mamá que era para un trabajo de plástica.

Niego con la cabeza. —Ya entonces estabas causando problemas. —Le aprieto la rodilla, pero sigue sin mirarme.

Si estuviéramos solos ahora mismo, me pregunto qué diría.

Curioso, saco mi móvil.

¿Sigues cabreada conmigo?

Vera
Lo dices como si fuera culpa mía.

Ahora me estás atribuyendo intenciones. ¿En serio? Vale, ¿sigues enfadada?

Vera
Sí, Viktor. Sigo enfadada. Me has marcado como si fuera un animal, y no estás ni un poco arrepentido. Me duele mucho. Me hace pensar que no eres mejor que el capullo vengativo del que huí.

Agarro el móvil con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

¡No me parezco en nada a él!

Ella suspira.

Vera
Eso dices tú.

¡Te quiero! Él solo quería utilizarte.

Vera
¿Y tú no quieres utilizarme?

Por supuesto que no.

Vera
Haces que me sienta traicionada y claustrofóbica.

Miro el móvil con rabia, sin saber cómo voy a responder, cuando ella se guarda el suyo en el bolsillo.

Supongo que se acabó la conversación. Intento mantener la cabeza fría, intento ver las cosas desde su perspectiva.

¿Cómo consigo que se sienta libre... mientras la mantengo a salvo? Es un dilema que no acabo de entender.

Niego con la cabeza y evito su mirada durante un buen rato mientras conducimos hacia la casa de su familia. Miro por los retrovisores, compruebo el móvil.

No puedo quitarme de encima la sensación de que nos siguen, pero es algo que me ocurre desde hace tanto tiempo que casi se ha convertido en rutina.

—Ya casi hemos llegado —dice Vera con una sonrisa—. Me alegro de que vuelvas conmigo, Lydia. Te hemos echado de menos. —Nikko se acerca y le coloca un mechón de pelo rebelde—. Y supongo que no está tan mal volver a casa con mi marido a cuestas. —Se ríe por lo bajo—. La primera vez que lo conocí, que fue la última vez que estuvimos aquí juntos, pensé que era Jason Bourne sacado directamente de las novelas, pero en ruso. No sabía que hablaba inglés.

—Fue a propósito —dice Nikko con una sonrisita.

Lydia niega con la cabeza, juzgando claramente a Nikko. No sabe ni la mitad.

Y mira cómo han acabado.

Al menos, por ahora, no me ha exigido que le dé espacio ni se ha marchado enfadada, pero parece que está a un paso de hacer exactamente eso.

Aparcamos frente a su casa. La conozco bien, ya que nuestra familia no se mudó de esta ciudad hasta que mi padre empezó a echar raíces en The Cove. Sin embargo, aquí es donde creció su familia. Lo que le resulta familiar.

Sé que el jardín delantero es donde se sentaba cuando su padre la estaba atosigando y necesitaba un poco de espacio. Hay un banco de piedra a bastante distancia de la fachada de la casa, para que pudiera salir y que la dejaran en paz un rato. Su madre ha hecho algunos retoques hogareños y agradables desde que su padre se fue, porque cuando él estaba en casa, no le importaba lo que él llamaba «frivolidades».

Curioso, viniendo de un hombre que tenía una amante diferente en cada ciudad importante tanto de América como de Rusia.

Pero sí conozco sus pequeños escondites en esta casa. Tenía una pequeña zona en el sótano sin terminar, con suelo de hormigón, donde encendía una cerilla tras otra hasta que su padre llegaba a

casa o su madre la pillaba. Ambos la detenían, pero con reacciones diferentes. Su madre le suplicaba que le dijera por qué, y su padre montaba en cólera, tirando y rompiendo cosas, y a veces pegándole.

Él no necesitaba preguntar por qué. En gran parte, *él* era la razón.

Y mucho más abajo, junto al arroyo, había un pequeño acceso a un parque estatal con zonas de acampada y merenderos. A veces se escapaba hasta allí y hacía buen uso de las barbacoas. Nunca cocinaba comida, por supuesto.

Lydia abre la puerta del coche y la cierra de un portazo a su espalda.

—Lydia. No quiero que se me adelante furiosa ni que haga ninguna imprudencia. Me mira por encima del hombro, con los labios fruncidos.

—¿Qué?

—Espérame.

—¿Por qué no me sigues tú a mí? —replica desafiante. Se levanta un viento fresco que me recuerda a los páramos solitarios y desolados sobre los que ambos hemos leído en *Cumbres Borrascosas*. Me doy cuenta de que nuestra relación —tumultuosa, marcada por la pasión y la intensidad— no es muy diferente de la suya. Como Catherine, mi Lydia casi se casa con el hombre equivocado.

Yo soy quien la conoce.

Yo soy quien la quiere.

Yo soy quien daría la vida por ella.

Entonces, ¿por qué no la quiero lo suficiente como para confiar en ella? ¿Para darle un mínimo de libertad? Me digo a mí mismo que no es en Lydia en quien no confío, sino en nuestros enemigos...

—Déjame en paz, Viktor. Necesito algo de tiempo —dice cuando la alcanzo—. Quiero hablar con mi madre y mi hermana. ¿Puedo

hacerlo en privado? Vas a estar aquí mismo. Nadie va a aparecer y secuestrarme *aquí*, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —No tengo ni puta idea. Lo único que sé es que estás en el punto de mira y que ese gilipollas es capaz de cualquier cosa.

Vera llama al timbre de la puerta principal. Nadie responde.

—Qué raro —dice meditabunda, mordiéndose el labio antes de llamar con los nudillos—. Tenía una llave, pero no funciona. Mamá debe de haber cambiado las cerraduras.

—Una buena idea, con Yudin suelto por ahí —dice Nikko.

—Sí, pero ¿no me lo habría dicho?

Nikko y yo cruzamos una mirada. Él saca la pistola. Yo prefiero usar los puños en situaciones como esta. Juntos, sin embargo, hacemos un buen equipo.

Pongo a Lydia detrás de mí. Frunce el ceño, con la mandíbula apretada, pero ni siquiera ella puede ocultar el miedo en sus ojos. Le envía un mensaje a su madre.

Unos minutos después, se oye el leve sonido de unos pasos. No vemos nada porque las ventanas están demasiado altas, incluso para Nikko y para mí, pero un instante después oímos cómo se abren varias cerraduras. Estamos tensos, pero al momento siguiente Zofia Ivanova abre la puerta y se queda de pie, sonriéndonos.

—Mamá, nos has asustado —dice Vera, negando con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunta Zofia, abriendo más la puerta—. Entrad, entrad. Siento no haber estado en contacto. No me he encontrado muy bien. —Mira por encima del hombro—. Nikko, ¿por qué llevas una pistola? ¿Acaso esperáis que alguien os tienda una emboscada?

Pues... sí.

Lydia me frunce el ceño. Yo me limito a encogerme de hombros mientras nos hace pasar a la casa. Abraza a las dos chicas, una a una, sujetándolas con fuerza antes de soltarlas.

—Me alegro de verte otra vez, Nikko —le da un fuerte abrazo antes de volverse hacia mí—. ¿Y usted debe de ser Viktor?

Se pierde por completo entre mis brazos; es tan menuda. Le devuelvo el abrazo y me pregunto por qué está temblando. Cuando la suelto, gira la cabeza y tose en el brazo.

—Oh, tenemos tanto de lo que hablar —dice—. Por favor, vayamos al salón.

Vera se pone cómoda en el amplio salón y se dirige a un aparador.

—¿Queréis algo de beber para esta sesión de planificación? —pregunta.

—Yo tomaré el vino —dice Lydia—. Mamá no tiene cerveza.

Niego con la cabeza. Quiero estar completamente alerta. Nikko también lo rechaza.

Lo de Kolya nos ha calado hondo.

Lydia se sienta a mi lado, bebiendo a sorbos una copa de prosecco espumoso.

—Mamá, ¿por qué no te encuentras bien? —pregunta Vera, sentándose junto a Lydia.

—Oh, no lo sé —dice ella—. Tengo una tos que no se me quita, pero me pondré bien pronto. —Su sonrisa se desvanece. Coge la bebida que Vera le da y toma un pequeño sorbo como para calmar los nervios—. Aunque, sinceramente, Vera, creo que es el estrés. Tenemos mucho de qué hablar.

Vera mira a su madre con agudeza. —¿Qué quieres decir con estrés? ¿Qué otros síntomas tienes? —Está en modo doctora Ivanova total.

Su madre le cuenta sus síntomas, agitando una mano como para restarles importancia. —Estoy bien, Vera.

—Pero puede que no lo estés —dice Vera con el ceño fruncido—. ¿Y por qué estás estresada?

Zofia abre la boca para hablar y luego la cierra. Traga saliva. Me sorprende lo mucho que se parecen los ojos de Vera y Lydia a los suyos. Mientras que Vera es esbelta y tiene un aire de «científica loca» con su pelo alborotado y las gafas que a veces lleva, y Lydia es todo curvas y encanto femenino con una buena dosis de sarcasmo, las tres mujeres guardan un gran parecido.

Se pone de pie y se pasea por el espacioso salón. Es un ambiente tranquilo, con muebles modernos de tonos neutros, líneas limpias y amplios ventanales que dejan pasar una luz brillante, pero ahora mismo el ambiente es de todo menos tranquilo.

Se da la vuelta y mira a Lydia. —No fui del todo sincera contigo.



CAPÍTULO 25

LYDIA

MIRO FIJAMENTE A MI MADRE, sin saber qué va a decirme. Por lo que sé, podría desvelar que no soy su verdadera hija, que mi padre tuvo una aventura y que la razón por la que le dedicó más tiempo y atención a Vera que a mí fue porque mi padre se lo prohibió.

Podría ser cualquier cosa, pero estoy distraída por mi necesidad de arrancarme la piel a arañazos. Quiero este jodido rastreador *fuera de mí.*

Quiero encender un fuego tan grande, tan caliente, tan poderoso que derrita todo a mi alrededor hasta convertirlo en cenizas. Quiero sentarme a ver cómo las llamas consumen mi pasado para poder adentrarme en mi futuro completamente libre.

Pero primero, este jodido rastreador.

Pero tendré que esperar. Tener paciencia.

Viktor me mira, con la preocupación grabada en el rostro. Me doy la vuelta y la mirada de Vera se encuentra con la mía. Ambas estamos preocupadas por mamá.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a mi madre—. ¿Puedes decirnos la verdad ya?

Abre la boca para hablar, con las manos entrelazadas delante de ella cuando le da un ataque de tos. Intenta hacerlo con delicadeza, pero todo su cuerpo se convulsiona con el ataque. Después de un minuto entero así, Vera se pone en pie.

—Mamá, creo que tienes que ir al médico —dice, negando con la cabeza—. Esto no está bien. No estás bien. —Tiene la cara surcada por la preocupación mientras sujeta a mamá y la ayuda a sentarse.

—Estaré bien, Vera —dice mamá con voz débil—. Tanto viaje me ha pasado factura. —Me dedica una sonrisa lánguida—. Ya no soy tan

joven como vosotras dos. —Agita una mano y niega con la cabeza—. Pero eso no tiene importancia. Es vital que tengamos esta conversación. —Se endereza y se aclara la garganta—. Ha llegado el momento. Lydia... tú fuiste nuestra primogénita. Y te corresponde la herencia tras tu matrimonio. Por la naturaleza de tu herencia, las reglas estipulaban que debías casarte con un miembro de la Bratva. En aquel momento, no teníamos una relación amistosa con la familia Romanov. La única posibilidad era tu matrimonio con la *Ledyanoye Bratstvo*. Sin embargo, cuando acepté tu matrimonio con la *Ledyanoye Bratstvo*, pensé que te casarías con el hermano mayor, un hombre al que había conocido en muchas ocasiones y que consideré apropiado. No tenía ni idea de con quién te casarías.

Apoya la mano en su rodilla.

—Y aquí entra la familia Romanov. A través del matrimonio de Vera y Nikko, entablamos amistad. Compartí mis preocupaciones con la madre de Viktor y Nikko, y Ekaterina y yo decidimos que beneficiaría a nuestras dos familias que te casaras con un Romanov. Quizá pensamos que podrías casarte con Lev u Ollie, ya que... —Le dirige a Viktor una mirada de disculpa—. Perdóneme, Viktor, pero usted me aterrorizaba.

—No es la única —murmuro. Vera suelta una risita y Nikko tose, tapándose la boca con la mano. Viktor permanece estoico, escuchando a mi madre.

—No hay problema —dice él con calma—. Continúe, Zofia.

—Timur Yudin no se tomó bien esta noticia. No me di cuenta en ese momento de que su abogado estaba al tanto de la herencia que te correspondía, Lydia. Cuando le dije que el matrimonio se disolvía, montó un escándalo. Mis guardias tuvieron que escoltarlo fuera de nuestra propiedad. —Se inclina hacia delante y me sostiene la mirada—. Esa noche, cenó contigo. Él ya sabía que no te casarías con él. Su intención era hacerte daño. Si no podía tenerte, nadie podría.

Mira a Viktor. —Debe encontrarlo.

Viktor asiente. —Lo sé, Zofia.

—Incluso podríais fingir una ruptura pública. Algo grave. Si él cree que puede aprovecharse, lo hará. —Niega con la cabeza—. Siento que tengáis que pensar en esto.

Mi madre suelta un suspiro tembloroso. —Va a hacer su movimiento. Probablemente ya lo esté planeando. No bajéis la guardia ni por un momento. Atacará, y pronto.

Vuelve a toser y todo su cuerpo se estremece. Vera se levanta y se acerca a ella, con el ceño fruncido. Espera a que mamá deje de toser. —¿A qué médico vas? ¿Qué te han dicho de esto?

—Fui a un médico en la clínica local. Sabes que no me gusta ir al médico por estas tonterías.

Vera frunce el ceño. —¿Te dieron alguna medicación?

—Sí. Está en la cocina. Pero te juro, Vera, que cuando la tomo, la tos solo empeora y me siento fatal. No ayuda en absoluto.

—Ahora mismo vuelvo —dice, dirigiéndose a la cocina.

—Iré contigo.

La sombra de Viktor se cierne detrás de mí.

—Estoy bien, Viktor.

—Lo sé.

Me giro y lo fulmino con la mirada. —Quiero un momento de intimidad con mi hermana, joder.

—No se trata de limitar tu intimidad. Ya lo sabes —resopla—. Me quedaré detrás para asegurarme de que estás a salvo.

Llegamos a la cocina. Recuerdo cómo era de niña. Teníamos personal cuando mi padre estaba en casa, pero cuando viajaba, mi

madre les pagaba a todos y les daba vacaciones mientras las tres nos cuidábamos solas. Horneábamos galletas y pasteles. El *Wuzetka* de mi madre, un pastel de chocolate de varias capas con nata montada y un glaseado de chocolate, era mi favorito, uno de los pocos vínculos que le quedaban con su infancia polaca.

—Esto no es normal, Lydia —dice Vera en voz baja—. Esto no es una medicación que se le da a alguien con un resfriado o incluso una bronquitis. Es un fármaco que se le da a alguien con cáncer.

Se me hiela la sangre. —¿Qué? —susurro—. ¿Estás segura?

Pero esta es su especialidad, su talento. Vera se sabe la ciencia médica al dedillo.

—Estoy segurísima —dice, negando con la cabeza—. Lydia...

—Pero ¿por qué iba a mentirnos?

—Supongo que no quiere que lo sepamos. Quizá quiere que llegues a la boda. —Se inclina y me abraza. No sé ni qué decir ni qué hacer. Viktor está cerca, pero no creo que pueda oír lo que estamos diciendo. Está mirando por la ventana a nuestro patio trasero, aparentemente absorto en sus pensamientos.

—Vale, escucha, no podemos arreglar esto, hoy no. Por ahora, vamos a volver a entrar y a planear esta boda.

Pero esto ya no me parece bien. Nada me parece bien.

Niego con la cabeza y alzo la voz.

—No. No quiero hablar de la boda. Quiero encontrar a Timur y deshacerme de él. No quiero que esto siga pendiendo sobre mi cabeza. Quiero dejar esto atrás —niego con la cabeza—. Lo siento, Vera. Necesito un minuto. Quédate con mamá, volveré enseguida.

Abro la puerta trasera de un empujón y salgo decidida al jardín. Veo a Viktor detrás de mí, siguiéndome.

No podría detenerlo aunque lo intentara, así que lo dejo. Pero no se lo pongo fácil.

Tenemos que fingir una ruptura en público.

Hecho.

¿Cómo de pública tiene que ser? Si Timur anda cerca o está vigilando la casa de mi madre de alguna manera, esto debería ser más que *suficiente*.

Camino con determinación hacia el lugar al que iba de niña. Si cierro los ojos y hago memoria, todavía puedo ver por dónde me colaba entre los postes de la valla y entraba en el cámping. Todavía puedo oler las hogueras, los malvaviscos tostados, las salchichas y las hamburguesas chisporroteando.

Me quedo mirando la valla. Sigue tan destartalada como siempre, solo que ahora no parece que pueda pasar por entre ellos. Me acerco a uno de los postes.

—Ni se te ocurra, Lydia.

Fingir una ruptura. *Fingir una ruptura.* Vierto toda mi rabia, mi frustración y mi miedo en mi voz.

—Que te jodan, Viktor. No puedes detenerme. Quiero estar sola un rato —me doy la vuelta y lo encaro; mis avivadas emociones son reales—. Sé que es un concepto extraño para ti, pero quiero que me dejes en puta paz.

—Lydia —gruñe—. Pero sé que se está preguntando si finjo o si voy en serio. Frunce el ceño con preocupación y da otro paso hacia mí—. Sé que tenemos que aclarar las cosas, pero este no es el momento ni el lugar.

Resoplo. —¿Así que la casa de mi madre sí lo es? Claro, tengamos una pelea delante de ella. Menuda idea —me aparto y doy otro paso hacia el hueco de la valla. Justo detrás, hay una sombra de pinos. No parece que haya mucha gente.

—Estoy harta de que me sigas —digo, lo suficientemente alto como para que cualquiera que esté escuchando me oiga—. Estoy harta de que me controles.

Una parte de mí cree esto, y otra parte sabe... que lo anhelo. Sí. Es enfermizo, retorcido y jodidamente irreconocible, tan lejos de cualquier cosa sana que, a estas alturas, ni siquiera sabría por dónde empieza la normalidad, pero... pero es parte de *nosotros*. Es parte de lo que somos.

—Lydia —vuelve a gruñir—. Está a solo un paso de mí cuando me giro y me meto por el agujero de la valla. Intenta alcanzarme, agarrarme, pero no llega.

—Dame espacio —digo, con la voz temblorosa—. ¿Por qué me tiembla la voz? Solo necesito un poco de tiempo.

—No quepo por aquí —gruñe—. Lo has hecho a propósito.

Por supuesto que sí. No puedo recordarle ahora que teníamos que fingir una pelea. Alguien podría estar escuchando.

—Necesito tiempo —repito.

Extiende la mano hacia mí, con los ojos inundados de pánico. —¡Lydia! —grita, negando con la cabeza—. ¡Por el amor de Dios, escúchame! ¡No estás a salvo! ¡Eh! —chilla.

Juro que es parte de todo el juego. Está jugando así para que yo pueda volver con él.

Lo haré, pero todavía no.

Oigo el crujido de una rama de árbol detrás de mí; la piel de la nuca se me eriza en señal de alerta. Me giro para ver si hay alguien detrás de mí, pero estoy sola. Solo yo en el bosque y nadie más. Niego con la cabeza y echo un vistazo a mi alrededor.

Recuerdo haber encendido un fuego junto a esas hogueras. Ojalá tuviera algo ahora para volver a hacerlo, solo por los viejos tiempos.

—¡Lydia! —grita Viktor, pero su voz se va apagando a medida que me alejo de él. ¿Se ha olvidado por completo de que se suponía que debíamos imitar esto? ¿De que se *supone* que debemos romper?

Tenemos que hacer que la *Ledyanoye Bratstvo* salga de su escondite.

Me acerco a una hoguera y cojo un palo del suelo. Dibujo en las cenizas, y se siente extrañamente simbólico.

No debería estar aquí sola, lo sé. No es seguro. Me digo a mí misma que me quedaré aquí solo unos minutos para rememorar. Recuerdo lo que era estar lejos de todos los demás. Intocable. Cómo el mundo entero fuera de estas vallas parecía acelerado y ruidoso, pero aquí, retrocedía en el tiempo y reconectaba con una parte de mí que estaba esperando.

Inspiro profundamente y suelto el aire despacio.

Me giro para coger otra rama cuando algo negro me cubre la cara y mi mundo se sume en la oscuridad. Grito, pero mi grito sale ahogado. Intento recordar todo lo que aprendí sobre defensa personal, pero mi cerebro no coopera. Lo siento perezoso y confuso mientras hago lo posible por salir del embrollo. Sin oxígeno, me siento medio drogada.

Intento recordar lo que Viktor me enseñó, pero apenas puedo pensar.

Mantén siempre la calma. Si pierdes los estribos, no puedes arreglar una mierda.

¿Tengo mi cuchillo? ¿Tengo la fuerza para sujetarlo?

¿Qué demonios está pasando?

Puedo con esto. Puedo hacerlo.

Le doy un codazo a quienquiera que me esté sujetando, pero se me está nublando la vista. Grito e intento revolcarme, pero alguien me

rodea con los brazos, sujetándome. Necesito escapar.

¡No puedo respirar!

—¡Suéltame! —intento gritar, pero mi voz sale ahogada y estoy perdiendo el conocimiento—. ¡Suéltame! —digo, más bajo esta vez, mi voz apenas audible—. *Suéltame* —susurro.



CAPÍTULO 26

VIKTOR

No puedo atravesar esta maldita valla. Intento romperla con los puños, pero me llevará demasiado tiempo hacerlo así. Necesito entrar ahí y encontrarla.

Ojalá tuviera el móvil conmigo. Corro de vuelta a la casa a toda velocidad, con los pies golpeando el pavimento. —¡Nikko! —grito—. ¡Nikko!

Vera sale de un salto al escalón de la entrada, con los ojos muy abiertos.

—Están en el cámping. La tienen. Necesito entrar. Dile a Nikko que le necesito. ¡Ahora! ¿Cómo se entra ahí? ¿Dónde está la entrada?

Mierda. No puedo llevarme a Nikko conmigo. ¿Y si hay alguien aquí, al acecho, esperando para atacar a Vera y a su madre?

Nikko aparece en la puerta. —¿Qué ha pasado?

—Tuvimos nuestra pelea como planeamos. Ella entró en el cámping. Es uno de sus viejos refugios. Te juro por Dios que oí a alguien allí. La tienen.

Nikko asiente. —Iremos contigo.

—Mierda —niego con la cabeza—. Tengo que entrar solo. Quédate aquí con Zofia y Vera, tienes que hacerlo. ¡Lánzame el móvil!

Mira detrás de él a Zofia, demasiado débil para correr con ellos. Tampoco puede llevarse a Vera y ponerla en una posición vulnerable. Con un gruñido, entra a coger mi móvil.

Tendré que entrar solo. Solo yo y Lydia contra nuestros enemigos. Quizás siempre hemos sido solo Lydia y yo contra el mundo.

—Voy a llamar a refuerzos —dice Nikko bruscamente, lanzándome mi teléfono.

Zofia está de pie en la puerta. —Ve, *ve*. Déjame. Soy una vieja. Déjame y ve a por ella.

—Estás más segura aquí.

—Iremos todos —dice Vera—. Nikko, *tenemos* que ir.

La mandíbula de Nikko se tensa y la esperanza crece en mí. La encontraremos mucho más fácilmente si no estoy yo solo en un cámping enorme y vacío.

—Zofia, súbase a mi espalda. La llevaré.

—Dame un arma, Nikko —los ojos de Vera se abren de par en par, y Zofia niega con la cabeza—. ¿Crees que he pasado más de cinco décadas en esta vida y no sé usar un arma?

Nikko le entrega una pistola a Zofia, y yo me giro y me agacho para que pueda subirse a mi espalda.

—Por aquí —dice Vera—. ¡Seguidme!

Bajamos por el camino de entrada y giramos a la derecha. Como a un kilómetro y medio, finalmente veo la entrada.

—Escuchad —dice Vera—. Os estarán buscando en la entrada principal y junto a la verja. Pero había otra entrada para entregas o algo así que Lydia y yo conocíamos. Por aquí —nos conduce fuera del camino principal y nos muestra una brecha en la valla, cubierta por un cartel de madera desgastado.

Debido a las actuales condiciones de sequía, las fogatas están terminantemente prohibidas. ¡Ayúdanos a proteger nuestros bosques y a mantener a todos a salvo!

Vera empuja el cartel. Se tambalea. —Levántalo y podré entrar y abrir la puerta para vosotros.

Lo arranco de las bisagras y se hace astillas en mis manos. Detrás del cartel hay un pequeño espacio, justo lo suficientemente grande para que ella se meta.

—Bueno, eso también servirá —murmura para sí misma.

—Con cuidado —gruñe Nikko. Se acerca a Zofia y la baja suavemente de mi espalda—. Cuando Vera la abra, entrará —dice con suavidad. Zofia reprime una tos y asiente. Su mano en la pistola tiembla ligeramente.

La puerta se abre con un crujido y entramos. Saco el móvil y me recuerdo a mí mismo lo que le digo a Lydia.

Mantener la calma es lo más importante y te da ventaja.

El localizador que tengo incrustado en Lydia es de alta gama; Aleksandr me ayudó a conseguirlo y la rastreará con precisión de un centímetro. Abro la aplicación. Inmediatamente, aparece un mapa del cámping. Hay un pequeño punto rojo detrás de varias cabañas más adelante.

—La tiene en una de las cabañas.

Caminamos por el cámping casi vacío. Giro mi pistola hacia el sonido de una rama quebrándose, solo para encontrar una cierva mirándonos con ojos grandes y tristes.

—Un signo de buena suerte —dice Zofia suavemente—. Los nativos americanos creían que ver un ciervo así en la naturaleza era un signo de buena suerte o fortuna —suspira—. Vamos a encontrarla.

Podemos hacerlo.

Ni siquiera le dije a Lydia antes de que perdiera la cabeza que todos en mi familia tienen estos, incluida Vera. Yo, todos mis hermanos, mi madre y mi hermana. No solo rastrea nuestras ubicaciones sino también nuestros datos biométricos.

Examinó su lectura. Su ritmo cardíaco está elevado, pero sigue latiendo. Está viva pero aterrorizada.

Las nubes se mueven, cubriendo el sol, y se levanta un viento fresco. Truenos distantes retumban sobre nosotros justo antes de

que gruesas gotas de lluvia comiencen a caer.

—¿La tienes? —pregunta Nikko, de pie detrás de mí, con Zofia y Vera entre nosotros.

Asiento. —Sí. Dice que está a unos ochocientos metros por delante.

—Es una de las cabañas —dice Vera, tragando saliva con dificultad —. Está separada del resto en una pequeña isla... no hay forma posible de llegar allí sin que nos vean. Es una trampa, chicos.

—Me importa una mierda —digo, negando con la cabeza—. Si tuviera tiempo, conseguiría un helicóptero y un escuadrón antibombas, pero no me fío de ellos.

—Irás a por ella —dice Nikko—. Yo me quedaré en la orilla y dispararé a cualquiera que se mueva. Asiento. Ayuda tener un asesino entrenado de tu lado.

—Guardará algo para mí —dice Zofia suavemente, con los ojos brillando. Nikko le lanza una mirada de sorpresa. Sus ojos se entrecierran. —Es mi *hija*, Nikko. Ya sabe lo que siento por mis hijas.

—Lo sé —dice—. Y le daré al primero que dispare. ¿Trato?

El cielo se abre y la lluvia cae a raudales. Me alegro de que Vera esté conmigo porque conoce la distribución del camping mejor que nadie.

—Por aquí —dice ella, hablando por encima del sonido de la lluvia torrencial. El barro nos salpica y nuestros pasos son resbaladizos. Zofia resbala, pero Nikko la agarra del brazo y la endereza. Avanzamos como uno solo.

Un relámpago cae, iluminando temporalmente el campamento con un blanco intenso antes de que volvamos a quedar sumidos en una oscuridad sin luna. Miro hacia atrás al monitor y veo que el pulso de Lydia se ha ralentizado, solo un poco. Está recordando mantener la calma.

Buena chica.

—Aquí, Viktor —Vera se detiene—. ¿Ves más allá de ese árbol enorme? Allí está el agua...

Ya estoy más allá del claro de árboles, intentando ver lo mejor posible la pequeña cabaña en medio del agua.

De repente, suena un disparo. Dos. Tres. Zofia grita, y el pesado sonido que conozco demasiado bien como el de un cuerpo golpea el suelo. Otro relámpago cae, iluminando la cara de Nikko. —Francotirador —dice, señalando con la barbilla frente a nosotros, donde un hombre yace en el suelo, con sangre que se acumula en la tierra desde su cabeza.

—Buena captura, cariño —dice Vera, con la voz temblorosa.

Nikko asiente. —Pero acabamos de tocar el timbre —dice mientras la puerta de la cabaña se abre de golpe—. Ya saben que estamos aquí.

Su pistola está preparada junto a la de Zofia. —¡Viktor! —grita ella —. ¡Detrás de ti! —Aprieta el gatillo justo cuando la hoja fría de un cuchillo golpea mi cuello. Me giro por instinto y agarro por la garganta al cabrón que intentó atacarme mientras el disparo de Zofia se desvía.

Aprieto con fuerza, sintiendo el cartílago crujir bajo mis dedos. Él balbucea, arañando mi mano, pero no aflojo. El tiempo se ralentiza. La mujer que amo está en peligro, y voy a asesinar a cualquiera que se interponga en mi camino. No aflojo hasta que lo siento desplomarse. Suelto al hombre, su cuerpo se desmorona en el suelo. Nikko no duda y, con un disparo rápido, termina lo que yo empecé.

—Maldita sea —dice Zofia, sacudiendo la cabeza—. Te prometo que no fallaré una segunda vez. ¡Allí! —grita y aprieta el gatillo otra vez. Un cuerpo cae al suelo, y Nikko gira para disparar a otro y otro más.

—Es una emboscada —me grita—. *¡Ve!* Te cubriremos desde aquí. Los usaremos como distracción, y te cubriré cuando salgas a la superficie.

Dos más salen del bosque, apenas visibles a través del aguacero. Un trueno ruge sobre nosotros mientras me quito los zapatos y la camisa y lanzo mi teléfono junto a ambos. Me dirijo hacia un muelle toscamente construido y me lanzo al agua.

El frío helado me arrastra hacia abajo. Contengo la respiración y voy tan lejos como puedo hasta que mis palmas tocan el suave barro de la tierra. Nado duro y rápido bajo el agua hacia la cabaña, tan cerca de la superficie del suelo como puedo para que nadie me vea. Los sonidos amortiguados de disparos resuenan sobre mí. Alguien sabe que estoy llegando e intenta dispararme, pero soy un objetivo en movimiento y estoy demasiado lejos, demasiado impredecible.

Puedo estimar que estoy casi allí. Frente a mí, el agua comienza a ser menos profunda mientras me acerco a la cabaña en la isla. A través de la bruma turbia del agua, puedo ver las gruesas cadenas donde Yudin ancló su bote.

Me agarro a la cadena para mantenerme en el sitio y lentamente subo a la superficie. Otro disparo suena, luego otro y otro más. Tengo que tener la esperanza de que mi hermano haya acertado a su objetivo. Nadie dispara mejor que Nikko. Y nadie pelea mejor que yo.

Necesito respirar. Mi visión comienza a nublarse.

Puedo continuar.

Voy a estrangular el maldito cuello de Yudin y sentir cómo se le escapa la vida hasta que sienta su pulso detenerse bajo mis dedos, y sepa que mi mujer está a salvo.

La presión me envuelve, amortiguando todos los sonidos excepto el latido frenético de mi corazón. Mi pecho se tensa mientras mis pulmones gritan pidiendo aire, cada segundo se estira hasta la eternidad. Mi visión comienza a nublarse, y me invade una sensación de urgencia por respirar, mi cuerpo suplicando oxígeno. La necesidad de aire se convierte en una fuerza implacable; mis necesidades

primarias exigiendo ser satisfechas. Mis músculos se tensan mientras me dirijo a la superficie, mi mano deslizándose por la pesada cadena mientras me impulso hacia arriba. Ya casi estoy allí.

Salgo a la superficie, jadeando por aire. Suenan disparos, salpicando el agua a mi lado. Tomo otro respiro y me sumerjo bajo la superficie una vez más, mi turbia mirada clavada en el bote. Anclo mis pies en los cimientos rocosos de la cabaña y empujo la barca de remos para romper la superficie del agua. Los disparos suenan a mi alrededor. Puedo sentir cómo se incrustan en la madera del bote que estoy usando como escudo. Frente a mí, puedo ver la puerta de la cabaña.

—¡Ve, Viktor! —grita Nikko desde la orilla—. Te tengo cubierto. *¡Ve!*

Arrojo el bote al agua, me giro y salto a la isla, mis pies descalzos aferrándose a la superficie rocosa. La puerta está cerrada, pero ahora mismo podría derribar el Empire State con la furia y la adrenalina que corren por mis venas. Me echo hacia atrás y lanzo todo el peso de mi cuerpo contra ella. Cruje y se queja. Lo hago de nuevo mientras alguien aparece por la esquina. Un disparo suena desde la orilla. Tropieza, cae y se desploma en el agua. Nikko me cubre.

Lanzo mi peso contra la puerta otra vez y se astilla, cayendo al suelo.

Lydia está en medio de la habitación, amordazada y atada a la silla, desnuda. Veo rojo momentáneamente y respiro hondo para aclarar mi visión. Un relámpago cae en lo alto. Ella está sacudiendo la cabeza como para advertirme, sus ojos abiertos de terror. Siento a alguien detrás de mí e inmediatamente entro en acción tal como Kolya me enseñó.

Giro rápidamente sobre mi talón, agarro a ciegas el brazo que me alcanza, retorciéndolo bruscamente y forzando a mi agresor de rodillas con un gruñido de dolor. Otro relámpago cae, iluminando completamente la cara que esperaba ver: Timur Yudin, su rostro retorcido de sorpresa y dolor. Miro la cara de mi enemigo solo por un

segundo antes de clavar mi rodilla en su caja torácica, dejándolo sin aliento. Se desploma en el suelo.

—Quédate en el suelo —gruño, mi voz baja y amenazante mientras lo inmovilizo debajo de mí—. *Abajo.*

La habitación es una mezcla de sombras y destellos de luz de la tormenta exterior. Vuelvo mi atención hacia ella, atada a la silla, vulnerable y asustada.

—¿Estás bien?

Ella asiente y parpadea, gruesas lágrimas rodando por sus mejillas.

—¿Te ha hecho daño? —Apenas respiro, esperando su respuesta.

Tragando saliva, asiente. Me vuelvo hacia él y lo levanto por la nuca, estrellando su cara contra el suelo de madera. Queda inmóvil debajo de mí. Levanto la mirada hacia ella y niega con la cabeza. Sus ojos se abren de par en par cuando Yudin cobra vida debajo de mí y me ataca con una navaja. Me corta el pecho desnudo y el dolor se extiende por todo mi cuerpo. Le golpeo una y otra vez, pero lucha con fuerza.

Con un rugido, lo agarro y lo estrello contra el suelo. El impacto hace que la navaja salga volando de su mano. Lo levanto y lo estampo contra la pared. Su cabeza se estrella contra ella. Una lámpara cae al suelo mientras el trueno retumba sobre nosotros, con los relámpagos acercándose. Desato una ráfaga de puñetazos duros y mortales, cada uno impulsado por años de furia contenida y la necesidad de castigarlo por haber herido a mi Lydia. La sangre salpica con cada golpe, su cara, convertida en un desastre irreconocible y destrozado.

Se desploma en el suelo y lo aparto de una patada. No se mueve.

Lo levanto con un brazo y lo arrastro tras de mí, sujetándolo con mi brazo izquierdo mientras me agacho y cojo la navaja que usó contra

mí. Corto el nudo de la cuerda con la que la ató. No puedo hacerla trizas como quisiera.

Necesito esa cuerda.

Lydia corre a mi lado, sus ojos abiertos con una mezcla de miedo y alivio. La atraigo a mis brazos, abrazándola fuertemente contra mí.

Estampo a Yudin en la misma silla que usó para ella. Se desploma hacia delante, con un ojo hinchado y cerrado y el otro fijo en mí con odio.

—Te cortaría el cuello —le gruño, negando con la cabeza—. Pero no le quitaré esto a ella. No volverás a verla desnuda, maldito cabrón. —Levanto la navaja—. Date la vuelta, Lydia.

Ella esconde su cabeza en mi hombro mientras avanzo hacia él. Grita aterrorizado mientras le corto la cara y lo dejo ciego. La sangre gotea por su rostro a borbotones. Tiro la navaja al suelo.

—Quiero que sepas lo que has perdido. Querías su dinero. Querías el poder. Heriste a su madre e intentaste herir a la mujer que amo. Pedazo de mierda sin valor. —Me vuelvo hacia ella, mis manos cubiertas de sangre. Mi pulgar se desliza por su mejilla mientras levanto su rostro para mirarla a los ojos.

—Se acabó —murmuro en su pelo—. Nunca más te hará daño.

Lydia se aparta ligeramente, mirándome con lágrimas en los ojos. —Gracias —susurra, con voz temblorosa—. Dios mío, estaba asustada. Todavía lo estoy.

—Vamos a terminar con eso ahora. Estás a salvo, cariño. —Acuno su rostro entre mis manos, mi pulgar limpiando una lágrima. Una mancha roja se extiende por su mejilla y beso su sien—. Siempre te protegeré, Lydia. Nadie te hará daño mientras yo respire.

—Te quiero —le digo mientras el sonido de la lluvia sobre nosotros comienza a disminuir—. Nunca, jamás volverá a hacerte daño —repito. Quiero que lo sepa hasta en lo más profundo de sus huesos.

Ella asiente, parpadeando para alejar las lágrimas. —Y yo te quiero, Viktor. Terminemos con esto. Terminemos con esto de una vez por todas.

Miro alrededor de la cabaña y encuentro una chimenea con leña y líquido para encendedores.

Perfecto.

Cojo una manta de la cama y la cubro con ella.

Le entrego las cerillas.

Cojo el líquido inflamable y empapo la cabaña con él. El líquido se derrama por el suelo. Me aseguro de que Yudin quede jodidamente empapado.

—Este lugar va a arder en llamas, Lydia. Pero te tengo a ti. ¿Confías en mí?

Se humedece los labios y asiente. —Confío en ti con mi vida.

—Aquí tienes, cariño. Préndele fuego.



CAPÍTULO 27

LYDIA

Nunca en mi vida me he sentido tan poderosa. Me digo a mí misma que está casi muerto, que de todos modos se desangrará en cuestión de minutos. Me digo que acabar con él significa que mi madre estará a salvo. Vera, Nikko y la dulce y pequeña Ivy. Todos ellos. Todos. Y Viktor.

Sobre todo Viktor.

Estoy de pie con Viktor a mi espalda; su presencia me tranquiliza, y mi enemigo está frente a mí. Se está desangrando y da sus últimas boqueadas.

Respiro hondo y enciendo la cerilla. El familiar y dulce olor a azufre impregna la cabaña. La diminuta llama baila y proyecta sombras parpadeantes en las paredes. Observo la llama lamer el palo de la cerilla hasta que casi me quema los dedos. Una parte de mí quiere sentir el dolor.

La suelto y cae al suelo empapado de líquido. Las llamas brotan al instante, hambrientas y feroces, devorándolo todo a su paso. Enciendo una segunda cerilla y luego una tercera, dejándolas caer alrededor de la primera. El fuego crece a nuestro alrededor. Las llamas me muerden la piel, un crudo recordatorio del peligro, hasta que el brazo de Viktor me rodea la cintura y tira de mí hacia atrás.

—Ya es suficiente, nena. Lo has hecho. Pongámonos a salvo.

Su voz es un murmullo bajo y ronco. Lanzo el resto de las cerillas al fuego, observando cómo son engullidas rápidamente por el infierno. Viktor se inclina y me levanta en brazos sin esfuerzo. Las llamas me lamen la espalda.

Salimos disparados por la puerta de la cabaña, con el calor y el humo pisándonos los talones, codiciosos y hambrientos.

Viktor se dirige a grandes zancadas hacia la lancha que Timur usó para traernos aquí, anclada en la orilla. Agarra la cadena con una mano y tira de ella para acercarla; me baja al suelo y salta a la lancha. Se tambalea bajo su peso, pero él recupera el equilibrio enseguida, con movimientos rápidos y seguros. Me tiende la mano; su agarre es fuerte.

Me acomoda en la lancha a su lado mientras las llamas rugen a nuestra espalda.

—¿Estáis bien? —grita Vera desde la orilla.

—¡Sí! —grita Viktor en respuesta.

Nos quedamos un momento mirando en silencio, a salvo en la orilla, mientras la cabaña estalla en llamas. Me quedo mirando, hipnotizada por la destrucción, por su carácter definitivo. Una purga.

La mano de Viktor descansa en mi rodilla, un contacto que me devuelve a la realidad en medio del caos. Me vuelvo hacia él y veo el reflejo del fuego en sus ojos oscuros e intensos. Es mi protector. Su obsesión por mí, su inquebrantable determinación por mantenerme a salvo... todo cobra sentido en este momento.

—¿Estás bien? —pregunta; su voz es un suave gruñido lleno de preocupación.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras. Tengo un nudo en la garganta y mis emociones son un amasijo indescifrable. Pero en sus brazos, me siento a salvo. Por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo el control de mi vida, de mi destino.

Mientras la cabaña se derrumba sobre sí misma y las llamas rugen triunfantes, me apoyo en Viktor. Me abraza con fuerza; su calor, en marcado contraste con el infierno que dejamos atrás. Somos supervivientes. Forjados en un crisol. Su mundo es brutal y caótico, solo salpicado de momentos de calma como este..., pero ahora lo sé.

También es mi mundo.



CAPÍTULO 28

VIKTOR

—Estoy bien —le digo a Vera—, pero ella insiste en inspeccionarme cada herida.

—No estás bien —espeta—. Lydia, por el amor de Dios, dile que me deje hacerlo.

—Viktor, por favor —dice Lydia—. Deja que te cuide.

—Mientras sepa que tú estás bien.

Estoy hecho un desastre, pero no es nada que no pueda soportar. Estaré bien. Me he asegurado de que atendiera a Lydia primero, pero ahora que las pocas heridas de Lydia están curadas, se ha duchado, se ha cambiado y está sentada junto al fuego al lado de su madre.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta a Zofia, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Dios mío, no te preocupes por *mí* —dice su madre—. Lo único que me importa es que tú estés bien. —Niega con la cabeza—. Hicisteis un trabajo concienzudo, ¿eh?

Lydia me mira a los ojos. Le guiño un ojo. —Sí, lo hicimos.

Nikko y mis hermanos están en el campamento. Gracias a Aleks y a nuestros contactos, nadie llamó a los bomberos hasta horas después de que termináramos. Agradezco que Yudin tuviera la previsión de que su crematorio estuviera separado de todo lo demás, así que no hemos tenido que reducir todo el campamento a cenizas.

Aunque no es que no lo hubiera hecho.

Se han llevado los cuerpos de los cómplices de Yudin, todos ahora a buen recaudo entre las cenizas de la cabaña. Ya se nos ocurrirá una historia para la prensa. Mikhail ya está lidiando con las repercusiones

de la *Ledyanoye Bratstvo*, pero lo tendrá bajo control. Con las fuerzas combinadas de los Ivanov, lo tenemos todo controlado.

—Te has cortado los pies con las rocas —dice Vera, negando con la cabeza—. Y tienes heridas de cuchillo. Pero creo que esta vez vas a estar bien. —Me pone un último vendaje y se levanta.

—Gracias a Dios, Viktor. ¿Qué ha encontrado Aria?

—Aria no ve más indicios de que haya más hombres suyos cerca. Por lo visto, algunos de sus hombres se amotinaron y solo se llevó consigo a los últimos que le quedaban.

Sus hombres probablemente sabían que no era una buena idea enfrentarse a nosotros, porque ser nuestros enemigos los convierte instantáneamente en enemigos de los Ivanov también.

—Ya puedes respirar tranquila —dice Vera en voz baja, posando la mano en mi hombro pero mirando a Lydia—. ¿A que sí?

Lydia asiente. —Estoy tan aliviada.

—Y ahora —dice su madre—, pasamos a la boda. —Sostiene la mano de Lydia con fuerza—. Significa tanto para mí ver a mis hijas bien casadas. Hagámoslo realidad, chicas. —Sonríe con tristeza—. Se acabaron los viajes para mí por una buena temporada.

Pasamos la noche en su casa familiar. Tumbada a mi lado en la cama de la habitación de invitados, se acurruca junto a mí y apoya la cabeza en mi pecho.

—Siento haberte dado tanto la lata con todo. Vera me lo explicó, ¿sabes?

—¿Explicado el qué?

Ella suspira. —Que todos los Romanov llevan rastreadores biométricos. A ver, no me malinterpretes, es extremo, pero al menos sé que no eres solo tú y tu locura.

Me inclino y le doy un beso casto. Estamos agotados, los dos, y necesitamos descansar.

—Pero prométeme una cosa, Viktor, ¿lo harás?

—¿Mmm? —La abrazo contra mí. Apenas puedo creer que esté aquí. A salvo. En mis brazos. No quiero dormirme todavía. Quiero asegurarme de que no se va a ir a ninguna parte en mucho, mucho tiempo.

—Cuando volvamos a nuestra casa, te desharás de esas cosas espeluznantes mías que guardabas.

Me río a carcajadas. Sienta de puta madre reírse.

—Prometido. Puedes incluso echarlo todo a la hoguera y hacer una buena fogata, ¿vale?

—Bueno —dice ella, pensativa—. A lo mejor nos quedamos con *Cumbres Borrascosas*. Me encanta ese libro.

—Trato hecho.

Le beso la mejilla. —Ahora duérmete, cariño. Hemos tenido un día muy, muy largo.

Ella cierra los ojos. —Lo sé. Tú también. Olvídate de todo un rato, ¿vale, Viktor? Tus hermanos están aquí, en el piso de abajo. —Me besa el pecho y se vuelve a tumbar—. No tienes que ser Superman por un tiempo, ¿de acuerdo? Solo sé... —bosteza ampliamente—, Viktor. Mi casi marido. Ah, ¿y mañana?

Abro un ojo, todavía pensando en el comentario de Superman. —¿Mmm?

—Planeemos la más épica de todas las lunas de miel épicas jamás conocidas con esa herencia que voy a recibir. ¿Trato hecho?

Sonrío contra su pelo, todavía húmedo de la ducha que se ha dado. —Trato hecho, cariño. Un sitio con la mejor tarta que hayas probado en tu vida.

Ella sonríe. —Joder, sí que me conoces bien.



CAPÍTULO 29

LYDIA

Los días previos a nuestra boda están llenos de recuerdos que no quiero olvidar nunca, nunca.

Otra cata de tartas a la que Viktor me hizo ir solo porque le apetecía. Una despedida de soltera con Aria, Harper, Polina y Vera. Vera solo está aquí hasta su próxima fecha de viaje, pero puedo disfrutar de ella unas semanas más.

Puedo elegir las cosas para nuestra fiesta preboda y me divierto mucho, sobre todo con los utensilios de cocina.

La prueba del vestido fue con Vera y mamá. Me decidí por un precioso vestido cruzado de satén ribeteado con encaje hecho a mano. Tiene un escote pronunciado que acentúa mi pecho generoso y cae sobre mis curvas. Con él puesto, me siento como una princesa de Disney que acaba de salir del rodaje de una película. Mis ojos brillan en el espejo y sonrío.

—Me encanta. Dios mío, es perfecto.

Hago que Viktor practique el baile y nos hacemos una sesión de fotos de compromiso. No tenemos mucho tiempo, pero nuestra agenda está literalmente vacía, salvo por el siguiente gran paso: darnos el «sí, quiero».

Tenemos momentos íntimos y tranquilos juntos. Paseando por nuestra propiedad, cogidos de la mano, hablando de dónde iremos de luna de miel. Asando nubes de azúcar en nuestra hoguera, donde le propongo nombres para nuestros futuros hijos hasta que tenemos una lista adecuada.

Unos días antes de nuestra boda, le comento algo en lo que llevo un tiempo pensando.

Viktor se reclina en su silla, saboreando una cerveza. Yo tengo una de las cervezas artesanales a mi lado, en una mesita cerca de la

hoguera. Las cenizas del recuerdo que él quitó del «santuario», como lo llamaba, se elevan con el calor del fuego.

—Pues he estado pensando...

—¿Mmm? —dice—. ¿En qué?

—Bueno, sabes que quiero tener hijos. Sé que tú también. Pero he estado pensando en tu infancia y en tu hermana, y... en este dinero que voy a recibir, y no digamos ya tu familia, que está forrada. (El vestido de novia, el anillo de diamantes que me dio y un rápido vistazo a las cuentas que ahora compartimos lo han dejado meridianamente claro). Eres tan protector. Tan bueno con los niños, Viktor. Y tu familia es increíble.

Me mira con curiosidad. —¿Y?

Trago saliva. Por alguna razón, el corazón me late muy deprisa. —¿Y si..., ya sabes, adoptamos? ¿Y si adoptamos a algunos niños que necesiten un buen hogar?

—Lydia —dice con seriedad—, somos la *Bratva.*

—Viktor —respondo—. Pues no les enseñes tus armas.

Él sonríe ante mi comentario. Me encanta cuando sonríe. Siento un vuelco en el corazón.

—Seremos buenos padres. Igual que Mikhail y Aria. Harper y Aleks. Y como lo serán Vera y Nikko algún día.

—Lo seremos. Porque nos queremos y sabemos lo que es no tener ese amor. —Asiento—. Colmaremos de amor y atención a cualquier niño que traigamos a nuestro hogar. Y —digo con un gesto serio— ganarás *inmediatamente* a tus hermanos en esa carrera por ver quién tiene más hijos. Vamos, que avanzarás directo a la línea de meta.

Él resopla en su botellín de cerveza, lo empina y se lo acaba de un trago. —Así me gusta. Perfecto. Vamos a mirarlo, cariño.

Me acurruco contra su brazo. —Tengo la sensación de que podría decirte que quiero correr una maratón, adoptar una camada entera de cachorros, vender esta casa y mudarnos a una de esas autocaravanas, o abrir una pastelería ambulante en una furgoneta, y tú me sonreirías y me dirías que sí.

Me abraza y me besa en la coronilla. —Por supuesto que lo haría. Aunque no sé si la camada entera de cachorros *y* una casa móvil al mismo tiempo es muy sensato.

Me río con él.

—Te lo dije, Lydia —dice en voz baja, con la mirada enternecida y el parpadeo de las llamas reflejado en sus ojos—. Solo te he querido a ti. Y ahora eres mía. Me inclino y rozo sus labios con los míos. El corazón se me ensancha y creo que, por primera vez, me lo creo de verdad, *de verdad.* Me quedo entre sus brazos mientras me lo asegura una vez más.

—Eres todo lo que siempre he querido y todo lo que querré.

Descanso entre sus brazos, felizmente satisfecha. Ya no siento la necesidad de huir. No siento que tenga que mirar constantemente por encima del hombro, esperando a que la siguiente ola de duda o incertidumbre me atormente. Sus palabras reparan mis años de inseguridad y desamor. Mi pasado ya no me tiene atrapada.

Mientras me acurruco más contra él, puedo sentir el ritmo constante de su corazón junto al mío. —He pasado tanto tiempo huyendo —susurro—, pero ahora siento que por fin puedo... parar. Como si por fin estuviera en casa.

Sus brazos me aprietan. —Todos tenemos cicatrices, Lydia —dice—. Pero no nos definen. Nos recuerdan por lo que hemos luchado y cómo nos hemos convertido en quienes somos hoy.

—Te quiero —susurro.

—Y yo te quiero a ti. Me abraza.

Permanecemos así ante el fuego, con nuestro pasado a la espalda e incontables años por delante. Siento que, por primera vez en mi vida... soy feliz. Por primera vez en mi vida, *soy libre.*



EPÍLOGO

Seis meses después

LYDIA

Es tarde, pero Viktor y yo hemos perdido la noción del tiempo. A veces nos pasa cuando estamos juntos. Los minutos se convierten en horas y, antes de que nos demos cuenta, sale el sol y es un nuevo día. Pero tenemos horarios de trabajo flexibles, así que todo va bien. Él hace lo que Mikhail le exige cuando lo llama y yo he vuelto hace poco a la universidad para hacer un posgrado *online*.

Pero esta noche estoy inquieta. El aire presagia una lluvia inminente, una amenaza que se mantiene a raya y que solo olvido momentáneamente cuando enciendo una hoguera.

Me encanta este sitio. Puede que sea mi lugar favorito del mundo, con la hoguera delante de mí y el parpadeo de las velas en varias superficies. Me gusta sobre todo cuando refresca, como esta noche; con el frío a la espalda y el calor del fuego delante.

Estamos a principios de otoño en The Cove, y los arces que bordean la hoguera están teñidos de tonos dorados y ocres que aún se mezclan con el verde oscuro. Estoy de pie ante las llamas, calentándome las manos. Después de cenar hemos asado nubes de azúcar, hemos quemado las puntas de los palos para que no quedaran pegajosas y las hemos dejado donde solemos guardarlas, detrás de la hoguera. Viktor está sentado en silencio detrás de mí, con expresión contemplativa.

—¿En qué piensas? —le pregunto mientras cojo uno de los palos para atizar el fuego. Se aviva, saltan chispas y el crepitar de las llamas aumenta. Viktor se levanta y se acerca por detrás; su enorme figura se ve suavizada por la luz parpadeante.

—En muchas cosas —dice, y su voz profunda es un murmullo grave en la quietud iluminada por el fuego—. Te he comprado una cosa. —Aunque él no es de hacer regalos por naturaleza —a menudo se olvida de los cumpleaños de sus hermanos y necesita que le

recuerden que de vez en cuando es buena idea tener un detalle con sus seres queridos—, parece que nunca se olvida de regalarme algo a mí.

—¿Mmm? —pregunto, con el corazón latiéndome un poco más deprisa—. Nunca antes había tenido a nadie a quien le interesara comprarme cosas y el detalle siempre me emociona. —A ver si adivino. Me has comprado una de esas islas del Caribe que estuve mirando el otro día en internet.

Él resopla y niega con la cabeza. —¿El Caribe? Definitivamente no. Aunque puede que me deje convencer por Hawái.

—¿Ah, sí? ¿Tiene usted prejuicios, caballero?

—Los tengo. No me gustan mucho los huracanes —dice, entrelazando sus dedos entre mi maraña de rizos—. A menos que tengan forma de mujer, claro, y que lleven mi anillo y mi apellido.

Sofoco una risita. —Por supuesto.

—A Hawái es más fácil viajar. La comunicación es más sencilla. Podemos usar la misma moneda.

—Justo, justo. ¿Me estás diciendo que quieres ir a Hawái?

—Algún día, sí. ¿Y tú?

Asiento. —Por supuesto. ¿Has visto ese pastel de nueces de macadamia que se hizo viral?

Él sonríe. —No, pero me fío de tu palabra. Me encanta que priorices los viajes en función de las opciones de pasteles.

Asiento con decisión. —Tengo mis prioridades.

Me tiende una caja. —Aquí no hay billetes para Hawái y, lamentablemente, tampoco pastel, pero puede que esto te guste igualmente.

Abro la caja y encuentro un juego de cerillas ornamentadas y un frasquito del perfume que usaba de joven. —Te has acordado — susurro, con la voz tomada por la emoción. Trago saliva con dificultad.

Me aparta un mechón de pelo de la mejilla. —Recuerdo todo de ti.

Me río. —A veces desearía que olvidaras las partes más oscuras.

Inclinándose hacia mí, me besa la coronilla, donde el pelo se me ha encrespado por el calor del fuego. —Nunca. Esas son mis partes favoritas.

Dejo los regalitos junto a nuestras sillas. Estamos juntos mirando el fuego cuando Nikita empieza a ladrar con furia. Viktor y yo intercambiamos una mirada. Solo ladra así cuando tenemos visita, y ninguna de nuestras alarmas de seguridad habituales se ha disparado.

Por instinto, me empuja detrás de él, más cerca del fuego, mientras frunce el ceño hacia la oscuridad. Al principio, no vemos nada.

—Muéstrese —ladra Viktor—. De inmediato, o le daré a mi perra la orden de atacar. Chasquea los dedos hacia Nikita, que se sienta obediente, sin dejar de gruñir.

No es una amenaza vana. Me asomo por la derecha del enorme bíceps de Viktor y contengo el aliento cuando una mujer emerge de las sombras, con sus pequeñas manos delante en un gesto de rendición. A medida que se acerca, el fuego parpadeante ilumina sus rasgos. Unos llamativos ojos verdes irradian determinación e inteligencia, y algo más que no acabo de identificar, pero que me provoca un escalofrío por la espalda. Hay en ella un aire de audacia que roza la locura; es francamente aterrador.

Su largo pelo castaño está recogido en una coleta espesa, y su complexión menuda pero atlética emana fuerza y agilidad. Tengo la extraña sensación de que podría saltar por encima del fuego sin despeinarse y desaparecer en la noche como un leopardo. Vestida

completamente de negro, parece lista para atracar un banco o derrocar un régimen tiránico, dependiendo de lo que le apetezca primero.

No debería estar aquí y, sin embargo, estoy completamente hipnotizada y quiero que se quede. Estoy locamente enamorada de mi marido, pero en los pocos segundos que he observado a esta mujer, creo que ya me he enamorado platónicamente de ella.

Aun así, no me fío. Ha llegado hasta aquí con algún tipo de brujería. Nadie entra en nuestra finca sin ser visto. Los ladridos de Nikita son la última advertencia, no la primera.

—Usted. —La voz de Viktor contiene un universo de acusación, pero la mujer se limita a sonreír como si el reconocimiento la halagara.

Haciendo una reverencia, le dedica una sonrisa, mostrando unos dientes blancos y perfectamente alineados y unos labios carnosos con un brillo de gloss rosa pálido. —Isabella Morales, a su servicio. De verdad, Viktor, necesita una vigilancia mejor.

Él entrecierra los ojos. —¿Qué demonios hace aquí?

Ella asoma la cabeza por detrás del brazo de él, pero no se acerca más. —Me gustaría que me presentara formalmente a su mujer, por supuesto.

Él gruñe, pero yo le tiro del bajo de la camiseta. —No la conozco, Viktor, así que quizá puedas complacerla. —Quiero saber quién es.

—Lydia, esta es Isabella Morales, la hermana de Javier Morales, del cártel de Los Sangre Dorada.

Dios mío. Me quedo mirando, con la boca abierta. Los Sangre Dorada —o LSD, para abreviar— es el cártel más despiadado al sur de la frontera. Aria me ha contado con todo lujo de detalles lo que han hecho y por qué hay que temerlos.

—Isabella, esta es mi mujer, Lydia —dice él con los dientes apretados.

—Lo sé —dice ella con una sonrisa lenta y amenazadora. Doy un paso involuntario para acercarme a Viktor—. Estaba usted deslumbrante con ese vestido de novia, Lydia. Sería una lástima que le pasara algo a una belleza así. Me alegro de que alguien haya conseguido pescar a este hombre. Pensé que se quedaría soltero para siempre. —Guiña un ojo—. Disfruten de la felicidad conyugal mientras puedan.

Viktor da un paso hacia ella. La luz del fuego destella en un cuchillo que lleva en la mano y que juraría que no estaba ahí hace un segundo. —Vaya, vaya —dice ella en voz baja, con un matiz gélido en el tono—. No he venido aquí a pelear, Romanov. He venido a advertirle.

—¿Ah, sí? —dice él en un tono que me acelera el pulso. Trago saliva.

—Sus enemigos están más cerca de lo que cree, Viktor.

Cuando él da otro paso hacia ella, Isabella levanta la mano en un gesto de paz. —No he venido a pelear, se lo prometo. —Ríe sin alegría y se muerde el labio inferior. Parece que quiere devorar a mi marido—. Si hubiera venido a hacerles daño, no habría perdido el tiempo en cháchara. Quería que supiera que Javier está planeando un ataque a The Cove. Ese hermanito suyo tan callado ha causado demasiados problemas.

¿Ollie? Su hermano Ollie es el encargado de las relaciones internacionales, pero no me imagino qué puede haber hecho. ¿O Lev? Ambos son sus hermanos pequeños.

—Mi hermano quiere utilizarla a usted para llegar hasta Lev —revela.

¿Qué?

—¿Y por qué debería fiarme de usted, «princesa loca»?

Los ojos de Isabella se cierran y su voz se vuelve de hielo. —Porque quiero verlo muerto tanto como usted. Es un necio, un necio que ha traicionado a mi familia y a nuestros intereses demasiadas veces.

Viktor la estudia. —¿Cuándo?

Ella niega con la cabeza. —No, no, ¿dónde está la gracia si le doy todos los detalles? No quiero que lo aniquile de inmediato. Tiene que ser una batalla de verdad, ya sabe.

Está loca. Esta mujer está como una cabra. Y, sin embargo..., ha venido a advertirnos, ¿no?

—Puedo decirle esto: cuando ataque, será rápido y violento. Le conviene tener cerca a todos sus hermanos y socios. Yo no les dejaría viajar por todo el mundo como han estado haciendo. Nada de irse de juerga a Moscú o a Barcelona.

Nos ha estado vigilando.

¿Qué más sabe?

—Váyase. Diga a sus hermanos que han sido advertidos, pero ¿por qué no mantiene mi visita en secreto? —dice con un guiño. Se da la vuelta y se pierde en la noche corriendo.

—¡Espere! —grita Viktor, corriendo tras ella, pero es demasiado tarde. Ya ha desaparecido tan repentinamente como llegó.

Me siento extrañamente desamparada.

—Dios mío —susurro, agarrándome a su brazo cuando regresa a mi lado—. Daba miedo y, sin embargo..., no sé si he visto a nadie más hermoso en mi vida.

Viktor solo niega con la cabeza y saca el móvil.

—Tenemos que avisar a los demás. No podemos andarnos con gilipolleces cuando se trata de Javier Morales. Ha venido aquí con un propósito, y no sé si podemos fiarnos de ella, pero de ninguna puta manera podemos ignorar su advertencia.

Asiento. —Por supuesto.

Viktor se inclina y me besa en la mejilla. —Podemos con esto. Sea lo que sea, lo superaremos como cualquier otro reto al que nos hayamos enfrentado.

Con el corazón todavía desbocado, giro la cabeza para que nuestros labios se encuentren. El mundo se desvanece mientras suspiro en el beso, y su mano cálida y grande descansa en la parte baja de mi espalda. Cuando nos separamos, amanece, arrojando un brillo dorado sobre nosotros.

Permanecemos de pie, uno al lado del otro, con los dedos entrelazados. Hemos sobrevivido a mucho más que esto. Sobreviviremos a cualquier cosa que se nos presente porque juntos... somos invencibles.

FIN

PREESTRENO

ENCADENADOS: UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA DE ENEMIGOS A AMANTES

CAPÍTULO 1

ISABELLA

Sonrío a la fría noche de otoño, casi dando saltos de alegría.

Este disfraz es *jodidamente genial*. Literalmente, nadie sospecharía jamás quién soy en realidad.

No ha sido un disfraz de última hora. Joder, he estado practicando todo el día cómo llevarlo.

Primero, el bigote falso, porque ni el mejor de los disfraces podría ocultar del todo mis raíces latinas. Los colombianos llevan la barba como una insignia de honor; su «sombra de las cinco» ya aparece a mediodía. Tengo que camuflarme a la perfección. Con un gesto rápido y ensayado, me he aplicado base de maquillaje para darme un aspecto más áspero. Mi objetivo es parecer *rudo* y *malote*. El contorno me ha afilado la mandíbula y un lápiz de cejas me ha añadido la cantidad perfecta de barba incipiente.

Me niego a cortarme el pelo, así que eso ha supuesto un pequeño desafío. Lo llevo peinado hacia atrás y enrollado alrededor de la cabeza, oculto bajo una gorra negra. Abulta un poco, pero nadie se va a fijar en eso.

Necesitaba una silueta masculina, así que he tenido que ponerme un compresor de pecho para aplanar mis senos, gracias a los generosos genes de mi mamá. Al menos *algo* me dio. La ropa ha sido hasta divertida: una sudadera oscura con capucha que disimula mi figura y unos pantalones anchos con múltiples bolsillos para darme algo de volumen y un aspecto rudo, combinados con botas de combate. Necesitaba algo masculino y práctico para moverme en silencio y pasar desapercibida.

Para imitar el lenguaje corporal masculino, he adoptado una postura encorvada y una posición más amplia, y mi forma de andar es más deliberada y pesada. Aunque me vieran, nunca sospecharían quién soy en realidad. Lamentablemente, tengo que disimular el sexi

contoneo de mis caderas. Debo hacerlo de forma consciente, ya que forma parte de todo mi personaje para atraer las miradas y la atención de cualquier hombre en un radio de cincuenta metros. Una chica debe usar todos los dones que tiene.

Sin embargo, esto es solo temporal. Y jodidamente *necesario*.

Y cuando he estado lista para salir, me he adentrado en The Cove —el territorio de caza de nuestros enemigos— solo para ponerlo todo a prueba.

No voy a mentir, me lo he pasado condenadamente bien. He hablado con una voz más grave cuando ha sido necesario: he pedido un café y he preguntado por una dirección solo para asegurarme de que pasaba la prueba.

No solo no me ha dirigido nadie ni una sola mirada extraña, sino que he pillado a unas cuantas chicas echándome el ojo.

—Hola, guapa —dije con mi voz de tío a una rubia esbelta cerca de un Starbucks. Se sonrojó, pero no respondió, y luego le susurró algo a su amiga a mis espaldas, a la que le guiñé un ojo. Je.

La verdad es que no querría ser un hombre ni por todo el oro del mundo. Me encanta ser mujer, joder. Pero, maldita sea, ha sido divertido interpretar un papel durante un rato.

Y ahora estoy lista. Ahora es la hora de la verdad.

Me armo de valor y aprieto la mandíbula. Ahora doy el siguiente paso.

Si los Romanov me vieran ahora, seguiría estando jodida, pero al menos no sospecharían quién soy en realidad. Escaparé —siempre lo hago— y *ellos* no se enterarán de nada.

Intercepté una comunicación entre Aleksandr Romanov, uno de los altos cargos de la Bratva Romanov, y su esposa, Harper. Tienen hijos pequeños y noches largas y en vela, así que supuse que tarde o temprano bajarían la guardia, y no me equivoqué.

Quiero decir, cualquier otra persona podría haber pasado por alto la pequeña pista, pero cuando Aleksandr le dijo a su mujer «*otra noche que se alargará*», y ella respondió, «*por favor, ten cuidado, está muy oscuro ahí y no me fío de que estés seguro*», supe exactamente adónde iban.

«¿Quiénes vais?», preguntó ella.

El corazón me dio un vuelco con su respuesta: *«Todos nosotros».*

Es raro que *todos* los hombres Romanov estén juntos.

Algunas de sus esposas trabajan para ellos; sé de buena tinta que la nueva mujer de Viktor, Lydia, llegó a *prenderle fuego a su ex*. No obstante, los Romanov siguen en la Edad de Piedra. Ellos lo negarían. Joder, sus esposas cobran un sueldo, pero a mí eso no me impresiona. Que me enseñen un grupo de la Bratva con una mujer con *poder* de verdad. Con *autoridad*. Liderazgo.

Eso sí que me impresionaría.

El crujido de una rama a varios metros a mi izquierda hace que me paralice en seco. Me quedo quieta como una cierva acosada, escuchando. Los Romanov no llegarán hasta dentro de varias horas, pero es fundamental que no me vean.

Espero, conteniendo la respiración. Escuchando. ¿Hay alguien más aquí o es solo un animal?

Pasa un instante. Otro.

Nada.

Sigo adelante. Sé perfectamente adónde ir: el almacén abandonado, bien escondido tras una ruta de senderismo en The Cove, está fuertemente protegido con videovigilancia. Si los Romanov me ven en alguna cámara de seguridad, solo verán a un tipo cualquiera haciendo una excursión fuera del sendero.

Puede que se pregunten cómo se han destruido sus grabaciones de seguridad, pero para entonces, ya tendré todo lo que necesito.

La oscuridad y el silencio amplifican cada sonido, haciéndome extremadamente consciente de mi entorno. Solo me queda alrededor de un kilómetro y medio de caminata para llegar a la entrada, pero la noche es joven. No podía arriesgarme a conducir cerca de aquí por miedo a que me vieran.

—¿Quién anda ahí? —retumba la grave voz masculina en el silencioso bosque. El corazón se me detiene una fracción de segundo.

Joder.

Me quedo quieta y me pongo la capucha, apartándome para esconderme tras el enorme tronco de un árbol. El corazón se me acelera. ¿Han enviado gente antes de tiempo? Nunca antes habían traído guardias al almacén.

Quizá se están volviendo más cautelosos.

Mi respiración es superficial mientras los pasos se acercan. Afortunadamente, tengo una vista excelente, incluso con la capucha bien calada. Aprieto la mano alrededor de mi cuchillo mientras fijo la vista en mi objetivo. No necesito *matar* a ninguno de sus guardias. Al menos, todavía no. Solo necesito incapacitarlo y, posiblemente, mutilarlo.

Se acerca a menos de diez metros, pero explora a su alrededor y niega con la cabeza. ¿Está solo? Saco las diminutas gafas de visión nocturna que he traído y echo un vistazo a través de ellas. Debe de ser un nuevo recluta. Parece lo bastante joven y asustado como para cagarse en los pantalones.

Ah, Romanov, ¿por qué me lo habéis puesto tan fácil? Pensaba que seríamos buenos rivales.

Se aleja de mí y regresa al almacén. *Luz verde.*

La parte trasera del almacén no tiene cámaras ni entradas. Pero para mí, eso es un reto que acepto con gusto. Es perfecto.

Escalo la fachada del edificio usando un desagüe oxidado y varias cornisas. Mis dedos se aferran con fuerza, mi cuerpo tenso ante la posibilidad de que me vean. Cuando escalo, estoy totalmente concentrada, colocando mentalmente los pies y las manos en posiciones que no puedo ver.

Una oleada de emoción me recorre cuando alcanzo la ventana más alta, en el segundo piso, que está entreabierta y con las bisagras oxidadas. Está lejos de las rutas de patrulla principales y de cualquier equipo de vigilancia. Como usan este lugar en contadas ocasiones, no lo han asegurado tanto como sus residencias. Jamás habría soñado con intentar infiltrarme en una de sus casas particulares.

Fuerzo la ventana con cuidado para abrirla y me deslizo dentro justo cuando el haz de una linterna ilumina el suelo cubierto de hojas. El corazón se me sube a la garganta. Me agacho y espío desde el borde de la ventana mientras el guardia inútil pasa de largo, se apoya en la pared y saca el móvil.

Cuando *yo* alcance una posición de liderazgo en esta familia —y, joder, que lo conseguiré—, voy a despedir a ese vago de mierda. Cuando mi respiración se calma y él se ha ido, llega el momento.

La puerta de esta habitación vacía está cerrada con llave. Bien. Pensaba que esto sería aburrido. Me habría decepcionado no poder forzar ninguna cerradura hoy. Con la facilidad que me da la práctica, hago mi magia y fuerzo la cerradura en menos de un minuto.

Vaya, vaya. En serio, chicos, un pequeño desafío no estaría de más.

Me muevo en silencio por el pasillo en penumbra, tanteando cada pisada por si las tablas del suelo crujen. Me deslizo entre las sombras por si alguien había entrado sin que lo viera, hasta que encuentro un altillo sombrío justo encima de la planta principal.

Subo rápidamente la escalera de mano. Es un punto de observación perfecto para observarlos sin que me vean.

Supongo que podría haber hecho algo un poco más seguro. Colocar un micro, tal vez. Pero, joder, ¿qué gracia tiene eso? Es noche cerrada, todo el entorno está sumido en sombras iluminadas solo por la luz de la luna; es espeluznante, tenso y peligroso. Mi favorito.

Me acomodo en mi escondite. Faltan unas horas para que lleguen, pero el corazón todavía me martillea en el pecho. He esperado *tanto* tiempo para esto. Toda la trayectoria de mi vida está en juego.

Me recuesto en la pared. Aquí huele un poco a rancio, con el persistente aroma a aceite de motor y a metal. Me recuerda al trabajo duro y al esfuerzo físico. Nadie sospecharía jamás lo que hacen realmente en un lugar como este. Solo yo, quizás. No me costaría mucho imaginarme exactamente a qué clase de perdedores traidores y enemigos de dos caras traen aquí para torturar e interrogar. Yo lo sé bien. La tortura era la especialidad de mi padre y sigue siendo el deporte favorito de mi hermano.

Cierro los ojos y pienso en el futuro, más allá de donde estoy. Dicen que la visualización es la clave para aferrarse a un objetivo, para hacer que las cosas sucedan de verdad. Si eso es cierto, lo tengo *ganado*, porque ya puedo imaginar lo que se siente al dar órdenes, al chasquear los dedos y ver a hombres hechos y derechos acobardarse ante mí. Ya puedo oír el respeto en sus voces y sentir la oleada de poder recorriendo mis venas cuando me llamen su reina.

Salgo de mi ensoñación al recordar los ojos fríos y desaprobadores de mi padre. Me mataría por lo que estoy a punto de hacer.

Literalmente.

Es la mitad de la maldita razón por la que estoy aquí. Me miro las manos con el ceño fruncido y me toco una cutícula rebelde. Me he cortado las uñas y me he quitado el esmalte rojo sangre para mi disfraz.

—Si pudieras verme ahora, padre.

If you could see me now.

Para mi padre, las mujeres eran un medio para un fin. Una clase inferior de ciudadanas, inútiles en su afán de dominación, salvo por su capacidad para dar descendencia. Supe desde muy joven que se me consideraba inferior por mi condición de *mujer*. Mi hermano Javier, en cambio, era mucho más valorado.

Sacudo la cabeza y me centro en la tarea que tengo entre manos.

Tomo notas mentales y repaso mi plan de nuevo.

Fui a ver a Viktor y le di el soplo. Mi hermano me daría una paliza de muerte antes de asesinarme con sus propias manos, pero si alguna vez se entera, será demasiado tarde para él. Si mi plan sale bien, claro.

Esa es una de las varias razones por las que tiene que desaparecer. Ya me encargaré de eso.

Van a venir todos: Mikhail, el mayor y uno de los más peligrosos. Tomó el mando cuando murió su padre y ahora gobierna toda The Cove, la zona entre Coney Island y Manhattan. El siguiente al mando es Aleksandr, el genio de los ordenadores, seguido de Nikko, el asesino del grupo. Tiene ojo de francotirador y una puntería perfecta, pero no le daré un blanco.

Viktor también estará aquí. El más grande de todos, cubierto de tatuajes y cicatrices, Viktor es el músculo del grupo: su leal pitbull en forma humana. Ollie, el silencioso y callado que trabaja en relaciones internacionales, ha vuelto de Moscú gracias a mí. Estuvo una temporada en Colombia, según mis fuentes, y sé de buena tinta que ese hijo de puta está mucho más jodido de lo que aparenta.

El hermano menor, Lev, también estará aquí, pero él no me preocupa. Según mi información, es prácticamente un crío. Javier se la tiene jurada a Lev, pero no estoy del todo segura de por qué, y no

estoy segura de que importe. Javier odia a todo el que ve como una amenaza personal.

Saco mis gafas de nuevo y examino la planta de abajo. Hay una mesa con mapas y documentos detallados. Vaya. Interesante. Me gustaría echarles un vistazo más de cerca, pero no me atrevo a arriesgarme a salir de mi escondite.

Reprimo un grito cuando un chillido ensordecedor rasga la noche. Me quedo lo más quieta posible. ¿Humano?

No... no. Un gato montés, supongo, o cualquier depredador salvaje que tengan por aquí. Cuando mi respiración se calma, repaso lo que sé de los Romanov.

La parte más difícil de todo esto es que los Romanov son leales hasta la médula. Cualquiera de esos hermanos daría la vida por los otros, incluidas sus esposas, hijos, hermana y madre. Eso hace que sea casi imposible conspirar contra una familia tan entregada los unos a los otros. No hay un eslabón débil que explotar.

¿Mi familia? Ja. Por suerte para mí, somos unos animales sedientos de poder, ansiosos por matar por un buen hueso. Solo es cuestión de saber qué hambre avivar y apartarse del camino antes de la matanza... *y* asegurarse de no acabar siendo la devorada.

Aunque no aprendí mis habilidades para nada.

Me reclino en el desván, oculta entre las sombras. La lluvia golpea con más fuerza el tejado de chapa y su sonido incesante ahoga cualquier cosa que pudiera oír del exterior. No importa. Aparecerán. Cierro los ojos, solo para descansar un poco. No puedo arriesgarme a quedarme dormida y que alguien descubra que estoy aquí, pero sienta bien tomarse un respiro.

Me ciño más la sudadera ancha. Hace un frío del carajo aquí dentro. El frío del aire y el repiqueteo de la lluvia me adormecen y tengo que luchar para mantener los ojos abiertos. Ha sido un día largo y la noche no ha hecho más que empezar.

Mi concentración flaquea cuando un recuerdo aflora sin ser invitado.

Soy una niña, de solo diez años, de pie frente a mi padre en su despacho. Me estoy tragando las lágrimas por lo que he visto y oído: otra pelea entre mi padre y mi madre. Él ganó. Siempre ganaba, y ya entonces supe que era solo porque era más fuerte y poderoso.

En ese momento hice un juramento: esa *jamás* sería yo. Nunca dejaría que un hombre me pisoteara, sin importar cuánto dinero tuviera, lo poderoso que fuera o lo que intentara usar en mi contra.

—No llores —espetó mi padre, con sus ojos negros, despiadados e impasibles. Me fulminó con la mirada mientras se recostaba en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ***Las emociones son para los débiles, Isabella. Serán tu perdición si las dejas.***

Sentí un escalofrío al oír sus palabras, incluso mientras hacía el solemne juramento de rebelarme contra él. Uno de los primeros pasos hacia la edad adulta es darse cuenta de que los adultos no siempre tienen razón. No era verdad. Las emociones no son para los débiles.

La *cobardía* es para los débiles.

Las emociones son humanas.

Mi determinación se endurece.

No soy mi padre y ya no tiene ningún poder sobre mí.

Aprieto la mandíbula y reafirmo por qué estoy aquí: no permitiré que el legado de odio y fría indiferencia de mi padre me defina a mí o a la gente de Colombia.

Usaré mis habilidades para proteger a la gente que quiero y le daré a mi hermano la justicia que se merece. Protegeré el trono y el legado de mi familia.

Pero primero... los Romanov.

Me enderezo al oír el sonido de unos pasos pesados que se acercan. Contengo la respiración al oír unas voces masculinas y graves. Sonrío para mis adentros en la oscuridad.

Abajo, la puerta se abre con un crujido.



CAPÍTULO 2

LEV

—¿Quién más ha venido esta noche? —pregunta Ollie, que camina a mi lado mientras nuestros pasos son amortiguados por el suelo húmedo del bosque. Una lluvia fina salpica la fría noche de otoño y las gotas resuenan en la chaqueta de cuero de Ollie mientras nos acercamos a la entrada de nuestro almacén abandonado. Escondido en lo profundo del bosque, lejos de cualquier carretera principal, este lugar nos garantiza la privacidad y la discreción que necesitamos. A lo lejos, el leve olor a humo se mezcla con el del musgo húmedo, sugiriendo la presencia de una hoguera.

—Todos —respondo con voz grave, pero firme. Ollie enarca las cejas en silencio, reconociendo la gravedad de la situación. Es raro que nos reunamos todos así. Viktor ha recibido un mensaje inquietante hace poco y, cuando se lo transmitió a Mikhail, nuestro *pakhan*, se dio la voz de alarma. Nos convocaron a todos de vuelta a The Cove.

Un crujido a mi izquierda me llama la atención. Me giro bruscamente y mis ojos escudriñan el entorno apenas iluminado. —Solo es un animal —masculla Ollie. Para cualquier otra persona, eso podría no ser tranquilizador, pero yo prefiero enfrentarme a un oso negro o a una serpiente venenosa que a uno de nuestros enemigos.

Nadie conoce este escondite, y pretendemos que siga siendo así. Hace años, este almacén se utilizaba aparentemente para reparar maquinaria pesada y equipos industriales, una tapadera plausible para su remota ubicación y el ruido que generaba. Su verdadero propósito era mucho más clandestino: una planta encubierta de fabricación y montaje de armas. Tras la muerte de mi padre, lo adquirimos a través del amigo de un amigo. Un regalo, dijo él.

Al acercarnos a la entrada, veo la enorme camioneta negra de Aleksandr, casi oculta en las sombras. Ahora sé cómo han llegado los demás. Aleks, nuestro segundo al mando y genio de la tecnología, y su mujer comparten una casa en The Cove. El joven guardia que

Aleks contrató monta guardia junto a la puerta principal. Le hago un gesto con la cabeza y él me lo devuelve. Si algo no estuviera en orden, a estas alturas ya lo sabríamos.

Ollie se hace a un lado y me permite acceder al panel de seguridad. Paso el pulgar por la pantalla de identificación, echando una última mirada por encima del hombro mientras Ollie hace lo mismo. Ya es instintivo, una forma de asegurarnos de que no nos han seguido. La pantalla parpadea en verde y la puerta se desbloquea. La abro de un empujón, preparándome para lo que me espera.

—Mantente alerta —le susurro a Ollie—. No sabemos qué nos espera dentro. —Podrían ser solo mis hermanos. Podría ser alguien a quien han traído, o varias personas. No podemos permitirnos bajar la guardia.

Dentro, el almacén está débilmente iluminado y las sombras se alargan por el suelo de hormigón. El olor familiar a aceite y metal flota en el aire, un recordatorio de su propósito original. Nos movemos en silencio, con cada paso calculado. Este es nuestro dominio, pero nunca bajo la guardia.

Aleks ya está aquí, inclinado sobre una mesa cubierta de mapas y documentos. Levanta la vista cuando entramos, y en sus ojos agudos parpadea el reconocimiento y la preocupación.

—Mikhail está esperando —dice con voz grave—. Tenemos que darnos prisa.

Asiento con la cabeza mientras la mente se me acelera. El mensaje que recibió Viktor era críptico, pero alarmante. Algo gordo se avecina y tenemos que estar preparados.

—Lev, Ollie. —Mis hermanos nos saludan con la cabeza, uno por uno. Les devolvemos el gesto, pero no tenemos tiempo para gilipolleces.

—Manos a la obra —digo, ocupando mi lugar en la mesa. Mis hermanos se acercan y cada uno de nosotros asume su papel a la

perfección. Mikhail, el líder, el hermano mayor de todos. Aleksandr, el segundo al mando y un protector feroz, vigila cualquier amenaza cibernética contra nuestra familia. Viktor, el guardaespaldas de la familia, y Nikko, nuestro sicario personal.

Esta es nuestra familia, nuestro legado. Haré lo que sea para protegerlo.

Bajo la tenue luz del techo, el pelo castaño dorado de mi hermano mayor, Mikhail, casi le cubre los ojos; su piel bronceada muestra la tinta que lo marca como un Bratva. De niño le temía, y con razón, pero ahora que todos hemos crecido es diferente. Aun así, Mikhail será nuestro líder de por vida.

—Alguien le hizo una visita a Viktor —dice Mikhail.

—Ya.

Mikhail señala a Viktor con un gesto de cabeza, quien acerca una de las sillas plegables y se sienta. La silla cede bajo su peso. A su lado, nuestro hermano mayor, Nikko, nos saluda con un movimiento de barbilla y se cruza de brazos sobre el pecho. Nikko fue quien nos enseñó a Ollie y a mí a disparar. Es un excelente maestro y un tirador aún mejor. Pero en cuestiones de estrategia, prefiere mantenerse en un segundo plano y observar.

Viktor frunce el ceño. —Lydia y yo recibimos la visita de nada más y nada menos que Isabella Morales.

Asiento. El Cártel de Los Sangre Dorada, o LSD, es uno de los más temidos de toda América. Una visita de Isabella no es una buena noticia, aunque sería un puto desastre que su hermano Javier nos hiciera una visita a nosotros. Sobre todo a mí.

—¿Y?

—Dijo que nuestros enemigos están más cerca de lo que creemos. Que tenemos que reunir a todo el mundo, cerca de casa.

Ollie frunce el ceño. —¿Y por esto me has hecho volver de Moscú?

Mikhail asiente. —Queríamos comprobar la veracidad de su declaración antes de hacer suposiciones o movimientos.

Ollie observa a todos pensativamente, pero no dice nada.

—«Más cerca de lo que creemos» —repito—. ¿Se refiere a un topo?

—Es posible que sí, o podría referirse a que su hermano está planeando un ataque —dice Aleks pensativo.

—Oh, eso también lo dijo. —Viktor frunce el ceño—. Y dijo que cuando ataque, será rápido y despiadado.

—Eso sí que me lo creo —dice Mikhail, recostándose en su silla, con los ojos oscuros pero meditabundos—. Javier Morales sabe perfectamente lo que hace. Hay una razón por la que no nos metemos con ninguno de ellos, a pesar de que una alianza nos vendría muy bien.

Mi mente bulle, la adrenalina agudiza mis pensamientos mientras intento encajar los detalles como si fueran un rompecabezas. —Javier Morales está afincado en Colombia. ¿Se le ha visto por aquí cerca?

Aleks, la figura más alta y posiblemente más imponente de la sala, que se alza sobre todos nosotros, niega con la cabeza. —No. En cuanto Viktor me avisó, me centré en la vigilancia que tenemos en Colombia y descubrí que Morales sigue allí.

Asiento. Por supuesto, no tiene por qué ser él quien nos ataque. Podría ordenar un ataque o un golpe en cualquier momento. El alivio momentáneo de su información no dura mucho. El peligro que representa Morales es omnipresente. Su alcance se extiende mucho más allá de la proximidad física.—Entonces alguien más está jugando esta partida por él. Alguien cercano. Alguien que puede actuar en su nombre.

La mirada de Mikhail se agudiza y asiente lentamente, con un brillo peligroso en los ojos. —Sí. Tenemos que averiguar quién y rápido.

La habitación se queda en silencio por un instante, con el peso de la situación oprimiéndonos a todos. Aleks rompe el silencio, con tono decidido. —Aumentaré la vigilancia y veré si podemos rastrear cualquier actividad inusual. Si Morales tiene un agente aquí, lo encontraremos.

—Isabella ha venido a mi jodida *casa* —espeta Viktor.

Frunzo el ceño. —¿Cómo ha entrado?

Ollie niega con la cabeza. —Es por lo que es conocida, hermano. Se dice por ahí que esa mujer está hecha de vapor y humo. En un momento está ahí, y al siguiente, ha desaparecido. Puede forzar cualquier cerradura, escapar de cualquier prisión o grillete.

Entonces será pequeña, seguramente. Esbelta. Ágil.

Joder, me encantaría ponerla a prueba. Ver de lo que es capaz *de verdad*.

—¿Tenemos alguna pista?

Silencio. Aleks niega con la cabeza.

—¿Y dónde está Kolya?

Mikhail se remueve, con el ceño fruncido, antes de responder. —Sigue en Moscú. Le cancelaron el vuelo, y he creído que era mejor no presionarlo con esto ahora mismo.

Viktor ladea la cabeza con curiosidad. —¿Qué significa eso? ¿Qué coño…? —El tono gélido de su voz hace que los demás nos quedemos quietos. Somos hermanos, pero nadie le falta al respeto a Mikhail sin atenerse a las consecuencias.

Mikhail le sostiene la mirada a Viktor mientras este aprieta las manos en puños. Aunque todos le somos leales a Kolya, Kolya acogió a Viktor bajo su tutela como si fuera el hijo que nunca tuvo, aunque solo le saca unos doce años. Nuestro padre no podía intimidar a Viktor como al resto de nosotros por el puro tamaño que tiene el tío,

así que se lo endosó a Kolya para que lo entrenara con la excusa de que Viktor era «demasiado rebelde». Aunque todos sabíamos la verdad.

Kolya era una figura fraternal para Viktor, incluso más que para el resto de nosotros. Todavía lo es.

—Significa que nos guardamos para nosotros todo lo que podamos —espeta Mikhail, con la mirada fija en Viktor, desafiándolo a que lo contradiga.

Viktor se pone en pie. —Una mierda. Significa que no te fías de tu puto *mentor*.

Ahora ambos hermanos están de pie, casi tocándose con las puntas de los pies. Viktor tiene los ojos entrecerrados y Mikhail aprieta los puños. Es imposible saber quién ganaría en una pelea de verdad: Viktor es más fuerte que el resto de nosotros juntos y sin duda barrería el suelo con cualquiera en una pelea a puñetazos, pero Mikhail es el *pakhan*, y si Viktor le pone una mano encima, la perderá.

Así que sí, esto *no* va a pasar.

Me interpongo entre los dos y les pongo una mano en el pecho a cada uno. —Si empezamos a pelearnos entre nosotros, *cualquiera* nos vencerá.

Ambos me fulminan con la mirada, pero ya no soy un crío, y puede que sean mayores, pero estoy a su altura.

Niego con la cabeza. —¿Qué coño vais a conseguir con una meada para ver quién la tiene más larga? Mikhail ha mantenido esta información en el círculo íntimo, así que supongo que hay datos que no quiere que se filtren. No es un desaire a Kolya, y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Solo está aquí el liderazgo, ninguno de nuestros subordinados ni capitanes.

—Exacto —dice Mikhail—. Y cualquier cosa importante que desenterremos se la diremos a todo el mundo inmediatamente. Así que *siéntate*, hermano.

Tiene que haber otra razón por la que ha elegido este lugar y el círculo íntimo, pero esperaré para averiguarlo. Todos lo haremos.

Viktor aprieta la mandíbula, pero finalmente se sienta. La silla se dobla y cruje esta vez.

—Refrescazme la memoria —dice Aleks, aclarándose la garganta—. ¿El principal método que usan los LSD para ganar dinero?

—Drogas —aporta Ollie. Como nuestro principal director de relaciones internacionales, conoce los entresijos de nuestros rivales mejor que nadie—. Están metiendo heroína a saco. Los LSD se están extendiendo como un puto virus.

—Han crecido, ¿no? —pregunto.

—Sí —confirma Aleks, deslizando los dedos por su tableta—. Después de aquellas redadas del año pasado, están intentando consolidar su poder. The Cove es un objetivo prioritario.

Se les conoce por ser una organización despiadada originaria de Colombia, pero con facciones ahora repartidas por toda América. Son conocidos sobre todo por su extenso narcotráfico, en particular de cocaína y heroína.

—Ah, claro —digo—. Fueron los que extraditaron por aquellas redadas de drogas de alto perfil del año pasado, ¿verdad?

—Eso es. Y se dice por ahí que han extendido su influencia hasta Nueva York. Tienen a The Cove en el punto de mira por nuestra ubicación y conexiones.

Asiento. —Por no hablar de nuestra afiliación con varios grupos. —Debido a varias nupcias recientes de mis hermanos, nos hemos convertido en contactos cercanos de otras potencias clandestinas, pero todavía no tenemos contactos al sur de la frontera.

—Exacto.

Me acaricio la barbilla y pienso en ello. Aleks vuelve a su tableta y sus dedos vuelan sobre las teclas.

—El cártel está liderado por Javier Morales Junior, hijo del difunto Javier Morales. Javier es famoso por su habilidad para evadir a las fuerzas del orden mientras mantiene un control férreo sobre sus operaciones —murmura Aleks, negando con la cabeza.

Asiento, continuando con el encaje de las piezas del rompecabezas. —No solo son conocidos por el narcotráfico, ¿verdad? Y tienen un topo en las fuerzas del orden aquí en The Cove.

Aleks asiente. —Blanqueo de capitales, contrabando de armas y trata de seres humanos. Su presencia aquí en América lo corrompe todo. Necesitamos que los expulsen de The Cove, joder.

Aun así, nada de lo que hemos sabido aquí no podríamos haberlo discutido en nuestro cuartel general de The Cove. Interesante. Hay algo más.

—Pero para echarlos de verdad, debemos saber su próximo movimiento. ¿Qué baza tenemos contra ellos?

Aleks asiente. —Hemos tenido a uno de nuestros nuevos reclutas en sus filas durante los últimos tres meses. La advertencia de Isabella llegó justo después de su información.

Ah. Ya está. Por eso estamos aquí.

Apostaría dinero a que es Dmitri. Dmitri Petrov se unió a nuestras filas tras la muerte de nuestro enemigo hace varios años y después de pasar numerosas pruebas para demostrar su lealtad hacia nosotros. Preferiría morir antes que traicionarnos.

—Joder —murmuro, negando con la cabeza—. Si descubren que es uno de los nuestros…

—Sí, está jodido, pero que muy jodido —aporta Aleks—. Dijo que era un riesgo que estaba dispuesto a correr para demostrar su lealtad. Ahora mismo, ha conseguido convencer a la hermana de Carlos Cabrera de que la quiere.

Ollie interviene. —Carlos Cabrera es el principal sicario del cártel, la mano derecha de Morales. Nuestro colega ha utilizado a la hermana de Carlos para obtener información que de otro modo no tendríamos.

—¿Como cuáles?

—Como la ubicación de sus pisos francos aquí en Estados Unidos, los horarios de sus envíos, los contactos de su proveedor e incluso el nombre de uno de los funcionarios corruptos que tienen en nómina.

—Mierda. Está jugando a un juego letal, pero esa información es de un valor incalculable —asiento.

—Sí. Ya hemos conseguido interceptar dos grandes cargamentos de droga gracias a la información que ha recopilado para nosotros. Hemos dejado pasar algunos, incluso locales, porque obviamente no queremos que sepan que les seguimos la pista.

—Joder.

De repente, Aleks se queda tan quieto que me dan ganas de comprobar si sigue respirando. Es como si alguien acabara de pulsar el botón de pausa en nuestra conversación. Se vuelve hacia mí y saca el móvil. Lo observo con interés.

Mi móvil vibra.

Aleks
Tenemos visita.

Hay una razón por la que me ha enviado el mensaje a mí primero y no al chat del grupo. Viktor ya estaría merodeando, listo para reventar cráneos, y Nikko habría desenfundado su arma. Sabe que

soy más lento a la hora de reaccionar y más metódico en mi forma de actuar.

Un escalofrío me recorre la espalda y me pongo derecho al instante. ¿Nos han encontrado tan pronto? ¿Nos han rastreado hasta aquí? No estamos listos.

Mantengo la compostura.

¿Ah, sí?

Aleks
Señal biométrica en el altillo. Hay alguien aquí.

Aleksandr se toma la seguridad tan en serio que siempre tiene lecturas biométricas de todos nosotros. Por lo visto, también tiene el escáner en su iPad.

—Lev —mi mirada se clava en Mikhail cuando me llama por mi nombre.

Asiento.

—Suelta el puto móvil y presta atención —parpadeo lentamente, lo miro, bajo la vista al móvil y vuelvo a levantarla hacia él. La comprensión aflora en su rostro mientras Nikko y Viktor hablan en voz baja.

Aleks al chat de grupo
Que nadie se mueva. No respondáis. Alguien está observando desde el altillo. Dejad que se encargue Lev. Es el más rápido y letal en situaciones de espacio reducido. ¿Lev?

Una estrategia encaja en mi cabeza, se despliega ante mí. Tenemos que movernos.

Viktor, sigue hablando. Suelta alguna gilipollez sobre Lydia y su familia o la boda o algo. Mikhail, finge que tienes que atender una llamada. Nikko, ve a un lugar seguro donde puedas sacar el arma sin que te vean desde el altillo y, en cuanto Ollie y yo nos acerquemos, cúbreme. Ollie, tú y yo iremos. ¿Qué armas tenemos aquí?

Mikhail
Tengo una pistola y una navaja

Aleks
Yo también

Nikko
llevo dos pistolas cargadas hasta los topes, pero el puto arsenal está en el coche

Aleks
¿has metido tus mierdas en mi COCHE?

Mikhail
Déjalo, concéntrate

Ollie
bomba de humo en el bolsillo de la chaqueta, podría venir bien ya que es un altillo. Pistola.

Viktor
Mis putos puños

Al menos uno de vosotros que se quede con Nikko. Ollie, prepárate con la bomba de humo y, por el amor de Dios, explícame luego por qué coño llevas eso encima.

Ollie
la discoteca de anoche. Vamos.

Ollie puede parecer un buen tipo, pero es un pervertido de cojones. Ni siquiera quiero saber qué más lleva consigo.

Viktor empieza a decir tonterías sobre jardinería, Lydia, fuegos artificiales y mierdas así. Mikhail se disculpa para coger el móvil y hacer una llamada falsa.

—Voy al baño —les digo—. Vuelvo enseguida.

Camino en dirección al altillo para evaluar la ubicación. ¿Está cerca de una ventana? ¿A qué altura está? ¿Podemos quitar fácilmente la escalera de mano del altillo? Paso por delante y lo anoto todo rápidamente: está apartado de cualquier ventana, a unos tres metros del suelo, y la escalera parece clavada. En este caso, eso no es bueno.

Entro en el baño y finjo usarlo. Vuelvo rápidamente a la habitación donde están mis hermanos. Ninguno me mira, pero mi móvil vibra enseguida con otro mensaje.

Mikhail
¿Plan?

He de admitir que me encanta que, esta vez, me esté cediendo el mando. Mi padre se debe de estar revolviendo en su tumba. *Imagínatelo, gilipollas, el que más odiabas en realidad sabe lo que se hace.*

Tenemos dos opciones, dado que es un altillo con una sola vía de acceso. O uno de nosotros sube y lo baja a la fuerza, o le exigimos que baje por su propia voluntad. No hay forma de que lleguemos sin que se dé cuenta y no hay otra manera de alcanzarlo.

Viktor
Bajadlo. Arrastradlo hasta aquí y dejadme que le enseñe cómo tratamos a un traidor.

Niego con la cabeza y respondo.

Preferiría exigirle que baje por su cuenta. Cualquiera que subiera a por él estaría en desventaja. Sería un suicidio. La escalera está asegurada, no hay forma fácil de hacerle caer. Si no obedece, lo ahumamos para obligarlo a bajar arrastrándose. Una vez que esté aquí… nos aseguraremos de que se arrepienta de haber entrado sin permiso.

Nikko
Listo.

Mikhail
Vamos.

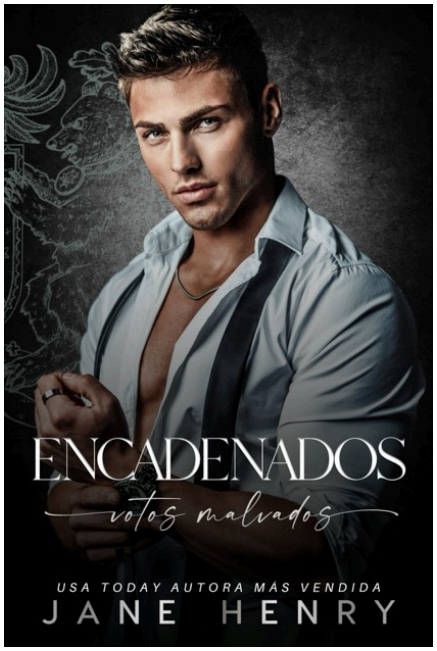
Aleks
Voy a ello.

Ollie
Yo te cubro.

Levanto la cabeza y miro fijamente la oscuridad que hay sobre la escalera del altillo. Me siento un poco estúpido porque parece que estoy mirando al vacío, pero confío en Aleks. Si dice que hay alguien ahí, es que hay alguien ahí.

Asiento hacia mis hermanos y me encaro con el altillo.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE "ENCADENADOS: UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA DE ENEMIGOS A AMANTES" HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO. ¡DISPONIBLE EL 21 DE NOVIEMBRE DE 2025:





Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane